

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL ALMIRANTE FLOTANTE

por varios miembros del
DETECTION CLUB
de Londres



Lectulandia

Catorce miembros del prestigioso The Detection Club, entre ellos autores de la talla de A. Christie, D. L. Sayers, G. K. Chesterton o R. Knox, recibieron la propuesta de escribir una obra colectiva partiendo del planteamiento inicial de un caso criminal. Cada colaborador se enfrentó al misterio sin saber qué solución tenían en mente los autores precedentes y entregaron en un sobre cerrado su particular solución al crimen. Por primera vez en la historia, los creadores de Hercule Poirot, la Srta. Marple, lord Peter Wimsey y el padre Brown aplicaban conjuntamente su pericia al mismo caso. Así nació *El almirante flotante*, considerada como una de las novelas clásicas del género policiaco.

Lectulandia

AA. VV.

El almirante flotante

El Séptimo Círculo - 69

ePub r1.0

Titivillus 30.07.16

Título original: *The Floating Admiral*

AA. VV., 1931

Traducción: María Antonia Oyuela

El Séptimo Círculo n.º 69

Portada de José Bonomi [adaptada por Piolín]

Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares

Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**



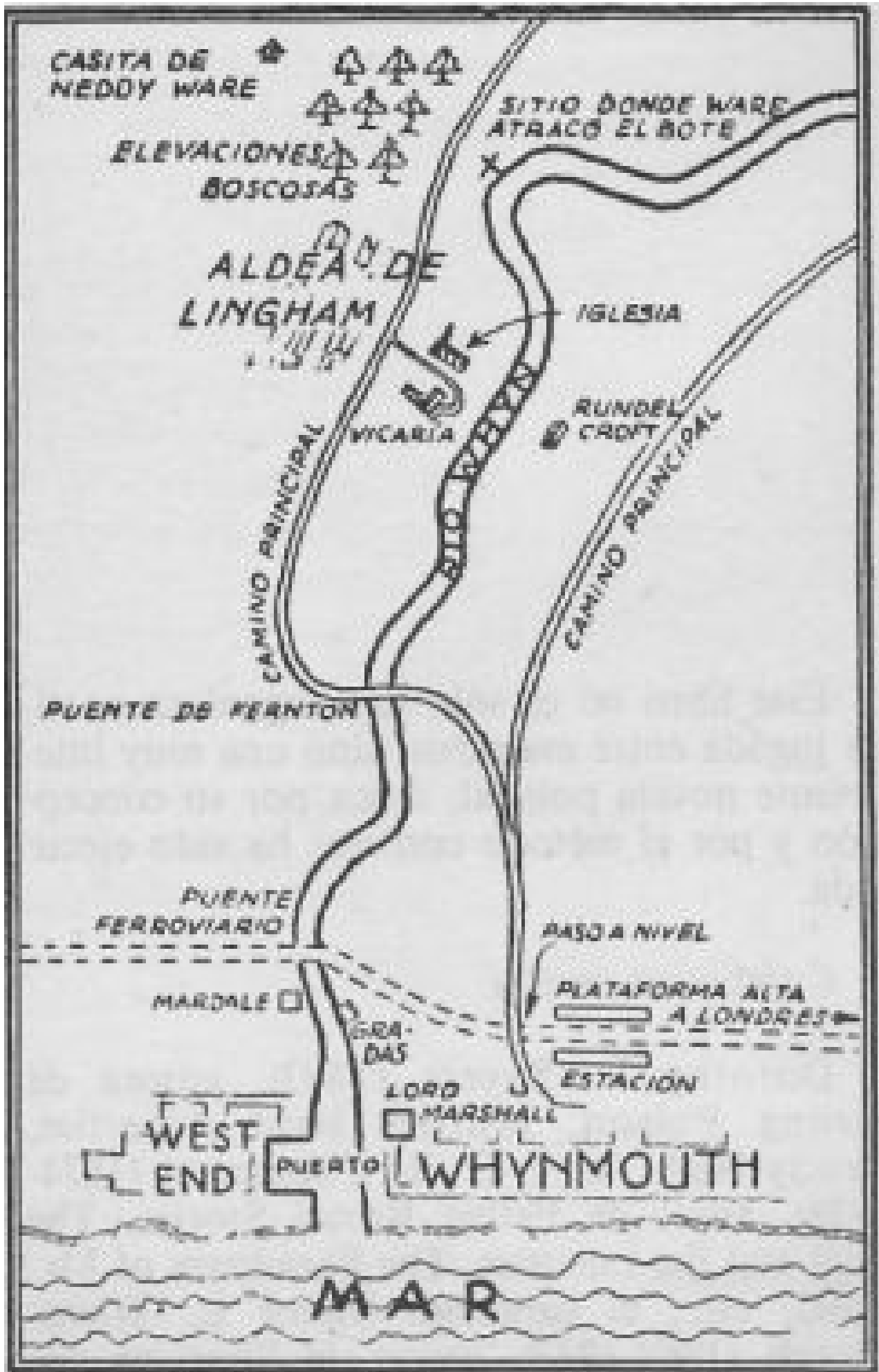
ADVERTENCIA

Catorce autores han tejido esta novela múltiple. El prólogo es de Chesterton; Dorothy Sayers, en la introducción, narra la curiosa historia de su origen. Cada uno de los autores (todos ellos miembros del Detection Club de Londres) escribió sucesivamente un capítulo y entregó, en un sobre cerrado, el resumen de la solución que había pensado dar. Concluida la obra, los sobres fueron abiertos y los resúmenes figuran al final, como apéndices.

Este libro no es sólo una ingeniosa partida jugada entre maestros, sino una muy interesante novela policial única por su concepción y por el método con que ha sido ejecutada.

Colaboran en ella:

Dorothy L. Sayers (1893), autora de *Strong Poison*, *Murder Must Advertise*, *Bawdy Night*, etc.; **G. K. Chesterton** (1874-1935), autor de *Father Brown Stories*, *The Poet and the Lunatics*, *The Paradoxes of Mr. Pond*, etc.; el canónigo **Victor L. Whitechurch** (1868-1933), autor de *Shot on the Dawns*, etc.; **G. D. H. Cole** (1880) y su esposa **M. I. Cole** (1893), autores de *The Brooklyn Murder*, *Lesson in Crime*, *Greek Tragedy*, etc.; **Henry Wade** (sir Henry Lancelot Aubrey Fletcher) (1887), autor de *The Duke of York's Steps*, etc.; **Agatha Christie** (circa 1890), autora de *The Murder of Roger Ackroyd*, *Peril at End House*, *The Mysterious Mr. Quin*, etc.; **John Rhode** (el mayor C. J. C. Street) (1884), autor de *The Paddington Mystery*, *Murders in Praed Street*, etc.; **Milward Kennedy** (M. R. K. Burge) (1894), autor de *Death to the Rescue*, *Sic Transit Gloria*, *The Murderer of Sleep*, *Corpse in Cold Storage*, etc.; **Ronald Knox** (1888), autor de *Viaduct Murder*, *The Double Cross Mystery*, etc.; **Freeman Wills Crofts** (1879), autor de *The Cask*, *Inspector French's Greatest Case*, etc.; **Edgar Jepson** (1863-1938); **Clemence Dane** (Winifred Ashton), autor de *Re-enter Sir John* (en colaboración con Hellen Simpson), etc.; **Anthony Berkeley Cox** (1893), autor de *The Poisoned Chocolates Case*, *Trial and Error*, etc. Todos son ingleses.





INTRODUCCIÓN

por Dorothy L. Sayers

Cuando se invita a los miembros de la policía oficial a emitir una opinión sobre los grandes detectives de la novela, suelen decir con una amable sonrisa: «Bien... claro está que las cosas son muy distintas para ellos de lo que son para nosotros. El autor de antemano quién cometió el crimen, y el gran detective se limita a recoger las pistas que se van sembrando a su paso. No deja de ser maravillosa —añaden con indulgencia— la cantidad de ideas inteligentes que estos autores desarrollan, pero no creemos que tuvieran mucho éxito en la vida práctica.»

Es probable que haya una buena parte de verdad en tales juicios, por lo demás difíciles de refutar. Si, por ejemplo, se pudiera inducir a míster John Rhode a cometer un verdadero crimen con alguno de esos métodos ingeniosamente simples que con tanta facilidad inventa en sus novelas, y si míster Freeman Wills Croft, pongamos por caso, emprendiese su persecución, Bradshaw en mano, desde Stranraer hasta Saint Jean-les-Pins, sin duda podríamos someter a prueba el asunto, pero los escritores de novelas policiales no son, por regla general, gente sanguinaria. Evitan la violencia física, por dos motivos: primero, porque sus instintos criminales logran una descarga tan eficaz en la página impresa que les queda poca energía para desbordarse en la acción; y segundo, porque están tan habituados a la idea de que los asesinatos se cometen con el exclusivo objeto de ser descubiertos, que sienten una absoluta repugnancia a poner en práctica sus teorías criminales.

En cuanto a la posibilidad de realizar una auténtica investigación policial, el hecho es que muy pocos de ellos disponen del tiempo que exigiría, dedicados como están a ganarse el pan como sensatos ciudadanos que no disfrutan del ocio ilimitado y feliz concedido a un Wimsey o a un padre Brown.

Pero, a falta de una competición en serio, un buen juego puede hacer sus veces, y *El almirante flotante* es el juego policial tal como lo jugaron, sobre el papel, varios miembros del Detection Club. Y aquí cabría la pregunta: «¿Qué es eso del Detection Club?»

Es una sociedad privada de autores de novelas policiales que existe en Gran Bretaña, y cuyo propósito es proporcionarles la oportunidad de cenar juntos a intervalos regulares, para conversar interminablemente acerca del oficio. Esta sociedad no tiene compromisos con ningún editor, ni tampoco, aunque exista en todos

sus miembros la honrada ambición de obtener algún que otro penique a cambio del placer que al público dispensan, cuenta entre sus fines primordiales la preocupación de hacer dinero. Sus miembros se reclutan exclusivamente entre los autores de auténticas novelas policiales (y no de meros relatos de aventuras ni de «*thrillers*») y la elección, que se efectúa por medio del voto del club en pleno ante la recomendación de dos o más de sus socios, obliga a un juramento determinado.

Si bien todas las torturas del universo no podrían inducirme a revelar dato alguno referente al solemne ritual del Detection Club, acaso me sea lícito aventurar unas pocas palabras respecto a la naturaleza del juramento exigido. Brevemente, la cosa viene a consistir en que cada autor se compromete a jugar limpio con el público y con sus colegas. Sus detectives deberán investigar por sus propios medios, sin ayuda de accidentes ni de coincidencias; no inventará rayos mortíferos ni venenos absurdos para llegar a soluciones que ningún ser normal podría esperar, y tratará de escribir en el inglés más correcto posible. Guardará una inviolable reserva sobre los argumentos y títulos futuros de sus colegas, a quienes prestará cuanta ayuda pueda cuando necesiten consejo acerca de asuntos técnicos. Si alguna finalidad seria existe en la organización confesadamente frívola del Detection Club, es la de mantener la novela policial en el más elevado nivel que su naturaleza intrínseca consienta y depurarla del funesto legado de sensacionalismo, cháchara y estilo corrompido que por desgracia la abrumó en los tiempos pasados.

Y ahora una palabra más sobre las circunstancias en que fue escrito *El almirante flotante*. Su asunto debía ser lo más semejante posible a un caso policial verdadero. Con la única excepción del pintoresco prólogo de míster Chesterton, que fue escrito al final, cada colaborador se las entendió con el problema que le planteaban los capítulos precedentes sin la más remota idea de la solución, o las soluciones, que sus predecesores pudieran tener previstas. Sólo dos normas se le impusieron: cada uno debía urdir su intriga con una solución determinada, vale decir que no le estaba permitido introducir nuevas complicaciones con el mero propósito de «dificultar el caso». Debía estar dispuesto, si eventualmente así le fuera exigido, a explicar sus propias pistas en forma coherente y plausible, y para tener la seguridad de que jugaba limpio a este respecto se le obligaba a entregar, junto con su correspondiente capítulo, su solución particular del enigma. Estas soluciones se incluyen al final del libro, en beneficio del lector curioso.

En segundo término, cada escritor se comprometía a afrontar lealmente *todas* las dificultades dejadas para su análisis por sus predecesores. Si la actitud de Elma acerca del amor y el matrimonio parecía extrañamente voluble, o si el bote era guardado al revés en la casilla, tales hechos debían encajar en su solución y no le estaba permitido descartarlos en calidad de caprichos o accidentes, ni ofrecer una explicación que no los tuviese en cuenta.

Es natural que a medida que las pistas se fueron acumulando con el tiempo, las soluciones sugeridas se hicieron correlativamente más complicadas y precisas, al

tiempo que los contornos generales de la intriga se consolidaban y concretaban. Pero es entretenido y aleccionador observar el número asombroso de interpretaciones diferentes que pueden concebirse para dar cuenta de los hechos más simples. Donde un escritor dejó una pista, convencido quizá de que sólo podía apuntar en una dirección evidente, otros escritores sucesivos se las compusieron para hacerla apuntar en la dirección exactamente contraria. Y tal vez sea en esto en lo que el juego se aproximó más a la realidad. Solemos juzgar nos los unos a los otros por nuestras reacciones externas, pero, en la motivación en ellas implícita, nuestro juicio puede errar total mente. Preocupados por nuestra interpretación personal del asunto, no alcanzamos a discernir más allá del hecho sino un motivo posible, y por consiguiente nuestra solución puede ser perfectamente lógica y consistente, sin dejar por ello de ser perfectamente errónea. Acaso sea esta comprobación la que produjo en nosotros, autores de novelas policiales, un efecto más saludable de confusión y asombro. Estamos por demás habituados a consentir que nuestro gran detective diga con petulancia: «¿No ve usted, mi querido Watson, que estos hechos no admiten más que una interpretación?» A partir de nuestra experiencia con *El almirante flotante*, nuestros grandes sabuesos tendrán que aprender a expresarse con más cautela.

Si el juego que así practicamos para nuestro propio esparcimiento logra, además, divertir a otras personas, es al lector a quien toca decirlo. Sólo podemos asegurarle que intervenimos en él honradamente, y respetando las reglas, con todo el ímpetu y el entusiasmo de los buenos jugadores. He de confesar por mi parte que la desesperada perplejidad en que me sumió a su recibo el manojito de rompecabezas de míster Milward Kennedy tuvo al parecer su perfecto equivalente en el espantoso desconcierto que acometió al padre Ronald Knox cuando yo —luego de haber aclarado, según mi optimista convicción, una cantidad de puntos oscuros— le transferí el problema.

El hecho de que míster Anthony Berkeley haya frustrado tan enérgicamente nuestros designios y malogrado nuestros traviosos ardides en la solución definitiva, debo atribuirlo en parte a su nativo ingenio, y en parte a la briosa interferencia de los tres colaboradores restantes en el desenlace, ya que ellos descubrieron un cúmulo de datos y de motivos acerca de los cuales nada sabíamos nosotros, los más antiguos, que fatalmente tanteábamos en la oscuridad.

Creo, no obstante, que ninguno de nosotros puede acusar de la más leve malignidad a los demás. Tanto valdría tachar de malintencionado al errabundo curso del río Whyn, que, poderosamente dirigido por míster Henry Wade y por míster John Rhode, luminarias gemelas de sus caprichosas aguas, llevó tan apaciblemente hasta sus floridas márgenes el cadáver del almirante.



PRÓLOGO

Los sueños de las tres pipas

Tres visiones fugaces a través del humo movedizo; tres historias que aún revolotean alrededor de un mísero fumadero en Hong Kong, bien pueden, hoy en día, ser rechazadas como ensueños creados por el opio. Y sin embargo, ocurrieron en realidad; fueron etapas en la gran desventura de la vida de un hombre, aunque muchos de los que representaron su papel en el drama las olvidasen a la mañana siguiente.

Un voluminoso farol de papel, toscamente decorado con un fulgurante dragón carmesí, colgaba sobre la entrada sombría y casi subterránea del tugurio.

La luna estaba alta, y la calleja casi desierta.

Todos hablamos del misterio de Oriente, y en cierto sentido todos nos equivocamos al hacerlo. Asia es un viejo esqueleto endurecido por los siglos, en forma tal que todos sus huesos destacan, y por eso hay en ella menos disfraz y menos mistificación que en los problemas de Occidente, más lleno de movimiento y de vida. Los traficantes de drogas, las brujas del opio y las prostitutas que constituyen la sórdida población de ese mundo, tienen funciones reconocidas y fijas en una especie de jerarquía social; su vicio es a veces oficial y casi religioso, como ocurre con las danzarinas en los templos.

Pero el oficial de la Armada británica que caminaba en aquel instante junto a aquella puerta y tuvo ocasión de detenerse allí, constituía en realidad un misterio mucho más grande, porque además lo era hasta para sí mismo.

Fundidos en su carácter había elementos, tanto nacionales como individuales, de la más compleja y contradictoria naturaleza: códigos y convenciones referentes a códigos, en una conciencia extrañamente caprichosa e ilógica; instintos sentimentales en quien abominaba del sentimentalismo y sentimientos religiosos que habían sobrevivido a la religión; un patriotismo que se vanagloriaba de ser mera mente práctico y profesional; todas las enmarañadas tradiciones de un gran pasado pagano y de un gran pasado cristiano; el misterio del Occidente.

Un misterio que se había ido haciendo en él cada vez más misterioso, porque jamás le había prestado atención.

Desde luego, para los fines de esta historia nadie necesita pensar sino en una parte muy reducida de este enigma. A semejanza de todos los hombres de su tipo, nuestro

oficial alimentaba un odio absolutamente sincero hacia toda forma de opresión individual, cosa que no le hubiera impedido intervenir en cualquier forma de opresión impersonal y colectiva, con tal de que la responsabilidad se diluyera en toda la civilización, el país o la clase a que pertenecía. Era capitán de un barco de guerra anclado en aquel momento en el muelle de Hong Kong; y habría bombardeado a Hong Kong en masa, y exterminado a la mitad de su población, siempre que ello hubiera ocurrido en esa vergonzosa guerra por cuyo intermedio Gran Bretaña introdujo a la fuerza el opio en China. Pero cuando el azar le presentó a una determinada joven china que era arrastrada por la calle por un grasiento rufián amarillo, y arrojada de cabeza en el fumadero, algo saltó espontáneamente en su interior: una época que en realidad no ha pasado nunca, ciertas novelas que el barbero dejó de quemar, algo que todavía merece el glorioso insulto de ser llamado «quijotesco». Con dos o tres reveses mandó al chino dando tumbos a través de la calzada, por la que rodó hasta una alcantarilla distante. Pero ya la muchacha había caído escalones abajo, y el capitán se precipitó detrás de ella por la entrada sombría, con la impetuosidad puramente instintiva de un toro que acomete. No había en aquel momento en su conciencia otra cosa que rabia y el vago propósito de rescatar a la cautiva de tan poco incitante mazmorra. Pero sobre esta simple disposición de ánimo pareció cernirse un presagio siniestro.

El sangriento dragón del farolillo lo miraba como fascinándolo...

Y lo asaltó una ciega aprensión, una aprensión idéntica a la que hubiera podido sentir san Jorge si, en el instante de lanzarse contra el dragón con su victoriosa lanza en ristre, hubiera sido devorado por el monstruo.

Con todo, la escena inmediatamente entrevista por una hendedura de aquellos vapores visionarios, no es el cuadro de horror y de castigo que algunos sensacionalistas podrían legítimamente esperar. No será necesario mortificar el refinado gusto de los lectores modernos con imágenes de tortura, ni eludir la vulgaridad de un final feliz, matando al personaje principal de la obra desde el primer capítulo.

Y, sin embargo, la escena revelada fue en sus últimos efectos casi más trágica que una escena de muerte. Y lo más trágico de ella fue su relativa comicidad.

El resplandor de las abigarradas lámparas del tugurio sólo reveló una confusión de personajes heterogéneos: unos cuantos culíes borrachos, con sus rostros como de piedra amarilla; los marineros de un barco llegado a Hong Kong aquella misma mañana, enarbolando la bandera de los Estados Unidos y, por último, el toque final de un oficial de la Armada británica, hombre de elevada estatura en su uniforme de capitán, que estaba actuando de un modo muy extraño, y al parecer bajo influencias también bastante extrañas. Algunos creyeron que estaba bailando una danza marinera, pero combinada con movimientos exclusivamente destinados a conservar el equilibrio.

La multitud que lo contemplaba era americana, es decir, compuesta de suecos, varios polacos, unos cuantos eslavos de nacionalidad innominada, y un gran número de láscares oscuros provenientes de los extremos de la tierra.

Pero todos vieron algo que siempre habían tenido muchas ganas de ver y que nunca habían visto anteriormente: vieron doblarse a un caballero inglés. Se dobló con voluptuosa lentitud y de inmediato, repentinamente, se dobló más todavía y se deslizó al suelo con un golpe seco. Aún se le oyó murmurar:

—Un *whisky* condenadamente malo, pero condenadamente bueno. Lo que quiero decir es —explicó con laboriosa lógica— que un *whisky* infernalmente malo es algo infernalmente bueno.

—Ha tomado algo más que *whisky* —observó uno de los marineros suecos en su jerga sueco-americana.

—Yo diría que ha tomado todo lo que puede tomarse —replicó un polaco con acento refinado.

Y entonces un pequeño judío moreno, nacido en Budapest pero que había vivido en Whitechapel, rompió a cantar con tono agudo una canción que había escuchado allí:

«Toda muchacha linda ama a algún marinero...»

Y su canción tenía un matiz despectivo que, al reaparecer algún día en el rostro de Trotski, estaba destinado a transformar el mundo.

La aurora nos da la tercera visión del muelle de Hong Kong, donde el barco de guerra con la enseña de las franjas y las estrellas estaba anclado junto al otro con la bandera del Reino Unido, y en este último todo era inquietud y turbación. El primer y el segundo oficial se miraban entre sí con creciente alarma y desconfianza, y uno de ellos consultó su reloj.

—¿Podría usted sugerir algo, míster Lutterell? —preguntó con voz aguda pero con mirada suavemente vaga.

—Me parece que tendremos que enviar a alguien a tierra para averiguar —contestó míster Lutterell.

En aquel momento apareció un tercer oficial remolcando a un hombre de la tripulación, pesado e indeciso, que visiblemente poseía alguna información aunque no parecía muy dispuesto a trasmitirla.

—Pues verá usted, señor —dijo por último—, el capitán ha sido hallado.

Algo en su tono inspiró al primer oficial un repentino espanto.

—¿Qué quiere decir con eso de «hallado»? —gritó—. Habla usted como si estuviera muerto.

—No..., no creo que esté muerto —explicó el marinero con desesperante lentitud—. Pero lo parecía.

—Temo, señor —intervino el segundo oficial en voz baja—, que en este momento lo traen aquí. Espero que lo hagan de prisa y que mantengan el asunto en la

mayor reserva posible.

En tales circunstancias, el primer oficial levantó los ojos y contempló el regreso de su respetado capitán a su bien amado barco. Dos culíes de aspecto mugriento lo transportaban como si se tratara de un saco, y los oficiales se apresuraron a rodearlo y llevarlo a su camarote. Luego, míster Lutterell se volvió con presteza y mandó buscar al médico de a bordo.

—Retenga a esos hombres momentáneamente —ordenó, señalando a los culíes—; tendremos que investigar el caso. Y ahora, doctor, ¿puede usted decirnos qué le ha sucedido al capitán?

El médico era un hombre de cabeza dura y rostro enjuto, con ese tipo de franqueza que no goza de mucha popularidad en ninguna parte, y no hay duda de que en aquella oportunidad se mostró muy sincero.

—Puedo ver y oler por mí mismo —declaró— antes de comenzar el examen. Ha ingerido opio, *whisky*, y Dios sabe cuántas cosas más. Me atrevería a decir que está convertido en un saco de venenos.

—¿No presenta ninguna herida? —preguntó el ceñudo Lutterell.

—Yo diría que ha perdido el conocimiento —dijo el sincero facultativo—. Y, para ser más explícito, añadiría que ha perdido también su puesto en la Armada.

—No tiene usted derecho a decir eso —le recriminó el primer oficial severamente—. Son las autoridades las que han de resolverlo.

—Sí —contestó el otro tercamente—. Las autoridades de un consejo de guerra, si no me equivoco. Pues no, no hay ninguna herida.

Y así llegan a su fin las tres primeras etapas de esta historia que hasta ahora — fuerza es confesarlo con el mayor pesar— no tiene ninguna moraleja.



1

¡Cadáver a la vista!

por el canónigo Victor L. Whitechurch

Todo el mundo conocía en Lingham al viejo Neddy Ware, aunque no fuese oriundo de la aldea y sólo hubiese residido allí durante los diez últimos años, cosa que a los ojos de los habitantes más antiguos, que habían pasado en aquel apacible rincón toda su vida, lo convertía casi en un «forastero».

No es que supieran mucho acerca de él, porque el viejo era de índole retraída y tenía pocos amigos. Todo cuanto sabían era que se trataba de un oficial subalterno de la Royal Navy, retirado, que vivía de su pensión, que era un entusiasta de la pesca con caña, por lo que pasaba la mayor parte de su tiempo pescando en el río Whyn, y que, aunque habitualmente de carácter pacífico, sacaba a relucir un vocabulario completo de atroces dicterios capaces de helar la sangre en las venas, en caso de que alguien se atreviese a molestarle en el ejercicio de su deporte favorito.

Si un colega pescador se situaba por casualidad a orillas del río Whyn, en algún punto que a Neddy Ware se le antojaba demasiado próximo al suyo, se arrojaba sobre el intruso con ímpetu alarmante; si los chicos —su aversión máxima— lo incomodaban en alguna forma, conversando a su alrededor por ejemplo, su lenguaje se hacía totalmente impropio para oídos juveniles. En cierta oportunidad, el joven Harry Ayres, campeón de la aldea en alarde de puños, cometió la temeridad de arrojar una piedra al flotador del viejo, y regresó poco después a su casa, con el rostro pálido y terriblemente intimidado por el torrente de espeluznantes interjecciones de Neddy Ware.

Residía en los alrededores del pueblo, en una casita casi completamente aislada, y vivía en ella solo. Mistress Lambert, una viuda, acudía un par de horas cada mañana para hacer la limpieza y cocinarle la comida del mediodía. Para todo lo demás, Neddy Ware se las arreglaba muy bien por su cuenta.

Una mañana de agosto, salió de su casa cuando el reloj de la iglesia, distante casi un kilómetro, estaba dando las cuatro de la mañana.

Los que conocían sus costumbres no hubieran encontrado nada insólito en el hecho de que se levantase tan temprano. El pescador aprecia el valor de esas primeras horas matinales y por otra parte el pequeño río Whyn, escenario de su ocupación predilecta, estaba sometido al influjo de las mareas hasta ocho o diez kilómetros del

mar. En este trecho describía varios meandros primero a través de un valle bajo, flanqueado por colinas peladas en un margen y por elevaciones boscosas en el otro, y luego proseguía su curso en los últimos seis kilómetros, a través de un terreno bajo y llano, hasta penetrar finalmente en el canal de Whynmouth. Nadie ignora que Whynmouth, con su pequeño puerto en la boca de su río, constituye uno de los puntos de veraneo favoritos de la costa Sur.

Dos veces al día, el flujo de la marea hacía crecer el río, con más o menos velocidad según se tratase de «aguas vivas» o de «marea muerta», y esta circunstancia tenía gran significación en cuanto a determinar los momentos favorables para la pesca. En aquella mañana particular, Neddy Ware había proyectado encontrarse a la orilla del río algo después de que el flujo hubiera empezado a engrosar la corriente.

Contemplémosle pues al salir de su casita y a mitad del trayecto hasta las arboladas cuestas de Lingham Hangar. Veámosle atravesar el camino real y proseguir su marcha hasta el nivel del río. Tiene bastantes años, pero los lleva bien, tanto que apenas si un toque de gris matiza su pelo negro como el carbón. Es hombre de aspecto vigoroso, completamente afeitado, pero con dos incongruentes y anticuados cordoncillos de pelo a ambos lados de la cabeza, exactamente frente a las orejas. Su rostro moreno, curtido por la intemperie y surcado de arrugas, ostenta una boca humorística y voluntariosa y un par de ojos grises. Viste en esta oportunidad un viejo traje de sarga azul marino y, según su invariable costumbre, se cubre con un sombrero hongo negro. Lleva cañas, red y un espacioso cesto con todos los instrumentos propios del oficio.

Llegó a la ribera cubierta de pasto, dejó sus cosas en el suelo, y con gran parsimonia llenó de tabaco previamente aplastado en su mano una ennegrecida pipa de arcilla, y procedió a encenderla mirando a uno y otro extremo del río.

En este paraje la corriente describía una curva, en cuya parte exterior se hallaba él junto a la orilla derecha. A lo lejos, y hacia la izquierda, el río se curvaba entre las elevaciones de una orilla y las praderas abiertas de la otra. Hacia la derecha, y huyendo en sesgo del río, se extendía el terreno llano y la ribera bordeada de altos cañaverales. Por ese lado subía la marea en dirección al hombre, remolineando alrededor del codo.

Su primer cuidado fue tirar de dos o tres sedales para anguilas que había dejado dispuestos la noche anterior, con los extremos atados a las nudosas raíces de un árbol de la ribera. Dos de los hilos depositaron en tierra un par de anguilas de buen tamaño, y con gran destreza el pescador desprendió de los anzuelos los resbaladizos peces que se retorcían, y lavó después el limo. Lentamente, comenzó luego a armar una de sus cañas, preparó su aparejo, colocó las lombrices como carnada y lo arrojó a la corriente. Durante un tiempo se quedó observando el flotador que se agitaba en el remolino del remanso, extrayéndolo una y otra vez cuando de pronto lo veía hundirse bajo la superficie, y en una de esas oportunidades logró sacar un pez.

Entonces miró en torno, y súbitamente el flotador perdió interés a sus ojos y se quedó escrutando río abajo, más allá del codo, hasta donde alcanzaba su vista. Muy despacio, un pequeño bote de remos remontaba la corriente. Pero había algo peculiar en su aspecto, pues no se veía sobresalir ningún remo. Al parecer, iba a la deriva.

El viejo marino no tardó en reconocer la minúscula embarcación.

—¡Ah! —murmuró—. Es el bote del vicario.

La Vicaría de Lingham, con su iglesia adyacente, quedaba bastante apartada de la aldea propiamente dicha, más o menos a un kilómetro río abajo. Sus tierras se extendían hasta el borde del agua, donde se había construido un tosco embarcadero. Nuestro hombre sabía que el vicario guardaba allí su bote, atado a un poste. También existía en el terreno una diminuta caleta con una casilla de madera para las embarcaciones, pero en los meses del verano, y en particular cuando los dos hijos del vicario se hallaban en la casa pasando sus vacaciones, el bote se atracaba generalmente en el mismo río.

Cuando lo vio más cerca, Ware dejó su caña en el suelo. Ahora podía distinguir en su interior la presencia de alguien, no sentado, sino aparentemente tendido en el fondo, a popa.

El bote estaba ya sólo a unos cincuenta metros. El remolino de la marea lo empujaba por el río, contorneando el recodo, pero Neddy Ware, que conocía bien las corrientes, comprendió que pasaría fuera de su alcance. Con la rápida determinación de los marinos, no perdió ni un segundo. Tras hurgar en su canasta, extrajo uno de los hilos para pescar anguilas con su fuerte plomada, y esperó allí de pie, listo para actuar, desenrollándola y dejando que el cabo cayera sobre la hierba.

Ya estaba el bote próximo, a unos doce metros de la orilla. Certeramente, arrojó la plomada entre las bandas y echó a andar ribera arriba, tirando del hilo suave pero firmemente, hasta atraer la embarcación a tierra. Tomó entonces la amarra de proa, cuyo extremo flotaba sobre el agua, y la examinó: había sido cortada. Rápidamente la enganchó en la raíz de un árbol. El bote giró y quedó paralelo a la orilla, con la popa mirando río arriba. Ware saltó a su interior, e instantes después se inclinaba sobre el hombre tendido. Estaba de espaldas, con las rodillas ligeramente dobladas, y los brazos a lo largo del cuerpo rígido. Era un hombre de unos sesenta años, con cabellos de un gris acerado, bigote y barbita recortada en punta, y ojos oscuros fijos en una mirada inmóvil. Llevaba traje de etiqueta y sobretodo castaño abierto por delante, que dejaba ver la pechera de una camisa manchada de sangre.

Sentado en uno de los bancos, Ware hizo una rápida inspección del bote en cuyo interior encontró un par de remos con los toletes metálicos desarmados. Aparentemente, el muerto no llevaba sombrero. No... Aunque también había un sombrero tirado en el fondo del bote: un sombrero redondo, negro y clerical, semejante al que míster Mount, el vicario, usaba habitualmente.

Después de inspeccionar todo esto, Neddy Ware salió del bote y miró su reloj: eran las 4.50. Entonces, dejando la pequeña embarcación amarrada a la orilla, se puso

en marcha con toda la velocidad que le permitían sus piernas, ganó el camino alto, que quedaba a unos cien metros del río, y se dirigió al pueblo.

El agente de policía Hempstead, a punto de meterse en la cama tras una noche de guardia, miró por la ventana en respuesta a la llamada de Ware.

—¿Qué sucede, míster Ware? —preguntó.

—Temo que algo bastante malo...

Hempstead, ya completamente despejado, volvió a echarse encima sus ropas y bajó a enterarse de lo ocurrido.

—Tendré que llamar al inspector de Whynmouth y a un médico —dijo, cuando Ware se lo hubo contado—. Hablaré por teléfono.

Reapareció al cabo de dos o tres minutos.

—Todo está arreglado —anunció—. En seguida vendrán en automóvil. Por el momento, acompáñeme y muéstreme ese bote y su contenido. Espero no habrá tocado nada ni movido el cadáver.

—No soy tan tonto —respondió Ware.

—Está bien. ¿Y no ha visto a nadie más?

—A nadie.

El policía siguió interrogándolo intermitentemente mientras marchaban a toda prisa. Era un joven muy listo, impaciente por ascender y ansioso por sacar de la ocasión todo el partido posible. En cuanto llegaron al río, echó un vistazo al bote y a su contenido, y exclamó:

—¡Hola! ¿No sabe usted quién es este hombre, míster Ware?

—Que yo recuerde, no lo he visto nunca. ¿Quién es?

—¡Pues nada menos que el almirante Penistone! Vive en Rundel Croft, esa casa tan grande al otro lado del río, exactamente frente a la Vicaría. Por lo menos ha residido allí desde hace un mes. La compró en junio pasado. Un recién venido.

—¡Conque el almirante Penistone...! —comentó Neddy Ware.

—Sin duda alguna. Pero oiga, ¿está seguro de que éste es el bote de la Vicaría?

—Seguro.

—¿Curioso, no? Eso parece significar que ocurrió algo a *este* lado del río, porque, como usted sabe, no hay puente hasta llegar a Fernton, cinco kilómetros más abajo. ¡Ah! Y el sombrero del párroco, ¿no? ¿A qué hora vio usted el bote por primera vez?

—Poco después de las cuatro y media, me parece.

Hempstead había sacado su libreta y estaba tomando notas con lápiz. Por fin dijo:

—Escuche, míster Ware, me gustaría, si no tiene usted inconveniente, que volviera al camino para recibir al inspector Rudge cuando llegue en su automóvil.

—Muy bien —admitió Ware—. ¿Puedo hacer algo más?

—En este momento por lo menos, no.

Hempstead era hombre astuto. Esperó a que Neddy Ware se alejara para iniciar un somero examen por su cuenta. No ignoraba que su jefe inmediato asumiría toda la responsabilidad del caso, pero en el ínterin quería investigar lo más posible sin tocar

nada.

Al pasar al bote, advirtió un periódico doblado que sobresalía de un bolsillo del sobretodo del muerto. Lo sacó cuidadosamente, lo miró y lo volvió a su sitio.

—¡Ah! —murmuró—. La *Evening Gazette* en la última edición londinense de anoche. El lugar más próximo donde lo venden es Whynmouth...

Le hubiera gustado mucho revisar todos los bolsillos del difunto pero pensó que sería mejor no hacerlo; de modo que salió del bote y se sentó para aguardar en la orilla.

Al cabo de un rato se oyó el motor de un automóvil que se acercaba, por la carretera principal, y dos minutos después llegaron cuatro personas por la pradera: Neddy Ware, un inspector de policía uniformado, y dos hombres de paisano, uno de ellos el médico y el otro un sargento.

El inspector Rudge, un hombre alto y flaco, de rostro afeitado y enjuto, se aproximó a Hempstead.

—¿No ha movido usted nada? —inquirió brevemente.

—No, señor.

Rudge se volvió hacia el médico.

—No haré nada, doctor Grice, hasta que usted haya terminado su examen.

El doctor Grice entró en el bote y procedió a examinar el cadáver. Sólo pasaron unos pocos minutos antes de que dijera:

—Herido en el corazón, inspector, con algún instrumento de hoja estrecha, un cuchillo fino o una daga. La muerte debió ser instantánea. Habrá que hacer la autopsia, naturalmente.

—¿Cuánto tiempo hace que murió?

—Unas horas. Probablemente antes de medianoche.

—¿Nada más?

—Nada más por el momento, inspector.

—Muy bien. Ahora echaré un vistazo.

Dio vuelta al cadáver desplazándolo ligeramente.

—No hay señales de sangre debajo de él —dijo— ni en ninguna otra parte del bote, si no me equivoco. Veamos ahora sus bolsillos. ¡Oh!, no se trata de un robo. Reloj y cadena de oro, cartera llena de billetes... No era esto lo que buscaban. Aquí hay un periódico de la noche pasada. Habrá que tenerlo en cuenta. Bueno. Debemos actuar lo más rápidamente posible. Dígame, Hempstead, ¿qué sabe usted acerca de él?

—Es el almirante Penistone, señor. Retirado. Un recién llegado a estos contornos. Compró Rundel Croft, esa casa grande al otro lado del río, hace pocos meses. Últimamente se trasladó a vivir allí. Creo que vivía con una sobrina, pero la casa no queda en mi distrito, señor.

—Ya lo sé —el inspector se volvió hacia Ware—. ¿Dice usted que el bote es propiedad del vicario de aquí?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo tardaría la marea en traerlo desde sus tierras?

—De cuarenta a cuarenta y cinco minutos —contestó Ware—, dada la marea de hoy.

—Entiendo. Ahora el problema es cómo transportarlo. Podríamos impulsar el bote hacia atrás, contra la marea. Pero no lo haremos. Habrá que buscar huellas digitales en estos remos antes de tocarlos. Veamos..., ¿hay teléfono en la Vicaría, Hempstead?

—Sí, señor.

—Perfectamente. Iré allí en seguida. Quiero ver al vicario. Telefonaremos a Whynmouth pidiendo una ambulancia. Hay que llevarlo a Rundel Croft por el puente de Fernton. Usted, Hempstead, se quedará aquí, y si llega alguien no le dejará tocar nada. A usted lo necesitaré, sargento. Tendrá que cruzar el río desde la Vicaría, si podemos conseguir otro bote. Quiero que monte guardia en el bote y el embarcadero del almirante. Quizá usted acepte venir también, míster Ware. Puede resultarnos útil. ¡Vamos, despachemos! Venga, doctor.

Y en pocos instantes el inspector ponía en marcha su coche y lo hacía recorrer el corto trayecto de la carretera principal que conducía desde el camino real hasta la Vicaría. La fachada del edificio miraba al río, sobre el césped que se extendía hasta la orilla.

Al otro lado, y a unos cien metros del margen, se alzaba una enorme mansión estilo Tudor, de ladrillo rojo, con parque y casilla para los botes.

El inspector, con el sombrero del vicario en la mano, se apeó del coche y tocó la campanilla. Los otros le siguieron. Pasaron pocos minutos antes de que la criada, que evidentemente acababa de bajar, abriese la puerta y les dijese que su amo no se había levantado todavía.

—Tendrá usted la bondad de comunicarle que el inspector Rudge quiere verlo de inmediato. Le dirá usted que lamento molestarlo, pero que es de la mayor importancia.

—Se lo diré, señor. ¿Quiere usted pasar?

—No, gracias. Esperaré aquí.

—¡Hola! ¿Es usted un policía?

El inspector se volvió. Dos muchachos de catorce y dieciséis años, respectivamente, que se habían acercado atravesando el césped, vestidos con pantalones de franela y camisa de cuello abierto, y llevando sendos albornoces de baño al brazo, lo contemplaban con ávido interés.

—Sí —contestó el interpelado—, lo soy.

—¡Canastos! —exclamó el de más edad—. ¡Justamente lo que nos hacía falta! ¿No es cierto, Alec? Mire, señor, un bromista se ha llevado nuestro bote, cortando la amarra. ¿Acaso ha tenido noticias de él? ¿Es ésa la razón de su visita?

El inspector sonrió tristemente.

—Sí, ésa es la razón, caballeritos —contestó con sequedad—. Pero no debe preocuparos vuestro bote. Ha sido hallado.

—¡Hurra! —gritó el otro muchacho—. ¿Y encontraron también el mendigo que se lo llevó?

—Aún no —volvió a decir Rudge con otra sonrisa sombría—. Eso tal vez no sea tan fácil. ¿Tenéis otra embarcación disponible?

—Únicamente nuestra batea vieja. Está en el cobertizo.

—Bueno. ¿Creéis, jovencitos, que podríais llevar en ella a mi sargento hasta el otro lado del río? Tiene que hacer una visita a Rundel Croft.

—Con mucho gusto. —Y Peter Mount miró al sargento con admiración infantil—. ¿Habría cacería? ¡Magnífico! Lo ayudaremos. Pero usted no sospechará que el viejo almirante Penistone fue quien se llevó nuestro bote, ¿no es cierto? Atravesó el río en el suyo propio anoche. Sabrá usted que estuvo comiendo aquí.

—¡Oh!, ¿de veras? —dijo el inspector—. No, no sospechamos de él. Y ahora, ¿queréis hacer lo que os he pedido?

—Venga —invitó Alec al sargento Appleton—. La marea es bastante fuerte, pero a pesar de todo podremos cruzarlo.

Y se marcharon con el sargento en dirección al cobertizo.

—Buenos días, inspector. Buenos días, doctor Grice. ¡Ah!, ¿es usted, Ware? ¿A qué debo el honor de esta visita matinal?

El vicario había salido de la casa. Era un hombre que frisaba en la cincuentena, de mediana estatura, sólidamente construido, de rasgos firmes y cabello más bien gris. Había dirigido su pregunta al inspector, que le contestó:

—Se lo explicaré llanamente, míster Mount. ¿Es suyo este sombrero?

El vicario lo tomó y lo miró.

—Sí, desde luego.

—En tal caso, ¿tendría usted inconveniente en decirme cuándo lo vio por última vez?

—Es muy sencillo. Para ser absolutamente exacto, a las diez y veinte de anoche.

—¿Y dónde?

—Está usted muy misterioso, inspector, pero se lo diré. Un vecino, que vive enfrente, estuvo comiendo aquí anoche con su sobrina.

»Partieron alrededor de las diez. Bajé hasta el río para despedirlos y me puse el sombrero. Después de que el almirante llegara al otro lado en el bote, con su sobrina, me senté en aquella pequeña glorieta y fumé una pipa. Entonces me quité el sombrero y lo deposité sobre el asiento, a mi lado, y, distraído, olvidé ponérmelo de nuevo para volver a casa. Fue entonces cuando comparé mi reloj de bolsillo con el reloj grande del vestíbulo: eran las diez y veinte. Pero ¿quiere decirme por qué me pregunta eso y para qué han venido ustedes? ¿Acaso ha ocurrido algo?

—Sin duda, señor. Este sombrero fue encontrado en su bote en las primeras horas de esta mañana. Y en su bote, arrastrado por el flujo de la marea, iba el cadáver de su

vecino de enfrente, al almirante Penistone..., *asesinado*, míster Mount.



2

Se difunde la noticia

por G. D. H. y M. Cole

—¡Asesinado! ¡Dios Santo! —exclamó m^íster Mount y el inspector no pudo menos que reflexionar que el vicario de Lingham tenía un respeto ridículamente exagerado por el tercer mandamiento.

La impresión de la noticia lo había hecho retroceder un paso, y sus mejillas habían perdido parte del color habitual.

—Pero..., asesinado... ¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir, inspector?

—Quiero decir —explicó Rudge— que el almirante Penistone fue apuñalado en el corazón en algún momento anterior a las doce de anoche, y que el cadáver fue depositado en su bote.

—Pero ¿qué...? ¿Por qué...? ¿Cómo pudo estar él?

—Y su sombrero —continuó el inspector sin ningún remordimiento— estaba tirado en el bote junto al cadáver. Por lo que podrá usted comprender —prosiguió— que lo primero que me he visto obligado a hacer es realizar indagaciones en su casa.

El vicario giró bruscamente sobre sus tacones.

—Venga a mi estudio —dijo—. Allí podremos conversar mejor. ¿Supongo que no necesitará usted a mis hijos por el momento?

El inspector meneó la cabeza y lo siguió hasta una apacible habitación de color castaño, con amplias ventanas de guillotina, auténtico arquetipo de lo que puede ser el estudio clerical de un clérigo no demasiado cuidadoso de las apariencias. En el camino, el vicario tropezó con algo y, con un leve gemido, se asió a una mesa para no caer.

—Le ruego... Debe usted disculparme —tartamudeó señalando al inspector una silla y dejándose caer en otra—. Ésta... ésta ha sido una impresión muy fuerte. ¿Quiere decirme lo que puedo hacer en su obsequio?

Rudge le concedió un minuto antes de responder. Indudablemente el hombre había recibido una fuerte impresión. Había palidecido, sus manos no estaban muy firmes y su respiración era precipitada. El inspector sabía aún demasiado poco para resolver si la causa de todo esto sería el impacto de una muerte violenta en el recogimiento de una existencia clerical, o algo mucho más grave. De todos modos, no tenía sentido por el momento provocar mayor alarma, y por eso, cuando al cabo

empezó a hablar, lo hizo amablemente.

—Lo que quiero saber de inmediato, míster Mount, es, exactamente, lo que ocurrió anoche, en cuanto pueda usted informarme. Dice que el almirante Penistone vino a comer con su sobrina... Y a propósito, ¿cuál es el nombre de la señorita?

—Fitzgerald, miss Elma Fitzgerald. Tengo entendido que es hija de una hermana.

—¿Cuál es aproximadamente su edad?

—¡Oh! Yo diría que tiene uno o dos años por encima de los treinta.

—Gracias. ¿A qué hora llegaron?

—Antes de las siete y media. En su bote.

—¿Y se fueron...?

—Algo después de las diez. Temo no poder precisar el minuto exacto, pero se estaban despidiendo cuando el reloj de la iglesia empezó a dar la hora y el almirante Penistone dijo: «Démonos prisa, quiero estar de vuelta antes de medianoche», o algo por el estilo, y al poco se habían marchado.

—¿Y los vio usted partir?

—Sí. Fui al embarcadero con ellos, y Peter, mi hijo mayor, los ayudó a arrancar. A veces resulta difícil, si la corriente es fuerte.

—¿Los vio usted desembarcar?

—Sí. No estaba oscuro. Los vi llevar el bote al cobertizo del almirante, y luego, algo después, los vi salir y encaminarse a la casa.

—Yo hubiera pensado que los árboles que hay al fondo del cobertizo los habrían ocultado a la vista —comentó el inspector, que había hecho buen empleo de la suya—. ¿O quizá quiera usted decir que atravesaron el césped?

El vicario lo miró con respeto.

—No. Caminaban entre los árboles —dijo—, pero miss Fitzgerald llevaba un vestido blanco y lo distinguí a través de ellos.

—Sin embargo, el almirante Penistone no estaría vestido de blanco...

—No... Supongo —reflexionó el vicario—, ahora que usted me hace caer en la cuenta, que no podría afirmar haber visto al almirante en persona salir del cobertizo, pero al ver a su sobrina deduje, como es natural, que iría con ella.

—Es natural —admitió Rudge conciliadoramente—. Y usted, por su parte, ¿estuvo fumando hasta...?

—Las diez y veinte.

—¿Y luego...?

—Cerré con llave la casa y me fui a acostar.

—¿Y no supo nada más de su vecino?

—Nada —respondió el vicario—. Absolutamente nada —repitió con voz más firme.

—¿Y sus hijos? ¿O sus criados...? ¿Tampoco habrán oído nada?

—No lo creo. Todos se habían acostado cuando yo llegué.

—Gracias. Y ahora, míster Mount, ¿podría usted decirme si el almirante

Penistone parecía en el estado de ánimo habitual durante la velada?

Esta pregunta pareció afligir al vicario.

—Yo... La verdad es que no creo poder contestar a eso —dijo—. Como usted sabrá, no hace mucho tiempo que le conocía. Sólo recientemente llegó a la vecindad... El caso es que apenas lo conozco.

—Pero a pesar de ello —insistió Rudge— pudo haber notado si parecía deprimido o preocupado en alguna forma... ¿No? —Y viendo que el vicario vacilaba aún, lo apremió—: Si advirtió realmente algo, míster Mount, creo, con toda sinceridad, que debería decirlo. Es de la mayor importancia que descubramos todo lo posible acerca del estado de ánimo del pobre caballero en esa oportunidad... Y le aseguro a usted que puedo ser discreto.

—Bien... —empezó el vicario, balbuciente—. Bien..., es probable que no sea nada, pero yo diría... Sí..., podría decir que... el almirante parecía un poco preocupado. No estaba tan... tan cordial como de costumbre. Y por lo general era un hombre muy agradable... Nada áspero.

—¿Estuvo áspero quizá con miss Fitzgerald?

—¡Oh no! De ningún modo. No diría yo eso en absoluto. Pero obraba como si tuviera alguna preocupación...

—¿Supongo que no tendrá usted idea de cuál pudiese ser?

—Creo... No lo sé..., pudo haberse debido al matrimonio de su sobrina. Dijo algo al respecto. No mucho.

—¡Oh! ¿Está por casarse? ¿Con quién?

—Con un tal Holland, Arthur Holland, de Londres, si no me equivoco. Yo no lo conozco.

—¿Y el almirante Penistone no lo aprobaba?

—No he querido decir eso. Es decir, lo ignoro. El no lo declaró. Pero me dio la impresión de que algo marchaba mal. Quizás a propósito de la dote; ella tiene bastante dinero, según tengo entendido, y el tío es..., era su apoderado. Pero en realidad no sé nada.

—Ya veo. ¿Conocía usted al almirante Penistone desde hace mucho?

—Sólo desde que llegó aquí, hace un mes aproximadamente. Lo fui a visitar y nos hicimos amigos.

—¿Y se veían ustedes muy a menudo?

—Dos o tres veces por semana quizá, no más.

—¿Le oyó hablar alguna vez de algún enemigo? ¿De alguien que tuviera algún motivo para darle muerte?

—¡Oh, no, no! —El vicario pareció impresionado, pero se apresuró a añadir—: Claro está que nada sé de su vida antes de llegar aquí.

—¿Tenía muchos amigos? ¿En la vecindad, o fuera de ella? ¿Dónde vivía antes?

—En algún lugar del oeste, creo. No recuerdo que me dijera nunca el distrito. No me parece que conociera a mucha gente por aquí. Me imagino que sir Wilfrid Denny,

que vive por el West End, era quien más lo veía. Creo que algunos viejos amigos vinieron ocasionalmente a visitarlo...

—¿Se encontró usted, en alguna oportunidad, con alguno de ellos?

—¡Oh, no! —contestó el vicario.

—Comprendo. Posiblemente, lo mejor será que vaya ahora a su casa —dijo el inspector—. Le quedo muy agradecido, míster Mount. Necesitaré hablar una o dos palabras con sus hijos y con sus criados más adelante, por si hubieran advertido algo que pudiese ayudarnos. Pero eso no es urgente. A propósito —añadió, volviéndose desde la puerta—. ¿Podría decirme qué clase de joven es miss Fitzgerald? ¿Debo pensar que... la trastornará mucho la noticia?

El vicario sonrió ligeramente, contra su voluntad.

—No lo creo —dijo—. No me parece que miss Elma sea de esas mujeres que se desmayan.

—Sería muy adicta a su tío, ¿no?

—No podría decirlo con certeza. Supongo que como cualquier otra sobrina en su caso. Pero esto es hablar por hablar, inspector. Usted verá por sí mismo lo que debe pensar.

—Eso es cierto. Bueno, me voy —dijo el policía, y tomó nota mentalmente de la expresión de alivio que distendió el rostro del vicario.

«Ya sé que no somos visitas muy agradables la mayoría de las veces —pensó para su colete—. Pero ¿acaso necesitaba demostrar tan a las claras lo contento que está por librarse de mí? Me pregunto si no existirá otra razón... Si no sabrá más de lo que dice. Y sin embargo... ¡el vicario de Lingham, el más respetable de los vicarios, a juzgar por todo lo que he oído de él! Debo admitir que la cosa no parece verosímil.» Y reflexionando de este modo, volvió a su automóvil, y cubrió a toda velocidad los casi cinco kilómetros que debía cubrir para llegar a la casa, situada a unos cien metros de distancia.

Eran cerca de las ocho cuando llegó a su destino, pero evidentemente en Rundel Croft no se madrugaba mucho. Una o dos de las ventanas de la fachada tenían aún cerrados los postigos, y el vestíbulo, cuando lo hicieron pasar, mostraba claramente que no había tenido su limpieza matutina. Un mayordomo bastante desaliñado, de esos que parecen haberse convertido en mayordomos porque sus esposas son excelentes cocineras y ellos, por su parte, no tienen ninguna aptitud especial, le abrió la puerta y parpadeó, molesto al verlo. Rudge preguntó por miss Fitzgerald y se le informó que aún no se había levantado; al parecer desayunaba siempre en la cama.

Preguntó entonces por el almirante Penistone.

—Todavía está en su habitación —dijo el mayordomo con un gesto ligeramente hostil, como si no aprobase las visitas demasiado tempranas.

—No, no está —contestó Rudge vivamente—. Ha sufrido un accidente grave.

Al mayordomo se le desorbitaron los ojos en el acto.

—Oiga —continuó el policía—, ¿cómo se llama usted?

—Emery.

—Pues oiga, Emery, soy el inspector Rudge, de Whynmouth, y tengo que ver a miss Fitzgerald en seguida. El almirante Penistone ha sufrido un serio accidente... La verdad es que está muerto. ¿Quiere usted buscar a la doncella de miss Fitzgerald, si la tiene, y decirle que quiero hablar con su ama tan pronto como pueda bajar? Y vuelva en cuanto lo haya hecho. Necesito mantener una breve conversación con usted.

Sin más que un ruido inarticulado, el mayordomo se escabulló, y pasaron diez minutos o más antes de que regresara con la noticia de que miss Fitzgerald bajaría dentro de un cuarto de hora. El inspector se lo llevó a una habitación cuadrada y bastante agradable, y empezó a interrogarlo sobre las evoluciones de su amo en la noche precedente. Poca ayuda sacó, no obstante, de esta entrevista, en la que llegó a pensar que, o bien el criado era monstruosamente estúpido, o bien estaba perturbado por la impresión de la muerte del almirante, aunque esto último parecía poco probable. Fuera de una o dos exclamaciones por el estilo de: «¡Cáspita, cáspita!», apenas si pareció haber asimilado la noticia, y al inspector le asombraba que un oficial de la Armada retirado tuviese a su servicio a un criado de apariencia tan incompetente.

La casa, con todo, tenía un aspecto limpio, aun cuando empezase tan tarde su vida cotidiana.

Por boca de Emery supo Rudge que el almirante Penistone había sido visto por última vez por su servidumbre hacia las 7.15 de la tarde anterior, cuando se dirigía con su sobrina al cobertizo para sacar el bote y cruzar a remo hasta la Vicaria. (Por las mañanas jamás permitía que se le molestase antes de que llamara, lo cual explicaba que su ausencia hubiese pasado inadvertida.) En marcha hacia su casilla, le había dicho a Emery que no era necesario que aguardase levantado, y que, por lo tanto, podía irse a dormir luego de cerrar el frente de la casa, cuidando de dejar descorrido el cerrojo de la puerta ventana del salón, que conducía al parque y al río.

—Yo debía echarle llave —explicó Emery— pero esto no importaba, porque el almirante Penistone siempre llevaba consigo la suya.

—Un momento. Cuando bajó usted esta mañana, ¿estaba echado el cerrojo o no?

Emery contestó que no, pero que eso nada significaba porque la mitad de las veces el almirante no lo corría.

La puerta quedaba cerrada con llave, y no era verosímil que asaltasen la casa por el lado del río.

¿De modo que no había vuelto a ver al almirante? No. ¿Y tampoco a miss Fitzgerald? A ella, en cierto modo, sí. Porque en momentos en que él y su mujer se disponían a subir a sus habitaciones para acostarse, un poco después de las diez (acaso un cuarto de hora) la habían visto llegar por el camino que partía de la casilla de los botes. Por lo menos habían visto su vestido; en realidad a ella no podían distinguirla en la oscuridad. El almirante no la acompañaba; pero supusieron que se había rezagado cerrando la casilla. No, no sabía si continuaba cerrada en aquel

momento; suponía que sí, pero no era obligación suya bajar al embarcadero. No, no podía decir que hubiera visto realmente entrar a miss Fitzgerald; quizá lo hubiera hecho y quizá se hubiera detenido en el parque.

Él y su mujer no le habían prestado al hecho mayor atención pues se disponían a acostarse.

Y esto era todo cuanto Emery tenía que decir. Interrogado acerca del estado de espíritu de su amo la noche anterior, pareció no tener ninguna idea al respecto, y se limitó a abrir desmesuradamente los ojos y poner una estúpida cara de luna llena. «Suponía que estaba exactamente como siempre.» El almirante solía mostrarse en ocasiones «seco» con sus servidores. (Y el inspector reflexionó que había que ser un santo para no mostrarse seco con Emery unas doce veces al día como mínimo.) Pero, fuera de esto, su mayordomo no tenía nada que declarar. Al parecer, los amos eran cosas ocasionalmente secas, como los pasteles, pero había que aceptar el fenómeno sin conjeturar sus causas posibles. Por lo menos cuando el criado era tan tosco y apático como Emery aparentaba ser. No, su esposa y él sólo llevaban un mes al servicio del almirante. Habían obtenido el empleo por medio de un anuncio; su última colocación había sido en casa de una dama y un caballero en Hore, donde habían servido un año y medio.

En este punto, y para alivio de Rudge, se presentó una criada de aspecto mucho más inteligente, anunciando que miss Fitzgerald lo esperaba en la sala.

(«Es fea», fue la reacción inmediata del inspector, al contemplar por primera vez a la sobrina del difunto almirante Penistone. Y luego: «No, no estoy tan seguro de que lo sea en determinadas ocasiones, aunque necesitaría indudablemente una buena cantidad de maquillaje. Y, diablos, tiene un aspecto muy tristón...»)

Miss Elma Fitzgerald estaba muy pálida. Pero no era la suya una palidez que se pudiera atribuir al temor de un posible accidente sobrevenido a su tío, sino la característica de un tipo especial de cutis, denso y opaco. Era alta y recia, de piernas largas y hombros cuadrados y, evidentemente, le habrían sentado mejor los amplios pliegues de una tela flexible, que la falda y la chaqueta de *tweed* que se había puesto bastante al descuido. Tenía rasgos largos y fuertemente acentuados, pero de dibujo tosco; mandíbulas anchas, barbilla llena y cejas oscuras que casi se juntaban sobre su blanco rostro. Su cabello negro y rebelde estaba peinado en dos trenzas enrolladas sobre las orejas; y bajo los ojos, tan poco abiertos que el inspector no pudo a primera vista precisar su color, había arrugas y bolsas oscuras. La impresión general resultaba tan poco atractiva, que el policía reflexionó que aquello de «uno o dos años por encima de treinta» era una descripción generosa. Con todo, impresionaba como una mujer de personalidad, y bajo una luz más tenue, y con artificios que aclarasen su piel y disimularan las arrugas que la desfiguraban, hasta hubiera podido parecer atractiva.

—Y bien —dijo, con una voz que lograba ser a un tiempo áspera y gangosa—: ¿Qué desea usted?

«Lo cierto es —pensó el inspector— que no parece dispuesta a perder su precioso

tiempo.»

—Lamento tener que comunicarle, miss Fitzgerald —empezó—, que el almirante Penistone ha sufrido un accidente grave.

—¿Ha muerto?

El tono era tan positivo que el inspector sufrió un ligero sobresalto.

—Temo que sí. Pero ¿acaso usted... esperaba la noticia?

—¡Oh, no! —contestó la joven, que aún no había levantado los ojos—. Pero ésta es la forma en que la policía suele comunicarlas, ¿no? ¿Qué ha sucedido?

—Lamento decir que el almirante ha sido asesinado.

—¿Asesinado?

Por un instante los ojos se abrieron del todo. Eran grises, de un gris muy oscuro, y el inspector se dijo que, con pestañas más largas, hasta habrían sido hermosos.

—Pero... ¿por qué?

Como esto era, precisamente, lo que el otro quería saber, se produjo una pausa momentánea.

—Esta mañana, a las cuatro y media se encontró su cadáver —dijo por fin el policía—. Iba en un bote impulsado por la corriente, y lo habían apuñalado en el corazón.

Miss Fitzgerald se limitó a hacer un movimiento de aquiescencia con la cabeza y pareció esperar que continuara.

«¡Maldita sea! —siguió cavilando el inspector—. ¿Es qué no tiene un solo sentimiento natural? Cualquiera diría que le he comunicado que había un gato en el parque.» Y en voz alta dijo:

—Temo que esto represente un gran golpe para usted, señorita.

—No necesita usted tener en cuenta mis sentimientos, inspector —contestó Elma Fitzgerald con una mirada que decía, con más claridad que las palabras: «Y es una grosera impertinencia por su parte hacer indagaciones con respecto a ellos.» Y añadió —: ¿Supongo que tendrá usted alguna idea acerca del motivo... de todo esto? ¿O acerca de quién es el culpable?

—Temo no ver aún el caso con suficiente claridad —repuso el inspector—. Me estaba preguntando si no podría usted...

—Pues no. No puedo —lo interrumpió miss Fitzgerald resueltamente—. No tengo la menor idea —hablaba con lentitud— de por qué podría querer nadie, absolutamente nadie, asesinar a mi tío. Me imagino...

Pero la sentencia quedó inconclusa. Por mucho que esperó, el inspector no logró enterarse de lo que se imaginaba, fuese ello lo que fuese.

—¿Qué desea usted que yo le diga? —prosiguió ella por último y su voz daba a entender a las claras: «Desearía que terminara de una vez y se ocupase de sus propios asuntos.»

—Sólo esto, señorita: ¿cuándo vio usted por última vez al almirante Penistone?

—Anoche. Cuando volvíamos después de comer en la Vicaría.

—¿A qué hora aproximadamente?

El inspector creía en la conveniencia de confirmar su información en todas las fuentes posibles.

—¡Oh!... Algo después de las diez creo. Habían dado las diez exactamente antes de que partiéramos.

—¿Y atravesó el río a remo y entró en la casa con el almirante?

—No. El no vino conmigo hasta aquí. Se quedó atrás, cerrando la casilla de los botes y me dijo que le gustaría fumar un cigarro antes de acostarse. De modo que le di las buenas noches y me vine a casa directamente.

—¿Había alguien aquí cuando entró?

—No. Pero creo que Emery y su mujer acababan de acostarse. Vi encenderse y apagarse las luces mientras me acercaba. Debían de estar cerrando las puertas.

—¿Y qué hizo luego?

—Subí en seguida y me acosté yo también.

—¿No oyó entrar al almirante Penistone?

—No. Pero tampoco presté atención. A menudo se quedaba levantado hasta muy tarde, dando vueltas.

—Tengo entendido —insinuó el inspector— que su tío parecía anoche algo preocupado y deprimido.

—No lo creo. No. ¿Por qué había de estarlo?

—¿No habían tenido ustedes... alguna desavenencia?

—¿Se refiere usted —dijo miss Fitzgerald, con desconcertante perspicacia— a mi matrimonio? Esas son puras habladurías. —Había en su tono una considerable dosis de desdén—. Mi tío no se oponía en lo más mínimo a mi boda. Estaba un poco preocupado, me parece, por la mejor manera de arreglar su aspecto económico, pero ésa era una cuestión que se solucionaría por sí misma a su debido tiempo. Eso es todo.

«Sin embargo —observó el inspector rápidamente— algo más debió haber en el asunto, porque de lo contrario la joven no hubiera adivinado tan pronto el sentido de mis palabras.»

—¿De modo que no puede usted sugerir ninguna explicación sobre la causa de sus preocupaciones?

—No admito ni por un instante que las tuviera —replicó miss Fitzgerald con un leve movimiento que, en el mejor de los casos, significaba una despedida.

—Ya veo... Perfectamente...

Rudge hubiera querido prolongar la entrevista, pero por el momento no se le ocurrió qué otra información podía solicitar y posiblemente fuera del peor gusto permanecer allí sentado, importunando a una dama en el primer estallido de su dolor... si lo tenía. La repentina crispación de una mano fuerte y bastante ancha sugería una emoción por lo menos más intensa de lo que aparecía en la superficie.

—Una sola pregunta más, señorita, y no necesitaré molestarle por más tiempo.

¿Puede darme el nombre de los abogados de míster Penistone?

—Dakers y Dakers. Viven cerca de Lincoln's Inn, creo.

—Gracias. Y si puedo ver ahora los papeles del almirante Penistone... Y a los criados...

—Creo que todos sus papeles están en el estudio. Emery le indicará el camino.

Miss Fitzgerald se inclinó hacia adelante y tocó la campanilla.

—Inspector —dijo con cierta brusquedad—, ¿quiere decirme... qué va a ocurrir ahora? ¿Van a traerlo... aquí?

Era el primer signo de emoción genuina que había revelado su voz, y Rudge se apresuró a asegurarle que el cadáver sería transportado al depósito y que se trataría, por todos los medios posibles, de evitarle más disgustos.

—Gracias —murmuró Elma volviendo a su indiferencia.

Y en ese momento apareció Emery.

—Emery, acompañe al inspector al estudio del almirante y muéstrele todo lo que pida. Y será mejor que ninguno de ustedes salga de la casa. El inspector puede necesitarlos en cualquier momento.

Se recostó en su sillón y no hizo ademán alguno cuando Rudge, con la esperanza de no parecer tan desconcertado como se sentía, siguió a Emery fuera de la habitación.

El estudio del almirante era una habitación del primer piso, amplia y agradable, que miraba al parque y al río. Estaba bastante ordenada, aunque evidentemente no la habían limpiado todavía, ya que había unos cuantos papeles, probablemente de la noche anterior, diseminados sobre el escritorio. Rudge apreció el aspecto general del estudio con una mirada de conocedor, y reflexionó que no le llevaría mucho tiempo obligarlo a librar los secretos que contuviese. Después despachó a Emery, que había andado revoloteando de un lado a otro. «Y me hará usted el favor de no dejar entrar a nadie en la casa por ahora sin consultármelo» fueron sus últimas instrucciones. Emery, con un «Muy bien» mascullado entre dientes, volvió a escurrirse.

El escritorio y un diminuto bargueño colocado cerca de él, eran los únicos depósitos posibles de papeles en toda la estancia. El bargueño no descubrió, al ser abierto, sino unos cuantos recortes de periódicos, bien ordenados. El escritorio tenía echada la llave, pero Rudge se había provisto, previsoramente, del llavero del difunto, y no tardó en abrirlo. Lo primero que encontró fue una pistola perfectamente limpia y con la carga completa, como único contenido de un cajoncito. Dibujó con los labios un silbido inaudible, y procedió a exhumar papel de escribir y sobres, un cajón lleno de pipas, otro con unas pocas cartas de fecha reciente, otro con libretas de cheques, talonarios, formularios de declaración fiscal y otros accesorios financieros, y un quinto que sólo encerraba un sobre de oficio con el nombre de Elma Fitzgerald. Considerando lo dicho por el vicario, el inspector conjeturó que el contenido de este sobre podía tener alguna relación con su caso, y se dispuso a estudiarlo, a modo de preliminar. Lo primero que encontró fue la «Última Voluntad y Testamento de John

Martin Fitzgerald», voluminosa y extensa, aun teniendo en cuenta el carácter habitual de tales documentos, y el inspector, cuyo dominio de la jerga jurídica no era tan profundo como él hubiera deseado, halló cierta dificultad para descifrar sus disposiciones. Llegó, no obstante, a poner en claro unos cuantos puntos. Por ejemplo, que John Martin Fitzgerald era cuñado del almirante, y que por su testamento dividía su fortuna, fuese cual fuere, entre sus dos hijos, Elma y Walter Everett, por partes iguales, «si se comprobaba que este último estaba vivo en el momento de fallecer el testador». En caso contrario, o sea, si se descubría que el hijo había fallecido («supongo que debió desaparecer, o algo semejante —pensó el inspector—, pero de cualquier modo resulta curioso»), Elma Fitzgerald entraría en posesión de toda la fortuna en el momento de contraer matrimonio. En eso estaba Rudge, cuando su atención fue atraída por un tumulto en la planta baja, que parecía un altercado. Tendió un instante el oído y llegó a la conclusión de que, a despecho de sus órdenes, algún visitante debía estar intentando entrar en la casa por la fuerza, y como tenía una violenta desconfianza acerca de la capacidad de Emery para oponerse siquiera a una mosca decidida, bajó al vestíbulo a ver lo que ocurría.

Tal como lo había previsto, se encontró con un mayordomo enrojecido y perplejo aleteando débilmente contra un enfurecido visitante que había penetrado ya hasta el pie de la escalera.

—Lo ordenó el inspector... —balaba el pobre hombre.

—¡Al diablo el inspector! —replicaba el intruso, y al levantar los ojos tropezó con la mirada del susodicho inspector, contingencia que no desconcertó al hombre en lo más mínimo.

Ni falta que le hacía. Cualquiera que fuese su identidad, el intruso era muy capaz de entenderse con una docena de inspectores. Debía tener por lo menos un metro noventa de estatura, con la contextura y el porte de un atleta, especializado, por lo demás, en aquellos lances que exigen una fuerza excepcional. Sobre un par de hombros magníficamente anchos se erguía una elegante cabeza de cuello y cara bronceados por el sol; una mandíbula cuadrada, una breve nariz aguileña, cabello castaño, cortado tan al rape que apenas se advertían sus ondas naturales, y grandes y ardientes ojos color avellana, llameantes con toda la virtuosa indignación de un puntal de la Ley y la Justicia, al sentir la interferencia de la Justicia y de la Ley en sus propios asuntos.

—Le he dicho a míster Holland —volvió a balar Emery— que usted había dado orden de que no entrara nadie sin su consentimiento.

—Y yo le contesté —observó Holland— que iba a entrar de cualquier manera.

—¿Es usted míster Holland? —preguntó el inspector—. ¿Míster Arthur Holland? El otro asintió.

—¿Y quería usted ver...?

—He venido a ver a miss Fitzgerald, y permítame decirle, sea usted quien sea, que tengo prisa. Oiga, Emery, vaya a decirle a miss Fitzgerald que estoy aquí y dese

prisa, ¿quiere?

—Un instante, señor —indicó el policía, al tiempo que una doncella salía de una de las habitaciones que daba al vestíbulo, y empezaba a cuchichear con el mayordomo.

—Si me permite, querría cambiar antes una o dos palabras con usted. ¿Le informó ya este hombre que el almirante Penistone ha...?

—¿... sido asesinado? —completó el joven—. ¿Es ésa una razón para que no pueda ver a miss Fitzgerald? Ella necesitará a alguien...

—Le ruego que me perdone, señor. —Emery se acercó respetuosamente—. Pero miss Fitzgerald se ha marchado.

—¿Se ha marchado?

La exclamación partió simultáneamente de los dos hombres.

—Sí, señor. Acaba de hacerse preparar una maleta y de marcharse en su automóvil, según dice Merton —y señaló a la doncella del vestíbulo—, no hace más de diez minutos.

—¡Hola!

Y con un nuevo silbido mental, el inspector se dio a cavilar sobre esta inesperada incidencia.



3

Brillantes reflexiones acerca de las mareas

por Henry Wade

Ceñudo aún por la fuga de aquel importante testigo, el inspector Rudge se volvió hacia su compañero.

—Si tiene usted la gentileza de pasar al estudio, señor —dijo—, me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

—Pues tendrán que esperar —replicó Holland secamente, dirigiéndose a la puerta de entrada—. Voy a buscar a miss Fitzgerald.

—No, señor.

La voz del policía tenía tal acento de autoridad, que el mismo Holland, de ordinario tan dominante, se vio obligado a dar media vuelta. Rudge no estaba dispuesto a perder dos testigos antes de terminar con ellos.

—Debo rogarle que me escuche usted primero, caballero. No lo demoraré más de lo indispensable.

Con una agria sonrisa, Holland lo siguió hasta el estudio y, negándose a tomar asiento, se apoyó en la alta chimenea.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó—. No perdamos tiempo.

Rudge extrajo su libreta e hizo ademán de disponerse a tomar informaciones de vital importancia, recurso que a menudo le había resultado eficaz con los testigos recalcitrantes.

—Su nombre completo, señor, si tiene la bondad...

—Arthur Holland.

—¿Edad?

—Treinta y tres.

—¿Domicilio?

—Hotel Lord Marshall, en Whynmouth.

Rudge levantó la vista.

—Pero ése no es su domicilio permanente, ¿verdad?

—Espero que no.

—En tal caso, ¿puedo saber cuál es, por favor?

—No lo tengo.

Las cejas del inspector se alzaron y abrió la boca como para discutir el punto, pero luego de pensarlo mejor, dio una chupada al lápiz y escribió, repitiendo las palabras en voz alta: «Sin domicilio permanente», y después de reflexionar un momento, continuó:

—¿Ocupación?

—Soy comerciante.

Rudge pareció levemente intrigado:

—¿Viajante de comercio, señor?

—No, por Dios. Comercio con materiales en bruto, goma, yute, marfil..., toda esa clase de cosas.

—¿En Londres?

Holland se consumía de impaciencia:

—En Londres no se producen, hombre. Estoy ahora en Inglaterra buscando mercados.

—¡Ah! —El inspector tuvo la sensación de acercarse a un punto esencial—. Entonces, ¿querría usted decirme en qué parte del mundo obtiene sus materiales en bruto para el mercado londinense?

—No he hablado de mercado londinense. Dije que estaba en Londres buscando mercados. Londres no es más que un centro; los mercados pueden estar en cualquier parte del mundo.

Las preguntas irritablemente estúpidas del inspector iban extrayendo de Holland más información de la que éste había pensado dar.

—Perfectamente, pero no ha respondido a mi pregunta. ¿En qué parte del mundo se procura usted el material para el que está tratando de encontrar un mercado?

—¡Oh! En cualquiera donde me parece que la producción es buena en un momento determinado —contestó Holland vagamente—: Birmania, Kenya, Sudáfrica, la India... Ando de un lado para otro... —y vaciló.

—No me sería muy difícil averiguarlo, señor —dijo Rudge con mucha calma—. Pero preferiría que me lo dijera.

La respuesta llegó con lentitud y casi de mala gana:

—En China.

—Ya veo. ¿Y no tiene ninguna sede particular o permanente en China?

—No.

El inspector Rudge volvió una hoja y recommenzó.

—Vayamos ahora a la noche pasada. ¿Estaba usted en el Lord Marshall anoche?

—Estaba, sí.

—¿A qué hora llegó?

—Llegué a Whynmouth exactamente antes de las nueve.

—¡Ah! ¿En el expreso?

—Sí.

—¿De Londres?

—Sí.

—¿Y dónde pasó la velada?

—En Whynmouth.

—¿No vino usted aquí a ver a su dama?

—Sabía que iba a comer afuera. Permanecí en Whynmouth.

—Demostró usted mucha paciencia, señor. ¿Y se quedó en el hotel?

—Di un paseo por la orilla del mar antes de comer. Me acosté temprano.

—¿Tal vez alguien pueda confirmar sus declaraciones acerca de sus movimientos?

El tono del inspector era indiferente, demasiado indiferente. Las pupilas de Holland se contrajeron.

—¿Sospecha usted que yo asesiné al almirante? —interrogó ásperamente.

—¡Oh no, por Dios, no! ¿Cómo podría sospechar? Ni siquiera conocía su existencia hace cosa de una hora. Curioso, ¿no? Es, simplemente, cuestión de rutina. Nos gusta conocer (y, dentro de lo posible, confirmar) las idas y venidas en el momento del crimen de todos los que, de un modo u otro, pudieron tener alguna vinculación con el muerto. Me pareció posible que supiera de alguien en condiciones de confirmar su declaración.

—¿Cómo podría probar nadie que estuviera o no en la cama? Tengo la costumbre de dormir solo. Curioso, ¿no? —remedó Holland con un mohín despectivo.

—¡Ah! ¿Entonces usted sabe que el crimen fue cometido después de que se fue a acostar?

Holland se le quedó mirando.

—¿Cómo diablos podría saberlo? Simplemente, lo he oído decir.

—Muy bien, señor, muy bien. Tal como yo, simplemente, oí hablar de usted. Volvamos ahora a miss Fitzgerald. ¿Tiene usted alguna idea de adónde ha ido?

—Ni la más remota.

—Pero cuando se precipitó en su seguimiento hace unos instantes, debió tener alguna idea acerca de dónde buscarla...

—Podría haber ido a Londres.

—¿Y usted podría encontrarla en Londres...?

—Podría.

—Entonces acaso fuese conveniente que lo hiciera, y le rogara que volviese aquí sin demora.

Holland asintió.

—Se lo diré. Pero ella es muy capaz de hacer lo que mejor le parezca.

—Lo sensato sería que le pareciera bien regresar, señor. En todo caso, tendrá usted la gentileza de mantenerse en contacto con nosotros, ¿verdad?

El otro se detuvo, ya con la mano en el pomo.

—¿Debo entender que quedo bajo vigilancia, o como quiera que ustedes lo

llamen?

—No lo haré seguir por nadie. Pero me agradecería que se mantuviera en contacto con nosotros.

Con un gruñido, el «joven pretendiente» de miss Fitzgerald abrió la puerta de par en par y salió de la habitación.

Había una sonrisa en el rostro del inspector Rudge cuando oprimió el timbre.

—Me gustaría ver a la doncella de miss Fitzgerald, Emery. Creo recordar que usted dijo que se llamaba Merton.

Un minuto más tarde, Merton, sentada al borde de una silla, contemplaba nerviosa al imponente inspector de policía. Era una muchacha inglesa de aspecto fresco y unos veintiséis años aproximadamente, atrayente sin ser en realidad bonita, y a todas luces inteligente. El inspector Rudge resolvió de inmediato hacerla sentir a gusto, una de sus formas de interrogatorio favoritas.

—¿Se llama usted Merton? —preguntó con una sonrisa amistosa—. Me suena un poco estirado. Espero que tendrá usted algún otro nombre, ¿no?

—Mi nombre de pila es Jennie, señor.

—¡Ah! Eso me gusta más. Bien, Jennie, éste es un triste asunto, y no quiero perturbarla más de lo indispensable, pero debo hacerle unas cuantas preguntas sobre sus señores. Como comprenderá, no sé nada de ellos. No han vivido aquí mucho tiempo, ¿verdad?

—No, señor. Apenas un mes.

—¿Estaba usted a su servicio desde antes de que llegaran?

—¡Oh no! Vine de Whynmouth. No he estado aquí más que tres semanas.

—¡Ah! ¿De modo que miss Fitzgerald no traía doncella cuando llegó?

—Sí, traía una, francesa, que decía llamarse mademoiselle Blanc, aunque miss Fitzgerald la llamaba Célie. No se quedó mucho tiempo. Les dijo a las otras muchachas que esto era una funeraria, una «casa de muertos» decía ella. No sé si se refería a Rundel Croft o a Whynmouth, pero supongo que el lugar le parecería muy triste. En todo caso, lo cierto es que hizo sus maletas, y se marchó sin esperar a que se cumpliera el mes y hasta sin cobrar su sueldo, según dicen las chicas. Miss Fitzgerald tuvo que ir muy apurada a la Agencia Marlow, en busca de otra doncella, y como no tenían ninguna disponible, pero sabían que yo había tenido esa colocación, aunque ahora estoy viviendo con mi madre, que no está bien, me llamaron y acepté para hacerle un servicio.

Esta última frase, aunque bastante enmarañada, tuvo el mérito de explicar la situación. El inspector Rudge hizo un gesto de asentimiento.

—Ya veo. ¿Así que, en realidad, no conoce usted bien a miss Fitzgerald...?

—No muy bien. Pero tengo ojos.

—No lo dudo. ¿Y qué vio con ellos?

—Pues que a mí no me parecían ni mucho menos tío y sobrina.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Por la forma en que ella le hablaba, seca y sarcástica, que daba más la impresión de una esposa. No quiero decir que hubiera nada *malo*...

—Pero él era lo bastante viejo para ser su tío... o su padre, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! Si usted cree que eso cuenta...

—¿Parecían profesarse afecto?

—No lo demostraban mucho.

—¿Más bien lo contrario?

—La verdad es que no podría decirlo. Mi trabajo no me daba muchas oportunidades de verlos juntos. La veía a ella solamente.

Evidentemente, Jennie tenía la impresión de haber dicho ya demasiado.

—Bueno, hablemos de ella, entonces. Naturalmente, sabría usted que estaba comprometida con mister Holland...

—Así me lo dijo.

—¿Parecía enamorada de él?

—No podría asegurarlo.

—¿No los veía mucho juntos?

—Poco. Pero jamás los vi besarse, ni cogerse la mano.

Esto era claramente significativo.

—Y ahora dígame, Jennie, ¿cuidaba mucho miss Fitzgerald de su apariencia?

Jennie abrió los ojos.

—Es curioso que me pregunte usted eso, señor, porque me intrigó siempre. A veces no se preocupaba, y a veces sí. Algunos días estaba completamente desaliñada, como esta mañana, y otros se componía hasta quedar verdaderamente elegante.

—¿Y cuándo ocurría eso? ¿Cuándo venía su pretendiente?

—Nunca pude descubrir cuándo lo hacía, o por qué. Pero para él no era... Anoche, por ejemplo, estaba encantadora. Le llevó una hora vestirse, cuando por lo general se pone y saca sus cosas en cinco minutos. Ese vestido blanco que llevaba puesto era su favorito: de gasa con una chaqueta de encaje crudo, y siempre lo adornaba con una flor artificial de color.

—Me gustaría echar un vistazo a ese vestido —dijo Rudge—. Lo he oído mencionar más de una vez.

—Pues ésa es otra cosa —contestó Jennie, quien, como Rudge se había propuesto, se sentía ahora completamente a sus anchas—. ¡Se lo ha llevado! Me indicó que no le pusiera en la maleta más que alguna ropa de dormir, una muda y un par de medias, pero debe de haberlo metido ella misma, después de terminar yo con lo demás.

—¿Pero no se lo llevó usted... para cepillarlo, o hacerle alguna otra cosa, cuando la despertó esta mañana? —preguntó el inspector, tanteando entre misterios entrevistados.

—¡Ésa es otra! No la desperté antes que usted llegara. Le gusta dormir hasta tarde. Pero cuando fui a comunicarle que estaba usted aquí, y me dispuse a recoger su

vestido, sus zapatos y todas sus cosas para llevármelos, ella me hizo con la mano ademán de que marchase porque quería levantarse. Me marché, como es natural, pero más tarde volví a buscarlos, ¡y habían desaparecido!

—¡Desaparecido! ¿Toda la ropa que llevaba anoche?

—El vestido, los zapatos y las medias.

—¿No los buscó?

—¡Claro que lo hice! No estaban en ninguna parte.

—¿Y por eso supone que ella se lo llevó todo?

—Debió hacerlo. De lo contrario, ¿dónde podrían estar?

El inspector Rudge miró pensativo a la muchacha, movió la cabeza asintiendo y extrajo la libreta que no había salido aún a relucir en el curso de esta entrevista.

—Entiendo, Jennie. Gracias. No la retengo más. No hable con nadie de ese vestido ni de esas ropas, pero búsquelos cuidadosamente y hágamelo saber si los encuentra.

Cuando la joven se hubo marchado, el inspector Rudge volvió a sentarse en su silla y reflexionó sobre lo que acababa de oír. La opinión de la criada sobre las relaciones existentes entre Elma Fitzgerald y su tío, así como entre ella y su *fiancé*, podía ser completamente errónea; el problema de la espasmódica atención dedicada por la dama a su atavío escapaba por el momento de su dominio, pero la desaparición del vestido y de los zapatos que usaba en el momento de la tragedia —o por lo menos, la noche de la tragedia—, ¿no era acaso significativa? ¿Tendría ella algo que ver con la muerte de su tío? No se había mostrado sorprendida ni angustiada al oír la noticia, pero si hubiera sido culpable, o si hubiera estado enterada de ella, ¿no habría simulado ambas cosas? De todos modos, era demasiado temprano para permitirse conjeturas, sin hablar de teorías: había que reunir primero muchos datos más.

Por ejemplo, acerca del periódico. ¿Cómo habría ido a parar al bolsillo del difunto? Rudge sabía que la última edición de la *Evening Gazette* no llegaba a Whynmouth hasta las 8.50 (en el mismo expreso —anotó incidentalmente— en que había llegado Arthur Holland). Sin duda entregarían un ejemplar en Rundel Croft, pero no antes de las nueve y el almirante había salido de la casa a las 7.15, para comer en la Vicaría. A menos que hubiese recogido un ejemplar allí, todo parecía indicar que Penistone había regresado a Rundel Croft después de marcharse a las diez de la Vicaría. Pero en tal caso, ¿por qué estaba el periódico en el bolsillo de su sobretodo? ¿Había ido a buscarlo para leerlo fuera (cosa que no parecía verosímil), o en el camino de regreso a Rundel Croft se había encontrado con alguien que se lo dio, y que no podía ser el muchacho encargado del reparto, porque ya era demasiado tarde para ello? Alguien que había salido con el periódico, acaso desde Londres... Arthur Holland, por ejemplo, que había pasado la velada en la playa, y se había ido a acostar temprano..., según decía. Pero éstas eran también conjeturas, y lo que hacía falta eran hechos.

Rudge oprimió el timbre.

—Emery, ¿recibía su amo la última edición de la *Evening Gazette*?

—Sí, señor. El muchacho de Tolwhistle la trae todas las noches. Llega alrededor de las nueve.

—¿Y anoche vino?

—Sí, señor —contestó Emery, con una mirada un tanto sorprendida en su rostro rechoncho.

—¿Dónde la puso?

—En el vestíbulo, señor.

—¿Sigue allí todavía?

—No sabría decírselo.

—Vaya a ver, y si no está averigüe si alguien la ha sacado al hacer la limpieza.

Con aspecto más perplejo que nunca, Emery salió cabizbajo. Rudge calculó que pasarían por lo menos diez minutos antes que el mayordomo volviera con su paso de tortuga, de modo que tomó el teléfono que había sobre el escritorio y llamó a casa de Tolwhistle, el librero de Whynmouth. La línea estaba ocupada y, mientras aguardaba, el inspector permitió que su pensamiento volviese al vestido extraviado. Recordaba que cuando envió a Emery a rogar a miss Fitzgerald que bajase para hablar con él, pasaron diez minutos antes de que el mayordomo regresara, y por fin lo hizo con la información de que la joven bajaría *al cabo de un cuarto de hora*.

Hubo, en efecto, un intervalo de veinticinco minutos entre el momento en que envió el mensaje y la llegada de miss Fitzgerald. ¿Acaso su atavío —desaliñado en grado sumo— justificaba o explicaba una demora tan larga? ¿Era posible que la misteriosa «sobrina» hubiese empleado aquel lapso en esconder las ropas que...?

Sonó la campanilla del teléfono.

—¿Con la casa de Tolwhistle? Quiero hablar con el señor Tolwhistle, por favor. ¿Es usted, señor Tolwhistle? Le habla el inspector Rudge. Necesito una información absolutamente confidencial. Parece insignificante, pero no lo es. ¿Suministra usted periódicos al reverendo Mount, vicario de Lingham? ¿Sí? ¿Recibe la última edición londinense de la *Evening Gazette*? ¡Ah, conque abandonó la suscripción a fines del año pasado! ¿Qué le dijo? Que le estropeaba la lectura del diario de la mañana... Entiendo. ¿No sería posible que la recibiera por otro conducto? No, usted se habría enterado, por supuesto. Gracias, señor Tolwhistle. Mantenga reserva sobre mis preguntas. Algún día se las explicaré.

Esto descartaba la posibilidad de que el almirante hubiese obtenido el periódico en la Vicaría. Quedaba la alternativa de que hubiese regresado a la casa, tomado el periódico y vuelto a salir, o de que se hubiese encontrado fuera con alguien que, por alguna razón, se lo hubiese dado.

Impaciente por la prolongada ausencia de Emery, Rudge se dirigió en su busca. No había señales del mayordomo, pero el agente de policía Hempstead estaba de pie en el vestíbulo.

—He venido a informar que el cadáver ha sido llevado al empresario de pompas

fúnebres, señor. Lo entregué yo personalmente y me procuré un recibo.

El inspector pestañeó. Aquí había eficiencia llevada al extremo.

—Perfectamente —contestó—. Me parece haberle oído decir que esta casa no estaba en su distrito...

—No, señor, pero el cadáver fue hallado en él.

—¿Y considera deber suyo aclarar el motivo de su presencia?

—Es usted quien ha de decirlo, señor. Rudge sonrió burlonamente. No se le escapaba que aquel joven policía de ojos vivaces estaba ansioso por intervenir en las pesquisas.

—Muy bien —admitió—. Aquí tiene un trabajo para usted: baje al cobertizo de los botes y averigüe si el sargento Appleton ha encontrado algo significativo. No. Yo iré con usted. Si hay algo, necesitaré verlo por mí mismo, y no debemos tener allí a nuestro sargento todo el día.

Y así, olvidándose por completo del periódico, el inspector Rudge acompañó a P. C. Hempstead, a través del parque, hasta el cobertizo de los botes. De camino preguntó a su subordinado si no había advertido en el caso algo peculiar.

—Una o dos cosas, señor. En primer término, las ropas del cadáver estaban casi secas..., la espalda completamente. Pero anoche cayó un rocío muy denso. Si hubiera estado tendido en el césped, o aun en el bote, desde la medianoche (recordará usted, señor, que el doctor Grice fijó el momento de la muerte antes de medianoche), ¿no hubieran estado húmedas las ropas?

El inspector Rudge miró a su compañero con interés.

—¿Y qué infiere usted de eso? —interrogó.

—Que el almirante fue asesinado bajo techo, y que se le dejó bajo techo, o por lo menos a cubierto por algún tiempo, después de haber sido asesinado.

Rudge permaneció silencioso tanto rato que Hempstead empezó a temer haberse excedido en el cumplimiento de sus deberes. Sin embargo, cuando llegaban a la casilla, el inspector dijo:

—Es un detalle muy interesante el que usted ha observado. Hablaremos de él más tarde.

En aquel momento hizo su aparición el sargento.

—Hola, Appleton, lamento haberlo hecho esperar. ¿Encontró algo?

El sargento de policía Appleton era un hombre macizo, de aspecto solemne, más valioso como detective por su capacidad para seguir pistas menudas que por su brillo para extraer teorías de ellas.

—Sólo dos puntos significativos, señor. Este bote está muy limpio. Da la impresión de haber sido fregado recientemente. Ese es el primero. El otro es que su proa mira hacia adentro, y los hijos del vicario me han dicho que el almirante acostumbraba entrar siempre de popa, para que el bote quedase en la posición adecuada en el momento de salir.

—¡Ah! Un truco de la Armada, ¿eh? Vale la pena tenerlo en cuenta. ¿Nada más?

¿No hay sangre ni señales de lucha, huellas de pies o impresiones digitales?

—De las dos primeras cosas nada, señor.

Hay dos o tres buenas huellas de pies, que he cubierto con tablas, y parece haber cierta cantidad de impresiones digitales en todo el bote y en los remos.

—Tendremos que examinarlas después. ¿No tiene ninguna teoría, Appleton?

—Ninguna, señor.

El inspector Rudge se sentó en la ribera, e indicó a sus subordinados que se reuniesen con él.

—Vamos a encenderla —dijo, sacando una pipa de su bolsillo—. Se piensa mejor fumando, y ahora tenemos que pensar. En primer término, sobre el sombrero del vicario. ¿Por qué estaba en el bote?

—Tal vez lo puso allí el culpable para arrojar sospechas sobre el pastor —aventuró el sargento Appleton.

—¿Tiene algo mejor que sugerir, Hempstead?

—La otra alternativa es que el mismo vicario lo hubiese dejado allí y lo hubiese olvidado, señor.

—Declaró positivamente que llevaba puesto el sombrero cuando salió a despedir al almirante después de comer, y que lo dejó sobre el banco de la glorieta.

—Pero, suponiendo que después de eso hubiese estado en el bote...

—Ah, usted insinúa... Bueno, lo que insinúe carece de importancia. Pasemos a otro punto. ¿Por qué estaba entonces cortada la amarra?

—Porque alguien tenía mucha prisa —propuso Appleton.

—O porque alguien quiso sugerir que el bote había sido robado —murmuró Hempstead.

—Y los toletes estaban desmontados —añadió el inspector, contribuyendo con su parte de conjeturas—, o bien porque el cadáver fue arrojado al bote del vicario desde otro bote, para que flotara en aquél a la deriva, o bien... para sugerir esta explicación. ¿No, Hempstead?

—Es posible, señor.

—Y ahora, ¿puede alguien explicar por qué se encontró el cadáver en el punto y a la hora en que fue encontrado?

El sargento Appleton cobró bríos.

—Sí, señor —dijo—, lo pensé mientras estaba esperando. Admitiendo como exacta la opinión del doctor Grice, que fija la hora del crimen hacia la medianoche, si el bote hubiera sido soltado a esa misma hora, habría salido directamente al mar, porque el reflujo estaba entonces en su plenitud. Mi teoría es que el crimen debió cometerse varios kilómetros aguas arriba, y que antes de que el bote llegara a Whyemouth la marea cambió y lo impulsó en sentido contrario, hasta el lugar donde fue encontrado.

—¿A qué hora cambia la marea?

—Según míster Ware, señor —contestó Hempstead—, cambió a las cuatro menos

cuarto de la madrugada.

—Bueno, desarrollemos el punto. El nos dijo, como usted recordará, Hempstead, que el bote debió tardar entre cuarenta y cuarenta y cinco minutos en llegar desde la Vicaría hasta el lugar donde él estaba cuando se le aproximó. ¿A qué hora fue eso?

—Pasadas apenas las cuatro y media, señor.

—¿Lo que significaría que salió... o pasó por la Vicaría, hacia las cuatro menos diez..., sólo cinco minutos después que cambiase la marea?

—Exacto, señor.

—Querría entonces decir que si se le soltó desde aquí, o desde la Vicaría, debió haber sido sólo un poco antes de las cuatro menos cuarto de la mañana, porque de otro modo no hubiera podido volver donde Ware lo encontró, en el momento en que lo hizo. Pero a las cuatro menos cuarto la claridad es casi total. No debieron botarlo tan tarde. Parece como si la hipótesis de Appleton fuera la exacta.

La sonrisa de Appleton era radiante, pero P. C. Hempstead conservaba una expresión obstinada, que no le pasó por alto al inspector.

—Desembuche, Hempstead —lo invitó alentadoramente—. Veo que también usted tiene su teoría.

—Pues sí, señor. Si me permite sugerirlo, les diré que han descuidado ustedes la marea baja. Aproximadamente una hora antes del cambio, la marea es tan débil que apenas se percibe. En ese lapso es posible que un bote vaya y venga contra la orilla durante un tiempo bastante largo. Mi teoría, como usted ya sabe, señor, es que el cadáver no estuvo en el bote el tiempo suficiente para que el rocío humedeciera las ropas. Si la persona que cometió el crimen era un forastero en la región, no pudo tener en cuenta la acción de las mareas, y contar con que el bote saliese directamente al mar. Pero lo que sucedió fue que el bote flotó apenas unos cien metros, y luego, al debilitarse la marea, quedó cerca de la orilla. A las cuatro menos cuarto, cuando la marea cambió, volvió a ponerse en movimiento, y el flujo lo llevó hasta el lugar donde lo encontró Neddy Ware a las cuatro y media.



4

Conversación pura

por Agatha Christie

—También esa teoría es bastante buena —dijo Rudge, que creía en la conveniencia de mostrarse siempre diplomático con sus subordinados, y en esta oportunidad ningún cambio en su fisonomía indicó cuál de las dos hipótesis le parecía más acertada.

Meneó la cabeza una o dos veces, en señal de aprobación, y se puso en pie. Después miró hacia atrás, en dirección a los árboles que rodeaban el cobertizo.

—Hay una cosa que me preocupa —dijo por fin—. Me pregunto si querrá decir algo...

Appleton y Hempstead lo miraron inquisitivamente.

—En la conversación que sostuvo conmigo, el vicario declaró haber visto el vestido blanco de miss Fitzgerald a través de los árboles.

—Mientras ella se dirigía hacia la casa. Sí, señor, lo recuerdo. ¿Encuentra algo sospechoso en esa declaración?

—No. Supongo que es perfectamente posible. Miss Fitzgerald llevaba un vestido de gasa blanco, con chaqueta de encaje crudo. Pero si el vicario vio el vestido, claro está que ella no podía llevar puesta ninguna chaqueta, ni abrigo. ¿Y por qué iba a llevarlo, después de todo? Era una noche bastante calurosa.

—Así es, señor.

Appleton parecía desconcertado.

—Por otra parte, cuando el almirante fue descubierto llevaba encima un grueso abrigo color castaño. ¿No les parece un poco incongruente?

—Pues..., sí. Supongo que es un poco extraño que la señorita no llevase otro abrigo que una chaqueta de encaje, mientras que el almirante... Sí, señor, comprendo su insinuación.

—Voy a pedirle, sargento, que vaya en un bote hasta la Vicaría, y pregunte allí si el almirante llevaba anoche un gabán.

—Perfectamente, señor.

Cuando el sargento se hubo marchado, el inspector se volvió hacia Hempstead.

—Y ahora —dijo, guiñando un ojo—, voy a hacerle una pregunta.

—Usted dirá, señor.

—¿Quién es el charlatán más grande de Whynmouth?

P. C. Hempstead sonrió a pesar suyo.

—Mistress Davis, señor, la propietaria del Lord Marshall. Nadie puede meter baza cuando ella está cerca.

—Una perfecta chismosa, ¿no es eso?

—Sin duda alguna, señor.

—Bueno, pues es exactamente lo que necesito. El almirante era un recién llegado en esta comarca, y siempre corren chismes sobre un recién llegado. Por noventa y nueve rumores falsos, puede haber una verdad que alguien haya advertido y observado. Ahora bien, últimamente la atención ha estado concentrada en Rundel Croft. Necesito saber lo que ha trascendido a los chismes de la aldea.

—Entonces, mistress Davis es la persona que a usted le conviene, señor.

—También quiero ir al West End y entrevistar a míster Wilfrid Denny. Aparentemente, es la única persona del vecindario que conocía algo al difunto. Posiblemente sepa si el almirante tenía algún enemigo.

—¿Cree usted que vino aquí a ocultarse, señor?

—No precisamente a ocultarse. Llegó abiertamente y bajo su nombre verdadero. No es cosa insólita en un marino retirado. Pero ese revólver cargado en el escritorio cuenta toda una historia. Eso sí que no es casual. No me vendrá mal conocer un poco más a fondo la carrera del almirante. ¡Ah, aquí vuelve el sargento!

Pero el sargento no volvía solo. Lo acompañaban los dos muchachos de la Vicaría, y sus rostros, ansiosos y juveniles, estaban encendidos de curiosidad.

—Diga, inspector —gritó Peter—. ¿No podríamos nosotros colaborar de algún modo? ¿No nos podría dar un trabajo de alguna clase? ¡Es fantástico que hayan asesinado *precisamente* al viejo Penistone!

—¿Por qué *precisamente*, caballero?

—¡Oh, no lo sé! —y el muchacho se ruborizó—. Era tan... tan correcto, y tan *naval* Todo reverencias y compostura. La clase de sujeto que lo miraría a uno de arriba abajo si se olvidaba de decirle «señor» una sola vez.

—Un individuo atiborrado de reglamentos y de disciplina, ¿eh?

—Creo que eso es lo que quise decir. Vivía con años de atraso.

—No me parece que fuera malo el viejo pelma —concedió Alec con magnanimidad.

El inspector se volvió hacia Appleton.

—¿Qué hay del sobretodo?

—El almirante no llevaba sobretodo cuando llegó anoche a comer, señor.

—Ni tenía por qué llevarlo —amplió Peter—. Un paseíto por el río y ya estaba en casa. ¿Para qué llevar sobretodo? La Fitzgerald tampoco llevaba abrigo.

—¿No estaba *divina*? —intervino Alec mordazmente—. Toda de blanco, como una novia ruborosa. Y en realidad, vieja como el mundo.

—Bueno —dijo Rudge—, debo ponerme en marcha.

—Pero, inspector, ¿*nosotros* qué hacemos?

Rudge sonrió con indulgencia.

—¿Qué les parecería si ustedes dos, caballeros, buscasen el arma? —sugirió—. No estaba en la herida. Quizá se halle en algún punto de la orilla.

Y se retiró, sonriendo para su capote. «Eso los tendrá ocupados —se dijo— y no perjudicará a nadie. Hasta podrían encontrarla. Cosas más raras han sucedido.»

Mientras subía a su automóvil y guiaba en dirección a Whynmouth, su cerebro traba jaba activamente. Lo del diario de la tarde estaba ya aclarado. El almirante debió regresar a la casa en algún momento entre las diez y las doce de la noche, calarse un sobretodo y deslizar el periódico en su bolsillo. Luego había vuelto a salir... ¿Pero adónde? ¿Habría sacado el bote? ¿Habría navegado río abajo, o río arriba, para acudir a alguna cita? ¿Habría caminado hasta alguna casa cercana...?

Por el momento, la cosa era un misterio.

Al llegar a Whynmouth, Rudge detuvo su coche frente al hotel del pueblo.

El Lord Marshall se enorgullecía de su ambiente de antigüedad. El vestíbulo era oscuro y angosto, y el decidido visitante se desconcertaba al no encontrar a nadie a quien acudir. De ordinario, engañado por la penumbra general, se dirigía a uno de los huéspedes, que lo rechazaba fríamente. En las paredes se veían grabados humorísticos de temas deportivos y varias vitrinas con peces.

Rudge se orientó bastante bien. Atravesó el corredor y llamó a una puerta que decía: «Privado». La voz chillona de mistress Davis lo invitó a entrar. Al verle, la dama hizo una inspiración profunda y empezó, sin perder un segundo:

—El inspector Rudge, ¿no es cierto? Lo conozco bastante de vista, como conozco a todo el mundo por estos contornos. Y no sólo de vista, para ser precisa, porque alguna que otra vez le hemos pasado alguna información, aunque me atrevería a decir que usted no debe acordarse. Pero, como yo digo siempre, ser muy conocido por la policía no es exactamente un honor, y me complace mucho que no nos hayamos conocido antes personalmente. Y debo asegurarle, inspector Rudge, que no ha podido usted hacer nada más acertado que venir a verme esta mañana. Teniendo en cuenta que es nuevo en la región... No lleva aquí más de dos años, ¿no es cierto? ¿O tal vez tres? ¡Cómo pasa el tiempo! Es lo que yo siempre digo. No bien ha terminado una comida, cuando llega la hora de la otra. Y la cena, yo la sirvo con la mayor puntualidad. ¡Esta gente moderna que llega en automóvil a las ocho o las nueve, pidiendo de comer! Una cena fría, puedo servirles, les digo, pero la verdadera cena se sirve a las siete, y después todos quedan en libertad para salir a caminar por los alrededores. ¡Bastante agradable que es salir a la playa en una noche de verano! Así opinan los jóvenes... Y hasta los de más edad.

Ante la necesidad de volver a llenar sus pulmones, mistress Davis hizo una pausa durante un momento infinitesimal. Era una mujer agradable, de unos cincuenta años, con aspecto de buen humor y vestida de seda negra. Llevaba un relicario de oro y unos cuantos anillos.

Sin dar a Rudge la menor posibilidad de hablar, se lanzó directamente al tema.

—No necesita usted decirme el objeto de su visita. Es a causa del almirante Penistone. La noticia me llegó hace una media hora, y me dije: «Bueno, hoy estamos aquí, y mañana hemos desaparecido.» Aunque no todos desaparecemos de esa forma, por lo menos así lo espero ardientemente. Herido en el corazón con un instrumento de hoja angosta, ¿no? Con toda seguridad que se trata de un estilete, eso fue lo que yo pensé en seguida. Uno de esos horribles y asesinos estiletos de los italianos. En Nueva York los llaman «wops» (me refiero a los italianos, no a los estiletos). Y acuérdesese de lo que le digo: ya verá que quienquiera que sea el que asesinó al almirante, es alguien que ha estado en Italia. No puede haber sido un italiano, naturalmente... porque aquí no hubiera pasado inadvertido. En mi juventud solían vender helados, pero me atrevo a afirmar que han prosperado mucho, y ahora tienen mercaderías de más valor. No. No hay muchos extranjeros en Whynmouth, con excepción, claro está, de algunos norteamericanos, y ellos tampoco son lo que podríamos llamar extranjeros, sino una especie rara de ingleses, así es como yo los veo... ¡Hay que oír las historias que les cuentan esos barqueros! ¡Vergüenza debería darles! ¡Y los pobres inocentes se las tragan! Pero me estoy saliendo del tema. Y por cierto que es un tema bien triste. —Meneó la cabeza, aunque sin exagerar una expresión de melancolía—. No es que se pudiera decir que el almirante se había convertido ya en uno de los nuestros. ¡Qué va! Si sólo pasó por Whynmouth una media docena de veces. Apenas si lo conocíamos de vista. ¡Y su sobrina! Una joven sumamente extraña, según *mi* opinión personal, míster Rudge. He oído cosas muy raras acerca de *ella*. Su galán para en este momento en la casa. Llegó anoche en el tren de las ocho y media. Y si me pide usted mi opinión, le diré que no.

—¿Cómo? —interrogó Rudge, completamente desconcertado por la repentina y dramática pausa que cortó el torrente del discurso.

—He dicho que «no» —repitió mistress Davis, sacudiendo violentamente la cabeza.

—¿Pero «no» qué? —insistió el inspector, todavía perplejo.

—Si usted me pregunta si a mi juicio es él el asesino, le contesto que no.

—¡Ah! Ahora entiendo. Pero yo nunca sugerí semejante cosa.

—Con palabras, no, pero es lo mismo. Dejémonos de rodeos y vayamos al grano, como solía decir el difunto Davis. Yo no soy persona de andarme por las ramas.

—Lo que me disponía ahora a preguntarle era...

—Ya sé, ya sé, míster Rudge —lo interrumpió mistress Davis tranquilamente—. Si míster Holland salió o no salió anoche, es cosa que no puedo decirle. Tuvimos que atender la llegada de varios autocares de excursión, y no es posible estar en todo. Quiero decir que no se puede estar en dos partes a la vez. Y con eso de que el gas está muy bajo, y una cosa y otra... Este año pienso instalar la electricidad. Las cosas viejas son excelentes, pero la gente ya no soporta ciertas incomodidades. El año pasado hicimos instalar agua caliente, y éste electricidad. ¡Caramba, pues otra vez me

he salido del tema! Lo que iba a decirle era... ¿Qué era lo que iba yo a decirle?

El inspector le aseguró que no tenía ni la más remota idea.

—El almirante Penistone era amigo de sir Wilfrid Denny, ¿no? —preguntó sin perder tiempo.

—¡Ese sí que es un perfecto caballero! ¡Siempre tiene una palabra amable y una broma para todo el mundo! Es una vergüenza que ande tan mal de dinero el pobre señor. ¡Ah sí! Él y el almirante se conocían. Dicen que ésa fue la razón de que el almirante se viniera a instalar aquí. Pero yo no puedo asegurar nada. Hay quienes dicen que a sir Wilfrid no le hizo mucha gracia que el almirante se afincase aquí. Pero la gente dice cualquier cosa, ¿no le parece? A mí, por mi parte, no me gusta murmurar. Los chismes hacen demasiado daño. Si se deja quieta la lengua no se puede errar mucho: ése es mi lema. Pero lo que es una perversidad es haberse llevado el bote del vicario para complicar en el crimen al pobre caballero. ¡Cómo si no hubiera tenido bastantes quebraderos de cabeza en su vida!

—Los ha tenido muy graves, ¿no?

—Pues sí, aunque hace ya mucho tiempo. Los chicos tenían cuatro y seis años. ¿Cómo pudo ella hacer eso? No lo dude, una mujer que abandona a su marido y a sus hijos debe de valer muy poca cosa, sobre todo cuando el marido es un buen cristiano, como el vicario. (Podría nombrarle a unos cuantos que merecen que se les abandone.) Lo que no consigo entender es que dejase a sus hijitos. Y era una señora muy bondadosa, según dicen. Yo no la vi nunca personalmente, el hecho ocurrió antes que míster Mount llegase aquí y he olvidado con quién se escapó, pero siempre oí decir que se trataba de un buen mozo. Esos buenos mozos tienen suerte con las mujeres, para qué vamos a negarlo. Me pregunto qué habrá sido de ella. ¡Ah sí! La vida es un embrollo muy triste. ¡Pues no me he salido nuevamente del tema! Estábamos hablando de míster Holland, que por cierto también es un buen mozo. Y sin embargo dicen que miss Fitzgerald no parece juzgarlo así, a pesar de estar comprometida para casarse.

—De modo que eso dicen...

Mistress Davis agitó significativamente la cabeza.

—Por lo demás, tampoco sé para qué quería el almirante ver a míster Holland —prosiguió—, pero se me ocurrió que acaso la joven deseara romper su compromiso y encargó a su tío esa desagradable misión. Aunque no veo por qué el asunto no podía esperar hasta la mañana siguiente. Me atrevo a decir que esto es lo que debió pensar el almirante, y que ése fue el motivo de que cambiara de opinión y dijera que tenía que alcanzar un tren.

El inspector Rudge hizo un esfuerzo heroico para interpretar esta enigmática declaración.



5

El inspector Rudge empieza a concebir una teoría

por John Rhode

El inspector Rudge asumió una expresión de profunda admiración.

—¡Palabra de honor, mistress Davis, que hace falta ser una mujer como usted para atar cabos de ese modo! —exclamó—. Claro que el almirante no pudo haber alcanzado el tren, ahora que usted me hace caer en ello.

Mistress Davis cloqueó con muy buen humor.

—¡Ah, con que se burla de mi! —dijo—. No sé por qué será, pero la mayoría de mis visitantes parecen encontrar chistoso lo que les digo. Tal vez resulte conveniente, después de todo, porque así están siempre animados y alegres. Es lo que yo digo: hay que tener contentos a los huéspedes mientras esté una segura de que tienen suficiente dinero para pagar sus cuentas. Y no crea que me engañan muy a menudo...

—Estoy convencido de que no —la interrumpió el inspector cortésmente—. Tengo la certeza de que sólo un hombre muy listo podría hacerlo. Y, de paso sea dicho, ¿cómo sabía usted todo lo referente a la muerte del almirante Penistone antes de que yo llegara?

—No siempre son los que andan de aquí para allá los que más oyen —respondió mistress Davis con picardía—. Aquí me tiene a mí, que no he salido de la casa en toda la santa mañana, y puedo asegurarle que sé más al respecto que cualquier otro de Whynmouth, exceptuando a la policía, naturalmente. Mire, la cosa fue así: usted entró por la puerta del hotel y puede no haberlo advertido, pero si va por la calle lateral verá otra puerta que conduce al bar. Lo hemos instalado allí, aislado de la casa, para que no moleste a los huéspedes del hotel, que toman sus bebidas en el salón de fumar, y así pagan más por ellas. Son los clientes de afuera los que hacen uso del bar: pescadores y gente por el estilo, con quienes no les gustaría codearse a los caballeros que utilizan el salón de fumar. No es que tengan nada de malo, pero a veces son un poquito libres en sus expresiones. Conmigo se muestran bastante corteses cuando paso por allí todas las mañanas a la hora de abrir, para cerciorarme de que todo esté en orden y confortable.

—De modo que oyó usted hablar del crimen esta mañana en el bar, ¿no es así,

mistress Davis? —sugirió el inspector.

—Eso es, justamente, lo que me disponía a contarle —exclamó mistress Davis con tono ligeramente resentido—. Pero ustedes, los caballeros de la policía, son todos iguales, tan secos en sus preguntas que una apenas puede deslizar una palabra. Pues, como iba a decirle, estaba yo allí esta mañana, mientras Billy, el encargado del bar, sacaba los postigos, y tan pronto como abrió la puerta entraron dos hombres con los distintivos de la ambulancia. Les pregunté si había ocurrido algún accidente y me contaron que míster Ware, de Lingham, había encontrado el cadáver del almirante en el bote del vicario, que flotaba a la deriva, sin nadie a la vista.

En ese instante, y como respuesta a la súplica interna del inspector, una cocinera de aspecto agitado emergió de los fondos de la casa, y murmuró algo al oído de mistress Davis.

—¡Caramba, caramba! Casi se me había ido de la memoria —exclamó la señora—. Estaba tan interesada con su conversación, inspector, que no he dispuesto el menú para el almuerzo. Me disculpará si me retiro para ocuparme de él, ¿no es cierto, míster Rudge?

El policía esperó a que mistress Davis desapareciera, y cuando calculó que no podía oírlo oprimió un timbre que ostentaba el rótulo: «Portero». Al cabo de pocos minutos, un individuo calvo entró precipitadamente en el vestíbulo, luchando aún con la chaqueta que se había puesto a toda prisa sobre las mangas enrolladas de la camisa. Por su apariencia hubiera podido creerse que lo habían interrumpido en el acto de atizar el horno central de la calefacción.

—¿Y bien, señor? —dijo, contemplando inquisitivamente a Rudge.

—Soy el inspector Rudge, y he venido a hacer algunas investigaciones. Tengo entendido que conocía usted al almirante Penistone, ¿no es así?

El hombre se rascó la cabeza.

—El caso es que no puedo decir exactamente que lo conociera, señor —contestó—. No lo vi más que una vez en mi vida, y eso fue anoche. Se presentó aquí y preguntó por míster Holland.

El inspector hizo una señal de asentimiento.

—Así lo tenía entendido. Lo que me interesa ahora particularmente es saber qué aspecto presentaba en ese momento. ¿Parecía preocupado, o ansioso, o algo por el estilo?

—No podría decirlo, señor. Sabrá usted que eran más de las once y que me disponía a cerrar la casa. La señora Davis me recomienda siempre que tenga cuidado con el gas, y sólo había quedado una luz encendida. El almirante apenas traspuso la puerta y permaneció todo el tiempo más o menos donde está usted ahora, señor. «¿Está aquí míster Holland?», me preguntó con cierta aspereza. Y casi antes de que tuviera tiempo de contestarle que estaba en la cama, dijo que no importaba y que no podía esperar, porque tenía que alcanzar un tren. No estuvo aquí más de unos pocos segundos, señor. Parecía muy apurado, pero no pude distinguir claramente su rostro.

No hubiera sabido de quién se trataba si no me lo hubiera dicho.

El inspector volvió a asentir.

—Supongo que lo reconocería si volviese a verlo... —aventuró.

—Pues tal vez sí y tal vez no, señor. Lo cierto es que en ningún momento le vi lo que podría decirse muy bien.

—¡Oh, bueno, no tiene importancia! —dijo el inspector despreocupadamente—. ¿Y estaba aquí míster Holland cuando vino el almirante?

—Estoy seguro de que sí, señor. Sus zapatos, por lo menos, estaban en la puerta. Los vi cuando subí a acostarme poco después. Y es un hecho que más tarde no volvió a entrar.

—¿Cómo puede estar seguro de eso?

—¡Pues, señor, porque cerré la puerta, como de costumbre, poco después de las once y media! Si alguien quiere entrar después de esa hora, toca el timbre, que suena en mi habitación, y yo bajo y lo hago entrar. Y el timbre no sonó anoche, señor.

—Comprendo. ¿Y a qué hora vuelve a abrirse la puerta?

—Más o menos a las seis. Lo primero que hago al bajar por las mañanas es descorrer el cerrojo.

—¿Y qué hace después de abrir la puerta?

—Enciendo el fuego de la cocina y pongo la tetera para prepararme una taza de té.

—¿Por casualidad vio a míster Holland esta mañana?

—Me hallaba en el vestíbulo cuando salió después del desayuno, señor, más o menos a las nueve. Y no ha regresado desde entonces, por lo menos que yo sepa.

El sonido de la voz de mistress Davis, en rápido aumento de intensidad a medida que se iba acercando desde los fondos, obligó a Rudge a emprender una veloz retirada. Se escabulló del hotel y echó a andar en dirección al cuartel de policía, repasando los fragmentos de información que había recogido en el Lord Marshall, y congratulándose de su ocurrencia de entrevistar a la señora Davis. Por muy chismosa que fuese dicha señora, sus opiniones sobre la gente, expresadas con tanta libertad, se basaban en cierta nativa perspicacia. El inspector sentía que había obtenido ya una valiosa impresión indirecta acerca de sir Wilfrid Denny, y que la misma revelación del curioso episodio en la vida pasada del vicario podía resultarle instructiva. En cuanto a Holland, la convicción de mistress Davis, de que no era él el asesino, estaba sin duda bien fundada si el joven había pasado la noche en el hotel.

Claro que el más importante de los datos cosechados era la supuesta visita del almirante Penistone, poco después de las once de la noche anterior. Por desgracia resultaba imposible determinar si el visitante había sido o no míster Penistone. Evidentemente la identificación del portero carecía de valor, pues no conocía personalmente al muerto, ni siquiera se comprometía a reconocer al visitante en caso de volver a verlo. ¿Pero dónde podía haber estado el almirante? Había sido visto por última vez poco después de las 10, cerca de la casilla de los botes. Eso le dejaba un

margen aproximado de una hora para llegar a Whynmouth, escaso tiempo para recorrer esa distancia. Y sin embargo resultaba poco verosímil que hubiese sacado su automóvil, pues de haberlo hecho era casi seguro que alguien lo hubiese oído. ¿Podía haber recorrido el trayecto en su bote? Posiblemente, si la marea lo favorecía.

El inspector Rudge arrugó el ceño. No era marino, y estaba empezando a contemplar como una especie de ofensa personal los caprichos de aquel endemoniado río Whyn. Su concepto de un río respetable era el de un plácido arroyo que conociese bien su curso y corriese siempre en la misma dirección, como por ejemplo el Támesis en Maidenhead. Pero el Whyn era un río loco, sujeto, como todos los chiflados, a la influencia de la luna, y con un curso variable determinado por leyes que sobrepasaban la comprensión del inspector. Por fin decidió que necesitaba consultar a un experto en la materia, y de momento se conformó con suponer que si la marea había estado actuando río abajo, no existía ninguna razón para que el almirante no hubiese llegado al Lord Marshall a la hora declarada.

Pero, por otra parte, su conducta allí había sido totalmente opuesta a todo cuanto el inspector hubiera podido conjeturar sobre su carácter. Parecía haber sido de naturaleza resuelta y perentoria. Rudge no se lo imaginaba llegando al Lord Marshall con la intención de ver a Holland, para cambiar luego repentinamente de propósito, so pretexto de que le quedaba poco tiempo para alcanzar un tren. Más propio de él hubiera sido quedarse plantado en el vestíbulo hasta que hubiesen sacado a Holland de la cama.

A menos que... Sí, ésta era también una posibilidad. ¿Acaso no podía ocurrir que su visita al hotel no hubiera tenido más objeto que cerciorarse de la llegada de Holland? Por el simple hecho de que el portero se ofreciese a ver si estaba, habría sabido que se alojaba en la casa, y una vez seguro de esto y cumplido su objetivo, quizás había inventado aquella excusa del tren, bajo el apremio de las circunstancias, para explicar su mutis. Podía no haber querido ver a Holland en aquel momento.

Por lo demás, si el visitante no hubiera sido el almirante Penistone, ¿por qué había dado su nombre? ¿Para sugerir que el muerto estaba en Whynmouth en aquel momento preciso? Esto abría un campo de especulaciones en el que destacaba un hecho central: el visitante debió conocer algo acerca de las evoluciones de la víctima aquella noche, y, en consecuencia, realizar todos los esfuerzos posibles para dar con él.

¿Y qué pensar del mismo Holland? El inspector no tenía ninguna confianza en ese impulsivo caballero. Acaso mistress Davis estuviese en lo cierto al suponer que miss Fitzgerald no se sentía demasiado deseosa de casarse con él, pero Rudge no tenía ninguna seguridad de que fuese igualmente acertada su opinión de que no era el asesino. No había ningún medio de verificar su declaración, probando que había pasado la noche en el hotel. No le hubiera resultado difícil escabullirse en la confusión que al parecer había reinado allí antes de las once y regresar por la mañana, poco después de las seis, cuando la puerta estaba abierta ya y el portero atareado con

el fuego de la cocina. ¿Sería éste en realidad el caso, y se habría encontrado con el almirante en Whynmouth, o en cualquier otro lugar?

Cuanto más consideraba el problema, tanto más amplio parecía ser el campo de conjeturas que se abría ante los ojos de Rudge.

Su plan originario había sido seguir viaje en su automóvil y entrevistarse con sir Wilfrid Denny en el West End, luego de terminar con mistress Davis. Pero la luz que esta dama había arrojado sobre los posibles movimientos del almirante lo decidió a aplazar su proyectada visita. Había concebido los rudimentos de una teoría sobre la hora y el lugar del crimen, pero su verosimilitud dependía de la acción de las mareas sobre el río Whyn, y sobre este punto le hacía falta la opinión de un experto. ¿Por qué no intentar otra charla con Neddy Ware, que conocía las mareas mejor que cualquier otra persona porque sus aficiones habían hecho indispensable tal estudio? Por lo demás, cabía siempre la posibilidad de que hubiera advertido algún detalle, olvidado en la primera excitación de su descubrimiento.

El inspector Rudge volvió a dirigir su automóvil hacia Lingham, y no tardó en llegar a la casita de Ware. El viejo fumaba meditabundo su pipa después de la comida del mediodía. Saludó cordialmente al inspector, y ambos hombres tomaron asiento en una habitación decorada con modelos de barcos y fotografías desvaídas de los navíos en que Ware había prestado servicios.

—¿Quiere usted informarse acerca de las mareas que influyen sobre el río? —dijo, en respuesta a la explicación del inspector sobre el motivo de su visita—. Pues es muy simple, si se tiene en cuenta que hay marea alta, luna llena y cambio en Whynmouth a las siete.

Rudge se echó a reír.

—No tengo la menor duda de que será muy simple para usted —contestó—. En cuanto a mí, no tengo ni la más remota idea de lo que me está hablando. ¿Qué diablos quiere decir con eso de marea alta, luna llena y cambio?

—Pues, sencillamente, que hay marea alta en Whynmouth alrededor de las siete en las noches de luna llena o luna nueva —contestó Ware—. Tomemos por caso la marea de esta mañana. Hoy es miércoles día diez. El lunes hubo luna nueva, vale decir que ese día había marea alta en Whynmouth a las siete de la tarde; la hubo hacia las ocho de anoche, y media hora después esta mañana. Hay un margen de seis horas entre la marea alta y la marea baja, lo cual quiere decir que esta última se produjo a las dos y media de la mañana. Por aquí la corriente empieza a subir de media hora a tres cuartos de hora después que se produce la marea baja en Whynmouth, o sea poco después de las tres. Y fue entonces cuando salí a pescar.

—¡Después de las tres! —exclamó Rudge—. Pero me pareció oírle decir que el reloj de la iglesia dio las cuatro no mucho antes de que usted viera el bote...

—¡El reloj! —replicó Ware con acento de supremo desdén—. No esperará usted que las mareas entren en ese juego de niños que hacen ustedes con el reloj en verano, ¿no es cierto? Ustedes tratan de engañar al tiempo, sólo porque no tienen el valor de

afrontar la perspectiva de levantarse una hora más temprano que de costumbre. Eso puede estar muy bien para la gente que vive en tierra, pero no sirve para los marinos. Para ellos el tiempo es el tiempo, y no es posible alterarlo.

—Entiendo, entiendo. Así pues, en verano el flujo empieza por estos lugares poco después de las cuatro. Por lo que usted me dice, deduzco que empezó a menguar alrededor de las diez de anoche, ¿no es así?

—Exactamente. A las diez o un poco antes —admitió Ware—. Como le informé, hubo luna nueva hace dos días, lo que quiere decir que la corriente debió llegar a su máximo de fuerza anoche. Juraría que debió alcanzar en el río una velocidad de cerca de tres nudos en el primer par de horas, aunque luego se debilitara un poco, como ocurre siempre.

—¿De modo que un hombre que hubiera salido de aquí entre las diez y las once, no habría encontrado ninguna dificultad para llegar en bote a Whynmouth? —suspiró el inspector.

—Y no sólo eso, sino que, desde allí la corriente lo habría precipitado al mar, según todas las posibilidades —contestó Ware—, a menos que emplease los remos. Y en ese caso habría podido llegar a Whynmouth, con toda facilidad, en menos de una hora.

El viejo marinero había estado observando sagazmente al inspector mientras hablaba. Rudge sorprendió su pensamiento y sonrió.

—Ya podrá usted suponer adónde voy a parar —dijo—. Me pareció posible que el almirante Penistone hubiese ido en bote a Whynmouth anoche. Pero si fue así el bote no pudo regresar por sí mismo. Alguien tuvo que darle vuelta y meterlo en la casilla.

Hizo una pausa, esperando quizá algún comentario de Ware, pero el viejo se limitó a asentir, y continuó chupando su pipa en silencio. Rudge ensayó un nuevo ataque.

—¿Por qué estaba rota, y no desatada, la amarra del bote del vicario? —preguntó de improviso.

Ware sonrió.

—Pues porque no podía ser de otra manera, como se lo hubieran podido decir los chicos del vicario si los hubiese interrogado —contestó—. Este crimen no es asunto mío, pero, como es natural, le he estado dando vueltas mentalmente toda la mañana.

—Me agradecería mucho conocer las conclusiones a que ha llegado —dijo el inspector suavemente—. ¿Por qué afirma usted que la amarra no pudo haber sido desatada?

—No he llegado a ninguna conclusión —repuso Ware sin inmutarse—. Es decir, ignoro quién asesinó al almirante, si a eso se refiere. Pero no es difícil comprender por qué fueron encontrados los botes en la forma que lo fueron.

—Tal vez no sea difícil para usted —observó el inspector—, pero para mí representaría una gran ayuda que se explicase.

—Si es así, lo haré con mucho gusto. Tomemos, en primer término, el bote del

vicario. Cuando los muchachos están en la casa, no lo guardan en la casilla, sino en el río mismo, atado a un poste de la orilla. A veces los chicos se acuerdan de sacar los remos y desmontar los toletes cuando desembarcan, pero por regla general lo olvidan. Los he visto abandonados en el bote una docena de veces. Supongamos ahora que los hubieran dejado ayer a la tarde, y que hubieran amarrado el bote mientras la marea estaba alta, o iba subiendo, como debió ocurrir en todo momento entre las siete y las diez. En todos los ríos sometidos a la acción de las mareas, comprobará usted que la creciente mayor se produce durante las tres primeras horas del flujo y la bajante mayor, durante las tres primeras del reflujó. Pues bien: los chicos llegan cuando la marea está alta, ¿y qué hacen? Uno de ellos se pone en pie a proa y ata la amarra al poste. Los dos son muchachos bien desarrollados y, como es natural, cualquiera de ellos tenía que alzarse más de metro y medio sobre el nivel del agua. Luego debieron acercar la popa a la orilla hasta poder saltar a tierra. Quizá temieran llegar tarde a comer, y en su apresuramiento olvidaron los remos y las horquetas.

El inspector hizo un ademán de asentimiento. Todo esto no parecía adelantarle mucho.

—Pasemos ahora al bote del almirante —continuó Ware—. Según he oído decir, fue visto dentro o junto a la casilla de Rundel Croft, poco después de las diez. Pero de una cosa estoy seguro: si alguien lo sacó entre las diez de la noche y la una de esta madrugada, no pudo llevarlo muy lejos río arriba. Poco se puede luchar contra la corriente, en un bote tan pesado como ése, y con una marea de tres nudos. Créame: si de veras salió, fue río abajo, y no en dirección contraria. Después de la una de esta madrugada (y ahora le estoy hablando del tiempo de tierra, y no del verdadero) las cosas hubieran sido distintas. Hasta las cuatro, la corriente debió ser muy débil, de un nudo a lo sumo. Cualquiera puede remar contra una corriente así. No le llevaría más de un par de horas llegar desde Whynmouth, por ejemplo, sin esforzarse mucho. Esto es suficientemente claro, ¿verdad?

—Perfectamente claro —admitió Rudge—, y viene a parar en lo siguiente: si el almirante fue asesinado en su propio bote, debió haberlo sido en algún lugar entre Rundel Croft y Whynmouth, ¿no es así?

—Así es. Y supongo que el asesino, quienquiera que fuese, volvió a transportar el bote con el cadáver. Supongamos que regresara en el momento del repunte. En esa ocasión ve el bote del vicario amarrado al poste, y se le ocurre la idea de dejar en él al muerto. Se acerca, pues, lo arroja allí, ¿y qué hace a continuación? ¿Cómo lo va a botar, me quiere decir?

—No veo claramente la dificultad —contestó el inspector—. Después de todo, no estaba sujeto con cadena y candado.

—Veo que no ha comprendido lo que iba yo a decirle —replicó Ware con una nota de impaciencia en la voz—. Cuando el hombre llegó, la marea había bajado, y el río había descendido cosa de un metro desde el momento en que amarraron el bote. ¿No entiende? A menos que se tratase de un hombre excepcionalmente alto, no

hubiera podido alcanzar el nudo sin trepar al poste. Sólo le quedaba por hacer una cosa, y era cortar la amarra. Y a propósito de esto, hay un detalle que usted puede no haber observado. Esa amarra en un trozo casi nuevo de cuerda de cáñamo de Manila, de pulgada y media de diámetro.

—Me fijé en que era casi nueva, pero por ahora no se me alcanza qué puede tener eso que ver con el caso.

—¿Alguna vez ha tratado de cortar una soga de cáñamo de Manila con un cortaplumas corriente? No, supongo que no. Pero puede fiarse de mi palabra: es un trabajo bastante pesado, y cuando se acaba con él se ha estropeado un filo. Sin embargo esta soga fue cortada con toda limpieza, como si lo hubieran hecho de un solo tajo, con un cuchillo muy afilado. De todos modos, el hecho es que estaba cortada, y que el bote flotaba a la deriva.

Ware golpeó su pipa para vaciarla y la empezó a llenar de nuevo lentamente. Extrajo luego del bolsillo una pastilla de tabaco que procedió a raspar cuidadosamente contra la palma de la mano.

—Este cuchillo está bastante afilado —observó—. Lo mantengo así para cortar mi tabaco. Pero no creo que pudiera cortar con él esa amarra de un solo tajo. No. Fue un cuchillo más cortante y más fuerte el que se empleó para ello, lo juraría.

Mientras el viejo se ocupaba de llenar y encender su pipa, el pensamiento del inspector estaba activo. La posibilidad de que el almirante Penistone hubiera vuelto a sacar su bote y remado río abajo, parecía considerablemente robustecida. En tal caso, probablemente había sido asesinado en algún punto próximo a Whynmouth, y su cadáver debió llegar al sitio donde fue encontrado en forma muy semejante a la propuesta por Ware. Pero ¿habría algún medio de comprobarlo?

En primer término, ¿a qué hora habría salido? El médico había expresado su opinión de que el crimen debió cometerse antes de medianoche. Y, por añadidura, si en realidad había sido Penistone el visitante del Lord Marshall, debió llegar a Whynmouth poco después de las once. No pudo, pues, demorar mucho su partida de Rundel Croft, y su impaciencia por salir de la Vicaría parecía sugerir la intención de ponerse en marcha tan pronto como fuese posible. La excusa que dio a su sobrina para no acompañarla hasta la casa, su deseo de fumar un cigarro antes de entrar, probablemente no tuviera más objeto que sacársela del paso. Sin duda estaba decidido a partir no bien quedase fuera del alcance de su vista y de su oído.

Pero, si había hecho esto, ¿cómo era posible que el vicario, que había permanecido en la glorieta hasta las diez y veinte, no lo hubiese visto? De pronto recordó Rudge la evidente confusión del reverendo Mount al oír la noticia del crimen. ¿Era verosímil que hubiese presenciado la partida del almirante en su misterioso viaje, y tuviera sus propias y excelentes razones para no revelar el hecho? Por lo menos no era imposible.

Las reflexiones del inspector se vieron interrumpidas por una observación de Ware, que por fin había logrado que su pipa tirase satisfactoriamente.

—¡Cosa extraña que no reconociera yo al almirante Penistone! —declaró—. Sólo había uno de ese nombre en la Armada en mi época de servicio, y lo vi más de una vez.

—¿Lo vio? ¿Y cuándo fue eso? —interrogó Rudge ansiosamente.

—Pues en la base de China, hace veinte años, y acaso más. Yo estaba entonces en el *Rutlandshire*, uno de esos cruceros de tres chimeneas, endiabladamente difícil de gobernar en caso de mar alborotado. Recuerdo que una vez quedamos atrapados al borde de un tifón y casi nos mandó a las nubes. Aquí lo tiene usted —y señaló con el caño de su pipa una de las fotografías que adornaban la habitación—. Su gemelo estaba en la misma base que nosotros. *Huntingdonshire* se llamaba, y nadie hubiera podido distinguirlos, a no ser por las bandas de las chimeneas. Nuestros cañones delanteros de seis pulgadas sobresalían un poco más sobre la cubierta, y eso era todo. El capitán del *Huntingdonshire* era un hombre llamado Penistone, un oficial como no había otro. La tripulación lo adoraba. El barco fue siempre afortunado y a bordo estaba en perfecto orden y hasta elegante. El capitán Penistone había sido un perfecto artillero antes de su promoción, y ya en su propio barco se mantuvo a la altura de sus antecedentes. Mientras él lo mandó, el *Huntingdonshire* tuvo la hoja de servicios de artillería más brillante de la Armada.

—¿Era ése el mismo hombre cuyo cadáver vio usted esta mañana en el bote del vicario? —preguntó Rudge.

—Si lo era, no había cambiado poco desde que lo conocí. No es que no tuviese aproximadamente la misma estatura y todo eso... Pero si era la misma cara, había cambiado bastante en los últimos veinte años. Me refiero especialmente a la expresión. El capitán Penistone que yo conocí era un hombre jovial, que tenía una palabra amable para todo el mundo, desde el fogonero hasta el mismísimo almirante. Y el sujeto que vi esta mañana, dicho sea con todo el respeto que se le debe, parecía tener un genio de todos los demonios.

—Así me lo figuro, por todo lo que he oído decir de él —corroboró Rudge—. Bueno, Ware, le quedo muy agradecido por lo que me ha contado. Como sabe, tendrá que prestar declaración en el juicio. Ya recibirá una citación a su debido tiempo. Por mi parte, si me lo permite, pienso volver a visitarlo para que sostengamos una nueva plática.

—¡Claro que sí! Siempre será usted bien venido —dijo Ware cordialmente—. Y si le gusta pescar, lo llevaré a un sitio donde se puede obtener una pesca excelente. Es propiedad privada, como lo son por aquí todos los lugares de pesca, pero nadie se incomoda por mi presencia.

El inspector Rudge abandonó la casita del viejo y puso en marcha su automóvil. Era ya tiempo de efectuar su diferida visita a sir Wilfrid Denny. Mientras conducía en dirección al West End, su pensamiento estaba ocupado en el problema de cómo determinar si el almirante Penistone había navegado o no contra la corriente la noche anterior. En el primer caso, no era probable que lo hubiesen visto. En la mayor parte

de su curso el río corría oculto de la carretera principal, y el puente de Fernton era el único punto de ésta desde el cual resultaba visible. Había, sin duda, unas pocas casas cerca de la orilla, pero lo más probable era que sus habitantes hubiesen estado en la cama desde las diez. Sólo quedaba, pues, la posibilidad remota de que alguien hubiera cruzado el puente en el preciso momento en que el almirante pasaba por debajo.

La escasa verosimilitud de que alguien hubiera sorprendido su viaje tenía en el caso una proyección ulterior. La alternativa era clara: o bien su asesino conocía sus intenciones, o bien lo vio por casualidad en el puente de Fernton o en Whynmouth. Pero de ser esta última eventualidad la verdadera, ¿cómo se hallaba provisto del arma conveniente? Por regla general, la gente no lleva consigo dagas capaces de infligir una herida semejante.

No, el encuentro fortuito no parecía encajar en el cuadro. El crimen debió ser premeditado.

Pero hasta no saber algo más sobre las relaciones del almirante, sería imposible precisar quién hubiera podido conocer sus planes. Y de todos modos, siempre quedaba la posibilidad de que el asesino hubiese concertado la cita.

Al atravesar el puente de Fernton, Rudge detuvo el automóvil y miró por encima del parapeto hacia uno y otro lado, comprobando que sólo podía ver unos cien metros corriente abajo y corriente arriba, antes que los recodos le ocultaran el río en ambas direcciones. En una noche clara, un bote se habría destacado sobre el agua hasta cierta distancia. Seguro ya de esto, el inspector prosiguió su camino.

El West End era un suburbio de Whynmouth, situado junto a la desembocadura del río, que consistía principalmente en unas cuantas casas de ladrillo rojo, cada una en el centro de un jardín cuadrado. Pero había también un edificio más viejo, construido en piedra, oculto de los vecinos y de la vía del ferrocarril, hacia el norte, por un espeso matorral. Este edificio, llamado Mardale era, como Rudge había supuesto, la residencia de sir Wilfrid Denny.

La puerta cochera estaba abierta, y por ella entró el inspector, a quien sorprendió de inmediato el aspecto de abandono que presentaba el parque que descendía hasta el río, y la condición ruinosa en que se había dejado sumir la vivienda.

Recordó la insinuación de mistress Davis sobre la falta de recursos de sir Wilfrid y pensó que al parecer era perfectamente justificada.

No parecía haber nadie en la casa cuando oprimió el timbre, pero al cabo de una prolongada espera se le apareció una mujer de bastante edad y casi impresentable, que lo miró inquisitivamente.

—¿Está en casa sir Wilfrid Denny? —preguntó el inspector.

—No, no está —respondió la mujer—. Lo llamaron de Londres inesperadamente y partió en el primer tren de esta mañana.



6

El inspector Rudge lo piensa mejor

por Milward Kennedy

Una o dos preguntas formuladas con tacto sacaron a la luz varios hechos. Primero, que la llamada «había sido telefónica», y luego que no figuraba entre los hábitos de sir Wilfrid el de viajar a Londres con frecuencia ni regularmente, ni, sobre todo, a hora tan temprana. Al parecer no era un magnate de la City, sino «uno de esos funcionarios civiles retirados», según explicó la mujer. El inspector empezó a comprender el abandono del jardín. Porque mientras nuestros hombres de negocios suelen ganar su título de caballeros cuando llegan a la cumbre de la prosperidad y se retiran a la vida privada a disfrutar de su opulencia, nuestros funcionarios civiles, en cambio, descubren que un título es una compensación demasiado pobre para la diferencia que existe entre una pensión y un sueldo.

La noticia de la ausencia de sir Wilfrid era desconcertante, pero no del todo inconveniente, como no dejó de ver el inspector al cabo de una reflexión de un par de segundos, porque en la subconsciencia tenía la sospecha de que sus investigaciones se estaban haciendo por demás dispersas, y de que ninguna merecía en sí misma la calificación de «eficiente». Mientras daba las gracias a la mujer y le dejaba un cortés mensaje para su amo, rogándole que a su regreso se pusiera en contacto con la policía, aquella vaga aprensión fue concretándose poco a poco en su conciencia, y acabó por definirse en un malestar tan insoportable que, ya en marcha hacia Lingham y antes de llegar a la encrucijada, detuvo su coche a un lado de la carretera, extrajo su libreta de notas y se puso a meditar.

Había andado dando vueltas de un lado a otro: de la Vicaria a Rundel Croft, de Rundel Croft a Whynmouth, del hotel Lord Marshall a la casita de Ware, de ésta nuevamente al West End, y ahora..., ¿adónde iba ahora?

Claro que había perdido muy poco tiempo, gracias a lo limitado de las distancias. E, incidentalmente, se preguntó si habría estado en lo cierto pocos minutos antes al suponer difícil que el almirante hubiese llegado al Lord Marshall a pie hacia las once, porque ahora que paraba mientes en ello la distancia desde Rundel Croft no podía ser superior a unos cuatro kilómetros como máximo. De todas maneras éstas eran reflexiones accidentales, y lo que el inspector necesitaba por el momento era trazarse un plan de campaña.

En primer lugar, ¿qué había averiguado en Rundel Croft? ¡Por Júpiter! ¡Pues no se había olvidado del periódico! Si Emery había encontrado el ejemplar «normal» en el vestíbulo, ¿no indicaría el que se halló en el bolsillo del muerto que éste había ido en realidad a Whynmouth? Pero era ocioso conjeturar. Evidentemente había allí un cabo suelto que era indispensable tener en cuenta. Por lo demás, sus investigaciones habían estado orientadas por dos propósitos distintos: primero, averiguar algo sobre la gente complicada en el caso: su historia, sus características y otros datos semejantes; y, segundo, descubrir lo que había sucedido la noche anterior, a partir de la cena en la Vicaría. Cuanto más pensaba en ello, más lo mortificaba la fuga de miss Fitzgerald, y con toda el alma esperaba que esta palabra «fuga» resultase demasiado fuerte para la ocasión. Se preguntaba también, lleno de dudas, si no se había mostrado en exceso generoso al conceder amplia libertad a míster Holland. Y no obstante ninguno de ellos, si sus impresiones no lo engañaban, constituía la mejor fuente de información con respecto al almirante. Pero ¿con qué otra cosa contaba? Con nada, prácticamente, fuera de las charlas de la Vicaría, de los sirvientes, del viejo Ware y de mistress Davis, ninguno de los cuales podía acreditar una vinculación de más de un mes con el difunto. El vicario había insinuado que el almirante solía ser algo vivo de genio; sus hijos habían sugerido lo contrario, y el viejo Ware... ¿Pero qué fe podía concederse a su opinión? Un oficialillo insignificante no debió de tener mucha intimidad con el capitán de un crucero, y por otra parte veinte años eran un lapso más que suficiente para enturbiar la nitidez de sus recuerdos. Sin duda sir Wilfrid Denny hubiera podido prestar alguna ayuda, pero esto era casi un salto en la oscuridad. Bien podía ocurrir que su conocimiento del almirante no fuese más antiguo que el del vicario, y que el hecho de haberlo visto unas cuantas veces más en el mes anterior, se debiera, simplemente, a la escasa simpatía del almirante por el clero, rasgo que no hubiera carecido de precedentes en un marino retirado...

Rudge se dijo que ya era tiempo de fundar su trabajo sobre bases menos inciertas. Quedaban los datos que pudieran obtenerse en el Almirantazgo; quedaban los abogados y las «referencias» que debió ofrecer en la agencia de propiedades cuando se firmó el contrato de Rundel Croft. Y la idea de los abogados le recordó el testamento. No había terminado de estudiarlo, y acaso sus disposiciones fuesen de la mayor importancia para orientarlo sobre el motivo del crimen. No sabía siquiera si se trataría de una copia del testamento original, lo que indudablemente constituiría una diferencia básica.

Por lo visto, había una cantidad de diligencias por realizar, cuyos primeros requisitos parecían ser un teléfono y unos cuantos subordinados. De nada servía que el sargento y el agente siguieran perdiendo tiempo en el cobertizo de los botes, mientras él intentaba vanamente estar en todas partes a la vez. Con todo, no se apresuraría demasiado. Estaba disfrutando de su pipa y quería considerar el problema en conjunto. ¿Qué pensar de los acontecimientos de la noche anterior? ¡Por Júpiter, casi había omitido un detalle! ¿Dónde estaba la llave de la ventana? ¿Sería el

almirante la única persona que tenía en su poder una llave propia, o tendría otra su sobrina?

Rudge dio una nueva chupada a su pipa y repasó las hojas de su libreta. La doncella... Sí, Jennie Merton. Una mujercita muy agradable, y bastante inteligente. Le había dado una imagen perfectamente clara de Elma Fitzgerald, de su tío y de la casa en general. Aunque... ¿No se habría precipitado él un poco al confiar tanto en sus juicios? Sólo había estado tres semanas con la familia, y sin embargo cuando le dijo que Elma y el almirante se trataban «con aspereza», y que Elma y Holland «no se tomaban mucho de la mano», así como que ella no podía comprender los cuándo y los porqués de la variabilidad de su ama en materia de arreglo y atavío, ¿no se había precipitado un poco el inspector a sospechar algo misterioso y casi siniestro en todo aquello? Mucho más verosímil era que fuese la otra doncella, aquella tan aburrida de Rundel Croft que se había marchado al cabo de una semana, quien hubiera podido contarle la historia interna de la familia... Acaso estuvieran habituados a una vida más animada. En todo caso, el aburrimiento debió ser bastante grande si ella había olvidado su salario con tal de irse.

El inspector se llamó al orden vivamente; ya estaba a punto de calificar a la doncella desaparecida como una aventurera extranjera, y todo sin más fundamento que unas pocas palabras de Jennie.

Y ahora que reparaba en ello, había algo un poco confuso en el relato de esta joven sobre los sucesos de la mañana y la desaparición del vestido blanco. Aparentemente, Emery había ido a buscar a Jennie, y ésta había subido a despertar a su ama y a comunicarle que preguntaban por ella (proceso que en total no pudo llevar más de diez minutos). La criada recibió luego la orden de salir de la habitación en seguida porque su señora quería levantarse. Pero en algún otro momento le mandaron que pusiese en una maleta unas cuantas ropas para pasar la noche fuera. Y cuando empezó a hacerlo —y ello debió ocurrir, presumiblemente, mientras su ama era interrogada en el piso bajo— el vestido blanco habría desaparecido, y ya no se lo pudo encontrar en ninguna parte. Sin embargo, Jennie había supuesto, sin mayor esfuerzo, que el vestido había sido guardado *posteriormente* por miss Elma en la valija, como si eso lo explicara todo, cosa que indudablemente parecía sugerir una inteligencia menos despierta de lo que aparentaba. Tendría que conversar con ella una o dos palabras más sobre el particular.

Era evidente que quedaba mucho por hacer en Rundel Croft, lo cual no significaba que hubiese terminado con la Vicaría. Si los dos muchachos no habían encontrado rastros del arma, habría que organizar una búsqueda más competente. Y luego, ¡aquel sombrero del vicario! Por una parte, había recordado demasiado pronto el lugar donde lo dejara distraídamente, lo que resultaba un tanto sospechoso... Por otra, no había revelado turbación alguna cuando se mencionó este detalle... O, por lo menos, su turbación había sido entonces infinitamente menor que en otros puntos de la entrevista.

Rudge vació su pipa y puso en marcha su coche. Se había decidido por Rundel Croft, y cuando por fin tomó este camino descubrió un motivo más para justificar su elección; los rastros que podían haber quedado en el bote y en el cobertizo. Dejó el automóvil frente a la casa y se precipitó en busca de sus dos subordinados. Estos lo saludaron de una forma que daba a entender que estaban llenos de noticias.

—Y bien, sargento —preguntó el inspector—, ¿hay algo importante? ¿Ha sido hallada el arma?

—No, señor, pero...

—¿De qué se trata, pues? ¿Rastros de pisadas?

—No, señor.

—Hum... Bueno, ya nos enteraremos de lo que sea dentro de un minuto.

Pero acto seguido comprendió que se estaba mostrando innecesariamente brusco y que el sargento Appleton en particular tenía una expresión claramente sombría.

—Perdonen —se excusó con una sonrisa amable—, lo cierto es que tenemos una infinidad de cosas por hacer, y querría empezar de inmediato las que van a llevar más tiempo. Por así decirlo, hay que poner la máquina en marcha. De modo que si no han atrapado realmente al asesino, o algo semejante...

—No, señor, no se trata exactamente de eso —contestó el sargento, ya recuperado su buen humor.

—Entonces usted, sargento, acompañeme a la casa. Usted, Hempstead, se quedará aquí. Volveremos en cuanto nos sea posible. Vigile también la otra orilla.

Los dos hombres se encaminaron de prisa hacia la casa, y el inspector abrió la marcha directamente hacia la puerta ventana, objeto principal de sus actuales preocupaciones. Una cosa era segura; la llave no estaba del lado de afuera. Volvieron, pues, a la puerta principal y tocaron el timbre. Al cabo de un intervalo de tres minutos por lo menos, durante los cuales el inspector fue montando en cólera, Emery, con el mismo aspecto de incompetencia y desconfianza que el inspector había observado en él la primera vez, acudió a abrir y los hizo entrar.

—Necesito hablar dos palabras más con usted, Emery —empezó Rudge severamente.

—Está aquí —se limitó a responder el interpelado.

—¿Qué es lo que está aquí?

El hombre parecía en realidad medio estúpido, así como penosamente tardo.

—El periódico —dijo, volviéndose para señalar una mesa a un lado del vestíbulo.

—¿El ejemplar de todos los días de *La Evening Gazette*? ¿El que entregan a eso de las nueve? ¿Dónde estaba?

—Allí mismo.

—Pero usted me dijo que no tenía seguridad. Si estuvo allí todo el tiempo...

—Fui yo quien no estuvo todo el tiempo allí —aseveró el mayordomo algo amoscado—. Y en el momento en que fui a ver, no bien volví la espalda usted se escabulló.

El inspector lanzó un bufido. No podía negar que el hombre tenía su parte de razón, pero la gente tan lenta como el mayordomo debe esperar siempre toda clase de censuras.

—¿Lo habían leído? —fue su pregunta inmediata, pero en seguida comprendió lo inapropiado de ella, y se apresuró a enmendarla, con lo que extrajo de Emery la opinión de que nadie había tocado el periódico desde que él lo dejó por primera vez sobre la mesa.

El policía asintió. Tomó el diario, y ordenó al mayordomo que los condujese al estudio. El sargento estaba visiblemente desconcertado, sobre todo ante la apropiación de *La Evening Gazette*, a pesar de lo cual permaneció en silencio y cerró la puerta de la habitación tras la reducida comitiva.

—Y ahora, Emery —prosiguió el inspector, conteniendo a duras penas su impulso de hablar a gritos—, quiero saber algo más acerca de las llaves de la puerta ventana, ésa que usted cerró, pero sin echar el pestillo. Antes que nada: ¿estaban cerradas todas las otras puertas y corrido los cerrojos cuando se fue a acostar anoche? Lo estaban, ¿eh? De modo que ése era el único camino por donde podían pasar el almirante y miss Fitzgerald. Ya veo. Y, en lo que respecta a esa ventana, ¿cuántas llaves tiene?

—Tengo la mía aquí, en mi llavero —contestó Emery y rápidamente extrajo un voluminoso manojo de llaves, escogió una y la desprendió para que fuese examinada.

El inspector la tomó, se aseguró de que era la que correspondía abriendo con ella la ventana, y devolvió el llavero a su dueño. Se había estado preguntando por qué el mayordomo no había olvidado sacar la llave de la cerradura, pero aquel llavero lo explicaba todo.

—Perfectamente —dijo—. ¿Cuántas otras llaves tiene esa puerta?

—Que yo sepa, una sola. La del mismo almirante.

—¿Está seguro?

—Es la única de que oí hablar.

—¿No tenía una miss Fitzgerald?

—No.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues porque una o dos noches le pidió prestada la suya al almirante.

—¡Ah! ¿Solía salir de noche?

Rudge no pudo evitar esta desviación de la línea principal de su interrogatorio.

—Alguna que otra vez, en compañía de míster Holland —contestó el mayordomo con algo parecido a una sonrisa.

—A caminar, sin duda... —insinuó el inspector malévolamente, y la sonrisa se definió. Rudge comparó para su colete esta incidencia con la opinión de Jennie Merton, y de inmediato, como para poner a Emery en su lugar, preguntó secamente —: ¿Qué ha sido de la segunda llave, la que el almirante tenía en su poder?

—Pues... la verdad es que no sabría decirlo.

—¿Dónde acostumbraba guardarla el almirante? ¿En un llavero, como lo hace usted, o separada?

—Suelta —informó Emery—; por lo general sobre su escritorio, en la bandejita de las plumas. Tenía una placa.

El inspector atravesó en dos zancadas la habitación.

—Bueno, pues no está aquí ahora —anunció, y varias ideas brillantes saltaron en su mente.

El almirante debió entregar la llave a su sobrina cuando ésta se encaminó a la casa precediéndolo. Ella debió entrar entonces y cerrar luego la puerta, dejando fuera a su tío. Pero en tal caso, ¿cómo pudo él procurarse el sobretodo? O quizá la joven dejara abierta la ventana, y probablemente con la llave en la cerradura, y el almirante entró después, cerró la puerta y se echó la llave en el bolsillo. Sin embargo, no había en sus bolsillos ninguna llave, fuera de las ordinarias, y por cierto que ninguna con placa.

El sargento Appleton tosió.

—Tal vez sea ésta, señor —dijo, tendiendo a su jefe una llave con un pequeño disco de metal en el que se leía la inscripción: «Ventana». Y añadió, como respuesta a la mirada inquisitiva y casi furiosa del inspector—: Íbamos a decírselo en el cobertizo...

—Eso es todo, por el momento —indicó el inspector a Emery—. Puedo necesitarlo más adelante, de modo que no se aleje mucho, ¿entendido? ¿Hay aquí otro teléfono? ¿Supongo que éste será entonces una extensión? —señaló a un aparato que se veía sobre una mesa, en el otro extremo del estudio—. Sí. Conéctelo en seguida. Y otra cosa: quiero ver de nuevo a la doncella, a esa Merton, dentro de pocos minutos.

—Pues el caso es que se ha marchado —contestó el mayordomo, con un matiz de maliciosa satisfacción.

—Pero yo le había dicho a usted... —empezó el otro, enojado.

—Se trata de su madre. No está bien.

El inspector volvió a resoplar y Emery puso pies en polvorosa. Era inútil cubrirlo de reproches. No hubiera podido impedir la salida de Jennie Merton más de lo que pudo impedir la entrada de Holland, como observó Rudge a su sargento.

—No importa —añadió luego, pero esta vez refiriéndose a la llave, y Appleton, con toda propiedad, interpretó estas palabras como una velada excusa—. ¿Dónde la encontraron?

—En el bote. En el bote del almirante.

—No habrán andado enredando las huellas, ¿verdad?

—¡Oh no, señor, pierda usted cuidado! Fuera de los remos y de las horquetas, está tan limpio como un alfiler nuevo.

—Hum... ¿No habrá en la llave alguna impresión digital?

Pero era fácil advertir que la rugosa superficie del disco no podía haber conservado ninguna.

—Alguien anduvo trajinando con ese bote —comentó Rudge pensativo—. Me

pregunto cómo dejó allí la llave...

—No creo que el estado del bote signifique «necesariamente» gran cosa —insinuó el sargento—. He estado conversando con los chicos del vicario, y ellos me comentaron que el almirante Penistone le pasaba siempre un estropajo como cuidado final cuando no pensaba usarlo en el día.

El inspector consideró este nuevo aspecto. Parecía perfectamente de acuerdo con la descripción del almirante como un sujeto ordenado y estricto, y podía explicar por qué, después de salir con cierto apresuramiento de la Vicaría (exactamente después de las diez ¡porque quería encontrarse en su casa a medianoche!), se había demorado en el cobertizo. No obstante, el dato estaba muy lejos de ser concluyente.

—Bueno, despáchese —apremió al sargento.

—Pues ocurre que descubrí el borde del disco sobresaliendo apenas bajo una de las tablas de atrás del bote. Como si lo hubieran dejado caer y se hubiera deslizado hasta allí abajo.

—Mejor será que probemos, para asegurarnos.

Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar.

—No hay duda de que es ésta —admitió, y se quedó unos instantes en silencio, golpeando la llave contra la palma de su mano izquierda, mientras contemplaba distraídamente la habitación.

De pronto salió de sus cavilaciones y se encaminó a la chimenea, de cuya repisa bajó una fotografía grande, con marco, que representaba a un oficial de la Armada en uniforme de gala.

—Es el almirante Penistone, ¿verdad?

—Sí —contestó el sargento Appleton un poco sorprendido, y entonces se le puso en antecedentes de la conversación con el viejo Ware.

—A mí no me parece probable que no sea el verdadero almirante Penistone —dijo, a modo de comentario—. En caso de no serlo habría birlado el equipo completo —y señaló una copa grabada que se hallaba igualmente sobre la repisa.

Por lo demás, un examen ulterior reveló un «grupo» de oficiales de la marina uno de los cuales, aunque más joven, era indudablemente parecido al difunto. Los nombres de los fotografiados aparecían claramente impresos debajo de la fotografía, y entre ellos figuraba el del capitán Penistone.

—No creo que exista una sombra de duda —admitió el inspector—, pero no podemos arriesgarnos. Este es el primer trabajo que tengo para usted: telefonar al Almirantazgo.

Mientras hablaba, había sacado un ejemplar del *Quién es quién* de un estante lleno de libros de referencia.

—Aquí está —dijo—. Hum... No se da dirección ninguna. Sólo la reseña de su carrera en la Armada. Artillería, sí. En la base de China. Parece haber sido bastante meteórica. Curioso que se haya retirado tan joven. Yo creía que éste era un procedimiento moderno. De todos modos, llame al Almirantazgo. Si es la misma

persona, probablemente podrán proporcionarnos algunos datos más, o sugerirnos adónde acudir. Adelante, sargento. Hable con el Almirantazgo.

El sargento Appleton levantó el receptor. La línea estaba muerta. Evidentemente, el lamentable Emery no había conectado el aparato. El sargento salió para remediar la situación, y aprovechó para adelantar al mayordomo una muestra de lo que pensaba de él.

A su regreso encontró al inspector sentado ante el escritorio y profundamente absorto en un nuevo intento de traducir la jerga jurídica al lenguaje del sentido común. No era, en realidad, tan difícil como se imaginara en su anterior y apresurado examen del documento. La fortuna del cuñado del almirante se repartía, al parecer, por partes iguales, con excepción de uno o dos pequeños legados entre Elma Fitzgerald y su hermano. Hasta que la muerte de éste se comprobase, ella y su tío administrarían la parte correspondiente, cuyos intereses, fuera de una participación para ambos, deberían sumarse al capital. A la muerte del hermano, todo el dinero pasaría a manos de la muchacha. En cuanto a la herencia de ésta, no recibiría el grueso de la suma hasta que contrajese matrimonio, y hasta ese momento su tío y místico Edwin Dakers, de la firma Dakers & Dakers, serían los apoderados. La única cláusula notable era una disposición por la cual, si la boda no contaba con la aprobación escrita del tío, la joven conservaría solamente una renta vitalicia de su herencia y el dinero se invertiría a su muerte en diversas obras de caridad. Al inspector le complació bastante comprobar que, de acuerdo con sus sospechas, no era el almirante el único apoderado; hasta donde alcanzaba a recordar, tal situación hubiera sido legalmente imposible. El documento era, por supuesto, una copia; Dakers & Dakers sabrían, probablemente, si se trataba de un testamento auténtico, y acaso fuera necesario, por razones de fórmula, revisar el original en Somerset House. El sargento, por su parte, podría conversar con místico Edwin Dakers...

Pero el sargento no parecía progresar mucho en su llamada telefónica, y ello por una razón esencial: que estaba muy lejos de saber con exactitud cómo se «hablaba con el Almirantazgo», y por quién se preguntaba una vez establecida la comunicación con este augusto departamento. La oficina telefónica local no se había mostrado tampoco particularmente brillante al respecto. Se suponía que estaba realizando averiguaciones. El inspector frunció el ceño y recorrió impacientemente la *Evening Gazette* que había arrojado sobre el escritorio. Tendría que repasar con mucho detenimiento el ejemplar encontrado en el bolsillo de la víctima. El modo como estuviera doblado podía resultar sugestivo, o quizá tuviera señalado algún párrafo. Sin duda, el almirante no habría comprado un número más, sabiendo que el suyo le aguardaba en el vestíbulo, a menos que hubiera habido en él algo de particular importancia. Las «noticias» no parecían de ningún modo fuera de lo habitual: una «Tragedia en un apartamento de Londres» ocupaba la mayor parte de la primera página, junto con la información de recientes disturbios en Manchuria (Moscú, como de costumbre, parecía estar prestando generosa ayuda al último «señor de la guerra»

de nombre impronunciable), y la fotografía de las damas de honor en una boda celebrada en Santa Margarita.

Sonó el timbre del teléfono. El sargento, levantó el receptor y su expresión no tardó en revelar el más profundo asombro.

—¿Quién? Sí. No corte y lo comunicaré. ¡Oh! Muy bien. ¿Quién? ¡Oh, sí, sí, espere un instante!

Y llamó al inspector con señas frenéticas. Rudge atravesó la pieza rápidamente.

—¿Quién es?

—Miss... Sí, escucho, miss Fitzgerald.

—Deme —ordenó el inspector—. Vamos, hombre, pronto.

El sargento estaba garabateando unas notas ilegibles en una libreta que tenía delante. Por último, y no sin cierta vacilación, pasó el aparato a su superior.

—¿Miss Fitzgerald? Habla el inspector Rudge. Me alegro de que haya llamado. Quiero preguntarle...

—Lo siento mucho —oyó decir a miss Fitzgerald, en su tono más grave— pero no puedo esperar ahora. Ya le he transmitido un mensaje. Y, de paso sea dicho, no soy ahora miss Fitzgerald.

Hubo un sonido metálico y la comunicación se cortó. El inspector lanzó un juramento y sacudió furiosamente la horquilla.

—Localice esa llamada, por favor —pidió a la central, y explicó quién era.

—No es necesario, señor —lo interrumpió el sargento—. Estaba hablando desde el Carlton de Londres. Así lo dijo, y así lo oí declarar a la telefonista del hotel cuando se estableció la comunicación.

—¿Cuál era el mensaje? ¿No podía esperar a hablar conmigo?

—Dijo que tenía entendido que usted quería ponerse en contacto con ella y con míster Holland, y que, por lo tanto, podía interesarle saber que ambos paraban en el Carlton y que permanecerían allí un par de días más y luego regresarían. Iban a salir a bailar esta noche, pero siempre les sería grato verlo a usted si los citaba. En todo caso, que no olvidase preguntar por mistress Holland, puesto que se había casado hoy con una licencia especial.

El inspector digirió (o empezó a digerir) estas novedades en silencio. Si Elma y Holland eran ahora marido y mujer iba a hacerse difícil... Y además, estaba el testamento. Muerto el almirante, presumiblemente la cláusula relativa a la boda de su sobrina quedaría anulada...

Por cierto que el mensaje de Elma le daba materia de preocupación...

—Bueno, sargento —decidió por último—. Lo mejor será que continuemos nuestra tarea. Apresure esa llamada al Almirantazgo y en seguida quiero que se ponga en comunicación con míster Edwin Dakers —y rápidamente le espetó una serie de instrucciones que incluía la de avisarle en cuanto Jennie Merton regresara.

—Voy al cobertizo de los botes —concluyó, saliendo por la puerta ventana.

Encontró a Hempstead montando pacientemente su guardia.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—No, señor. Nadie ha andado por aquí.

—¿No hay nuevos descubrimientos?

—No, señor. ¿Ya le informó a usted el sargento acerca de la llave?

—Sí. Buen trabajo. ¿Ha ocurrido algo del otro lado del río?

—No, señor. Los caballeritos han estado buscando el arma por todas partes, pero no creo que hayan encontrado nada. Dijeron que ahora iban a darse un chapuzón.

El sol empezaba a picar, y había una nota de envidia en la voz del agente.

—¿Ha visto al vicario?

—Sí, señor. Ha estado regando el jardín.

—¿Cómo? ¿Con esta mañana, y en pleno sol?

—Sí, señor. Con una manguera. Valía la pena verlo. Regaba prolijamente todo cuanto estaba a la vista, hasta las flores de vez en cuando. Pero no me parece que las haya perjudicado mucho. Apostaría a que no sabe gran cosa de jardinería, y eso es, precisamente, lo que dice Bob Hawkins, que va dos veces por semana.

El inspector echó un vistazo a la casilla y a su contenido.

—Bueno, tomaremos moldes de estas huellas si podemos —dijo—. Aunque no parecen muy nítidas. Y creo que nos llevaremos los remos y las horquetas. No nos es posible tener vigilado este lugar permanentemente, y si hay alguna impresión digital reveladora, no queremos que se borre.

Entró en el bote y con infinitas precauciones empezó a tender a Hempstead los objetos mencionados. Mientras lo hacía, un rumor de voces en la orilla opuesta lo hizo volverse, ladeando peligrosamente el bote. Los dos muchachos, embutidos en sendos bañadores y con toallas al brazo, bajaban por el camino de ladrillo rojo que partía de la glorieta. Una idea repentina atravesó la mente del inspector.

—¡Hola! —llamó cuando los dos chicos llegaban a la escalerilla del embarcadero—. Me estaba preguntando si me permitiríais hacer uso de vuestra vieja batea por un tiempo. Me ahorraría numerosos viajes por la carretera.

—Con mucho gusto —contestó el mayor.

—Si pudierais traerla y regresar a nado... —sugirió Rudge.

—No es mala idea —respondió el chico con una mueca.

El equipo del bote había sido ya depositado en tierra y estaba a buen recaudo, cuando llegó la batea pedida, que el inspector amarró a una argolla en el embarcadero de Rundel Croft.

—¿Cuántos baños tomáis por día? —preguntó amablemente—. ¿O ha sido la búsqueda lo que os ha acalorado tanto?

—Esto forma también parte de la búsqueda —respondió el mayor de los muchachos, tal vez notando en la pregunta un asomo de reproche.

—Vamos a tratar de buscar el arma debajo del agua —añadió el otro.

—Magnífico —los alentó Rudge—. Aunque temo que con el limo y las mareas, y no conociendo bien su tamaño exacto, no será cosa fácil. Más me hubiera gustado

que la encontraseis en algún punto de la orilla, pero al parecer no habéis tenido éxito.

—Todo lo que encontramos fue la pipa favorita del almirante —explicó Peter.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde?

—En el estudio de papá. Debió olvidarla anoche. La había estado fumando después de la cena.

—¿Estáis seguros de que es la misma?

—¡Oh, sí! Ya comprenderá por qué cuando la vea. Es una porquería vieja, de espuma de mar, tallada en forma de una cabeza de negro.

—¿No la tenéis aquí? —y antes de terminar de decirlo, ya había comprendido la estupidez de la pregunta.

—Está en la casa.

Alec contuvo noblemente el comentario sarcástico que asomaba a sus labios, y se dirigió al extremo de la batea disponiéndose a zambullirse.

—Oye, Alec, ¿no crees que deberíamos contarle al inspector...? —lo detuvo su hermano.

—¿Contarle qué? ¡Ah, eso! Eres tonto, Peter. No. No tiene nada que ver con el caso.

—¿De qué se trata? —interrogó Rudge.

—¡Oh, de nada! —fue la vaga respuesta—. De algo que perdimos, no de algo que encontramos.

—Pues entonces será mejor que me lo digáis —sugirió el inspector—. Encontrar objetos extraviados es una de las funciones de la policía, como sabréis.

—Si es así, podría usted zambullirse en lugar de nosotros —replicó Alec vivamente—. Sin embargo, ya que Peter ha empezado, será mejor que se lo diga. Pero no tiene nada que ver con su asunto. Por lo menos, no veo qué relación podría tener. El hecho es que nosotros... o, para ser más preciso, Peter, dejó un cuchillo en la glorieta ayer por la tarde... En todo caso, él dice que lo dejó allí. Y ahora no está.

—¿De veras? —Hempstead había parado también la oreja—. ¿Qué clase de cuchillo? ¿Un cortaplumas tal vez?

—Pues no. Era un cuchillo noruego, de tamaño grande. Lo utilizamos para sacarle punta a una estaca. Y para eso hace falta un cuchillo muy afilado. Lo cierto es que se ha perdido, y es muy posible que Peter no lo dejara en la glorieta, después de todo. Es tan distraído como papá, y nunca sabe dónde pone las cosas.

Y se zambulló en el río, adonde no tardó Peter en seguirle, lo que dio por resultado que el inspector recibiera unas cuantas salpicaduras. Pero no le disgustó enterarse de tales novedades al precio de unas gotas de agua, y con una sonrisa miró a los dos chicos atravesar el río a nado, trepar luego por la orilla opuesta y zambullirse por fin, valientemente, en busca del arma desconocida.

La sonrisa se fue apagando poco a poco. Las pruebas —o los fragmentos de información, si se prefería— parecían acumularse. Pensó en el proverbio aquel de los árboles que impiden ver el bosque...

—Muy interesante, ¿no le parece, señor? —La voz de Hempstead interrumpió sus pensamientos—. Las cosas empiezan a tomar forma, como podría decirse.

Esta última frase no parecía más afirmativa que la anterior.

—Quizá —admitió el inspector lentamente—. Pero todavía hay muchas incógnitas, y una de ellas, Hempstead, es ese sobretodo. Supongamos que el almirante saliera de su bote. Bueno. Le concedo que pudo llevar consigo un sobretodo. Pero tendría que haber sido una noche muy fría para que usted o yo fuésemos a remar con un sobretodo grueso. Entre otras razones, porque para ello hace falta tener los brazos libres. ¿No es así?

El policía emitió un gruñido gutural destinado a expresar asentimiento sin comprometerse a nada.

—Y otro problema —prosiguió Rudge— es ese periódico de la tarde. ¡Oh, sí! Hay una buena cantidad de rompecabezas, así como de palabras cruzadas, en todo este asunto. Pero el más difícil es el siguiente: «¿De dónde pudo sacarlo?» Debió llegar anoche en el tren de las ocho y media. No podemos apartarnos de esto. —Hubo una pausa, y luego continuó, casi sin aliento—: A menos que llegase por la carretera...

En este punto se volvió hacia Hempstead con tanta rapidez que lo sorprendió ahogando un bostezo, y recordó que el desgraciado policía había pasado la noche de guardia, lo que, a su vez, le sugirió dos cosas: la primera que debía enviar los remos y las horquetas al destacamento, trabajo que podía encargar a Hempstead, para que se le relevase no bien cumplido. Y la segunda...

—¿No advirtió usted nada particular anoche en materia de vehículos, poco después de las diez y media, Hempstead?

El aludido lo pensó un instante.

—Ahora que me lo recuerda, señor —dijo por fin—, había un coche parado en Lingham, más o menos a las once menos cuarto. Lo vi detenerse junto al faro de la plaza. Era un automóvil cerrado, y había una mujer en su interior.

—¿Sola?

—No podría decirlo. Sólo sé que había una mujer, porque la vi asomarse por la ventanilla y hablar con el chófer, o con quienquiera que estuviese ante el volante.

—¿La reconocería?

—No lo creo, señor. Y tampoco me fijé en el número de la matrícula. No tuve ocasión de hacerlo en aquel momento. Sólo advertí el coche. No se detuvo sino un par de minutos, y en seguida prosiguió la marcha por la carretera de Whynmouth.

—Con lo que, forzosamente, tuvo que pasar por la Vicaría... —concluyó el inspector Rudge.



7

El inspector sufre varias impresiones violentas

por Dorothy L. Sayers

El inspector rumió por unos momentos las fascinantes perspectivas abiertas por la información anterior, y luego de despedir a Hempstead con el consejo de que tomara un buen almuerzo y se acostara, volvió hacia la casa lentamente.

—Sí, hijito. ¿Qué ocurre?

Estas palabras iban dirigidas a Peter Mount, que había aparecido de improviso a la altura de su codo.

—Una nota de papá para usted —anunció el chico—. Vine a traerla.

«Acerca del funeral, me imagino», se dijo Rudge. Pero se equivocaba, porque la nota decía así:

Estimado inspector Rudge:

Tengo necesidad de salir para Londres esta tarde por un asunto urgente relativo a mis deberes eclesiásticos. Espero que no habrá objeción para que lo haga. No pensaría en ausentarme si el caso no fuera de la mayor importancia, pues me consta que usted preferirá tener a todos sus testigos en el terreno. Confío, no obstante, en no tardar mucho y, naturalmente, haré cuestión de honor el estar de regreso a tiempo para asistir al juicio que, según me informa míster Skipwort, se efectuará pasado mañana. Lo tendré a usted al corriente de mis evoluciones, por si necesitara ponerse en comunicación conmigo en cualquier momento, y si me fuese imprescindible pasar la noche en Londres me alojaré en el hotel Charing Cross.

Rogándole disculpe las molestias que esta circunstancia pudiera ocasionarle, me reitero sinceramente a sus órdenes.

Philip Mount.

«¡Cielos. Otro más...!», fue el comentario interno del inspector, que permaneció indeciso unos instantes.

Debía tomar una determinación... Si prohibía al vicario que se marchara... No,

no podía hacerlo sin comprometer una acusación para la que no estaba preparado. Podía, en cambio, *rogarle* que se quedase, pero tras la cortesía de la forma la nota parecía sugerir una serena resolución. Rudge no tenía ningún cargo concreto contra el vicario, fuera del hecho de que su sombrero y su chaqueta hubiesen aparecido en un lugar por demás curioso, y de su ineficiencia como jardinero.

Se volvió hacia Peter.

—Me gustaría ver a tu padre, si pudiera concederme unos minutos.

—Perfectamente.

—Dicho sea de paso, ¿cómo atravesaste el río?

—Su nuevo policía me acercó la batea... Aunque la verdad es que no sabe manejarla muy bien.

Rudge comprobó con satisfacción que el reemplazante de Hempstead había llegado. Esto significaba que por su parte podría, de ser preciso, abandonar Rundel Croft. Luego de cruzar una o dos palabras con el recién llegado, hombre de apariencia sólida y de nombre Bancock, subió a la batea y Peter lo condujo a la orilla. Camino de la Vicaría, observó la zona de tierra mojada alrededor de la glorieta. La manguera había cubierto un macizo de begonias al borde de un cantero. Una o dos de las plantas habían resultado quebradas por la violencia del chorro, y las gotas de agua habían quedado sobre otras como diminutos espejos bajo el brillante sol. Era probable que el vicario se preguntase al día siguiente por qué su follaje aparecía moteado de diminutas ampollas blancas...

El vicario estaba en su estudio y saludó a Rudge cordialmente, aunque con el rostro un poco tenso. No cabía duda de que había recibido un golpe bastante fuerte, pensó el inspector. Aquel rostro no carecía de fuerza, y hasta tenía una cierta especie de belleza, si bien un poco rígida y clerical. Parecía el semblante de un hombre honrado, pero nunca puede decirse... De acuerdo con los comentarios locales, el vicario era un ritualista, y los ritualistas suelen tener ideas peregrinas acerca de la verdad. Pueden, por ejemplo, aceptar los treinta y nueve artículos y luego, sin el más leve rubor, inventar ingeniosos recursos para eludirlos. Rudge estaba bastante al corriente de las diversas variedades de párrocos, porque su cuñado era pastor de almas en la iglesia del Salvador, de Whynmouth.

—Bien, inspector, espero que no haya venido usted a comunicarme que no podré partir para la ciudad —empezó míster Mount.

—No, señor. No es eso, precisamente. No me gustaría llegar tan lejos, aunque no digo que no preferiría que se quedase. Sin embargo, como tengo entendido que el asunto es urgente...

Hizo una pausa, como para dar tiempo a que el vicario se explicase revelando de qué asunto se trataba, pero éste se limitó a decir:

—¡Oh, sí! Es sumamente importante. Si hubiera podido esperar un par de días habría tratado de diferirlo. Pero temo que sea de todo punto imposible.

—Ya veo, señor.

Rudge no hubiera podido conjeturar, así le fuera en ello la vida, qué asunto eclesiástico podía ser tan urgente como todo eso, con excepción quizá de una llamada del arzobispo de Canterbury, o de una conferencia importante, y si tal era el caso, ¿por qué demonios no lo decía el clérigo de una vez? Pero la fisonomía del vicario no acusaba sino dulce severidad de quien se dispone a leer la Primera Lección.

—¿Debo pues inferir que no hay inconvenientes, inspector Rudge?

—En efecto, señor, con tal que, como lo promete, se mantenga en contacto con nosotros. Y le quedo muy agradecido por haberme hecho conocer sus intenciones. No todos serían tan considerados.

—Ambos tenemos nuestro deber que cumplir —contestó el otro—. Aparte de que si me hubiese marchado sin hacérselo saber —añadió con un ligero guiño—, usted hubiera podido imaginar que me escapaba, y eso no sería justo.

Rudge se echó a reír por compromiso.

—Hay una o dos cosas que quería preguntarle —dijo—. Y me alegro de que se me haya presentado esta oportunidad. Se refieren al difunto almirante. ¿Diría usted que era un hombre capaz de caminar muy ligero?

—No —contestó míster Mount—. El almirante Penistone tenía cierta dificultad para caminar, a causa de una herida que recibió en el pie durante la guerra. Un fragmento de granada, según tengo entendido. No era en realidad cojo, pero lo fatigaba caminar mucho o muy de prisa. Prefería siempre ir en automóvil, o remontar el río si era posible.

El inspector asintió con la cabeza. Esto echaba por tierra sus cálculos recientes y lo dejaba como al principio. Pasó al punto inmediato.

—¿Duerme usted en el lado de la casa que mira al río?

—No. Mis hijos y los sirvientes duermen de ese lado, pero la ventana de mi dormitorio da al otro, y mira a la pradera. A veces me llaman por la noche para visitar a un enfermo o a un moribundo, y resulta más conveniente que me puedan llamar sin alborotar toda la casa. Hay una puerta lateral que da al prado, ¿sabe?, con un timbre que suena en mi dormitorio.

—Entiendo. ¿Se domina desde su ventana la carretera?

—Sí, en cierto sentido. Quiero decir que puedo verla desde ella; aunque, naturalmente, queda a unos cien metros de la casa.

—Perfectamente. ¿Supongo que no habrá visto pasar anoche un automóvil cerrado en dirección a Whyemouth?

—Ésa es una pregunta un tanto vaga. ¿A qué hora se refiere usted?

—Aproximadamente a las once menos cuarto. Se me ocurrió que quizá lo hubiera visto mientras se desvestía.

El vicario meneó la cabeza.

—No —dijo de inmediato—. Temo no poder ayudarlo. Subí a las diez y veinte, me desvestí y me acosté en seguida. No recuerdo haber mirado por la ventana. Y de todos modos, a la hora que usted menciona podía estar en el cuarto de baño, que

queda al otro lado del corredor, o bien... —y volvió a pestañear— rezando mis oraciones.

—Es muy posible —admitió Rudge molesto, como todo buen inglés, ante la mención de las devociones privadas—. Bien, no era más que una posibilidad, señor, aunque bastante remota. En realidad no podía tener esperanzas de que se hubiera fijado. ¿Tendrá usted la gentileza de telefonarme cuando llegue a la ciudad?

—Desde luego que sí —contestó el vicario—. Y muchas gracias por permitirme huir. Le prometo no quebrantar mi palabra.

—Estoy absolutamente seguro de ello —respondió Rudge con toda convicción, y se despidió. Luego echó a andar lentamente por el jardín de la Vicaría, y sus pesadas botas resonaron con fuerza sobre la grava, en el silencio ardiente de la mañana de agosto.

Peter seguía husmeando cerca del cobertizo de los botes. Rudge contempló el poste clavado junto al agua, con el extremo de la soga todavía sujeto a él por un nudo de dos vueltas. Se preguntaba si no habría supuesto demasiado a la ligera que el cadáver hubiese sido arrojado del bote del vicario desde otro bote. Por lo menos debió tomar la precaución de inspeccionar la orilla en busca de rastros. Sin embargo la búsqueda no dio ningún resultado útil. El borde del césped estaba a trechos aplastado y quebrado, como por fuerza debía ocurrir si la familia del clérigo solía echar el bote al agua desde ese punto, pero el propio césped era demasiado corto y seco para presentar huellas definidas, y cualquier rastro que hubiese habido por debajo del nivel de la marea alta habría sido borrado, naturalmente, cuando el agua volvió a subir aquella mañana.

Rudge se sentó en la orilla y miró hacia el río. La corriente empezaba a mermar y las ondas chocaban y aleteaban contra las paredes de la batea y del cobertizo. En la otra margen estaba el bote del almirante, ligeramente sacudido por el chapoteo del agua que levantaba su popa y oscurecía el contorno de su forma espejeante entre las sombras cobrizas. Entre orilla y orilla, el sol fulguraba de lleno sobre el agua.

Rudge sintió bailar en su mente una melodía:

Ol'man River, dat ol'man River.

He must know sumfin, he dons'ay nuffin...»

Esto le recordó que había prometido a su casera la grabación del *Swing low, sweet chariot*, de Paul Robeson y que su radio necesitaba un acumulador nuevo.

¡Maldito río, con su eterno chapoteo y sus caprichos imbéciles con las mareas! Conocía el Ouse de Huntingdon, lento, solitario, regulado por bombas y por presas, y poco transitado por los botes debido a sus esclusas abandonadas y llenas de yerbajos. Había visto ríos en Escocia, bramadores y torrentosos, inútiles para todo, salvo para la pesca, si se era aficionado a esta especie de distracción. Hasta había hecho una excursión de vacaciones por Irlanda, y había visto allí el majestuoso Shanon,

doblegado y sometido a producir energía eléctrica. Pero este río era una bestia taimada y dañina para todos. ¿Qué sentido tenía una corriente cuyo nivel oscilaba dos veces al cabo del día, con una diferencia de un metro entre la alta y la baja marea?

Volvió a mirar el poste de amarre (*Swing low, sweet chariot*) y calculó la distancia existente entre el nudo de la soga y el nivel del río: casi dos metros y medio. Neddy tenía razón. Cualquiera que hubiese estado esperando en el río para soltar el bote con la marea baja, habría tenido que cortar la amarra.

El bote debía balancearse bastante abajo (*Coming for to carry me home*) y la amarra tenía que ser muy larga para que el bote tocase el agua. De pronto, se levantó, interrumpiendo sus húmedas vacilaciones.

—Oye, hijito —dijo en voz alta.

Peter salió de la casilla.

—¿Cuál crees que sería la longitud de vuestra amarra?

—Medía cerca de tres brazas, o sea cinco metros y medio, como usted sabe. Tenía que ser bastante larga por el reflujo de la marea.

—Sí, ya me lo imaginaba.

Rudge midió con la vista el extremo de la soga que flotaba sobre el río, y trató luego de recordar el aspecto que ofrecía el otro, que había quedado en el bote del vicario. Metro y medio a lo sumo, pensó. Pero no podía estar seguro. Probablemente no hubiera en ello nada de particular, pero aunque sólo fuese como asunto de rutina, no sería mala idea juntar ambos cabos para ver si coincidían.

Sus ojos se clavaron de nuevo en el poste, y vio mentalmente el bote del vicario con la soga de cáñamo nueva cortada limpiamente, y a Neddy Ware demostrándole, sobre su barra de tabaco, el filo del cuchillo que efectuó el corte. El reflejo del sol sobre el río era deslumbrador. Al fijarse en el poste, los ojos de Rudge estaban turbios de lágrimas, a pesar de lo cual le pareció que aquel cabo estaba cortado menos limpiamente que el otro.

—¿De qué se trata? —preguntó Peter, mirando primero al poste y luego al inspector.

—Nada importante —contestó Rudge—. Un trabajito que se me ha ocurrido y del que tendré que ocuparme en seguida. Me parece que ahora voy a atravesar el río si no necesitas la batea.

Así lo hizo por su propia cuenta y sin desastre, para encontrar a P. C. Bancock en la otra orilla, estólidamente enfrascado en la lectura de un periódico. Recomendándole que vigilase la casa y tomase nota de todos los mensajes telefónicos, trepó a toda prisa al automóvil de la policía, y se dirigió a Lingham cruzando el puente de Fernton. Allí estaba el bote del vicario, cuidadosamente transportado en el carro de una granja, y encerrado bajo llave en el salón de bailes de la taberna local, donde yacía también, encomendado al empresario de pompas fúnebres, el cadáver del almirante Penistone. Después de pensar lo, Rudge había decidido que el mejor arreglo, ya que la encuesta había de realizarse en Lingham,

sería dejar allí el cadáver momentáneamente, y llevarlo de nuevo a Rundel Croft para el funeral, en caso necesario.

Pero no era el cadáver, sino el bote con su amarra lo que le interesaba por el momento y, al entrar en el salón de baile, lo encontró en posesión del fotógrafo de la policía, que al parecer había obtenido una abundante cosecha de impresiones digitales, y se ocupaba ahora en revelar metódicamente las placas. El inspector le indicó por señas que prosiguiera su trabajo, y tras extraer de su bolsillo una cinta métrica, la extendió cuidadosamente a lo largo de la amarra. La medida exacta resultó ser de un metro y cuarenta y cinco centímetros, desde el extremo cortado hasta la argolla sujeta a la quilla del bote.

Volvió a salir, puso nuevamente en marcha su automóvil, maldiciendo la estúpida necesidad de hacer un rodeo de cinco kilómetros por viaje y, ya de regreso en Rundel Croft, tomó la batea una vez más y atravesó en ella el río hasta el poste de amarre, para tomar nuevas medidas.

Había dos metros y medio desde el nudo hasta el extremo de la sogá, y calculando la que se había empleado en rodear el poste y hacer los nudos, así como en el cabo suelto, se obtenían unos ochenta centímetros más, lo que daba un total de tres metros treinta para la sogá atada al poste. Sumándole un metro cuarenta y cinco, deba un largo de cuatro metros setenta y cinco solamente.

Quedaban setenta y cinco centímetros de sogá, cuya ausencia carecía aún de explicación. Rudge, tiernamente abrazado al poste mientras tomaba las medidas, y afirmando bien los pies sobre la batea para evitar que se le escapara, dejándolo en la situación de un mono colgado de una estaca, meneó la cabeza ante esta comprobación. Tomó después en la mano el extremo cortado de la amarra y lo observó atentamente. Había estado en lo cierto: este corte no era tan limpio como el otro. Habían usado un cuchillo afilado, sin duda, pero la sogá se había ido partiendo gradualmente, las hebras de cáñamo se habían aflojado bajo la presión, y una de ellas sobresalía de las demás.

Estaba, pues, frente a un nuevo problema. ¿Para qué precisaría nadie un trozo de sogá de poco más de dos palmos? Imposible que fuese para atar algo, porque su calibre sugería que casi toda la cantidad haría falta para hacer el nudo. Tratábase indudablemente de un rompecabezas más.

Era necesario encontrar aquel pedazo de sogá, de ser ello posible. Pero probablemente lo hubieran arrojado al río, y en tal caso ya habría ido a parar al mar. O bien (puesto que ese absurdo río Whyn corría en ambas direcciones) quizás hubiera seguido al almirante corriente arriba. No parecía una línea de investigación demasiado prometedora.

No se había recibido en la casa mensaje de ninguna especie durante su ausencia, y, sin saber exactamente qué partido tomar, Rudge se encaminó al estudio del almirante.

Allí encontró al sargento que, después de numerosas conversaciones con la

oficina local, había logrado comunicarse con el Almirantazgo, y estaba tratando de explicar a una lánguida voz que le respondía desde el otro extremo de la línea, a qué departamento llamaba y con quién deseaba hablar. El inspector se hizo cargo del aparato.

—Habla la Policía de Whynmouth —dijo con acento perentorio, destinado a significar que, aun cuando la Armada fuese la institución más antigua, la Ley era todavía más importante—. Necesitamos información sobre la carrera del almirante Penistone, retirado, que sirvió en la Base de China y vive ahora en Lingham. Tenga usted la bondad de comunicarme inmediatamente con la persona que pueda suministrarme esos datos. El asunto es urgente.

—¡Oh! —contestó la voz—. ¿Qué desea usted saber acerca de él? Puedo consultar su hoja de servicios, por supuesto. Yo...

—No es eso lo que necesito —dijo el inspector—. Quiero hablar confidencialmente con alguien que tenga autoridad, y cuanto más pronto, mejor.

—¡Oh! —repitió la voz—. Bueno, no sé qué decirle. Todos han salido a almorzar, ¿sabe? Como ya es la una... Oiga, creo que será preferible que vuelva a llamar dentro de una o dos horas, y pida la extensión 55; probablemente podrán informarlo de algo que usted no sepa. Daré el recado.

—Gracias.

El inspector colgó el receptor violentamente y, pasados los treinta segundos reglamentarios, lo volvió a levantar.

—Número, por favor —rogó la telefonista.

—Oiga, señorita —dijo Rudge—. ¿Tiene usted una guía telefónica de Londres? La tiene. Bien. ¿Querría buscarme el número de Dakers & Dakers? Son unos abogados que tienen estudio en..., espere un minuto... En Lincoln's Inn. Sí, le deletrearé. Eso es: Dakers & Dakers. Es bastante urgente.

—Lo llamaré —aseguró la telefonista.

Las observaciones del joven del Almirantazgo le habían recordado a Rudge que estaba trabajando desde las seis, y que aún no había almorzado. Tocó pues el timbre y preguntó a Emery si no podía servirle algo de comer.

—No lo sé, pero creo que sí —contestó dudoso el mayordomo. Reflexionó un instante y añadió—: Yo y mistress Emery estábamos comiendo unas lonjas de jamón. Supongo que podríamos servirle una, si le apetece.

El inspector aprobó la idea, y respondió que le agradecería mucho.

—Bueno, iré a decírselo a mi esposa —anunció Emery que salió para volver al cabo de pocos minutos—. Me imagino que también querrá beber algo —sugirió, casi contra su voluntad.

—Cualquier cosa que tenga a mano —aceptó Rudge gentilmente.

—En ese caso, puedo ofrecerle un vaso de cerveza —propuso Emery—. Yo y mistress Emery estábamos tomando cerveza. Ella quería beber algo que levantase el ánimo.

El inspector aceptó de buena gana el ofrecimiento de la cerveza, y el criado se retiró lentamente y regresó a los pocos minutos para inquirir:

—¿No le importaría que se lo trajese todo en una bandeja? No estamos habituados a tener policía en la casa y...

El inspector expresó que lo que les pareciese más conveniente a él y a mistress Emery, contaría también con su aprobación. El hombre volvió a retirarse, y después de un tiempo considerable, regresó para anunciar con acento lúgubre:

—Mistress Emery dice que puede cocinarle una lonja de jamón si usted quiere. Dice que hoy no ha hecho ningún postre por no tener ánimo, pero que quizás acepte usted un trozo de Stilton.

El inspector respondió que le parecía muy bien, y en aquel momento sonó el timbre del teléfono, y al contestar comprobó que lo habían comunicado con el estudio de míster Dakers. Éste y míster Trubody habían salido. ¿Podía el empleado que estaba hablando hacer algo en su obsequio?

El inspector explicó que necesitaba comunicarse urgentemente con míster Edwin Dakers, por asuntos relacionados con el almirante Penistone. No, no hablaba en nombre del almirante. La verdad era que el almirante había muerto.

—¿Sí? Míster Dakers lo lamentará mucho cuando se entere.

—El hecho es —prosiguió el inspector— que ha muerto en circunstancias sumamente misteriosas. Soy un representante de la policía.

—¿Ah sí? Míster Dakers lo lamentará profundamente. Si quiere usted dejarme su número, le rogaré que lo llame en cuanto venga.

El inspector dio las gracias, y en seguida recordó que el sargento Appleton debía andar todavía por allí, y sin haber comido. Volvió a tocar el timbre. Emery entró arrastrando los pies, y empezó a decir con expresión de reproche:

—De nada servirá que llame. Nadie puede apurar una lonja de jamón. Tiene que cocinarse muy bien para que no dé bilis.

—Así es —admitió Rudge—. Pero yo estaba pensando en mi sargento. ¿Cree usted que podría darle también algo de comer?

—El sargento —contestó Emery— ya está tomando un bocadillo en la cocina conmigo y con mistress Emery. Espero que no habrá en ello nada malo...

—¡No, no, ni pensarlo! —lo tranquilizó Rudge—. Me alegro mucho de que así sea.

El mayordomo volvió a retirarse, mientras el inspector se quedaba admirando los recursos y el poderoso espíritu de iniciativa del sargento Appleton.

La lonja de jamón, cortada gruesa y perfectamente frita, llegó poco después, en manos de mistress Emery, una mujercita con cara de pájaro y modales dominantes que en cierta medida explicaban el aspecto apocado y marchito de su marido. Un simple vistazo a la lonja de jamón, cocinada a las mil maravillas con su acompañamiento de guisantes y de patatas fritas, desveló otro misterio. Evidentemente, la estupidez de Emery había sido el precio pagado por el almirante

por la habilidad culinaria de su esposa. Rudge le expresó su elogio.

—Y cómo he conseguido hacerlo, es cosa que no alcanzo a comprender —declaró la cocinera—, con el pobre amo desaparecido en forma tan repentina, y miss Elma fuera y toda la casa revolucionada. Hasta el olor de la comida parece una falta de respeto, por así decirlo. Pero, claro, Emery es hombre, y un hombre tiene que comer aunque se venga el mundo abajo.

—¡Gran verdad! —aprobó el inspector—. Temo que seamos un sexo empedernido, señora Emery. ¡Claro que esto tiene que haberla perturbado mucho! Y con la inesperada partida de miss Fitzgerald, toda la responsabilidad ha quedado sobre sus hombros...

—¡Ah! —comentó mistress Emery—, lo que me gustaría saber es cuándo no ha estado sobre mis hombros. ¡Mucho que se ocupaba miss Elma de la casa! Para la ayuda que representaba, bien podía haber sido un hombre. En cuanto al pobre almirante, le gustaba que todas las cosas estuvieran limpias y arregladas, y a pesar de sus modales bruscos era un placer servirlo. Muchas veces tuve que llamar al orden a mi marido, porque veía que sus negligencias incomodaban terriblemente al amo, pero Emery no es más que un pobre hombre, aunque sea mi esposo. El almirante lo despidió en una oportunidad y le dijo que a fin de mes se marchase, pero yo no me di por enterada. No hice más que prepararle una excelente comida, con los platos de su predilección, y él me hizo llamar y me dijo: «Señora Emery, puede usted comunicarle a ese condenado zoquete que tiene por marido que puede quedarse. Y aquí tiene media guinea para usted, para que se compre algún trapo.» Era un buen amo, sí. Ni en mi lecho de muerte diría otra cosa...

—Estoy seguro de ello —asintió Rudge con simpatía.

Tenía la sensación de haber descuidado imperdonablemente a mistress Emery. «Si se quiere conocer la verdad acerca de un hombre —había sostenido siempre—, hay que interrogar a sus criados.» Contaba ahora con dos testimonios a favor del almirante, y ambos le parecían dignos de crédito. Neddy Ware se había hecho eco del juicio en que su tripulación le tenía, y una tripulación pocas veces se equivoca al juzgar a su capitán. Por lo demás, el testimonio de mistress Emery coincidía con aquél.

—Tengo entendido que el almirante Penistone mostraba, en ocasiones, un genio algo violento, ¿no?

—Y no por eso pensaré mal de él —replicó mistress Emery—. Por mi parte prefiero un hombre vivo de genio, a otro pobre de espíritu. Y el pobre señor tenía muchas cosas que aguantar, con esa miss Elma tratándolo siempre tan mal, y sus preocupaciones, y una cosa y otra...

—¿Qué preocupaciones eran ésas?

—Bueno, inspector, no creo que pueda decirle exactamente cuáles. Pero he oído decir que el Almirantazgo no se portó muy bien con él en su juventud, y nunca pudo sobreponerse del todo. Fue algo ocurrido en el extranjero, y él decía siempre que se

reivindicaría alguna vez, así tuviera que esperar toda la vida. Pero miss Elma no le demostraba más simpatía de la que puede demostrarle un hombre a su mujer, cuando ella se ha reventado peleando con los chicos el día entero. —Y, sin detenerse a explicar esta oscura comparación, mistress Emery prosiguió, aún más deprisa—: No entendía razones miss Elma... No hacía más que estarse ahí sentada, terca como una mula, y sin llevar siquiera la mano a un plumero o arreglar un jarrón con flores para que la casa tuviera aspecto de hogar. Y bastante que lo sentiré por míster Holland, que es un caballero tan agradable, si llega a casarse con ella, aunque no podría decir qué le ha visto para enamorarse. Para mí es un misterio que un hombre vaya siempre a elegir lo peor, con tantas muchachas decentes y sensatas como andan por ahí. Porque si de belleza se trata, yo no se la pude descubrir nunca...

—Bueno —dijo Rudge—. La cosa ya no tiene remedio. Se casaron esta mañana.

—¿Cómo? ¡Nunca lo hubiera imaginado! —exclamó mistress Emery—. Así que por eso su sargento se mostraba tan misterioso... «Le espera una gran sorpresa, señora —me dijo—, pero no le adelantaré nada, porque pronto lo sabrá.» ¡Qué escándalo! ¡Muy propio de esa perra sin corazón casarse con el cadáver del tío todavía caliente, por así decirlo! ¡Y no me sorprende poco que míster Holland haya hecho una cosa semejante! Aunque la seguía como un corderito con un lazo azul en el pescuezo. Esos hombres grandotes son los más flojos de todos cuando media una mujer.

—¿Cree usted, pues, que míster Holland está muy enamorado de miss Elma? —insinuó Rudge.

¿Llegaría alguna vez a conocer la verdad sobre las relaciones de la pareja? No había dos opiniones coincidentes.

—Como enamorado, lo estaba —contestó mistress Emery—. Y lo está, de eso no tengo la menor duda. Aunque lo que pueda durarle es harina de otro costal. Ella tomaba el asunto con bastante frialdad, pero ése es su carácter. Nunca ha estado enamorada más que de sí misma y de sus propios caprichos, si me pide usted mi opinión, y él no tardará en darse cuenta. En el matrimonio, las cosas son muy distintas. ¡Y bien ladina que se ha mostrado, tomándolo y dejándolo según le soplaba el viento! Pero importarle de veras no le importaba, y el amo lo sabía perfectamente, como lo sabía todo el mundo. Si él hubiera vivido, no se habrían casado tan fácilmente, eso es un hecho... ¡Pero ir en seguida y unir sus manos por encima del cadáver, como podría decirse, es cosa de la que no hubiera creído capaz a míster Holland!

—Hum... —comentó el inspector. Estaba tratando de recordar en cuanto tiempo se puede obtener una licencia especial de matrimonio. Le parecía recordar vagamente que el trámite requería un plazo mínimo de veinticuatro horas—. De todas maneras, es posible que tuviesen ya proyectado casarse hoy —añadió.

—Si así fue, debieron alterar sus planes —replicó mistress Emery—. ¡Es repugnante! Pero, ahora que lo pienso, no me extrañaría que tuviese usted razón. Y

tal vez fuera ése el motivo de que míster Holland estuviese anoche tan ansioso por ver al almirante.

—¡Oh, sí! Llamó desde Whynmouth, ¿no es cierto?

—Así es. Yo misma le tomé el mensaje. Necesitaba ver al amo con urgencia. Le contesté que estaba con miss Elma en la Vicaría, y que no regresarían hasta tarde, porque supuse que se quedarían hasta las once más o menos, jugando a las cartas o algo por el estilo. El vicario no tiene escrúpulos en jugar a las cartas, pese a su investidura y a sus ceremonias, pero era de esperar, porque cirios y trapos no constituyen la religión, ¿no le parece? Bueno, pues le dije que no regresarían hasta las once, porque entonces tenía esa impresión, y no se me puede exigir que adivinara que iban a volver temprano esa única noche. Todo lo que una puede hacer es proceder con buena intención. De modo que le sugerí que fuese a la Vicaría, pero él me contestó que no, y que quizá viniese más tarde.

—¿Y lo hizo?

—No, que yo sepa, pero gracias a Dios tengo el sueño profundo, y bien que lo necesito con todo el trabajo que hay en esta casa. Se supone que Emery tiene a su cargo la limpieza, pero la mitad de las veces tengo que hacerla yo después que él la da por terminada, y en cuanto a Jennie es una buena chica, pero miss Elma la obliga a hacer más de lo que puede, pues no da un paso ni una puntada por sí misma. A mí me tomaron para la cocina, y con miss Elma que desayuna en la cama y se levanta a cualquier hora, con un solo par de manos como tengo...

—¡Claro! Aunque estoy convencido de que son manos muy hábiles, mistress Emery.

—De lo que yo estoy convencida es de haber dicho, cuando llegué aquí, que necesitaría tener a mis órdenes a una muchacha para que fregara todos esos suelos de ladrillo. Es el inconveniente de estas casas viejas. Pero no me quejé al almirante, porque no era hombre rico, aunque ella podía haber hecho algo para ayudarlo si lo hubiera querido, porque dicen que tiene mucho dinero. Qué podía hacer con sus rentas es difícil de adivinar, y no es que me importe, pero nadie puede evitar sus pensamientos. Porque lo que es gastarlas en trapos no lo hacía, de eso nadie la podrá acusar. Fuera de un vestido de noche alguna que otra vez, y de algún abrigo elegante, no se compraba nada, y no es en eso en lo que se va más dinero, como usted sabrá perfectamente si es hombre casado, sino en los zapatos, y en los guantes, y en las carteras, y en las medias, y en las blusas. Pero estoy segura de que miss Elma no se preocupaba de esas cosas como hubiera hecho cualquier otra mujer joven. Esa doncella francesa que tenía solía poner el grito en el cielo por el desaliño con que se vestía miss Elma.

—¡Ah, la muchacha francesa! ¿Qué aspecto tenía?

—¿Muchacha? Hoy en día le dicen muchacha a cualquiera, pero si vuelve a ver sus cuarenta años me sorprendería mucho. Era una personita bastante agradable y hablaba muy bien el inglés. Pero a mí no me gusta que una doncella tenga excesiva

intimidad con su ama, y he visto a miss Fitzgerald cambiar con ella miradas de entendimiento en algunas oportunidades en que el amo estaba un poco fuera de sí, cosa que no hubiera debido ocurrir entre personas de tan distinta condición social. Los señores tienen que estar de un lado y los sirvientes de otro, ésa es mi norma, y no me parece propio que una joven señora haga confidencias a su doncella sobre el amo de la casa. Tengo la impresión de que eso originó algún conflicto, porque de lo contrario, ¿qué necesidad hubiera tenido mademoiselle de marcharse tan precipitadamente, sin cobrar siquiera su sueldo? ¡Ah! Creo que ése es el timbre de la puerta principal. Espero que Emery atienda, como es su obligación, ¡pero está tan trastornado con todas estas cosas! Ya habrá usted notado que su cabeza no es muy fuerte. Claro está que yo soy muy distinta, y me fijo en todo. Es cierto que no estuve sino un mes con el almirante, pero una mujer de mi experiencia (he servido en muchas casas en mis tiempos) no tarda mucho en atar cabos. ¡Y bien pude advertir los puntos que calzaba miss Elma! ¡Ah! Me alegro de que Emery haya recordado su obligación, siquiera por una vez...

La puerta se abrió y el susodicho asomó por ella la melancólica cabeza.

—Están aquí dos caballeros de los diarios que desean ver al inspector.

Rudge estuvo a punto de mandar decir a los «caballeros de los diarios» que se marchasen con viento fresco, cuando se le ocurrió que todas las criaturas del Señor pueden resultar útiles. Echó pues un vistazo a la tarjeta que se le tendía, y comprobó que tenía impresas las palabras mágicas *Evening Gazette*.

—Los recibiré —dijo secamente.

Emery hizo pasar a los periodistas. Uno de ellos era un mozo vivaz, de pelo cortado al rape y anteojos con aro de carey, cuyo rostro aparecía oscurecido, en la mitad superior, por alguna forma imperfecta de baños de sol («todos los hombres elegantes tienen el cutis levemente bronceado»), y el otro era un sujeto calmoso, provisto de una cámara fotográfica.

—Veamos —saludó Rudge—. ¿Cómo se han enterado ustedes de esto, muchachos?

—Informaciones, inspector. «Si no figura en la *Gaceta* es porque no ha ocurrido todavía.» ¿Querrá usted hacer todo lo que pueda por nosotros?

—Pues el caso es... —empezó Rudge.

Reflexionó unos instantes y acto seguido les transmitió toda la información que, a su juicio, estaba necesariamente destinada a trascender.

—Perfectamente —dijo «Cabeza rapada»—. Hablemos ahora un poco de usted, inspector. Nuestros lectores querrán saber todo cuanto le concierne. ¿Tendría la gentileza de permitir que lo fotografiáramos en el cobertizo de los botes? Es un detalle que añade interés al cuadro, ¿sabe? Gracias, es usted amabilísimo. No llevará más de un minuto. ¿Es ése el bote del almirante? Señálelo como al descuido. ¡Muy bien! Será una hermosa fotografía, ¿eh, Tom?

A pesar suyo, el inspector se sintió casi halagado.

—Diremos, como es natural, que usted tiene ya en su mano todos los hilos, y que evidentemente no hay necesidad de recurrir a Scotland Yard. Nada más. En cuanto a esa sobrina... ¿No podríamos cambiar con ella dos palabras?

—No —repuso Rudge, y añadió amablemente—: El hecho es que no me importa contarles algo acerca de ella.

El periodista aguzó el oído.

—Partió esta mañana para Londres —anunció dramáticamente el inspector— y se casó con un hombre llamado Arthur Holland, comerciante, que vino de China.

—¿De veras? ¡Trabajo rápido! Esto constituirá una historia sabrosa. ¿Y por qué tanta prisa?

—Todavía no puedo decirlo. Pero oigan, si les doy la exclusiva del relato, ¿querrán en cambio hacerme un favor?

—Sin duda.

—Necesito conocer la carrera del almirante Penistone. Por qué presentó su dimisión a los cuarenta y tres años, por qué se reincorporó posteriormente, y todo lo demás.

—¡Oh! Sobre eso puedo adelantarle algo —rió el periodista—. Lo supe por un hombre que conozco en la Embajada de China. El viejo sufrió algún percance en Hong Kong en 1911. Fue asunto privado; algo referente a una mujer. Una de esas cosas que no están permitidas a los oficiales de la Armada. Se le exigió que presentara su dimisión y no hubo escándalo. Ya sabe cómo es esa clase de asuntos... Mi hombre no conocía bien todos los pormenores, pero me prometió informarse. Le haré saber todo lo que averigüe. Me aventuro a decir que no lo publicaremos todo, porque posiblemente todavía vivan algunas de las personas que intervinieron, pero le mandaré el informe completo. ¡Ah!, y si se presentara algo que usted juzgue oportuno comunicarnos directamente, como quien dice de primerísima fuente, no dejará de hacerlo, ¿verdad? Trato hecho.

Rudge aceptó de buena gana. Esto parecía más prometedor que tratar de obtener informes secretos del Almirantazgo. ¿Complicaciones en Hong Kong en 1911? Así se explicaban muchas cosas... Sin duda, puesto que Penistone era un brillante oficial, le habrían permitido de buen grado reincorporarse en 1914. Pero para él ya no debió ser lo mismo. Sin duda el incidente le había agriado un poco el carácter. ¿Sería posible que el asesinato fuese el epílogo de aquel viejo episodio? Parecía un lapso demasiado largo para conservar rencores, pero con los chinos nunca sabe uno a qué atenerse. E, incidentalmente, Holland acababa de llegar de China. ¿Qué había dicho de Holland la señora Emery? El joven le había sugerido la posibilidad de ir a Rundel Croft después de las once. ¿Y si lo hubiese hecho?

Era obvio que urgía encontrar a Holland y Elma, y en todo caso tendrían citación para la vista del caso. Habría que conversar con el *coroner* al respecto: otro trabajito para el sargento Appleton.

Rudge regresó a la casa y despachó a su subordinado con una nota. Apenas lo

había hecho, sonó el teléfono.

Míster Edwin Dakers estaba al otro extremo de la línea. Sí, lo había apenado y horrorizado la noticia de la muerte del almirante. Pensaba que lo mejor sería partir para Rundel Croft en seguida. Como apoderado y representante de miss Fitzgerald, necesitaba verla sin demora. Estaría sin duda muy trastornada por el triste acontecimiento...

—No lo he advertido —contestó Rudge con una especie de sombría satisfacción—. La verdad es que no bien se enteró miss Fitzgerald de la muerte de su tío, partió para la ciudad y contrajo matrimonio con un tal míster Holland. Me agradaría, señor...

—¿Qué? —exclamó míster Dakers con tono de espanto tal que pareció sacudir el aparato.

—¡Dios nos asista! —gritó el abogado, e hizo una pausa tan larga que Rudge empezó a temer que se hubiese caído muerto de pánico. Después le oyó decir—: Esto es algo horrible, inspector. Estoy más que impresionado. Estoy aterrado.

—No hay duda de que parece demostrar cierta falta de sentimientos...

—¿Falta de sentimientos? —repitió míster Dakers—. Puede resultar lo más funesto para sus intereses financieros. ¿Podría usted indicarme dónde encontrarla?

—Paraban en el Carlton, según dijo ella —respondió Rudge—. Miss Fitzgerald, es decir, mistress Holland —aquí míster Dakers emitió un débil gruñido—, anunció que pensaban ir a un baile esta noche. Me agradaría, señor...

—¡Un baile en el Carlton! —interrumpió míster Dakers—. Debe de haber perdido el seso. Tsss... tsss... tsss... ¡Desesperante! No estoy absolutamente seguro acerca del punto de la ley implicado, pero, si no me equivoco, el juez del Supremo sostuvo en el caso de... ¡Dios mío!, creo que tendré que solicitar la opinión del juez. Mientras tanto, le agradezco muchísimo que me haya enterado de los acontecimientos. Iré a ver a mi cliente de inmediato y...

—Espero que dé con ella, señor. Y me agradaría que la persuadiese de que debe regresar en seguida. Los señores Holland serán citados, naturalmente para el juicio, pero en el ínterin sería deseable...

—Por supuesto, por supuesto... —respondió Dakers—. Es una situación por demás desgraciada e indecorosa. Pondré especial empeño en aconsejarle que regrese a su casa sin dilación.

—Gracias. Y también me agradaría mucho cambiar unas cuantas palabras con usted en alguna oportunidad. Hay uno o dos pormenores relativos a un documento que tenemos aquí, que convendría aclarar.

—¡Oh! —exclamó míster Dakers—. ¿Cómo?

—Relativos —prosiguió Rudge— a la copia de un testamento extendido por John Martin Fitzgerald, en 1915.

—¡Ah! —volvió a exclamar el abogado, y su voz sonó cautelosa—. Sí, sí, ya entiendo. ¿En qué sentido, exactamente, está usted interesado en ese testamento?

Rudge tosió.

—Pues en un sentido que podríamos llamar general, señor Dakers. Se menciona allí a un hermano, por ejemplo, y hay uno o dos puntos más que podrían resultar de interés.

—Sí, sí. Comprendido, inspector. Creo que será preferible que vaya a verlo yo mismo. Trataré de llevar también a miss Fitz... es decir, a mistress Holland. Pero en cualquier caso llegaré a Lingham esta noche. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Estaré en Rundel Croft.

—Muy bien. Le telefonaré para comunicarle a qué hora puede esperarme. ¿Cuándo se realiza la audiencia?

—Creo que pasado mañana.

—Bien. Naturalmente, asistiré a ella en representación de mistress Holland. Me parece que deberían haberme enterado de este asunto antes. ¿Cómo es que no me telefoneó usted hasta la una?

Al inspector la habría gustado contestar que no figuraba entre sus obligaciones notificar a los abogados de las personas sospechadas o sospechosas, pero se limitó a responder suavemente que había estado muy ocupado y que apenas había tenido tiempo de digerir el contenido del testamento.

—Es lamentable —añadió— que mistress Holland no lo haya enterado por sí misma de la situación.

—Lo es, y mucho —replicó el abogado secamente—. Bien, inspector, dejaremos las cosas como están.

Y colgó.

«No hay nada que hacer —pensó Rudge descontento—. Supongo que lo único que me resta es esperar al viejo pelma. Aunque si trae a los Holland consigo ya se habrá ganado algo. Es una lástima que haya tan poco que hacer. Los Holland en la ciudad. Denny en la ciudad. Bueno ¿y qué hay de esos recortes?»

Todavía no había examinado la colección de recortes de periódicos. Quizá pudiesen sugerirle algo sobre el misterioso pasado de Penistone, o sobre algún otro punto de interés.

Los papeles, como casi lo anticipara, parecían en su mayor parte relativos a China, aunque una sección entera se refería a asuntos navales. Databan de muchos años antes de la guerra y estaban prolijamente numerados y clasificados de acuerdo con un índice alfabético escrito a mano por el almirante. Rudge advirtió un pequeño legajo, reunido bajo el rubro de «Denny W.» y lo repasó ansiosamente. Por él se enteró de que sir Wilfrid Denny había trabajado muchos años en la Aduana de Hong Kong, para retirarse en 1921 con una pensión y un título. Al parecer no había llegado a Whyemouth hasta 1925, y previamente había vivido en Hertfordshire. Era un viudo de sesenta y cuatro años, cuya esposa había muerto en China hacía quince, y sin hijos, porque el único había muerto en la guerra.

¡Esto era interesante! También sir Wilfrid tenía algo que ver con China. Sin duda,

su amistad con el almirante databa del último período de servicios de éste en aquella base.

Rudge devolvió los recortes a su carpeta y estaba a punto de guardarlos en su estante, cuando advirtió un rótulo que rezaba: «Ver H.5 y X 57.»

No tenía la menor idea de lo que esta enigmática referencia pudiese significar. Buscó el número 5 en la H, y descubrió que se refería a un solo recorte que hablaba de un marinero, de nombre Hendry, que había resultado muerto en Hong Kong, durante una pendencia, algunos años antes. La cosa prometía. Pero cuando revisó la X no encontró ningún recorte en esta letra extraña. Y por cierto que cincuenta y siete notas en el apartado X hubieran sido cosa insólita.

X debía referirse a algo distinto. Pero ¿a qué?

Volvió al índice, y sus ojos se detuvieron en otra indicación bajo la letra F: «Fitzgerald W. E.». ¡El hermano desaparecido!

También esto debía ser interesante, sin duda. La división marcada «Fitzgerald W. E.» no contenía, sin embargo, más que una tira de papel escrita con lápiz: «Ver X.»

«¡Condenada X! —pensó Rudge—. ¿Adónde diablos se ha ido la X?»

Acaso se tratase de un asunto extremadamente privado. El viejo pudo haber escondido esos papeles en algún sitio más seguro.

Lleno de excitación, emprendió Rudge un minucioso registro del bargueño y el escritorio.

El bargueño no tenía secretos, como no los reveló tampoco el escritorio ante un examen superficial. Pero finalmente, y después de hacer a un lado un fajo de recibos y de talonarios de cheques viejos que encontró en la cavidad del mueble, dio con una tapa corrediza. La recorrió, y descubrió una cerradura. Un breve análisis del llavero del almirante reveló una llave del tamaño adecuado. La probó: giraba con toda facilidad. La puerta se deslizó y dejó al descubierto una carpeta similar a las del bargueño, señalada con la letra X.

Antes de extraerla, ya sabía Rudge que iba a sufrir una decepción: la carpeta, tan chata como una tarjeta de visita, estaba vacía.

Seguía mirándola disgustado, cuando la puerta se abrió para dar paso a Jennie con una bandeja.

—De modo que ya está usted de regreso, Jennie —la saludó el inspector afablemente—. Es una gran gentileza de su parte haberme traído té. ¿Sigue mejor su madre?

—No está muy bien, señor Rudge. Gracias. El doctor dice que son los riñones. Ha ido a verla dos veces hoy. Ahora se encuentra un poco más aliviada, aunque todavía muy débil.

Rudge le expresó su simpatía y anotó mentalmente que la madre enferma parecía ser bastante auténtica.

Después de ingerir su té, continuó el registro en busca del contenido de la carpeta, pero sin éxito. Tres llamadas telefónicas vinieron a interrumpir la monotonía: una del

coroner, pidiéndole que fuese a verle como primera diligencia, la mañana siguiente; la segunda, de míster Dakers, para comunicarle que seguía tratando de ponerse en contacto con los Holland, y que llegaría en el tren de las 8.50; la última, y mucho más tardía, del vicario.

—Le hablo desde el hotel Charing Cross —dijo la engolada voz con acento de Oxford—. Me veo obligado a pasar la noche en la ciudad. Volveré a llamarlo mañana por la mañana.

Rudge le dio las gracias y colgó. Luego, al cabo de uno o dos minutos, tomó una precaución indispensable: pidió comunicación con el hotel Charing Cross.

—¿Se aloja en este momento en el hotel un tal míster Mount, el reverendo Philip Mount?

Hubo una breve pausa, y en seguida:

—Sí, señor.

—¿Está míster Mount aquí ahora?

—Voy a averiguarlo. ¿Quiere aguardar un instante?

Un apagado tumulto de voces, luego el chasquido metálico de unos pasos cada vez más próximos, y el sonido del receptor.

—¿Sí? ¿Quién habla?

«Es él, sin lugar a dudas», pensó Rudge, y en voz alta dijo:

—Acabo de recordar algo que deseaba preguntarle, señor.

Y volvió a soltar su pregunta sobre la medida de la amarra.

El vicario confirmó la declaración de Peter, y después de darle las gracias, cortó la comunicación.

«Hasta aquí, todo en regla. No me gustaba nada dejarlo partir así, pero parece sincero. Espero que lo sea, por los chicos. Pero esa sogá es un rompecabezas, esto no tiene vuelta.»

El tren de las 8.50 llegó a Whynmouth puntualmente, y al poco rato se detuvo un taxi frente a Rundel Croft. Rudge lo oyó llegar por la carretera y pararse. Sus esperanzas se reanimaron, para decaer en seguida al oír el timbre.

—Mistress Holland hubiese entrado —murmuró con desaliento—. Aunque no... —y volvió a animarse—. La puerta debe de tener corrido el cerrojo para evitar intrusiones.

Los pasos de Emery se arrastraron a través del vestíbulo. Se abrió la puerta del estudio, y un hombre alto, delgado y de cabellos grises, apareció en el quicio..., ¡solo!

—¿Míster Dakers? —interrogó Rudge poniéndose de pie e iniciando un movimiento intermedio entre saludo y reverencia.

—Sí —contestó el abogado—. Y usted, según presumo, es el inspector Rudge. Perfectamente. Y ahora, inspector, lamento tener que comunicarle que mis esfuerzos por ver a míster o a mistress Holland han resultado infructuosos. Se alojan, indudablemente, en el Carlton, y se les esperaba allí a comer. Dejé para mistress

Holland una nota concebida en términos tales que no puede, a mi juicio, desatenderla. No necesito reiterar lo impresionado y apenado que estoy por los acontecimientos.

—Comprendo perfectamente su punto de vista, señor, y puedo agregar que la ausencia de los señores Holland está dificultando mucho mi tarea. Y a propósito le diré que me encuentro en una situación bastante peculiar en esta casa, con el almirante Penistone muerto y sin nadie que la dirija, pero me atrevo a creer que no me extralimito en mis atribuciones al preguntarle, antes de entrar en materia, si ha cenado.

—Gracias, inspector, gracias, pero no necesito nada. Le quedo muy agradecido por su atención. Me agradecería conocer de inmediato todos los pormenores de este lamentable asunto.

Rudge se apresuró a esbozar lo sucedido al almirante y la partida de su sobrina, interrumpido aquí y allá por algún «Ta, ta, ta...» o algún «¡Caramba! ¡Caramba!» de míster Dakers.

—No parece, pues, caber ninguna duda de que el almirante fue asesinado...

—Mucho me temo que así sea.

—Supongo que no hubiera podido... ejem... eliminarse, y arrojar el arma al río...

Esta idea no había atravesado la cabeza de Rudge, pero contestó que, dada la posición del cadáver y las circunstancias generales, le parecía fuera de toda verosimilitud.

Dakers asintió fúnebremente.

—Me imagino —dijo con el aspecto de un hombre que toma por los cuernos a un toro enfurecido— que no habrá... ninguna sospecha contra mi cliente, ni contra su esposo.

—Pues le diré... —empezó Rudge prudentemente—. No puedo afirmar que haya sospechas contra nadie, por el momento. Y, en igualdad de circunstancias, el crimen no es, por cierto, de los que podrían atribuirse a una joven. En cuanto a míster Holland, todavía sabemos muy poco de él. ¿No podría usted ayudarnos en esto, señor Dakers?

—Tampoco yo sé gran cosa de él, fuera de su nombre, y de que estaba hasta cierto punto comprometido con mi cliente.

—¿Contaba el noviazgo con la aprobación de míster Penistone?

El abogado lo miró con suspicacia.

—Ya veo lo que hay en su pensamiento, inspector. Era de esperar que ocurriese, y sería completamente inútil que yo tratara de alterar los hechos. Si no me equivoco, el almirante Penistone, aunque un poco reacio a dar su consentimiento, no había prohibido concretamente el matrimonio. Esto es cuanto puedo decirle.

—Bien, señor. Pasemos ahora a ese testamento de John Martin Fitzgerald. Presumo que míster Fitzgerald ha fallecido, puesto que usted y el difunto almirante estaban actuando en calidad de apoderados de mistress Holland. ¿Es ésta la copia del documento auténtico legalizado en oportunidad de la muerte?

—Lo es. Mi amigo John Fitzgerald era abogado. Falleció en 1916 y ésta fue su última voluntad. No puedo decir que fuese el testamento que yo le hubiese redactado, ni siquiera que hubiese redactado él de buena gana para alguno de sus clientes. Pero ya sabrá usted, inspector, que los abogados nos distinguimos por las malas disposiciones que tomamos con nuestra propia fortuna.

—¿A cuánto ascendía la de míster Fitzgerald?

—Aproximadamente a cincuenta mil libras, y no la hizo con la ley: la mayor parte era heredada. Pero será mejor que empiece por el principio. John Fitzgerald se casó en 1888 con Mary Penistone, hermana del difunto almirante, la cual murió en 1911 dejando dos hijos: Walter Everett, nacido en 1889, y Elma Mary, nacida nueve años después, en 1898. Cuando Walter tenía veinte años se produjo cierto conflicto doméstico a raíz de sus relaciones con una muchacha que estaba en la casa en situación subalterna: la institutriz.

»El padre se encolerizó muchísimo y hubo un disgusto terrible. El joven Walter se fugó del hogar y desapareció. Durante algún tiempo no se permitió que nadie en la casa mencionara su nombre. Ya sabe usted cómo son esas cosas... Elma era demasiado niña para que se le explicase la situación, pero mistress Fitzgerald consideró siempre que su marido se había mostrado demasiado severo con el muchacho.

»Ella murió, como le iba diciendo, en 1911, y a mí me parece que la preocupación por Walter fue una de las causas que contribuyeron a quebrantar su salud, y lo cierto es que el episodio le destrozó el corazón, como solemos decir. Sé que John Fitzgerald lo creyó así y que esto lo ablandó mucho. Hizo algunos intentos por encontrar a Walter, sin ningún fruto, y redactó un testamento dividiendo su fortuna entre sus dos hijos.

»Nada se supo de Walter hasta principios de 1915, cuando envió a su padre una carta escrita "desde algún lugar de Francia". En ella expresaba remordimientos por su mala acción y por su ausencia de seis años; manifestaba sus esperanzas de obtener el perdón y decía que en aquel momento estaba tratando de iniciar una nueva vida y de cumplir su deber para con la patria. Ni una palabra sobre su existencia en el intervalo. Al mismo tiempo incluía, "para caso de accidente", un testamento extendido a favor de su hermana Elma. Su padre y ésta le contestaron en seguida, rogándole que volviese al hogar en cuanto obtuviera permiso, y asegurándole que todo estaba perdonado y olvidado. Pero no volvió nunca al hogar, aunque escribió de tiempo en tiempo, y después de la desastrosa batalla de Loos, su nombre apareció en la lista de los "desaparecidos con presunción de fallecimiento". Su padre estaba bastante enfermo por entonces. Padecía el mal de Bright y no le quedaba mucha vida por delante. Se negó en redondo a creer que Walter hubiese muerto. Ya una vez había reaparecido, declaró, y volvería a hacerlo. Y como en el ínterin había entrado en posesión de una cuantiosa fortuna, rehízo su testamento en 1911, conservando sus líneas generales, pero con la adición de determinadas cláusulas.

»Debo ahora decirle unas pocas palabras acerca de su cuñado, el almirante Penistone. El... ¿Conoce usted algo de su historia?

—He oído decir que su carrera sufrió una interrupción en 1911.

—¡Ah! ¿Conque sabe usted eso? Sí, fue un asunto muy desdichado. No necesito entrar en detalles, pero el lance había sido de tal naturaleza que Penistone resultaba muy poco recomendable para tutor de la joven. Entiéndame bien: no abro juicio acerca de si el capitán (porque tal era entonces su grado) fuera o no culpable. Pero el simple hecho de que se hubiese vinculado su nombre a tan desagradable asunto, era ya más que suficiente. Sin embargo, John Fitzgerald, que nunca quiso pensar mal de nadie...

—... rasgo muy poco usual en un abogado —no pudo evitar decir Rudge.

—Mi querido señor, un abogado en su vida privada y en su vida profesional puede ser dos personas muy distintas —replicó míster Dakers con cierta acritud—. El hecho es que John Fitzgerald no podía pensar mal del hermano de su esposa. Sostenía que Penistone había sido tratado injustamente, y, para demostrar al mundo su opinión, lo nombró albacea de Elma e insertó en su testamento esa cláusula absurda relativa al matrimonio.

—Pero usted mismo aceptó ser coalbacea con el almirante Penistone.

—Y si no lo hubiera hecho —dijo míster Dakers— él hubiera designado a alguna otra oveja negra, necesitada de reivindicación. No, saqué el mejor partido posible de una situación mala, en beneficio de la pobre hija de mi viejo amigo, y debo decir, para hacer justicia al almirante Penistone, que la forma en que cumplió su cometido no me dio jamás motivo de queja. A pesar de sus modales bruscos, y en ocasiones desagradables, creo que era un hombre absolutamente honrado en cuestiones de dinero, y tampoco había nada que decir acerca del hogar que instaló para su sobrina. En caso contrario, yo hubiera intervenido, naturalmente.

—¿Por disposición de quién fue a vivir miss Fitzgerald con su tío?

—De su padre. A mí no me parecía conveniente, pero no logré presentar argumentos valederos. El dinero que le correspondía a Elma fue invertido en valores seguros, por consejo mío, y la renta se le pagaba bimestralmente, por intermedio de los albaceas.

—Sería una bonita renta...

—Unas mil quinientas libras anuales.

—Me sorprende un poco —dijo Rudge— que el almirante no buscara un alojamiento mejor para su sobrina. Esta casa es bastante cómoda, pero está muy aislada, y tengo entendido que no veían a mucha gente.

—Eso es verdad —admitió Dakers—. Pero no fue culpa del almirante Penistone. Personalmente se abstenía, como es lógico, de frecuentar la sociedad y desde 1914 hasta 1918 estuvo en servicio activo, pero no imponía restricciones a su sobrina. Ella recibió una esmerada educación y pasó en Londres dos temporadas, bajo la custodia de una dama distinguida, aunque me parece que la vida social no la atraía mucho.

—Es curioso que no se haya casado antes —observó Rudge—. Una joven poseedora de veinticinco mil libras debió de tener una cantidad de pretendientes.

El abogado se encogió de hombros.

—Presumo que Elma era... un poquito difícil —explicó—. Quizá tampoco sea muy... atractiva, en el sentido que podríamos llamar «matrimonial». Claro está que se presentaron algunos candidatos cortos de dinero, pero no se los alentó. El almirante no hubiera consentido de ningún modo una boda con un hombre desprovisto de recursos propios. Y, por desgracia, estalló luego el escándalo de Walter.

—¿Qué escándalo fue ése?

—¡Ah! Ocurrió en 1920. Era obvio que, como primera medida, debíamos procurar de la Corte la presunción del fallecimiento de Walter. Nada pudimos hacer en este sentido hasta 1919, cuando fueron liberados los prisioneros de guerra ingleses que quedaban en Alemania. Su nombre no figuraba en ninguna de las listas y esperábamos no tropezar con ninguna dificultad. Sin embargo, y por extraño que parezca, se presentó un hombre que había estado en la unidad de Walter en 1915, y este hombre declaró haberlo visto vivo en Budapest después de terminadas las hostilidades. Dijo que no había hablado con él, pero que no tenía dudas sobre su identidad. Walter era, según creo, un hombre extremadamente buen mozo, y por cierto que lo prometía de muchacho. Se parecía mucho a su madre, que era una mujer hermosísima, físicamente muy superior a su hermano, a pesar de su gran parecido de familia.

»Bien. El caso es que esto significó nuevas demoras y trámites ulteriores. No conseguimos ninguna noticia de Walter, pero, en atención al testimonio del soldado, la Corte, como es natural, se negó a conceder la presunción de fallecimiento. Entretanto, el asunto había tenido una secuela profundamente deplorable. No bien trascendió la probabilidad de que Walter no hubiese muerto en la guerra, recibimos la noticia de que había orden de arresto contra él en Shanghai por una falsificación. ¡Qué le parece...!

—¿En Shanghai?

—Sí. La orden databa de 1914. Al parecer, cuando Walter abandonó el país en 1909, había entrado al servicio de la Compañía Anglo-Asiática de Tabacos. Estuvo primero en Hong Kong, y en 1913 fue trasladado a Shanghai. Anduvo en ciertos aprietos económicos, según presumo. Lo cierto es que falsificó la firma de un cliente de la compañía en un cheque importante, y huyó. La guerra estalló precisamente por esa época, y supongo que, en la confusión general, el asunto quedó detenido o descuidado, hasta que la noticia de la presunta muerte del muchacho en 1915 le puso fin. No obstante, cuando surgió la posibilidad de que, a pesar de todo, hubiese sobrevivido, el caso volvió a salir a luz. El almirante se disgustó muchísimo. Este nuevo escándalo en el momento preciso en que su antiguo incidente parecía olvidado, agrió por completo su carácter.

—Entiendo que el almirante Penistone se había reincorporado a la Armada durante la guerra...

—Sí. Era un buen oficial, y se alegraron de recuperarlo. Prestó excelentes servicios, y por último se retiró por segunda vez, terminada la guerra, con el grado de vicealmirante. Pero si otras personas olvidan las desgracias pasadas, él no pudo hacerlo. Le pesaban en la conciencia, y el asunto de Walter lo remató. Un hombre que había estado casi comprometido con Elma se retiró sin ningún disimulo cuando supo lo del hermano, y el almirante Penistone declaró que no expondría a su sobrina a nuevos ultrajes. Lió, pues, sus bártulos y se la llevó a vivir a Cornwall. Allí permanecieron hasta hace cosa de un mes.

Todo esto que le cuento ocurrió en 1920, y desde entonces nada se ha sabido de Walter. Comprenderá, pues, que la situación es bastante peculiar.

—Sí —convino Rudge, pensativo—. Walter parece estar en una posición muy delicada. Si se presenta, posiblemente tendrá que cumplir una condena. Si no lo hace, no puede entrar en posesión de su dinero.

—Exactamente. Por otra parte, en caso de que hubiera muerto, su parte en la herencia pasaría a manos de Elma por su testamento de 1914. Supuesto, claro está, que el testigo no hubiera mentido al declarar que lo vio con vida después de la muerte de su padre. En caso contrario, el dinero iría a parar también a manos de mi cliente como coheredera en el testamento de su padre.

—De modo que la muerte de Walter redundaría en provecho de su hermana. Comprendo. Pero ahora, míster Dakers, ¿en qué están las cosas con referencia a la participación personal de mistress Holland en la fortuna de su padre? Supongo que, muerto el almirante, la cláusula relativa a su consentimiento para la boda quedará invalidada.

—Ahí está, precisamente, la dificultad —contestó, molesto, el abogado—. El punto de vista adoptado por la Corte en casos análogos es que el testador no puede exigir que el beneficiario realice imposibles. Así se ha sostenido una y otra vez que, si las condiciones no pudiesen materialmente cumplirse, por caso fortuito, el legado persiste.

—¿Por caso fortuito? —inquirió Rudge.

—Sí. Suponiendo, por ejemplo, que se requiriese la autorización de una persona determinada, y dicha persona muriese antes de la boda, la condición resultaría imposible de cumplir y el legado seguiría en pie.

—Claro está —dijo el inspector—. ¿Pero qué significa exactamente «por caso fortuito»?

—Pues significa —contestó el abogado, un poco a regañadientes, según a Rudge le pareció advertir—, significa... Bueno, significa «bajo condiciones que el beneficiario no hubiese podido evitar».

—Hablemos claro —incitó el policía—. Si se descubriese que Elma Holland tuvo algo que ver en la muerte del almirante Penistone...

—¡Ah! Por supuesto que en esa eventualidad —lo interrumpió míster Dakers— no tendría ninguna posibilidad de recibir la herencia. La ley prohíbe explícitamente que el criminal se beneficie con su crimen. Pero no será ése el caso, sin duda.

—Espero que no —concedió Rudge—. ¿De modo que, si no me equivoco, mistress Holland queda ahora en condiciones de recibir la herencia?

—Sí... —contestó el otro, después de una ligera vacilación—. Espero que la Corte verá las cosas con ese criterio. La única dificultad estriba en el excesivo apresuramiento con que la boda sucedió a la muerte. Seré franco con usted, míster Rudge. No me parece imposible que el fallo sea discutido y, si ello ocurriera, tendríamos que decidirnos por un camino entre dos: podríamos alegar, naturalmente, que ella tenía el propósito de solicitar la autorización necesaria antes de la boda y que, de no haber sido por la muerte, hubiese tenido tiempo de obtenerla. La verdad es que la había solicitado ya... en repetidas ocasiones.

—¿Con alguna esperanza razonable de lograrla? —preguntó Rudge, y añadió, viendo que el abogado titubeaba—: Míster Dakers, no quiero ocultarle que tengo aquí testigos dispuestos a declarar que, según todas las apariencias, el almirante no aprobaba ese matrimonio.

—Precisamente —contestó míster Dakers—. Debo admitir que existía, de su parte por lo menos..., una objeción aparente. Y siendo así, ignoro lo que pensará la Corte de una boda celebrada con tanta premura. Podría inferirse que el almirante se oponía enérgicamente a ella y que, por lo tanto, fue realizada con la intención definida de frustrar los propósitos del testador. La prisa indecorosa con que se efectuó la ceremonia suministra por sí misma la presunción de que la muerte del almirante eliminaba el único obstáculo.

—Por lo que acaso podría alegarse —intervino Rudge— que no ha sido del todo «caso fortuito».

—Si se hiciese tan monstruoso alegato —replicó míster Dakers— habría que refutarlo, y nos bastaría con un solo argumento: el hecho de que la precipitación de la boda compromete el derecho absoluto a la herencia constituye una refutación suficiente.

—Sí —admitió Rudge, cogiendo al vuelo el punto débil de la argumentación—, siempre que el beneficiario conociese las disposiciones legales. —Reflexionó un momento y preguntó—: ¿Y cuál sería su segunda línea de defensa?

—Demostrar que la ceremonia no se concertó hasta después que la muerte hubo hecho de todo punto imposible obtener el consentimiento. Si así fuese (aunque no veo cómo se hubiera podido conseguir una licencia en tan poco tiempo) contaríamos con una réplica concluyente para la parte contraria. Este criterio ha prevalecido a menudo. En el caso de *Collet contra Collet*, por ejemplo, la madre, cuyo consentimiento se requería, falleció en 1856. En 1865 la hija se casó. El juez sostuvo que «el legado secundario, es decir, el que hubiera correspondido a la persona que debía recibir el dinero en caso de no cumplirse la condición, quedaba sin efecto, ya que dicho

cumplimiento se había hecho imposible, por caso fortuito, y no por culpa del que debía cumplirlo». —Míster Dakers, que había leído estas últimas palabras en una libretita, miró por encima de sus gafas a Rudge, que no dijo nada, y continuó hablando—: En este caso era razonablemente seguro que la madre, de haber vivido, habría dado su consentimiento para el matrimonio, conveniente desde cualquier punto de vista. Y al parecer la Corte basó su decisión en lo que la madre pudo razonablemente haber hecho.

—Ya veo —dijo por fin Rudge—. No obstante, en el caso actual, el consentimiento del almirante no puede presumirse con ninguna certeza.

—Tampoco eso es del todo seguro —objetó el abogado—. ¿Quién podría decirlo? Si la conveniencia de la boda es en sí misma un factor digno de tenerse en cuenta, no parece existir razón alguna para que el almirante Penistone se negase a autorizarla. Holland, por cuanto sabemos de él, parece hombre respetable, de edad adecuada, sólida posición y dinero suficiente para que no pueda tomársele por un vulgar cazador de dotes. El caso es muy consistente, míster Rudge, y si yo no estuviera personalmente envuelto en él me resultaría un placer defenderlo.

El inspector estaba a punto de contestar cuando se oyó el rumor de un automóvil que se acercaba. Siguió un ligero tumulto en la puerta principal, resonaron voces y pasos, y se abrió de par en par la puerta del estudio.

—Inspector —dijo Arthur Holland, entrando en la habitación en pos de su esposa—, debemos presentarle nuestras excusas por habernos escapado así, pero teníamos prisa y temimos que usted nos demorase. ¿Es éste míster Dakers? Mucho gusto, señor. Mi esposa y yo recibimos su nota y creímos conveniente venir a tranquilizarlo.

—Gracias —contestó míster Dakers con bastante sequedad—. Bueno, Elma, se ha casado usted con gran apresuramiento. Confío en que no tendrá que arrepentirse cuando lo piense más despacio.

Elma se echó a reír.

—Padece usted una equivocación, señor Dakers —dijo—. Yo no he arriesgado ni comprometido nada. Mire esto —y le tendió una hoja de papel.

El abogado se afirmó las gafas en la nariz, leyó con unos cuantos murmullos de sorpresa, y tendió la hoja al inspector.

—Pues bien, señor, creo que esto resuelve nuestros problemas.

Rudge miró el papel. Estaba escrito a máquina, con excepción de la firma y decía:

«Por mi propia voluntad otorgo mi consentimiento para la boda de mi sobrina, Elma Mary Fitzgerald, con Arthur Holland.

Firmado: H. L. Penistone.»

La fecha era del 9 de agosto.

El inspector miró a Holland.

—¿Cuándo llegó esto a su poder, señor?

—Me lo entregó mi esposa esta mañana —contestó el aludido—. Lo había recibido anoche del almirante.

—¿A qué hora fue eso, señora? —volvió a preguntar Rudge.

—Exactamente después de medianoche —contestó la muchacha en un curioso tono grave que recordó al policía su entrevista previa.

—¿Después de medianoche! ¿Vio usted vivo a su tío después de medianoche?

—¡Claro que sí! —interrumpió Holland—. Y también yo lo vi a esa hora. Sí, ya sé lo que va usted a decirme, inspector; pero no quise hablarle de ello porque temí que nos impidiese partir para la ciudad. Ahora se lo explicaré todo. Vi al almirante vivo aquí mismo, en su estudio a las doce y cuarto de anoche.



8

Treinta y nueve artículos de duda

por R. A. Knox

Por su propia naturaleza, la vida de un policía está llena de sorpresas. Una parte considerable de la colectividad se siente por demás inclinada a jugarle malas pasadas, ya sea tendiendo a su paso alambres en los jardines, de un lado a otro de los senderos; ya sea acechando en la sombra de las callejas oscuras, con medio ladrillo oculto en una media. Rudge no había ascendido a su grado de inspector sin conocer unas cuantas experiencias de este género, y estaba a punto de adquirir esa impasibilidad perfecta que, como el poeta antiguo nos asegura, constituye buena parte de la felicidad. No obstante, esta repentina confesión lo pilló casi desprevenido. ¡La opinión de Grice de que el cuerpo debió de haber sido cadáver desde algo antes de la medianoche parecía un punto de partida tan firme, y los restantes elementos del caso se habían agrupado en torno de este hecho central con tanta docilidad...! La perspectiva de una excursión a Whynmouth y de un crimen cometido río abajo, la oscuridad, el aislamiento, la acción de las mareas... ¡Todo engranaba tan cumplidamente! (Y a propósito, ¿por qué había estado tan seguro de las mareas? ¡Ah, sí, Neddy Ware! Era curioso que Neddy Ware se hubiera mostrado tan positivo sobre aquel punto. Demasiado tarde comprendía el inspector que ni una sola prueba, fuera de la engañosa infalibilidad del perito, excluía la posibilidad de que el crimen se hubiese perpetrado bastante después de medianoche. Y eso, según ahora parecía, fue lo que debió ocurrir. Claro que Holland podía estar mintiendo, pero era difícil concebir los motivos. ¿Por qué abandonar, en efecto, una coartada de primer orden en el Lord Marshall, a cambio del dudoso honor de haber sido el último hombre que vio con vida al difunto? Hubiera sido un juego de tontos, y Holland no tenía aspecto de serlo.

Al cabo de unos instantes, la fuerza del hábito se impuso: Rudge había extraído la inevitable libreta, y se dedicaba a volver sus páginas en busca de una en blanco, acordándose, mientras lo hacía, de no humedecer el dedo.

—Creo mi deber informarle, señor —explicó—, de que no está obligado a hacer declaración alguna. Como sabe, será citado a la audiencia, y si prefiere reservar para entonces...

—¿Mi defensa? —lo interrumpió Holland con grosero sarcasmo—. ¡Es usted

muy amable! Pero aquí me tiene, perfectamente pertrechado ya con una historia inverosímil, cuidadosamente preparada para engañarlo, y sería una lástima que no me descargase de ella mientras conservo mi facilidad de palabra. Usted preferiría tenerme antes en remojo, ¿verdad? Y tomar mi declaración sin testigos, para poder cocinarla ulteriormente. Pues no... Yo me decido por la ocasión actual, si no tiene ninguna objeción que oponer.

A duras penas pudo Rudge contenerse de manifestar al inoportuno bromista que esa clase de cosas no lo ayudaría en nada. Después de todo. Holland pertenecía, evidentemente, a las clases opulentas, que disfrutaban siempre del beneficio de la duda.

—Por cierto que no, señor —se rectificó, en tono un poco frío—. Pero quizá fuese mejor que mistress Holland...

—¡Ah! ¿De modo que quiere usted asegurarse de que los dos contemos la misma fábula? Bueno. Mala suerte para un hombre que está en su luna de miel, pero si no te importa, Elma...

Ambos cruzaron una rápida mirada. En los ojos de él, esa mirada acusó una intimidad llena de adoración. En los de ella... ¿acaso cierto enfado ante su cinismo? ¿No sería, más bien, un ligero matiz de repugnancia?

Míster Dakers salvó la situación, insinuando que nada sería para él más grato que un paseíto por el jardín en compañía de mistress Holland. Necesitaba discutir con ella diversos asuntos. Y así fue como quedó Rudge a solas con su testigo principal.

—Ahora, señor —empezó bruscamente—, admitirá usted que la historia que me contó en nuestro primer encuentro estaba en abierta contradicción con lo que acaba de decir.

—¡Estos intelectos de gigante! Sí. Le dije que me hallaba en la cama, en Whynmouth, cuando en realidad estaba aquí. Es una discrepancia.

—Disculpe, señor, pero adonde voy a parar es a lo siguiente: ¿era mentira *todo* lo que me dijo? Por ejemplo, tengo anotado aquí que no fue usted visto por nadie después de las once. ¿Confirma esa declaración? Ya no parece tan verosímil, ¿no es cierto? Tal vez quiera usted tratar de recordar si no se cruzó con alguien en su trayecto hasta aquí. Supongo que vino a pie... ¿O en el autobús?

—El último autobús, mi querido Rudge, como usted y yo sabemos perfectamente, sale a las diez y media. No. Vine caminando, y me crucé con algunos de los caballeros que acaban de abandonar el Lord Marshall, pero no me parece probable que ninguno de ellos conserve un recuerdo muy nítido de sus impresiones. Había también unos cuantos enamorados, pero temo no poder reconocer sus facciones y dudo que ellos reconocieran las mías. No hablé con nadie.

—¿No se encontró, por casualidad, con alguno de nuestros hombres?

(Hubo un fragmento de pausa, como si repentinamente le fallase a Holland su habitual inventiva.)

—No, no creo —fue por fin la respuesta—. En cierta ocasión miré hacia una calleja lateral, y me pareció ver encenderse una linterna de las que usa la policía, pero

pudo tratarse de alguien prendiendo el farol de una bicicleta, y en este momento no recuerdo tampoco qué calle era.

—¿Y vino usted directamente por el camino principal?

—Todo el tiempo.

—Ahora, señor, pasemos a otro punto, si no le es molesto. ¿Tuvo usted en todo momento la intención de hacer esta visita más bien tardía?... ¿O se entretuvo paseando por la carretera..., o se le ocurrió la idea de pronto, cuando ya casi era hora de cerrar, o estaban a punto de hacerlo?

—Mi querido inspector, es usted un poco ingenuo. No se me oculta que el portero debió decirle que había visto mis zapatos en el corredor. Y, por lo tanto, la historia que he resuelto contarle es que me disponía a meterme en la cama, cuando un incidente inesperado vino a alterar mis propósitos. Al mirar por la ventana vi salir por la puerta principal a un hombre a quien me pareció reconocer por la forma de los hombros. Inmediatamente me dije que debía ser una impresión falsa; algo en el aspecto del sombrero me hizo pensar que se trataba de un clérigo. Después me asaltó la idea de que los clérigos no suelen salir por las puertas de las posadas a la hora de cerrar. Y me sentí seguro, aunque no sé cómo, ni por qué, de que se trataba del pobre viejo Penistone. Y como tenía necesidad de hablar con él, me eché encima apresuradamente el resto de mis ropas y salí a la calle. Ya no había señales del hombre, naturalmente, pero yo me precipité por el camino que a mi juicio debió tomar. Y por último... Bueno, por último, recorrí todo el trayecto hasta aquí.

—¿Sin más que la remota perspectiva de encontrarlo aún levantado tan tarde?

—Inspector, ignoro si usted es casado, o si su pecho ha sido siempre insensible a las emociones más dulces. Pero si se toma el trabajo de interrogar a cualquiera que haya estado profundamente enamorado, le dirá que a un amante no le importa nada recorrer una o dos leguas, sin más propósito que pararse frente a una ventana, y ponerse sentimental entre los rododendros. Y por mi parte no hubiera hecho más, si no hubiese advertido que había luz en el estudio del pobre almirante.

—¿Vio usted esa luz cuando se acercaba?

—Mire, obtendría mucha más información si no estuviese siempre de pescar en falta a sus interrogados. ¡Claro que no pude verla desde la carretera! Me había vuelto hacia el parque, y la vi desde allí. Me acerqué, llamé, y el almirante me hizo pasar por la puerta ventana. Me dijo que había llegado en un momento muy oportuno, «muy dramático», añadió porque estaba a punto de entregar a su sobrina el documento que habíamos estado esperando todas estas últimas semanas: su consentimiento para nuestra boda. Y por cierto que el papel estaba sobre la mesa cuando entramos al salón.

—Eso debió ocurrir... ¿Alrededor de las doce y cuarto dijo usted?

—No me fijé en la hora exacta, pero había dejado el Lord Marshall poco después de las once, que es la hora de cerrar. Luego de salir de Whynmouth, seguí caminando despacio, así que no puedo haber llegado aquí antes de las doce, más o menos. Tales

son mis deducciones.

—Sí, ya veo. ¿Y tuvo usted la impresión de que el almirante Penistone no pensaba volver a salir? ¿Tenía puesta su bata, por ejemplo? ¿Estaba fumando... o bebiendo un *whisky* con soda, o algo semejante? Ya comprenderá lo que quiero decirle. *Necesito* saber si salió después de su partida, y en tal caso por qué lo hizo.

—Bueno, pues en ese aspecto no puedo ayudarlo mucho. Parte del tiempo tuvo una pipa entre los labios, estoy seguro. Lo único que me hizo pensar que no tenía la intención de acostarse fue el desorden de su escritorio: papeles por todas partes, extraídos de sus casilleros. El almirante no pertenecía a esa clase de hombres capaces de irse a la cama sin haber acostado antes a sus papeles.

—Ajá... Eso es muy interesante. ¿Y posiblemente no tiene usted idea de lo que eran esos papeles...?

—Temo que ni la más remota. No dudo de que el oficio de ustedes los obligue a mirar, a veces, por encima del hombro de una persona, pero en el comercio del yute tenemos un código de urbanidad más estricto.

Rudge percibió la agresividad de esta reflexión, pero consiguió producir una sonrisa bastante aceptable.

—¿No se quedó, pues, mucho tiempo? ¿Tal vez se limitó a darle las gracias y dijo que debía regresar a Whynmouth?

—Poco más o menos. El me acompañó nuevamente hasta la puerta ventana, y yo regresé al Lord Marshall, inspector, en el estado de espíritu en que se encuentra un hombre cuando comprende que el sueño más grande de su vida se ha convertido en realidad, es decir, caminando sobre las nubes, y sin prestar mucha atención a cuanto me rodeaba.

—¿Y no le preocupaba siquiera cómo abriría la puerta principal del hotel?

—¡Oh, no! Había tomado mis precauciones. Sabía que el portero es amigo de irse a dormir en cuanto puede, y no le gusta que le interrumpen el sueño. De modo que tuve cuidado de descorrer el pestillo de la puerta trasera (ya comprobará usted que no tiene cerrojo) y temo que ni la misma mistress Davis me oyó llegar. Me pareció mejor así, porque es muy charlatana.

—En eso tiene usted razón, señor. Con todo, preferiría que hubiese sido menos silencioso en sus idas y venidas. Eso le hubiera favorecido en la audiencia. Aunque sin duda habrá vuelto a dejar sus zapatos en el corredor, y así podremos confirmar que llegó antes de que abriesen la puerta principal, ¿no es cierto?

—Piensa usted en todo, mi querido inspector. Ahora quiere hacerme decir que estaba usando, a las once y cuarto y camino de Rundel Croft, los mismos zapatos que estaban junto a mi puerta a las once y media. Créamelo, su técnica está mejorando mucho. Pero la triste verdad es que cuando me vestí y salí en persecución de mi Almirante Fantasma, me puse otro par, unos zapatos de gamuza que nadie en su sano juicio haría limpiar en el Lord Marshall.

—¡Ah! Así se explica todo. Supongo que no traería usted por casualidad un

ejemplar de la *Evening Gazette*.

—Nunca la leo. Su tendencia política me da náuseas.

Rudge contempló su libreta, extendiendo el brazo como para estudiar un efecto artístico.

—Bueno. Me ha dado usted una explicación perfecta de sus movimientos, míster Holland. Quedan todavía una o dos preguntas que me agradaría hacerle, pero como no tienen relación directa con lo ocurrido anoche, no me sorprendería que no quisiera usted contestarlas. La primera es ésta: ¿por qué el almirante Penistone se oponía en un principio a que usted se casara con su sobrina, y luego cambió de opinión?

—Debe de andar usted muy afanado buscando misterios, si también de esto hace uno. A poco que lo piense, observará que sólo conozco a la familia desde hace tres o cuatro semanas. Y ya que demuestra tan solícito interés por nuestros asuntos privados, le diré que vi por primera vez a la que es hoy mi esposa, poco después de su llegada, en casa de sir Wilfrid Denny, y que entre nosotros surgió un amor a primera vista. El almirante... Pues bien, el almirante era hombre circunspecto, y supongo que quería conocerme más a fondo. Cuando su sobrina me escribió diciéndome que regresara a Whynmouth porque tenía buenas noticias para mí, me atreví a esperar que se tratara del consentimiento, y fue entonces cuando obtuve la licencia. Pero, por lo visto, mi respetabilidad era para él más evidente de lo que lo es para usted.

—¡Oh, vamos, espero que no se habrá ofendido! Y ahora, pasemos a la segunda pregunta. Parece descortés, pero debo formularla. ¿Por qué tenía usted tanta prisa por casarse, míster Holland?

Holland hizo una pausa, esta vez inconfundible, pero su rostro no sugería culpa ni doblez; más bien parecía un hombre honesto que sabe más de lo que puede decir, y que no está muy seguro de lo que puede decir sin faltar a la verdad. Así fue por lo menos como interpretó Rudge su expresión, en los pocos instantes que duró su perplejidad.

—Inspector —dijo al cabo Holland, con una nota más seria en la voz—. No debe usted responsabilizarme de las fantasías de una mujer. Sé que a usted le parece muy chocante que nos hayamos escapado de ese modo para casarnos en la mayor intimidad, debido al duelo de la familia de la novia, y apenas frío el banquete fúnebre. Pero la verdad es que Elma está mucho más nerviosa de lo que su autodominio deja entrever. Creo que la trastornó lo ocurrido aquí anoche y se imaginó estar en peligro. ¿Quién podía asegurar que no fuese ella la próxima víctima de esta misteriosa *vendetta* o lo que sea? Quería irse de la casa y tener cerca, desaparecido su tío, a un hombre con legítimo derecho a ser su protector. Y no podrá usted negarme que, por muy indigno de Elma que yo sea, tengo por lo menos el «formato» adecuado para ahuyentar criminales. Esa debió ser la impresión de ella.

—Sí. Es muy comprensible. Permítame ahora preguntarle otra cosa: ¿le dio el almirante Penistone, cuando lo vio usted por última vez, alguna explicación sobre su cambio de actitud?

—Si usted lo hubiera conocido, sabría que no era hombre de dar explicaciones. Era seco y lacónico en su conversación, y aborrecía gastar palabras. En esa oportunidad, apenas si dijo algo más que «buenas noches» y «venga por aquí, tengo algo para mostrarle». Fuera de esto, no hizo más que chupar su pipa; así entendía él la conversación.

—Era un gran fumador, ¿no es cierto? Apostaría a que usaba siempre la misma pipa. El fumador auténtico no usa nunca más de una.

—En tal caso, él no debía serlo. Puede usted ver por sí mismo todas las que tenía desparramadas sobre la repisa de la chimenea. Si una no tiraba bien, tomaba otra.

—Me pregunto... ¿No le parece posible que tuviera alguna preocupación y que por eso hablara tan poco? Como es natural, me siento ansioso por descubrir si el infortunado caballero presentía lo que le estaba por suceder. ¿Le pareció, por ejemplo, pesaroso o cansado?

—No advertí nada. No. No advertí nada. Claro que la única luz que había en el estudio era la de esa lámpara que está a su lado, cuya pantalla es verde y opaca. Y no es posible distinguir muy bien la cara de un hombre cuando está de pie, y la única luz de la habitación cae sobre su escritorio. Pero si quiere usted saber si su acento sugería preocupación o inquietud, le diré que no.

—Bien, míster Holland. Creo haberle preguntado ya todo lo que necesitaba saber. ¡Ah! Me falta algo... ¿Por casualidad no tenía puesto el almirante su abrigo?

—¿En su estudio, y en una calurosa noche de verano? Lo mismo podría usted preguntarme si no llevaba cota de malla.

—Sé que suena absurdo..., pero la verdad es que cuando lo encontramos llevaba puesto un abrigo grueso, y claro está que... A propósito, míster Holland, ¿no lo llevaría cuando le pareció a usted verlo por la ventana del hotel?

—¡Qué tonto es uno para fijarse en las cosas! Ahora me parece recordarlo con un gabán grueso, pero tal vez sea porque sé lo del cadáver. Tengo la impresión de que no lo llevaba... aunque quizá sólo esté argumentando conmigo mismo, y diciéndome que por fuerza hubiera debido llamarme la atención que llevara puesto un abrigo grueso en una noche de tanto calor. Si la memoria tuviera ojos... No, inspector, por mucho que me apremie. Lo engañaría si tratara de darle una respuesta simple para una pregunta simple.

—De todos modos le agradezco lo que me ha dicho. En cuanto a mistress Holland...

—Si me pide usted mi parecer, le diré que mistress Holland debe estar impaciente por su cena. No parece usted pensar que está estropeando nuestra luna de miel. Vea, hemos tomado habitaciones en el Lord Marshall. Elma dijo que le sería imposible dormir en esta casa por ahora. Y no me atrevo a pensar lo que será la comida de mistress Davis cuando se enfría. ¿No podría esperar hasta mañana para poner a mi esposa en el potro?

—El caso es, señor, que cuando vea al *coroner* mañana por la mañana, deberé

presentarle un informe tan completo como sea posible, y usted y mistress Holland, desde cualquier ángulo que se considere, van a ser testigos importantes. Pero si cree que mistress Holland preferiría verme mañana temprano..., pues bien, tenemos un agente de guardia en la plaza. Podría hacerle una indicación para estar seguro de dónde encontrarlos. Tal vez no tengan ustedes inconveniente en llevarme hasta Lingham si me instalo en la parte de atrás del automóvil.

—¿Por temor de que nos acometa la tentación de tomar un camino equivocado? Bien, inspector, supongo que nos lo tenemos merecido. Venga, pues. En esta oportunidad jugaremos limpio.

Rudge se acomodó en la penumbra del asiento trasero, espionando instintivamente las dos siluetas cuyos contornos se dibujaban, borrosos, contra la mancha iluminada de la carretera. Las impresiones que ya tenía sobre la pareja se confirmaban; conversaban poco, y cuando lo hacían parecía ser siempre por iniciativa de Holland, en la atenta inclinación de cuyos hombros se revelaba el modelo de amante lleno de solicitud. Elma, por el contrario, permanecía muy erguida, y apenas se movía para responder. Pero también podía suponerse que estuviera cansada y, por añadidura, tenía muchas cosas en que pensar. Acaso hasta sintiese un poco de pena por el pobre viejo cuya suerte había compartido tantos años, y que ahora yacía en el depósito de cadáveres.

Rudge inventó un pretexto para seguirlos al hotel, pues estaba secretamente preocupado por aquella puerta de los fondos.

El Lord Marshall es un edificio antiguo y sin entrada particular para los visitantes, que se ven obligados a recorrer un estrecho pasillo con una pequeña expansión en su centro, desde la cual se obtiene una vista de espaldas de los caballeros que se entonan en el bar público. Uno de ellos se volvió a medias cuando entraron y Rudge tuvo dos impresiones simultáneas: que conocía al hombre, y que el hombre no deseaba ser reconocido. Lo cierto es que retrocedió cuando ellos se acercaban y su rostro quedó oculto en las sombras del hueco de la escalera.

De regreso de una entrevista afortunadamente breve con mistress Davis, Rudge volvió a encontrárselo y verificó sus sospechas. Era «Cabeza rapada», el periodista de la *Evening Gazette*. Con la promesa de verlo al día siguiente, consiguió el inspector zafarse de sus apremiantes inquisiciones acerca de los progresos del caso, cruzó luego dos palabras con el policía de la plaza, y volvió a la intimidad de su alojamiento privado.

El inspector Rudge, hemos de admitirlo con sentimiento, era un hombre absolutamente vulgar. No se distraía con el violín, ni con el frasco de cocaína; no hacía nudos en un cordel, ni coleccionaba escarabajos; ni se distinguía por ninguna otra particularidad accesorias. Las habitaciones a las que ahora volvía eran habitaciones completamente comunes, en las que ni siquiera se había tomado el trabajo de sacar los adornos de la patrona.

El *whisky* que extrajo de un armario era de una marca tan conocida que la

mención de su nombre constituiría una propaganda innecesaria, y lo mismo puede decirse del tabaco con que llenó su pipa.

Si hemos de revelar toda la verdad, confesaremos también que era hombre tan cabalmente humano que hasta se quitó los botines y los reemplazó por un par de zapatillas caseras. En seguida se aplicó al trabajo nocturno que consistía en seleccionar, del material acumulado en la jornada, aquellos puntos que le parecían susceptibles de investigación ulterior. Dichos puntos los consignaba en forma de preguntas, sin añadirles comentarios, salvo una que otra nota ocasional.

Pero a medida que cada pregunta quedaba reducida a forma escrita, el inspector Rudge clavaba los ojos en el techo, y dejaba vagar su pensamiento por las posibilidades que sugería.

Más adelante reproduciremos las preguntas, con un sumario de las especulaciones a que cada una condujo.

Por última las recontó, y su conciencia ortodoxa quedó complacidísima al comprobar que el número de las mismas ascendía a treinta y nueve.

1 ¿Por qué se instaló Penistone en Lingham, y qué podía esto importarle a sir Wilfrid?

Contemplado en su totalidad, el caso adolecía de un exceso de elementos chinos. Nada tenía, pues, de particularmente improbable que dos hombres muy vinculados con China viviesen tan cerca. Pero mistress Davis, en representación de la chismografía local, había encontrado significativa la coincidencia, e inesperadamente había adelantado el dato de que sir Wilfrid no parecía demasiado satisfecho de semejante vecindad.

¿Era concebible que hubiese existido alguna vinculación entre ambos en el pasado? ¿Una vinculación culpable, tal vez? Y si así era, ¿de qué lado estaba la culpa? Seguramente del lado de sir Wilfrid. El pensamiento de Rudge, ocupárase de lo que se ocupara, tendía a moverse dentro de cauces profesionales, y la idea del chantaje se le impuso por sí misma. Tanto más cuanto que la posición económica de sir Wilfrid parecía bastante precaria.

Memorándum: Acudir al Banco para obtener el estado de la cuenta del almirante. Improbable contar con la colaboración de sir Wilfrid.

2 ¿Por qué piensa Jennie que Penistone y Elma más parecían marido y mujer que tío y sobrina?

Probablemente, meras murmuraciones. Después de todo, el conocimiento que Jennie tenía de la pareja era bastante reciente. Y el hecho de que, al parecer ambos contribuyeran al mantenimiento del hogar por partes iguales, debió darles a sus ojos aspecto de matrimonio. Una vez más, la fantasía de Rudge jugó con la idea de una simulación, pero era de todo punto imposible que una simulación tal se mantuviera por mucho tiempo. Dakers la hubiera descubierto, aunque ninguna otra persona lo

hiciese.

3 *¿Por qué tenía Elma tanta intimidad con la doncella francesa, y por qué partió ésta tan repentinamente?*

Las dos preguntas podían incluirse en una: si la primera tenía sentido, probablemente procuraría una explicación para la segunda.

El argumento de que Célie había encontrado el lugar abrumadoramente aburrido debía ser un mero pretexto. Una francesa que ha pasado años desterrada de Cornwall necesita algo más de una semana para hastiarse de Lingham. Whynmouth, después de todo, contaba con un lujoso cine. Claro que podía existir entre bastidores algún romance o alguna tragedia que hiciesen crisis en aquel momento, pero era más lógico atribuir la fuga al cambio. Y no era exagerado hablar de fuga, puesto que había quedado dinero pendiente.

Por cierto que si Célie no era una simple criada, podía suceder que el dinero no tuviese importancia para ella. Pero ¿por qué partir inmediatamente después de una mudanza? Sin duda habría sido más plausible hacerlo antes de que ésta se efectuase. Resultaba, pues, forzoso inferir que o bien Célie había encontrado, a su llegada a Lingham, algo inesperado y perturbador, o bien habían surgido contingencias que no hubieran podido presentarse en Cornwall. El lapso era demasiado breve para un idilio. ¿Habría estado ella en Lingham en otro tiempo?

Memorándum: Rastrear las señas actuales de Célie y, de ser posible, buscar referencias sobre su pasado.

4. *¿Por qué, siempre a base del testimonio de Jennie, había tan pocas demostraciones de amor entre Elma y Holland, por lo menos por parte de ella?*

También esto podía ser murmuración y nada más. ¿Cómo atribuir a nadie un nivel anormalmente bajo de enamoramiento? Acaso Jennie tuviese un nivel insólitamente elevado de experiencia sentimental. Jennie andaba fisgando siempre, y una pareja de enamorados tímidos podía haberse tomado la molestia de desenlazar sus manos cada vez que sus pesados pasos la anunciaban.

Pero su apreciación tenía un fondo de verdad; cabía suponer que la boda, por lo menos de un lado, había sido un matrimonio de conveniencia. ¿De qué lado? Evidentemente, del de Elma, a juzgar por todos los testimonios, y había que recordar, además, que ésta había sufrido un desengaño anterior y que sentía que la juventud se le escapaba. También podía haber ansiado entrar en posesión de su dinero, en vez de recibir solamente los intereses de manos de sus albaceas. Pero ¿para qué lo querría? Vivía sencillamente, se vestía con desaliño...

Quizás Holland fuese un aventurero, pero en tal caso era muy hábil para simular amor.

5 *¿Qué hacía Elma con su dinero?*

Esta pregunta se desprendía naturalmente de la anterior. ¡Qué cómoda resultaría

la vida para la policía si todos tuviéramos la obligación de dar cuenta de nuestros ingresos, como se hace en las obras de beneficencia pública! Rundel Croft no era una casa con pretensiones. Su presupuesto debía de ser módico. Aunque Elma hubiera corrido con más de la mitad de los gastos —y el almirante bien debía tener algún dinero propio— era difícil creer que su mantenimiento requiriese mil doscientas libras anuales. Sin embargo, el dinero era de ella, y no tenía ninguna necesidad ostensible de economizar. Una vez más se le ocurrió a Rudge la idea de un chantaje, pero en esta oportunidad a la inversa. Si era sir Wilfrid el chantajista, ¿por qué sus víctimas se habrían instalado tan cerca, y por qué habría manifestado él contrariedad?

Memorándum: También para este punto consultar la cuenta corriente del almirante.

6 *¿Qué papel había representado Walter en la vida secreta de toda esta gente?*

Si estaba muerto, su influencia sólo subsistía en la medida en que apartaba a Elma de la mitad de su herencia; y esto, teniendo en cuenta su posición ya cómoda, parecía un factor poco importante.

Pero si estaba vivo..., ¿cuál podía ser su influencia si estaba vivo? ¿Lo querría su familia, o la historia de su desgracia habría anulado todo sentimiento afectuoso? Resultaba extraño, cuando se paraba mientes en ello, que la familia de un soldado desaparecido en la guerra no ostentase ningún retrato suyo en el estudio ni en el salón. Y sin embargo...

Quedaba también el escándalo del cheque. Hubiera sido un poco molesto que las visitas preguntaran: «¿Y ése quién es?

Si estaba vivo, ¿qué hacía? ¿A qué podía dedicarse?

Parecía inverosímil, en un hombre de sus antecedentes, que dejara pasar a su lado una fortuna sin tratar de alcanzarla. Pero supuesto que viviera y estuviera tratando de rehabilitarse, ¿qué podía ganar cometiendo un crimen de esta naturaleza, o incitando a otros a cometerlo? «El cadáver de uno de los albaceas no constituye un legado muy valioso», pensó Rudge.

7 *¿Por qué decía Ware que el almirante había cambiado mucho desde la última vez que lo vio?*

La gente cambia de aspecto con el tiempo, como es natural; y a un hombre que ha vivido años bajo el agobio de una larga injusticia puede perdonársele que pierda algo de su vitalidad y alegría. Pero las fotografías de Rundel Croft, que databan evidentemente de la época evocada por Ware, acusaban una semejanza inconfundible con el hombre que había aparecido muerto. De nuevo la loca sospecha de una caracterización atravesó la mente del inspector, y de nuevo el sentido común le reiteró que es imposible mantener una simulación mucho tiempo.

¿Era concebible que el viejo hubiera reconocido el cadáver por él rescatado de las aguas, que por algún motivo personal pretendiera no reconocerlo, y que después

inventase aquella historia del cambio para explicar su falta de memoria?

Pero (una vez más «pero») ¿con qué objeto fingir ignorancia? ¿Por qué no haber dicho, simplemente: «He visto a este hombre antes de ahora, pero no consigo recordar cuándo ni dónde»?

Memorándum: interrogar a Dakers al respecto.

8. *¿Llevaba a alguna parte la alusión de mistress Davis a una esposa que había abandonado el hogar?*

Parecía una posibilidad muy remota. Pero hasta aquí, y con excepción de Elma, no había en el caso más mujeres que la innominada pasajera del automóvil, y aquel fantasma del pasado de Lingham que, según todas las presunciones, debía estar ya muy lejos del teatro de la acción.

Se ha señalado ya que el pensamiento de Rudge se traducía siempre en términos de experiencia policíaca, y «*Cherchez la femme*» es casi el primer mandamiento en el decálogo del detective.

Pero ¿cómo hacer indagaciones sobre la historia de mistress Mount a partir de su fuga? Quizás el vicario pudiese indicar el nombre del rival culpable, pero aparte de que hubiera sido un descomedimiento preguntárselo, era más que probable que, a esta altura de las cosas, se hubieran borrado ya las huellas de una desaparición tan lejana. No, decidió el inspector: estaba fantaseando. Mistress Mount no había vivido nunca en Lingham, y era casi seguro que en la época de su desertión su esposo ni siquiera hubiese oído mentar los nombres de Penistone o Denny.

Aquí no había ni un cabo suelto por recoger.

Rudge trazó una raya. Hasta este punto sus preguntas habían sido las que, si bien inmotivadamente, hubiera podido formular la policía el día anterior por la tarde, cuando el río discurría aún, apacible, entre Rundel Croft y la Vicaría; cuando los dos muchachos jugaban en él sin sombra de tragedia que oscureciera su ánimo; cuando el paso vivaz y la voz estentórea del almirante lo proclamaban bien vivo, y ningún pálido cadáver yacía en el depósito de Whynmouth.

Debía concretarse ahora el crimen en sí, sus circunstancias y las huellas que había dejado.

Empujó su silla, acercándola más a la mesa, sorbió pensativo un trago de su vaso, vació y llenó su pipa, y volvió luego, disciplinadamente, al catecismo que se había impuesto.

9. *¿Por qué se acicaló tanto Elma aquella noche para visitar al vicario?*

También aquí tenía que habérselas con impresiones, y lo que era peor, con las impresiones de una criada bastante imaginativa. Pero nunca se debe desdeñar el testimonio de un experto, y la doncella de una dama, en el pequeño mundo de sus propios y limitados intereses, es un crítico muy observador.

Cualquier desviación de lo normal, por mínima que sea, merece atención y debe

ser estudiada como un posible indicio de que el crimen no descarga nunca a modo de un rayo del cielo, de que siempre existe alguien que de antemano ha estado tramando algo. Pero ¿quién podía ser aquí este «alguien» y qué sería lo que había estado tramando?

Si Elma se disponía a encontrarse con Holland aquella noche, era extraño que hubiese sido su tío, y no ella, quien demostrase tanta prisa por regresar a Rundel Croft. Y si alguna cita se había concertado, evidentemente *debió tratarse de* una cita clandestina; no había ninguna necesidad de atraer sobre ella la atención, engalanándose particularmente para el caso.

Por otra parte, míster Mount no parecía ni mucho menos el tipo de hombre capaz de apreciar la *toilette* de una dama, ni el que la aventurera más audaz hubiera elegido como víctima. (¡Viejo deporte inglés la seducción de un vicario!)

¿Acaso Elma se proponía salir más tarde aquella misma noche, y sólo se había puesto sus mejores galas para hacer más efectivo su disfraz ulterior?

Memorándum: Preguntar a Jennie si algunas otras prendas del guardarropa presentaban aquella mañana señales de haber sido guardadas apresuradamente, o aparecían cambiadas de lugar.

10 *¿Por qué escondió Elma el vestido posteriormente?*

Quizá esto fuese ir demasiado lejos, pero la verdad es que se había preocupado de guardarlo en su maleta, y de hacerlo personalmente. La deducción, si no necesaria por lo menos probable, era que hubiese en ese vestido algo que ella no quisiera dejar ver, ni por el testigo más confidencial. Pero a menos que en el interrogatorio de la mañana siguiente contase una historia muy distinta, aquello significaría que tenía algo que ocultar y que había dado falsa cuenta de sus movimientos.

Si era verdad que, después de salir del cobertizo de los botes, se había ido a la cama directamente, resultaba imposible que hubiese aparecido ningún signo acusador —un desgarrón o una mancha, por ejemplo— después del momento en que dio las buenas noches al almirante.

La dificultad estribaba en que, a raíz del traslado de la joven al Lord Marshall, quedaba descartada Jennie como fuente de información.

Memorándum: Si hay una doncella discreta en el hotel, encargarle que averigüe si ese vestido volvió a Londres.

11 *¿Fue en realidad Penistone quien estuvo en Whyemouth aquella noche?*

El dato provenía de dos fuentes, ambas inciertas, y una de ellas posiblemente falsa.

Rudge había comprobado por sí mismo que la iluminación exterior del Lord Marshall era particularmente mala. La declaración explícita del portero, que no tenía por qué mentir, demostraba que el hombre que llamó a la puerta era, o bien el almirante en persona, o bien un impostor que se hacía pasar por el almirante. Si el

relato de Holland era verídico, confirmaba la sospecha de un intento deliberado de suplantación de personalidad. Holland no había oído la conversación del visitante, y sin embargo lo encontró parecido a Penistone. ¿Pero estaría el mozo diciendo la verdad? Supuesto que se trataba realmente del almirante, ¿por qué se le habría ocurrido de pronto tomar aquel tren para Londres, tardío y malo? En caso contrario, ¿por qué querría el simulador crear la impresión de que el almirante se proponía tomarlo?

Una y otra hipótesis atribuían a la víctima ciertas misteriosas andanzas que no apoyaba ninguna otra prueba, con excepción de su impaciencia por marcharse de la Vicaría.

Ahora bien, suponiendo que no se hubiese tratado del almirante, ¿cuál podía haber sido el objeto de aquella cuidadosa caracterización? ¿Complicar a Holland en el crimen? Pero ¿cómo hubiera podido anticipar el impostor que Holland no se había quedado profundamente dormido en el Lord Marshall? Fuera de su propio testimonio, nada lo relacionaba con la visita misteriosa. ¿Crear, entonces, una falsa impresión acerca del lugar del crimen? Sí..., tal vez hubiera algo de esto. Tal vez el propósito hubiera sido fabricar una coartada. ¿Pero no se habría ocupado en tal caso el falso almirante en dejar pruebas más positivas de su visita, que el testimonio de un criado de hotel tonto y medio dormido?

12 Si se trataba del almirante, ¿llegó éste por el río o por la carretera?

De acuerdo con el testimonio del vicario, que debía ser verídico pues era muy fácil la comprobación, el almirante tenía un pie lisiado, y no caminaba si lo podía evitar. Parecía igualmente inverosímil que hubiese sacado su automóvil sin despertar a alguno de la casa. Quedaba, pues, la posibilidad del bote. Pero si había bajado por el río secretamente, ¿dónde pensaría dejar el bote cuando tomara el tren para Londres? Suelto, era muy fácil que lo robaran: amarrado junto con los otros, hubiera descubierto sus andanzas. Resultaba ilógico atribuirle el propósito de abandonar Whynmouth para siempre. Más probable parecía que toda esa charla acerca del tren fuese sólo una pantalla. Pero ¿para qué...? ¿Para qué?

Lo único más o menos seguro hasta ahora era que el bote había salido del embarcadero aquella noche, y que alguien que no era el almirante lo había restituido después al cobertizo.

13 ¿Por qué el visitante, quienquiera que fuese, había preguntado por Holland y en seguida había renunciado a verlo?

En la hipótesis de un falso almirante, la respuesta no era dudosa: había preguntado por Holland como un pretexto para mencionar el nombre de Penistone, y probablemente también para complicar a Holland en los hechos que iban a producirse. Y no lo vio, por temor a ser reconocido.

En la hipótesis del almirante auténtico, en cambio, el motivo resultaba más difícil

de conjeturar. Tal vez tratara de enterarse por vía indirecta de que había llegado al hotel y se alojaba allí una determinada persona, aunque resultaba muy extraño que no se hubiese cuidado de ocultar ante ésta sus procedimientos inquisitoriales. Acreditando al relato de Holland cierto fondo de verdad, cabía la posibilidad de una genuina visita para tranquilizar al joven acerca de su consentimiento. Pero ¿por qué, después de tomarse tantas molestias, se había marchado sin dejar ningún mensaje de importancia?

14 *¿Vio Holland realmente a alguien en la calle?*

Respuesta: sí, y esto significa que su historia es verídica hasta cierto punto. Estaba sin duda en el Lord Marshall o cerca de allí a la hora de cerrar. Pero ¿eran sinceras aquellas dudas en lo referente al abrigo, o se trataba de una ignorancia fingida para evitar posibles trampas? Respuesta: no eran sinceras. Y esto significa que Holland sabía aún muchas cosas que ocultaba.

O bien estaba enterado de que el almirante pensaba efectuar aquella visita, o bien conocía los planes de la persona que se hizo pasar por el almirante. Tanto en un caso como en el otro, podía haber mencionado el hecho para demostrar que estaba en el hotel a la hora de cerrar. Esto olía a coartada.

15 *¿Fue Holland realmente a Rundel Croft aquella noche?*

Contra la verosimilitud de su historia conspiraban la extrema vaguedad del relato, la falta de un motivo concreto para su excursión, su afán por explicar lo improbable de que se presentasen testigos de ella, el cambio de los botines y el confesado secreto de sus idas y venidas.

Pero si mentía era absurdo suponer que lo hiciera para protegerse a sí mismo: su mejor coartada era la cama.

El testimonio de mistress Davis, combinado con el del portero, constituía una defensa que la policía no hubiera podido desbaratar fácilmente, por lo menos mientras no contara con algún indicio positivo en contra de Holland, y tal indicio no existía.

Pero he aquí que, en vez de atenerse a su primera declaración, repitiendo que se hallaba profundamente dormido en su cama, se había apartado de ella, confesándose un mentiroso, para contar una nueva historia, en muchos aspectos fantástica, acerca de una extravagante visita a Rundel Croft que ningún testigo podía corroborar, y proclamándose así, suplementariamente, la última persona que vio con vida a Penistone.

Al parecer estaba metiendo deliberadamente su cabeza en un nudo. ¿Por qué lo haría, sino para desviar las sospechas del verdadero criminal?

Y esto quería decir... Sí, naturalmente. Lo que contó aquella mañana debió ser la verdad, pero a partir de aquel momento sin duda habían llegado a su poder nuevos datos que lo indujeron a echarse la soga al cuello.

Y sin embargo, si *toda* su segunda declaración era falsa, ¿por qué no inventar una explicación más convincente para dar cuenta de su presencia en Rundel Croft?

16 *Si verdaderamente estuvo en Rundel Croft, ¿había acudido allí citado por alguien?*

Esta cita sólo podía haber sido concertada con el propio almirante o, más probablemente, con Elma. En el primer caso, la única forma de probarlo era que el mensaje hubiera dejado alguna huella. Si se trataba de una nota, alguien había debido entregarla; si de una llamada telefónica, acaso fuera posible rastrearla: algún empleado del hotel tenía que haberla recibido y, teniendo en cuenta lo avanzado de la hora, era muy posible que la recordase.

Si bien se pensaba, aquel mensaje debió provenir de Elma, o por lo menos así debió suponerlo Holland, pues de no ser así no hubiera tenido por qué ocultarlo, y admitiéndolo su historia hubiera sido mucho más plausible.

Memorándum: Interrogar a mistress Davis sobre el mensaje y, de ser preciso, averiguar en la oficina telefónica.

17 *¿Quién era la mujer que pasó por Lingham a las 11.15?*

No valía la pena plantear así esta pregunta, ya que todavía no se podían abrigar esperanzas de conocer su identidad. Pero era necesario, por lo menos, considerar si su llegada habría tenido alguna relación con el asunto. Su automóvil, que acaso llevase un pasajero más, acaso no pudo llegar a Whynmouth a tiempo para dejar en el Lord Marshall al misterioso visitante. En la alternativa, era igualmente posible que los ocupantes del coche se hallasen en Rundel Croft a la hora del crimen, aunque éste se hubiera cometido más temprano. Podían haber llegado hasta allí por el puente de Fernton, preguntando por la Vicaría para despistar; o haberse detenido cerca de la Vicaría y haber atravesado el río en el bote de míster Mount. Este último procedimiento habría tenido por consecuencias transportar el bote del vicario a la escena del crimen, eventualidad que, desde el punto de vista policial, merecía especial atención. No obstante, Rudge se sorprendió rechazando instintivamente esta hipótesis, que suponía para el asesino o los asesinos un viaje de ida y vuelta desde Londres, su sede presumible, porque la policía de Whynmouth no podía andar buscando sospechosos en Londres, y se habría visto obligada a acudir a Scotland Yard, que, como siempre, se llevaría todos los laureles.

En este punto, el inspector trazó una nueva raya. Había llegado al final de las investigaciones relativas a los antecedentes (o a lo que, a primera vista, parecían antecedentes) del crimen en sí.

Era ya tiempo de encarar un nuevo grupo de problemas: los creados por las circunstancias en que el asesinato fue descubierto.

Hacía falta encender nuevamente la pipa y quizá se impusiera también otro traguito. Cumplida con creces esta última condición, se aplicó a los hechos.

El testimonio humano era terreno resbaladizo e incierto. Todo cuanto se dice es una fotografía más o menos empañada por la sombra del hombre que lo dice. Pero la naturaleza no miente. Las mareas suben y bajan, el rocío cae, la sangre fluye, las puertas se abren y se cierran, de acuerdo con leyes inmutables y seguras. Los indicios apuntan a los actos, y desembocan en los motivos que se ocultan tras los actos.

Así pues...

18 *Estamos frente a un hombre asesinado. ¿Quién tenía un motivo, y cuál era, para darle muerte?*

Normalmente hubiera podido presumirse un conflicto local, aunque el cuchillo, como mistress Davis había observado sagazmente, no es el arma habitual del crimen inglés. Pero un solo mes de residencia era demasiado poco tiempo para autorizar tal hipótesis. Por otra parte, un enemigo de Cornwall hubiera tardado algo más en localizar a su víctima y asegurarse de las condiciones del terreno. Por lo tanto el conflicto que halló su desenlace en aquella horrible herida, debió tener su origen en el pasado del almirante. Cabía suponer además, con cierta razonable certeza, que el asesino conocía las costumbres de la víctima, o bien gozaba de su confianza.

Un hombre es encontrado muerto en el bote del vicario la misma noche en que ha estado cenando en la Vicaría. En su bolsillo hay un ejemplar del mismo periódico del que es suscriptor; el crimen está en algún modo vinculado con una visita, pretendida o real, a un hotel vecino, donde se alojaba en aquel momento un conocido de la víctima; todo esto implica el conocimiento de determinadas circunstancias (el misterioso chino de los libros de cuentos puede ser eliminado ya de la lista de sospechosos, pues él no se hubiera dignado cometer un crimen tan sencillo). Queda, pues, limitada la investigación a las personas que sabían algo de la vida del almirante. ¿Cuáles eran éstas? Sus vecinos: Neddy Ware (no mucho); el vicario y sus hijos; sir Wilfrid Denny, que seguía siendo una incógnita. Sus criados, aunque no habían dado hasta ahora asidero a la sospecha. Su familia y cuantos tenían algo que ver con la fortuna de su familia: Elma, el problemático Walter, Holland, Dakers. Entre todos ellos, ¿cuál tenía un motivo..., un motivo bastante poderoso?

Elma tenía uno, de poca monta: el deseo de llegar al dominio absoluto de su fortuna. Holland tenía uno mayor: eliminar un obstáculo para su boda. Pero ¿era éste un motivo poderoso? No, hasta que se probara que el consentimiento escrito a máquina era una falsificación.

Míster Dakers apenas entraba en el cuadro. Walter, en caso de estar vivo, era un hueso duro de roer. Pero ¿qué podía ganar exactamente con la desaparición de su tío?

Esta falta de motivos era un rasgo desconcertante.

¿Sería posible que estuviese complicado algún huésped de sir Wilfrid Denny?

Memorándum: Localizar a Denny lo más pronto posible.

19 *¿Por qué fue un cuchillo el arma elegida?*

Un hombre muerto de una puñalada sugiere, por lo general, un crimen cometido bajo el impulso de una emoción violenta, o por efectos del pánico. El asesinato premeditado suele confiar en armas más seguras. Pero aquí el empleo del arma blanca podía también significar que el crimen había sido cometido en un sitio en el que hubiera podido oírse la detonación de un arma de fuego; por ejemplo cerca de la casa.

Grice había estado ausente todo el día, y no había examinado la herida después del momento en que fue descubierta la desaparición del cuchillo noruego. Si este cuchillo resultaba ser el arma del crimen, la deducción aparente era que en los planes primitivos del criminal no había figurado el asesinato, por lo menos en esa forma.

20 ¿Por qué se encontró el cadáver en un bote?

De nada valía arriesgar que el crimen pudo cometerse dentro del bote mismo, y que el cadáver debió ser abandonado allí por temor o por repugnancia. No es cosa fácil asesinar a un hombre en su bote, pues supone, en primer término, estar también dentro de él, lo que a su vez significa permanecer todo el tiempo cara a cara con el otro, y elimina la posibilidad de un ataque por sorpresa. Además, de ser ése el caso, hubiera corrido sangre, y no había señales de ella en la pintura blanca. El cadáver, pues, había sido puesto en el bote deliberadamente, ¿por qué? ¿Acaso porque resultaba así más cómodo trasladarlo? Quizá. Pero admitiendo que un cadáver tenga que efectuar un viaje en bote, no se sigue de ello necesariamente que sea mejor dejarlo allí. ¿Por qué no arrojarlo al agua, después de atarle a los pies un par de piedras? La desaparición del almirante hubiera provocado alarma en un principio, pero la información facilitada por el Lord Marshall de que había sido visto en Whynmouth aquella noche, *en route* para el último tren, hubiera disipado toda idea de crimen hasta que el río devolviera su presa, y para entonces ya el asesino podía estar en cualquier parte.

El criminal tiende siempre por instinto a ocultar su víctima, pero éste la había dejado deliberadamente a la vista de todos, con la certidumbre de que sería descubierta a la mañana siguiente. ¿Qué sentido tenía esto? Las circunstancias en que fue encontrado el cadáver indicaban, hasta cierto punto, la intención de incriminar a alguien, y la relativa seguridad del criminal de que las sospechas no recaerían sobre él, puesto que así sembraba pistas que las harían recaer sobre otros. Supuesto este proceso mental, lo del bote se explicaba por sí mismo. Una embarcación es arrastrada por la corriente o por la marea con una marcha más o menos uniforme, mientras que un cadáver flotante puede quedar enganchado en una rama o detenido en un vado. Tal vez el asesino se propusiera sugerir, por la posición del cadáver, que el crimen había sido cometido a una hora y en un lugar diferentes de la hora y el lugar verdaderos.

Convendría consultar otra vez a Neddy Ware para conocer con exactitud las combinaciones de tiempos y lugares que pudieron llevar el bote hasta el punto donde se le encontró. (Por ejemplo, Whynmouth, el puente de Fernton, y la Vicaría, en materia de lugares. Las 10.30, las 11.30, y las 12.50, en materia de tiempos.)

Memorándum: Volver a interrogar a Ware.

21 *¿Por qué fue hallado el cadáver precisamente en aquel bote?*

Una respuesta se perfilaba por sí misma; para arrojar sospechas sobre el vicario, razón por la cual se dejó también su sombrero en el bote. Era ridículo suponer que, si el vicario hubiera sido cómplice del crimen, hubiera dejado una prueba tan flagrante de su participación. Y sin embargo, ¿no era igualmente ridículo imaginar que el asesino hubiese elegido al vicario como víctima propiciatoria? La incriminación resultaba increíblemente burda. La simple farsa de hacer aparecer al reverendo Mount como el asesino parecía por demás simple. La doble farsa de simular esta simulación parecía por demás complicada.

¿Pero con qué otra finalidad podía haberse hecho intervenir en la historia el bote del vicario? Tal vez el criminal hubiera partido de la orilla opuesta a Rundel Croft y, al ver el bote, se decidiera a emplearlo para ahorrarse varios viajes y evitar el desvío hasta el puente de Fernton. Pero también podía ocurrir que el criminal hubiera querido hacérselo creer así a la policía, y en realidad hubiese iniciado sus operaciones del lado de Rundel Croft. Esta pista no daba mucho de sí y no obstante obsesionaba.

22 *¿Por qué quedó en el bote el sombrero del vicario?*

Suponiendo por un momento que míster Mount fuese el asesino, la respuesta no era fácil. Los hombres se dividen en general en «sombreristas» y «sinsombreristas». Los del primer tipo advertirían la falta de la sensación habitual como una especie de molestia. ¿Podía concebirse a un asesino pasándose de pronto la mano por la cabeza y gimiendo: «¡Dios mío! ¿Dónde está mi sombrero?»?

Un cambio inconsciente de sombreros entre el criminal y la víctima parecía más posible. Holland había creído descubrir cierto aspecto clerical en el sombrero que el almirante, si de él se trataba, llevaba puesto aquella noche. Admitiendo nuevamente que el asesino hubiese partido del lado de la Vicaría, era posible que hubiese encontrado el sombrero abandonado en la glorieta y lo hubiera empleado para sus propios fines, por ejemplo para ocultarse el rostro.

Memorándum: Examinar el sombrero en busca de algún cabello que hubiera quedado adherido.

23 *¿Por qué se encontró la llave de la puerta ventana en el fondo del bote del almirante?*

Este problema era menos desconcertante que los anteriores. Podía presumirse que, cuando Elma dejó a su tío cerrando la casilla, se llevara consigo la llave y la dejara puesta del lado de afuera de la puerta ventana, para que aquél pudiese entrar después, cosa que el almirante al parecer había hecho, para buscar su abrigo. Más tarde, si es que volvió a salir con vida, debió cerrar la puerta y echarse la llave en el bolsillo, de donde pudo caerse fácilmente cuando depositaron su cadáver en el bote. Si, por lo contrario, habían dado muerte a Penistone en el jardín sin darle tiempo de

llegar a su casa, el criminal habría usado sin duda la llave para encontrar y buscar los documentos escondidos. Una vez en poder de éstos, poco importaba ya lo que hiciera con la llave, y por cierto que le urgía desprenderse de ella de algún modo.

24 *¿Por qué estaba el bote del almirante anclado por la proa, contrariamente a lo habitual?*

Este era un punto de auténtica trascendencia. Significaba que también este bote había figurado, en una u otra forma, en los acontecimientos de aquella noche de agosto. O el almirante había salido en él, y había sido sorprendido en mitad de su viaje, o el criminal, después de asesinarlo en su propio jardín, había hecho uso de ambos botes para desembarazarse del cadáver y acaso para asegurar su fuga. Y por alguna razón —sin duda misteriosa— había creído más conveniente dejar amarrado el bote del almirante que el del vicario. Por inexplicable que fuese, debió pensar que las cosas parecían así más naturales. De aquí surgía otra consideración pertinente: Elma tenía que conocer la pequeña manía de su tío sobre la forma de amarrar los botes. Por lo tanto si ella, o cualquier otra persona que actuara bajo su inmediata dirección, hubiera sido culpable del crimen, era difícil creer que el bote no hubiera sido encontrado a la mañana siguiente en la forma habitual.

25 *¿Por qué falta cierta cantidad de la amarra?*

Y una cantidad tan reducida, no la que cualquiera pudo haber necesitado en alguna contingencia imprevista: para atar las manos de un hombre, por ejemplo. No. Aquella amarra fue cortada en un principio, para soltar el bote, que luego fue necesario volver a amarrar, bien a algún otro poste, bien a alguna embarcación, con lo que de nuevo se hizo necesario cortar la soga con un cuchillo.

Esto no dejaba de ser extraño, porque lo que un hombre ha hecho, ordinariamente un hombre lo puede deshacer... si se trata del mismo hombre. Había que pensar en un accidente: acaso la cuerda se hubiese hinchado con el agua, o acaso hubiera surgido de pronto la necesidad de darse prisa y no quedara tiempo para desatar nudos.

Pero apreciando en su justo valor las sugerencias de la amarra, se imponían las siguientes conclusiones: 1.^a que había sido cortada dos veces; 2.^a que una persona distinta era la responsable del segundo corte, y 3.^a que esta nueva persona era más baja que la primera.

El vicario, por ejemplo, hombre más bien alto, pudo cortar la soga en primer término; pero si fue él quien volvió a amarrar el bote, debió hacerlo, lógicamente, a una altura que le permitiese desatarlo sin dificultades.

Este nuevo personaje del drama podía ser llamado X-n, reservando el nombre de X para el que cortó la amarra por primera vez. Ahora bien: era posible que x-n fuera sencillamente el almirante. Pero se planteaba el problema de si no habría que admitir a dos personas más, aparte el almirante, ambas complicadas en los sucesos de aquella noche: X y X-n.

Holland podía ser X, pero, dada su estatura, había que suponer que hubiera podido desatar el bote incluso de su primer amarre.

26. ¿Por qué se encontró el cadáver con abrigo?

Era una lástima que esta pregunta no figurase a continuación de la número 20: habrían constituido un buen pareado^[1]. En su juventud, Rudge había intentado alguna vez completar una estrofa, pero nunca se había creído poeta, y era para él una experiencia desconocida encontrarse en la situación del joven Ovidio, escribiendo versos inconscientemente.

Sí, había que tener en cuenta aquel abrigo.

Si el almirante había ido en realidad a Whynmouth, y había tenido en realidad la intención de tomar el último tren, resultaba lógico que llevase abrigo para protegerse del frío de la madrugada. Pero Rudge se sentía inclinado a descartar por inverosímil aquella proyectada excursión en ferrocarril.

Si era cierto que el almirante había ido a Whynmouth, o a cualquier otro punto de la ribera, en bote y con el propósito de regresar en bote, sólo pudo cargarse con un gabán bastante grueso por una razón: porque iba a encontrarse con alguien a quien sabía ya que debería esperar a la intemperie, y temió que de no tomar esta precaución pescaría un resfriado después del ejercicio. Por lo demás se trataba de uno de esos abrigos sueltos, que en el comercio llaman de «corte raglan», y que el asesino pudo ponerle con toda facilidad después de muerto, a menos de ser muy remilgado en eso de manejar cadáveres. ¿Y para qué lo haría? Pues muy probablemente para dar un toque final a su farsa. Luego de difundir la impresión de que el almirante se disponía a partir para Londres en el último tren, se dedicó a corroborarla, vistiendo a su víctima de una manera adecuada para semejante viaje.

27 Pero ¿por qué el periódico en el bolsillo?

Si Penistone hubiera tenido efectivamente la intención de realizar un viaje por ferrocarril, y hubiera ido hasta su casa para buscar un abrigo con ese objeto, ¿no era razonablemente seguro que sus ojos hubieran caído en el periódico que se hallaba tan cerca, y que allí y entonces se lo hubiera metido en el bolsillo? El servicio de trenes entre Whynmouth y Londres no se caracteriza por su velocidad, y la mayoría de los viajeros se proveen de alguna clase de lectura antes de emplearlo. El almirante, en cambio no lo había hecho así. El segundo ejemplar de la *Gazette* encontrado en el vestíbulo a la mañana siguiente del crimen era el genuino, puesto que estaba señalado, con la inscripción: «almirante Penistone», adornada con los típicos errores ortográficos de mister Tolwhistle. ¿De dónde provenía el ejemplar no identificado?

Las tiendas y los puestos de periódicos de Whynmouth cerraban a las nueve, y no quedaban a esa hora vendedores de diarios en las calles. El villorrio es dormilón, y el contumaz optimista que había tratado de vocear las «últimas ediciones», se había visto obligado a abandonar el negocio algunos meses antes.

El almirante no había entrado en el Lord Marshall. No podía, pues, haber tomado allí un ejemplar y llevárselo consigo. Si en realidad lo había tenido en vida, necesariamente debió visitar a alguien más aquella noche, y no hacía falta mucha perspicacia para pensar inmediatamente en la casa de sir Wilfrid.

Si, por el contrario, el mismo criminal le había puesto el periódico en el bolsillo después de haberlo muerto, no pudo tener otra intención que la de falsificar pruebas. ¿Pero en qué sentido? ¿En el sentido «tiempo», para sugerir que el crimen se había cometido después de las nueve y no antes? Pero esto implicaba llevar el verdadero momento del crimen a una hora absurdamente temprana.

¿En el sentido «lugar»? Tal vez el asesinato se hubiera cometido a cierta distancia de Whynmouth, y al deslizar la *Gazette* en el bolsillo de la víctima, el criminal tratara de crear la impresión de que había ocurrido en Whynmouth, o por lo menos cuando la víctima regresaba de allí.

Así interpretada, esta evidencia fragmentaria coincidía con otra conclusión señalada ya: el asesino necesitaba hacer creer que el almirante había estado en Whynmouth aquella noche.

Y si aceptaba este punto, surgía una consideración ulterior: el criminal era alguien que no conocía Whynmouth (o cuyo conocimiento al respecto no estaba al día). Un residente, el escurridizo sir Wilfrid, por ejemplo, no hubiera incurrido en el error de suponer que se seguía vendiendo la *Evening Gazette* a las once de la noche.

28 ¿De qué naturaleza eran los documentos señalados con la letra X?

Inútil decir que eran secretos e importantes. Pero, bien mirado, lo extraordinario era que se hiciese referencia alguna a X en la colección. El almirante Penistone, aunque fuese uno de los pocos almirantes que no habían atestiguado públicamente su adhesión a tal o a cual sistema de adiestramiento mnemónico, no era más desmemoriado que el común de la humanidad. ¿Por qué necesitaría, pues, una indicación para recordar dónde guardaba aquellos valiosos documentos? Y si las referencias no estaban exclusivamente destinadas al propio almirante, ¿a quién más hubieran podido aprovechar? Ante la eventualidad de que alguien forzase su escritorio, ¿no hubiera sido más prudente mantener secreta la existencia misma de X así como su localización?

Parecía como si el viejo hubiera sentido el destino que le aguardaba (no había que olvidar aquel revólver cargado en el escritorio) anticipando que tarde o temprano un oficial de policía revolvería sus cosas, y necesitaría un indicio para saber que había papeles escondidos en alguna parte. Aparentemente sir Wilfrid tenía algo que ver con estos papeles, así como el sobrino Walter, y era probable que la historia tuviera un segundo plano chino.

¿Chantaje? En tal caso, la víctima debía ser sir Wilfrid, y no Walter. No se puede amenazar con la opinión pública a un hombre que ha desertado de la sociedad.

29 *¿Fueron estos papeles destruidos o robados? ¿Y por quién?*

Acaso Penistone se hubiera desembarazado en alguna oportunidad de aquellos documentos que podían resultar perjudiciales para él, o para alguna otra persona a quien le interesaba proteger, pero parecía más lógico que el asesino los hubiera robado. Sin embargo —y éste era un punto esencial—, el que sustrajo aquellos papeles tuvo que ser un íntimo de la casa; el mueble no presentaba señales de haber sido saqueado ni robado, ni había huellas de violencia en el cajón secreto. Si el villano de la víspera había sustraído, pues, esos papeles, había sabido exactamente dónde buscarlos, y no debió perder tiempo en ello.

¡Hurra! Rudge había llegado al final de una nueva serie de pruebas. Aquí terminaban las pistas correspondientes a la noche anterior. Se le había dormido la pierna izquierda y por unos minutos se dedicó a recorrer la habitación, tratando de organizar el trabajo restante.

Debía ahora analizar la actitud de todos los posibles sospechosos, a partir del descubrimiento del cadáver.

Lo que primero saltaba a la vista, era lo que podría llamarse «el éxodo de la población rural»; la marcha hacia Londres.

Adelante, pues.

30 *¿Por qué Elma Fitzgerald partió apresuradamente hacia la ciudad?*

La deducción era que la fuga había sido una consecuencia inmediata de la noticia del crimen. La joven no parecía muy amiga de levantarse temprano, y su madrugón de aquella mañana debió ser culpa exclusiva de Rudge. La línea de Whynmouth supone, como la mayoría de las empresas ferroviarias, que nadie necesita viajar a la metrópoli mucho después de las diez. A partir de esa hora, la velocidad de los trenes merma considerablemente y ya no es posible adquirir pasajes diurnos. Por consiguiente, si se quiere ir a Londres, hay que estar preparado para salir temprano. Ahora bien, Elma había salido temprano, aunque evidentemente sin ninguna preparación. ¿Para qué?

No volaba a reunirse con Holland puesto que sabía, a menos que no le hubiesen transmitido el mensaje de la víspera, que su novio se hallaba en Whynmouth. No había ido tampoco a entrevistarse con mister Dakers, aunque cabía que ése hubiera sido su propósito original, y que la persecución de Holland la obligara a alterar sus proyectos.

Mejor sería esperar hasta la mañana siguiente, para enterarse de lo que ella tuviera que decir.

31 *¿Por qué Holland hizo otro tanto?*

Esto era ya navegar con viento más propicio. Inocente o culpable, y ya creyese a su prometida culpable o inocente, era natural que Holland quisiera ver a Elma y comentar la situación. Pero si él era inocente, parecía creer que ella no lo era.

De lo contrario hubiera podido esperar, por lo menos, para contarle la verdad a la policía.

32 *¿Por qué entonces sir Wilfrid hizo lo propio?*

Cabía observar que sir Wilfrid, si el informe sobre sus evoluciones era exacto, figuraba a la vanguardia del movimiento. Había partido para Londres en el primer tren, y éste salía... ¿A qué hora salía? Poco después de las siete... En cualquier caso, mucho antes de que Elma se levantase. No antes de que se descubriera el cadáver, pero seguramente antes de que pudieran propagarse rumores del acontecimiento. Por lo tanto, o bien la «llamada» que lo hizo poner en marcha le había proporcionado noticias de la tragedia (lo cual señalaba como sus fuentes a Neddy Ware, al vicario o alguien de Rundel Croft) o bien había partido para Londres sin saber nada del crimen, o por lo menos en la ignorancia de que había sido descubierto. Bien. Después de todo, podía tratarse de una coincidencia.

Había que escuchar lo que el hombre tuviera que decir.

33 *¿Por qué hizo lo mismo el vicario?*

Una vez más, podía tratarse de una mera coincidencia. Era perfectamente posible que el vicario hubiese ido a hablar con algún archidiácono acerca de gastos excesivos, pero parecía más natural relacionar su conducta con el conflicto general. Ahora bien, ¿cuál sería el elemento preciso de la historia que había provocado la excursión del clérigo? El cadáver había sido descubierto sin que él perdiera su serenidad... relativa. La desaparición de Elma y Holland lo había dejado al parecer inmovido. ¿Qué nuevo factor podía haber surgido en la situación? Daba la impresión de que hubiera hecho por su propia cuenta algún descubrimiento que no le había parecido conveniente comunicar.

34 *¿Estaba el vicario declarando todo lo que sabía?*

Era curioso observar las distintas reacciones de la gente al ser interrogada. Elma Fitzgerald tenía una inclinación espontánea a la hostilidad. Le molestaba tanto que la interrogaran acerca de cualquier cosa que era difícil precisar cuándo una pregunta determinada sobre un determinado asunto la incomodaba especialmente.

El desdeñoso humorismo de Holland constituía sin duda una modalidad habitual en él. Esto lo convertía en un sujeto difícil para el interrogatorio, porque nunca se sabía bien qué parte de su declaración debía tomarse a broma.

Míster Mount, en cambio, era un hombre ansioso de decir la verdad por imperativos de conciencia. Pero su actitud acusaba cierta vacilación, y parecía indicar que no estaba completamente seguro con respecto a la parte de verdad que debía decir; como si no supiese a punto fijo en qué forma contestar a una pregunta, por temor de que la siguiente lo llevase a un terreno que estaba decidido a no pisar.

Era escrupuloso en materia de veracidad, y en este mundo los escrupulosos suelen hacer más daño que los que no lo son.

35 *¿Por qué regó el vicario su jardín?*

Claro que podía haber sido, simplemente, una *gaffe* horticultural. Pero si se estaba dispuesto a dar un salto en el vacío, suponiendo que el clérigo entraba de algún modo en el cuadro, cabía preguntarse si no estaría tratando de borrar huellas. Admitida la fantasía, ¿adónde podía llevar? Era indudable que aquellas huellas no debían de ser suyas, porque hubiera tenido conciencia de haberlas dejado y por elemental sentido común se habría apresurado a borrarlas en algún momento en que la policía no anduviese por allí. La misma objeción valía para las huellas de alguna persona cuya presencia hubiera advertido en el momento mismo en que pudo dejarlas. Con todo, alguna idea debía tener acerca de quién y de cómo las hizo, porque de lo contrario su escrupuloso sentido de la justicia lo hubiera obligado a señalarlas a la policía.

Era un salto en el vacío, sí... Pero valía la pena prestarle atención.

36 *¿Por qué quedó la pipa del almirante en el estudio del vicario?*

Probablemente porque el almirante la dejó olvidada allí. Al parecer tenía prisa por marcharse, y hasta el más puntilloso de los marinos retirados puede ocasionalmente cometer estos descuidos. Por lo demás, y como Holland lo había indicado, era hombre de varias pipas. Pero el pensamiento de Rudge estaba ya en esa disposición en que se atribuye trascendencia a todo..., hasta a una pipa olvidada. Existía la posibilidad de que su dueño la hubiera dejado allí deliberadamente, a fin de procurarse un pretexto para volver a la Vicaría (aunque al parecer no lo había hecho). Y era posible también que el mismo vicario la hubiese encontrado en algún sitio comprometedor, y para evitar sospechas la hubiese llevado a otra parte. En su inconsciente animosidad contra los clérigos, Rudge pensaba ya en el vicario como en un hombre incapaz de decir directamente una mentira, pero muy capaz de inducir a engaño con sutilezas.

37 *¿Por qué Holland y Elma tenían tanta prisa por contraer matrimonio?*

Parecía evidente que habían solicitado la licencia antes de que se cometiese el crimen. Pero este hecho no implicaba un conocimiento previo del mismo. La declaración de Holland de que la carta de Elma lo había alentado a esperar el consentimiento del almirante, y que sobre la base de esta esperanza había sacado la licencia, parecía bastante consistente. Resultaba comprensible que hubiese apresurado los trámites si temía que el viejo hubiera dado su consentimiento de mala gana, para impedirle que cambiase de opinión... Pero, muerto el almirante, aquel motivo desaparecía. Era cuestión de simple decoro haber aguardado un tiempo (y a juicio de míster Dakers, no sólo de decoro, sino también de prudencia). Alguna otra razón debía existir... ¿Pero cuál?

Rudge se vio obligado a confesarse que, en este punto, el problema escapaba por completo a su comprensión.

38 *¿Por qué ocultó Holland al principio su entrevista de medianoche?*

Su propia excusa, la de que había ocultado la historia completa de sus andanzas nocturnas a fin de evitar preguntas embarazosas cuando no tenía tiempo de contestarlas, parecía extraordinariamente deleznable. Pero suponiendo que la primera declaración hubiese sido verdadera, y falsa la segunda, ¿por qué arrojar dudas sobre su propia veracidad con este curioso cambio de actitud? Y, en caso contrario, ¿por qué no atenerse a su mentira, una vez que la había dicho? Nada le hubiera costado declarar que el consentimiento escrito a máquina le había sido entregado a Elma en las primeras horas de la noche, antes de la comida... ¿Por qué insistir tanto en que el documento no había sido redactado hasta la medianoche? Daba la impresión de que durante el día hubiese surgido alguna prueba que lo obligara a desmentir su declaración anterior, para que el profundo sueño que pretendió haber disfrutado en el Lord Marshall no pusiera en peligro la autenticidad del consentimiento. ¿Cuál podía ser esta prueba?

Rudge atormentó en vano su imaginación en este enigma.

39 *¿Por qué estaba el consentimiento escrito a máquina?*

No había máquina de escribir en el estudio del almirante. Los documentos no ológrafos contenidos en las carpetas habían sido simplemente copiados por un profesional. Por lo demás, el aficionado para quien el mero hecho de poner una hoja derecha en la máquina resulta tarea dificultosa, no hubiera recurrido a este procedimiento, a menos que se tratase de un documento de cierta extensión, de unos cinco o seis renglones como mínimo. Era imposible, pues...

A no ser, claro está, que se tratase de una falsificación (y una firma puede imitarse más fácilmente que una línea completa de escritura).

Aunque también podía ocurrir que hubieran arrancado el consentimiento por medio de amenazas o de violencia, y, en este caso, resultaba bastante verosímil que el criminal hubiera simplificado las cosas proveyéndole previamente de una fórmula.

Memorándum: Preguntar a mistress Holland quién pudo, a su juicio, escribir a máquina el documento, y dónde lo hizo.

Así, después de aclarar sus ideas sobre el papel, Rudge se fue a la cama, consolándose con la vieja y supersticiosa ilusión, que todos alimentamos alguna vez, de despertar más inspirado. Pero la almohada no le resultó buena consejera. Cierta que soñó que presenciaba el asesinato, pero en su pesadilla el criminal era mistress Davis, la víctima mister Dakers, el arma un periódico enrollado, y el escenario del crimen el Hotel Charing Cross.

Por lo que debió admitir sensatamente que la oniromancia no siempre es infalible.



9

La visitante nocturna

por Freeman Wills Crofts

El inspector Rudge se despertó a la mañana siguiente con una vaga turbación mental. Tenía la impresión subconsciente de que aquél no era un día como todos los otros, y de que importantes deberes lo aguardaban.

Entonces recordó que su gran oportunidad había llegado y saltó de la cama.

Durante el desayuno planeó sus actividades del día.

Lo primero era una conferencia con sus jefes. El superintendente Hawkesworth estaba en uso de licencia en el momento del crimen, y aunque Rudge le había teleografiado en cuanto tuvo conocimiento de él, no se le esperaba hasta las primeras horas de la mañana. El jefe de policía, mayor Twyfitt, estaba asimismo ausente cuando ocurrió el hecho, pero había regresado por la noche, y también querría enterarse de los pormenores. Acto seguido, la entrevista con el *coroner* a propósito de la audiencia, tras la cual contaba Rudge quedar en libertad para seguir una o dos pistas que se le habían ocurrido la noche anterior.

Estaba bastante mortificado por no haber conseguido todavía una identificación formal de los restos. Personalmente, no tenía ninguna duda de que el muerto fuese el almirante, pero el hecho no había sido probado, y era obligación suya hacerlo. Esta cuestión de la identidad sería la primera planteada por el superintendente, y, según las probabilidades, la única que interesaría al *coroner* a esta altura de la pesquisa.

Rudge recorrió a pie el camino hasta el Lord Marshall con la esperanza de que mister Dakers anduviese por allí. Dakers era el hombre que necesitaba para la identificación. Por una casualidad, que el inspector interpretó como de buen presagio para la jornada, ocurrió que cuando entraba en el porche se cruzó con el abogado que salía.

—Buenos días, señor Dakers —lo saludó cordialmente—. ¡Qué suerte la mía! Justamente me estaba preguntando si podría verlo...

Dakers se mostró cortés, pero no cordial. No parecía muy entusiasmado con el encuentro.

—¿De qué se trata? —preguntó secamente.

—De la identificación de los restos, señor. ¿Puedo preguntarle cuánto tiempo hace que conocía usted al almirante?

—¿Cuánto tiempo? —repitió míster Dakers lentamente—. Veamos... Veintiuno... veintidós... Cerca de veintidós años; veintitrés, probablemente.

—¡Magnífico! ¿Y supongo que durante ese período lo vería con algunos intervalos?

—Sí, con intervalos irregulares.

—Entonces, le agradeceré que cuando le parezca conveniente me acompañe a Lingham, donde se halla el cadáver, para ver si puede identificarlo oficialmente.

—Me agradaría tomar antes mi desayuno.

—Repito que cuando le parezca conveniente, señor. ¿Le vendría bien a las diez? —Dakers hizo un ademán afirmativo, y Rudge prosiguió—: Hay otra cosa que yo quería preguntarle en cuanto se presentara la oportunidad de hacerlo. Se trata del consentimiento del difunto almirante para la boda de su sobrina. ¿Lo tiene usted en su poder?

—¿Se refiere usted a la declaración escrita a máquina?

—Sí, señor.

Dakers reflexionó.

—¿En qué sentido está usted interesado en ella?

—En el mismo sentido en que usted lo está, según espero —respondió Rudge rápidamente—. A mi juicio, los dos deseamos estar seguros de que fue realmente extendido por el almirante.

—¿Quiere usted insinuar —preguntó Dakers con frialdad— que mistress Holland es una mentirosa, o una falsificadora, o ambas cosas a la vez?

—No, señor —contestó Rudge imperturbable—. Mistress Holland no ha dicho que lo recibiera del almirante. Fue míster Holland quien lo dijo. Mi pregunta redundante, en realidad, en interés de esa señora. Entiendo que habrá que comprobar la autenticidad del documento, para que ella pueda entrar en posesión de su herencia, e iba a sugerir que cuanto más pronto se haga, tanto mejor.

La actitud de Dakers se enfrió más todavía.

—Gracias, inspector. Pero trataré de cuidar los intereses de mis clientes sin ayuda de la policía.

Rudge se encogió de hombros.

—Como usted quiera, señor. Pero debe comprender que la policía tendrá que examinar ese documento. Y yo me limitaba a insinuar que, si usted encontrase la forma de colaborar con nosotros en el asunto, se ahorrarían con ello tiempo y molestias. De todos modos se hará como usted disponga. Hasta las diez, entonces, señor.

El superintendente Hawkesworth estaba esperando a Rudge en el destacamento, y al cabo de pocos minutos llegó también el jefe de policía Twyfitt.

Rudge no tardó en darles un informe detallado de lo ocurrido, así como de las medidas que había tomado y de las que se proponía tomar inmediatamente. Los otros dos lo escucharon sin interrumpirlo y Hawkesworth garrapateó mientras lo hacía una

cantidad de notas.

—Hasta aquí todo parece en regla —dijo el superintendente con una rápida mirada a su superior.

—Sí —corroboró el mayor Twyfitt—, creo que Rudge ha procedido perfectamente. Y los pasos que se propone dar a continuación me parecen acertados.

—En efecto, salvo que suponen un trabajo excesivo para un hombre solo —decidió Hawkesworth—. Tendremos que repartirlo. Dedicaremos un minuto más a fijar lo que cada uno debe hacer, y en seguida usted, Rudge, podrá proseguir con la identificación. Veamos... —Durante algunos segundos escribió rápidamente y continuó diciendo—: Creo que ésta será mi tarea: me ocuparé del aspecto chino. Me pondré en comunicación con el Almirantazgo, con el Foreign Office y con ese periodista de la *Gazette*, así como con cualquier otra persona o institución que se me ocurran. En seguida me las entenderé con el tal Denny. Me atrevo a aventurar que existe una vinculación entre ambos hombres. Al sargento Appleton lo encargaremos de Holland, es decir, de las andanzas de Holland en este país; su actuación en China me corresponde a mí. En caso necesario, Appleton podrá recurrir a Scotland Yard para obtener allí alguna ayuda. Al mismo tiempo, podría averiguar si la pareja contrajo realmente matrimonio en Londres. ¿Cómo se ha portado el agente Hempstead?

—Perfectamente, señor. Ese Hempstead no es ningún tonto.

—De acuerdo. Le daremos, pues, su oportunidad. Lo pondremos a explorar el río, una y otra orilla en el trecho que pudo recorrer el bote. Tendrá que buscar rastros de todas clases, pero especialmente huellas de pisadas, señales de lucha, sitios en los cuales pudo arrojarse el cadáver dentro del bote, y el trozo de amarra desaparecido. Esto lo tendrá ocupado. Usted por su parte, Rudge, tome Rundel Croft y sus ocupantes, con excepción del muerto, que, según creo, cae dentro de mi jurisdicción, ¿no?

—Sí, señor. Creo que sí.

—Bueno, ya pueden marcharse. ¿Irás a hablar con el *coroner* sobre la identificación oficial y le pedirá el aplazamiento de la audiencia?

—Sin duda, señor.

Quince minutos más tarde, Rudge y Dakers llegaban a la posada donde yacía el cadáver del almirante. En el camino, Dakers había recuperado su buen humor y conversado amistosamente.

—¿Y bien, señor? —preguntó Rudge cuando su compañero hubo contemplado algunos instantes los rasgos rígidos.

Dakers pareció salir de un sueño.

—¡Oh sí! —dijo sin vacilar—. Es el almirante Penistone, sin duda alguna. —Parecía un poco conmovido—. ¡Pobre viejo! —prosiguió—, lamento verlo en estas condiciones. No siempre estuvimos de acuerdo en todo, pero... Si ha de juzgarse a la gente por lo que uno mismo puede comprobar, no tengo nada que decir en contra de

él. —Se volvió con un suspiro—. Probablemente querrá usted que preste testimonio sobre la identificación en la audiencia...

—Le evitaría el mal rato a la señora Holland.

—Muy bien. ¿Cuándo tendrá efecto?

—Mañana a las diez.

—Estaré allí.

—Gracias, señor. Supongo... —y Rudge sonrió como anticipando que lo que iba a decir era una tontería—, supongo que mistress Holland era en realidad sobrina del difunto almirante, ¿no? Aquí nadie conoce a la familia, puesto que, como usted sabe, se instalaron hace cosa de un mes.

—¡Claro que lo era! —respondió Dakers con impertinencia—. Temo que por esos caminos no llegue usted muy lejos, inspector.

—Tenemos que dudar de todo, señor, como usted sabe. Le quedo muy agradecido por la identificación. ¿Adónde quiere usted que lo deje?

Volvieron al Lord Marshall y Dakers se apeó del coche. Cuando Rudge se disponía a arrancar, el abogado lo detuvo con un gesto.

—A propósito de ese consentimiento, inspector. He estado reflexionando y, después de todo, no encuentro ninguna razón para que usted no lo vea. No lo tengo, por ahora, pero cuando llegue a mis manos se lo haré saber.

Rudge volvió a darle las gracias, y ambos hombres se despidieron. Hasta aquí el inspector se sentía satisfecho de su jornada: indudablemente estaba realizando progresos. Algunas de sus hipótesis habían sido ya eliminadas, y algunos hechos, firmes como rocas, comenzaban a emerger de la masa de conjeturas en que estaba hundido el caso. La entrevista con el *coroner* concluyó pronto. Era a todas luces imposible completar la investigación, y míster Skipwort estuvo de acuerdo en que lo único que urgía por el momento era llevar adelante las formalidades para conseguir una orden de inhumación. El asunto había sido previamente convenido por teléfono, y la entrevista no tenía otra finalidad que concertar las pruebas requeridas y asegurarse de que no se hubiera presentado ningún factor imprevisto.

Durante el resto del día, Rudge estuvo muy atareado cosechando informaciones sobre los habitantes de Rundel Croft.

Fuerza es admitir que no averiguó mucho, pero en cambio inició una serie de indagaciones sobre cada uno, que quizá resultasen útiles cuando las respuestas fuesen llegando. Entre los papeles del almirante había encontrado la dirección de Cornwall, su punto de residencia anterior, y telefoneó al superintendente del distrito pidiéndole todos los pormenores que le interesaba conocer acerca de la familia. Entrevistó también a Elma Holland, aunque por desgracia sin mayor éxito. Se enteró del nombre de la agencia donde habían sido contratados los sirvientes: el mayordomo y su mujer, y la actual doncella de Elma; y escribió a sus anteriores señores pidiendo referencia de ellos. Por último efectuó un registro general de la casa, que, por lo demás, resultó completamente infructuoso.

A las 9.50 de la mañana siguiente, Rudge entró en el salón donde debía celebrarse la audiencia. A decir verdad, los interrogatorios del *coroner* eran formalidades que lo aburrían soberanamente.

En primer término, Neddy Ware refirió punto por punto su hallazgo. En seguida míster Dakers juró haber visto los restos, y haberlos identificado como perteneciente al difunto contraalmirante Hugh Lawrence Penistone. Hizo un breve esbozo de su vida, explicó cómo lo había conocido, y se sentó. Inmediatamente el doctor Grice prestó declaración sobre la causa de la muerte: una herida en el corazón, inferida con un cuchillo o daga, de hoja larga y fina. La autopsia había revelado que el almirante disfrutaba de una salud relativamente buena para su edad.

Con esto se dio por terminado el procedimiento, y el *coroner* manifestó que, a fin de permitir a la policía realizar ulteriores investigaciones, se aplazaba la audiencia hasta tres semanas más tarde a partir de la fecha.

Una vez más, Rudge quedó impresionado por la vivacidad de su amigo, el periodista de la *Evening Gazette*. El hombre lo asaltó literalmente a preguntas, y como la creciente sequedad de sus respuestas no pareciese surtir el menor efecto, se vio obligado a amenazarlo con pasar toda la información pertinente a un periódico rival, para hacerlo entrar en razón.

Otra persona que demostró una curiosidad sorprendente fue míster Mount. Él fue el primer hombre a quien vio Rudge en cuanto llegó al tribunal. Esto nada tenía de extraño, puesto que el propio inspector le había sugerido que quizá se requiriese su presencia. Pero debido a la resolución de no tomar más testimonios que los referentes a la identificación del cadáver, Mount no sólo había sido citado, sino ni siquiera se le había informado oficialmente acerca del lugar y de la hora. Sin embargo, allí estaba el hombre, y por cierto que en un estado de intensa curiosidad o aprensión.

Al salir de la sala, Rudge tuvo que sufrir el asedio del vicario. Encubierto apenas bajo el precario disfraz de un párroco naturalmente interesado en sus feligreses, realizó un intento más que ostensible por sonsacarle lo que sabía la policía acerca del caso, pero en las expertas manos del inspector el pobre vicario no era más que un chiquillo. Rudge le contestó sin rodeos y con aire convincente de sinceridad, luego de advertirle que no divulgara sus confidencias. Pero no ignoraba que cuando el otro reflexionase sobre lo que le había dicho, no le sería fácil concretar en qué habían consistido tales confidencias.

El inspector quedó preguntándose si habría prestado la debida atención al reverendo Mount y, una vez sentado en sus habitaciones repasó sus notas y transcribió todo lo que sabía acerca de él.

En primer lugar, el vicario había estado en términos claramente amistosos con la gente de Rundel Croft. Además, había sido en su bote donde fue encontrado el cadáver y, lo que era aún más significativo, también se encontró allí su sombrero.

Por añadidura había que tener en cuenta su repentino viaje a Londres, el riego del jardín, y ahora su profunda ansiedad por el caso. Cuanto más lo pensaba, más

inclinado se sentía Rudge a concluir que el hombre estaba de algún modo complicado en el drama.

Consideró los puntos anteriores alternativamente, pero el único sobre el cual le pareció conveniente averiguar algo más, fue la visita a la ciudad, por lo que se aplicó a estudiar sus pormenores.

Había sido entre las once y la una cuando le envió el vicario aquella nota donde le comunicaba su deseo de salir aquella misma tarde para Londres por un asunto urgente vinculado con sus deberes eclesiásticos. Aquella debió de ser una resolución muy repentina, puesto que él, Rudge, había estado conversando con Mount en las primeras horas de la mañana, sin que éste mencionara para nada su viaje.

El inspector no sabía gran cosa de asuntos eclesiásticos, pero dudaba de que se llevaran así. Suponía que la mayor parte de las visitas de carácter profesional a Londres debían implicar, para un clérigo, citas concertadas con bastante anticipación, o entrevistas con dignatarios de la Iglesia, también concertadas previamente, por lo que se sentía predispuesto a sospechar que los deberes religiosos invocados no debían tener mucho que ver con la religión.

¿Qué partido tomar en ese caso? Mount disfrutaba de un sólido prestigio de integridad, y si se le planteaba el problema directamente acaso diera la explicación requerida. Pero el inspector descartó esta posibilidad, porque no se le ocurría ninguna pregunta que exigiera respuesta.

Cierto que el vicario había ido a la ciudad; pero otro tanto habían hecho Elma, Holland y Denny. ¿Era lógico suponer que no hubiera ninguna relación entre todos estos viajes?

De pronto comprendió que lo más acertado sería rastrear los pasos del vicario en la ciudad. Esto no llevaría mucho tiempo y acaso revelase algo de vital importancia. Fue, pues, al superintendente y le expuso sus puntos de vista. Hawkesworth pareció impresionado, y le concedió una licencia de dos días.

—Lo mejor será que avise usted en Scotland Yard lo que se propone hacer —le dijo—. Telefonaré para advertirles de su llegada.

El primer problema era: ¿en qué forma había hecho Mount el viaje? Tenía automóvil, pero casi todas las personas de ingresos modestos iban a Londres en tren, ya que el ferrocarril resulta más barato para las distancias largas.

Mount estaba en la Vicaría a la una y lo había llamado desde el Hotel Charing Cross a las nueve. Solamente dos trenes hubiera podido tomar en el intervalo: el que salía de Whynmouth a las 2.50 y llegaba a Waterloo a las 5.45, y el que salía a las 4.25 y llegaba a las 8.35.

Rudge empezó por acudir al periódico local y se procuró una fotografía de Mount. Luego se dirigió a la estación e inició sus investigaciones. En seguida comprobó que su hombre había sido visto allí el día señalado, pues tanto el empleado de la taquilla como el revisor del tren se habían fijado en él especialmente, y ambos por la misma razón: al parecer había comprado un billete para Londres, pero no había

viajado en un tren hacia Londres, sino en el de la una y media, que tenía combinación en el empalme de Passfield con el expreso que salía de Waterloo a las once, en dirección oeste.

Había explicado que quería hacer el viaje en dos etapas y que seguiría para Londres en un tren posterior.

Mientras Rudge viajaba en el siguiente tren que conducía al empalme de Passfield, recapituló las condiciones del terreno. La línea principal de la sección Oeste del Ferrocarril Sur iba de Waterloo a Devon, sin pasar por Whynmouth, sino unos quince kilómetros tierra adentro. Whynmouth era la estación terminal de un ramal secundario que se desprendía de la línea principal en el empalme de Passfield, una estación sin importancia, situada junto a la carretera veinticinco kilómetros más lejos, en la dirección de Londres. En la línea principal, la ciudad más próxima a Whynmouth era Drychester, a veinte kilómetros por la carretera. Entre ambas ciudades no había comunicación ferroviaria directa, y era necesario hacer el viaje de una a otra por el empalme de Passfield.

En cada una de las pequeñas estaciones entre Whynmouth y el empalme, saltó Rudge del tren para averiguar si en alguna de ellas habían visto bajar al vicario el día en cuestión, pero ninguna información pudo obtener hasta llegar al mismo empalme. El jefe de esta estación conocía un poco al reverendo, y le parecía recordar que en aquella ocasión lo había visto entrar en un vagón de tercera del expreso. Rudge se dirigió inmediatamente a la taquilla donde se le informó que no se habían vendido más que tres billetes para ese tren: uno de ida para Exeter, y dos de ida y vuelta para Drychester. Parecía, pues, bastante claro que Mount había adquirido uno de estos últimos.

A su debido tiempo llegó el inspector a Drychester, pero aquí no tuvo la misma suerte. Tratábase de una estación de mucho movimiento, muy diferente al pequeño empalme, y en la que nadie conocía a míster Mount ni había reparado en ningún clérigo que se le pareciese.

No obstante, parecía lógico que el vicario hubiese llegado a Drychester a las 2.40, pero si así era no había tenido tiempo de alcanzar el primero de los dos trenes a Londres, y por consiguiente debió partir en el segundo, a las 4.50. Lo que significaba que había dispuesto en Drychester de dos horas y diez minutos. ¿Qué podía haber hecho en ese tiempo? Rudge no lograba imaginárselo. Primero pensó en ir a la catedral e interrogar a los sacristanes, pero desistió porque no tenía interés en divulgar sus investigaciones. Por fin, y sin más que una remota esperanza de éxito se decidió a indagar entre los conductores de taxis de la estación, por si acaso hubieran llevado a míster Mount a destino.

Pertrechado con su fotografía, fue, pues, a conversar con los hombres. No esperaba conseguir mucho de ellos, y por lo tanto quedó agradablemente sorprendido al comprobar que había dado con una veta inesperada, aunque hasta mucho tiempo después no alcanzó a medir su profundidad y su riqueza.

Uno de los hombres, sujeto reseco y marchito, reaccionó al ver la fotografía.

—Sí —dijo—. Claro que he visto a este caballero, pero no aquí, sino en Lingham.

—¡Ah! —contestó Rudge—, conque en Lingham, ¿eh? Lo lamento. Estoy buscando huellas tuyas aquí.

—Aquí no lo he visto, jefe. No lo vi más que una vez en mi vida, y fue en Lingham.

El destino de Rudge, el de Mount y el de varias otras personas osciló en la balanza. El inspector estuvo a punto de pasar al taxista inmediato, pero por fortuna para él no lo hizo. Por fortuna para él formuló la pregunta fatal:

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—El martes pasado por la noche —contestó el otro— en una casa situada cerca de Lingham, más o menos a un kilómetro del pueblo, junto al río.

—¿Junto a la iglesia?

—Eso es.

—¿A qué hora?

El chófer hizo una pausa para reflexionar.

—Hacia la medianoche o algo más tarde.

El corazón de Rudge dio un salto brusco: las doce o un poco más tarde en la noche del crimen, era un momento bastante crítico de la historia. A aquella hora el espantoso drama que halló su desenlace en la muerte del viejo Penistone debía haber comenzado ya. A Rudge le hubiera complacido extraordinariamente saber qué podía haber estado haciendo el vicario a esa hora.

—Será mejor que me lo cuente todo —invitó, tratando de que su voz no traicionara su impaciencia.

Pero lo que le contaron, lejos de aclarar el enredo, sólo consiguió hacerlo más intrincado.

Al parecer, esa noche, la noche del crimen, el hombre estaba de servicio a las diez y veinte, hora de llegada del último tren de la ciudad, que salía a las siete de Waterloo, y que le proporcionó un viaje. Su pasajera había sido una señora menuda, de mediana edad y ademanes vivaces y nerviosos. Por lo que el chófer había podido ver, a la claridad más bien pobre de las lámparas, tenía aspecto agradable y vestía con extrema elegancia. Evidentemente, lo había impresionado como una dama muy atractiva.

Ella le había pedido que la llevara a una casa de Lingham que le indicaría en su momento, y la esperase allí unos minutos para conducirla luego de regreso al hotel Angler's Arms de Drychester.

Salvo la hora, relativamente avanzada para una visita, Rudge no vio en esto nada insólito. Conocía los trenes de la ciudad. El último con combinación para Whynmouth salía de Waterloo a las cinco y media. El de las siete no paraba en el empalme de Passfield, y el único modo de que pudiera llegar a Whynmouth un pasajero de este tren, era recorriendo en automóvil los veinte kilómetros que

separaban a esta ciudad de Drychester.

—Lo escucho —dijo con voz alta—. Continúe.

El hombre había llevado a la viajera a Lingham, y ella lo había guiado hasta la casa contigua a la iglesia. Allí le había indicado que la aguardase en la carretera, para no despertar a los niños con el ruido del motor, y después de prometer que no tardaría mucho había desaparecido en dirección al edificio. Esto debió ocurrir pocos minutos antes de las once.

El chófer se dispuso a esperarla, y por cierto que la esperó. Los pocos minutos pasaron tres o cuatro veces y aún no había señales de la dama. El hombre empezó a impacientarse; bajó del automóvil y recorrió el corto trecho de camino que lo separaba de la casa, oculta tras un pequeño huerto. Todo era allí sombras y silencio, y no parecía haber nadie levantado en el interior. Cada vez más ansioso por el importe de la carrera, se adelantó para llamar en la primera puerta que encontró al paso, y que Rudge identificó como la puerta lateral. Por unos momentos no contestó nadie, y el conductor golpeó más y más fuerte, hasta que acabó por abrirse una ventana del primer piso, y aquel clérigo de la fotografía asomó por ella la cabeza. ¿De qué se trataba? ¿Acaso de la llamada de algún enfermo? El chófer le hizo entender claramente que no era así y el párroco dijo que bajaría a enterarse. Ya en la puerta, el otro le preguntó si su pasajera saldría pronto, porque tenía un trabajo para la mañana temprano y no quería esperar toda la noche. Evidentemente, el caballero no sabía nada de la señora, pero pidió una descripción de ella, y cuando la obtuvo pareció consternado. Después declaró que todo estaba bien, que creía que la mujer era una amiga de su ama de llaves, y que si el conductor esperaba unos minutos más iría a averiguar cuánto tardaría. Desapareció en efecto para volver poco después, con la noticia de que la señora había sufrido un desmayo, y en la confusión subsiguiente nadie se había acordado del taxímetro. No estaba del todo repuesta para regresar a Drychester aquella noche, por lo cual se quedaría con el ama de llaves y le había encargado pagar el viaje.

Finiquitado así el asunto, el chófer había vuelto a Drychester, y esto era todo lo que sabía.

¡Esta sí que era una nueva complicación! Rudge lanzó un juramento. Las cosas se enmarañaban cada vez más, en vez de irse desenredando por sí mismas.

—Dígame —preguntó—, ¿pasaron ustedes por Lingham, no es cierto?

—Exacto, jefe.

—¿Y se detuvieron allí?

—Sólo uno o dos minutos. Paré para que la señora me indicara el camino que debía tomar.

Bueno, aquí por lo menos había algo reconfortante: ése debió ser el automóvil que había visto el agente Hempstead. Y hasta ahora el relato de Hempstead corroboraba la historia del chófer.

Rudge dejó para más tarde las reflexiones que el caso merecía, y se encaminó al

hotel Angler's Arms, que quedaba cerca de la estación. Allí obtuvo algunos datos que, a su juicio, justificaban plenamente sus sospechas.

Resultaba que, hacia las siete del día en cuestión, se había recibido en el hotel un telegrama procedente de Waterloo, cuya remitente, mistress Marsh, anunciaba que viajaría en el próximo tren, y pedía que le reservaran una habitación para pasar la noche. Recomendaba asimismo que no cerraran la puerta hasta su llegada, pues una diligencia urgente le impediría estar allí a las doce, o todavía más tarde. De acuerdo con sus instrucciones, la habitación había sido convenientemente dispuesta, y el portero había aguardado casi hasta las dos, sin que la dama se presentara ni se tuvieran noticias de ella.

Esto probaba que la señora había tenido realmente la intención de regresar a Drychester desde la Vicaría de Lingham, y en cierto sentido demostraba su buena fe.

Quizá no fuese difícil obtener más pormenores en la Vicaría, pero en el ínterin Rudge no debía perder de vista el motivo principal de su investigación: ¿qué estaba haciendo el reverendo Mount en Drychester?

Sacó la fotografía, y preguntó al gerente del hotel si había visto alguna vez al original. Y aquí fue donde surgió la información que reanimó de pronto las antiguas sospechas de Rudge, y le hizo congratularse por no haber descuidado este aspecto del caso.

Mount, según le dijeron, se había presentado en el hotel al día siguiente de los hechos referidos, y Rudge dedujo que debió de hacerlo inmediatamente de llegar a Drychester. Había dicho que estaba realizando una delicada investigación en beneficio de uno de sus feligreses, algo relativo a un matrimonio desgraciado..., esperaba que el gerente no le exigiese detalles. La esposa de su feligrés había dispuesto encontrarse el día anterior con su marido, para concertar una reconciliación, y se proponía regresar después al Angler's Arms, para pasar allí la noche. Pero no había acudido a la cita, y el amigo del párroco estaba muy afligido. No se presentaba personalmente en el hotel para mantener el secreto de sus conflictos domésticos, pero había encargado al párroco que hiciera las averiguaciones. ¿No podría el gerente darle alguna noticia de la dama? El vicario ignoraba, por otra parte, bajo qué nombre podía haberse inscrito en el registro...

Aunque el gerente no conocía personalmente al reverendo Mount, lo había visto muchas veces en la catedral ejerciendo su ministerio y no se le ocurrió dudar de su *bona fides*^[2], por lo que le transmitió cuanto sabía, Tras lo cual, míster Mount le había dado las gracias, y se había marchado.

El inspector supuso que esta entrevista debió constituir todo lo que el vicario tenía que hacer en Drychester, pero, para asegurarse de ello en la medida de lo posible, se dirigió a la catedral y, fingiéndose un feligrés, preguntó al sacristán si había tenido alguna noticia de su antiguo párroco, el reverendo Philip Mount que, según creía estaba ahora a cargo de una parroquia en algún lugar vecino. Partiendo de este principio, no le fue difícil encauzar la conversación por el rumbo deseado, y no tardó

en convencerse de que el vicario no había estado en la catedral el día en cuestión.

Aquella noche, el inspector tomó el último tren para la ciudad. En las primeras horas de la mañana siguiente estaba en Scotland Yard, donde manifestó su propósito de realizar ciertas averiguaciones en el hotel Charing Cross, y posiblemente en algunos otros lugares. Se le preguntó si necesitaba colaboración y, ante la respuesta negativa, le dijeron que siguiera adelante y llamase en caso de necesitarla.

Asegurada así su libertad de acción, Rudge se dirigió al hotel, y allí, con la ayuda de su fotografía, no tuvo inconveniente en establecer que Mount había llegado pocos minutos antes de las nueve, la misma noche en que lo llamó por teléfono, evidentemente en el tren que arribaba a Waterloo a las 8.35. Que se supiera, no había salido esa noche. A la mañana siguiente había pagado su cuenta después del desayuno, y se había marchado. Hasta aquí todo iba viento en popa para Rudge, que había obtenido información rápidamente por medio del registro del hotel y de los mozos y camareros. En lo sucesivo, su trabajo no iba a ser tan simple. En vano interrogó a porteros y botones. El conserje recordaba haber visto al vicario, pero no podía precisar cómo se había marchado. Quizás él mismo, o alguno de su personal, le hubiese buscado un taxi, pero buscaban tantos que no podía estar seguro.

Rudge se mostró insistente en grado superlativo, pero el éxito no coronó sus esfuerzos. Mount había partido, esto era un hecho, pero nadie sabía cómo.

El inspector se dirigió a la plaza de la estación. Según todas las probabilidades, Mount había ido a pie adonde deseaba ir, o de lo contrario había tomado un autobús o el metro. Si así era, Rudge no veía la forma de seguir sus rastros; tendría que regresar a Whynmouth y hacer una nueva tentativa para extraerle una declaración que posiblemente se rehusaría a prestar, sin que existiera medio de obligarlo.

No; era infinitamente preferible descubrir lo que había hecho en la ciudad sin recurrir a su testimonio.

El inspector volvió a preguntarse si a pesar de todo no podía Mount haber tomado un taxi. No era difícil que los porteros hubiesen olvidado esta circunstancia, y, por lo demás, acaso hubiese salido a la plaza y se hubiese procurado el vehículo por su cuenta. Rudge decidió, pues, interrogar a los taxistas que solían estacionar sus coches cerca del hotel.

Empezó en seguida, y por cierto que el trabajo resultó largo.

Exhibió su fotografía ante cada uno de los hombres, y les preguntó si habían llevado al vicario. Y cada uno de ellos meneó la cabeza y declaró no haber visto nunca al caballero.

Pero Rudge no se dio por vencido. Estas indagaciones eran su última esperanza, y antes de abandonarlas quería cerciorarse de que no conducían a ninguna parte. Por último, su perseverancia obtuvo la justa recompensa. De regreso de un viaje, un nuevo taxi se situó en la fila, y Rudge se aproximó a él retrato en mano.

El conductor parecía inclinado a la discreción. Sí, había visto al clérigo, pero no comprendía qué diablos podía importarle eso al inspector. Una propina extravagante

ahogó, sin embargo, sus escrúpulos y acabó por revelar lo que sabía.

Mount lo había llamado desde la plaza y le había indicado que lo llevara a una pensión de Judd Street. El hombre no recordaba con exactitud el número, pero podría encontrar el edificio.

—Pues encuéntrelo —ordenó Rudge, subiendo al coche.

Al poco rato se detuvieron frente a la pensión Friedlander's y al cabo de un par de minutos estaba el inspector interrogando a la administradora. Sí, el clérigo de la fotografía había estado allí en la mañana señalada, solicitando ver a mistress Arkwright, una señora que se hospedaba en el establecimiento desde hacía tres semanas. Pero esta señora había partido el día anterior, inesperadamente, y aún no había regresado, cosa que pareció decepcionar al clérigo, que dejó su nombre y una dirección: «Rev. Philip Mount, Vicaría de Lingham, Whynmouth, Dorset», y pidió que mistress Arkwright le telefonara en cuanto estuviera de regreso. Y tras este encargo había partido.

Rudge orientó la conversación hacia mistress Arkwright y, pese a las reticencias de la administradora, pudo sacar en limpio unos cuantos datos. Tratábase de una dama de edad madura, bajita, activa y vivaz, francamente agradable de apariencia y vestida siempre con elegancia. Aunque se veía que no era rica, parecía de posición acomodada. La administradora no estaba segura de que no fuera francesa. En el hotel se alojaba una muchacha de esta nacionalidad, y mistress Arkwright hablaba en francés con ella de corrido, como hablaba en inglés con los otros.

Rudge tuvo la impresión de estar progresando. Resultaba ahora claro que mistress Arkwright había viajado inesperadamente de Londres a Drychester, en la tarde anterior al crimen. Convertida, por modo misterioso, en mistress Marsh en el curso del viaje, se había hecho conducir a la Vicaría y allí había desaparecido.

Al inspector le hubiera agradado registrar la habitación y los efectos de la dama, pero sin una orden de allanamiento no le pareció prudente. No obstante, y por medio de un hábil sondeo, todavía pudo obtener de la administradora unos cuantos datos más.

Mistress Arkwright era de modales afables y se contaba entre las pensionistas preferidas. No tenía sin embargo muchos amigos personales, denominación con la cual la administradora se refería a las visitas. Lo cierto es que podía asegurar que sólo recibía una, un hombre que acudía a intervalos regulares. Era alto y de aspecto distinguido, y su frente bronceada hacía pensar que había vivido en algún país cálido. Pocas veces había visto la administradora a un hombre de tan buena planta. Su nombre era Jellett.

Rudge estaba en una disposición de ánimo cavilosa cuando abandonó el hotel y automáticamente encaminó sus pasos a la estación del metro más próxima. Había en todo esto algo sumamente desconcertante. No cabía ya ninguna duda de que mistress Arkwright o Marsh, había estado en la Vicaría la noche del crimen, pero tampoco ninguna certeza de que hubiera visto a Mount. Por lo que éste le había dicho al

chófer, costaba creer que conociera su presencia en la casa; pero tampoco podía admitir Rudge que la dama hubiera padecido un desmayo en mitad de su visita al ama de llaves. De todos modos, ¿cómo había desaparecido? Parecía como si el mismo Mount lo ignorase, y sus excursiones a Drychester y a Londres hubieran representado simplemente un esfuerzo para descubrirlo.

El inspector sospechaba que debieron de existir negociaciones secretas entre el vicario y esta mujer. Se hubiesen visto o no la noche del crimen, algo debió ocurrir que inspiró a Mount el deseo de entrevistarse con ella al otro día. Y el factor de misterio que rodeaba toda la incidencia parecía cualquier cosa menos inocente.

En este punto recordó Rudge algo que le había contado la gárrula posadera del Lord Marshall en Whynmouth. Aquel Mount había tenido problemas en su vida: su esposa se había fugado con otro hombre. Y tal vez...

Rudge silbó entre dientes. Si mistress Arkwright era en realidad mistress Mount, resultaban comprensibles, por lo menos en cierta medida, todas estas evoluciones misteriosas. Algún problema pudo surgir, posiblemente relativo a un divorcio, que exigiera una entrevista inmediata. Así se explicaba la visita a la Vicaría y el subsiguiente viaje del clérigo a la ciudad, aunque no la ignorancia simulada por éste. Y sin embargo... En el calor de la discusión sobre el divorcio, era muy probable que la mujer se hubiera olvidado del taxi, y cuando Mount lo encontró aguardando en la puerta, pudo inventar aquella fábula del ama de llaves para evitar un escándalo.

Fuese lo que fuere, la hipótesis era lo bastante prometedora como para justificar una investigación ulterior. Hemos de admitir que Rudge no veía aún cómo vincularla con la muerte del almirante Penistone, pero tal vinculación se imponía a raíz del bote, del sombrero, y sobre todo, de la ansiedad demostrada por el vicario en la audiencia.

Ahora bien, ¿cómo averiguar algo más sobre la esposa fugitiva? El inspector dedicó a este problema unos minutos más y regresó a Scotland Yard, donde pidió prestada una guía Crockford. Por ella se enteró de que Mount estaba en su cargo actual desde hacía diez años, antes de los cuales había sido párroco de una iglesia de Hull. De inmediato se comunicó con el superintendente de Hull y le rogó que tratara de conseguir una descripción y, de ser posible, una fotografía de mistress Mount.

Al cabo de un par de horas, le contestaron que habían obtenido una fotografía y una descripción y que habían enviado ambas cosas a Scotland Yard. Llegaron, en efecto, el lunes por la mañana. La fotografía, proveniente del archivo de un periódico local, mostraba a la dama en medio de un grupo, con otros miembros de la junta del asilo. La descripción hizo estremecer a Rudge de pura satisfacción: aparentemente estaba sobre la buena pista.

No tardó media hora en estar por segunda vez en la pensión de Judd Street. Lamentaba tener que molestar de nuevo a la administradora, ¿pero tendría la gentileza de informarle si mistress Arkwright figuraba en aquel grupo?

La administradora titubeó un momento, pero cuando el inspector le explicó que la fotografía había sido tomada diez años antes, pareció ya segura. Sí, la cuarta señora

de la izquierda era, sin duda, su pensionista.

Ampliamente satisfecho de sí mismo, tomó el inspector el primer tren que salía de Waterloo. Decidido a no descuidar detalle, descendió en Drychester y se fue a ver a su amigo, el taxista, de quien no obtuvo una confirmación tan rotunda, aunque el hombre admitió que su pasajera podía haber sido el original de la fotografía.

Cuando volvió aquella tarde al destacamento policial de Whyemouth para dar cuenta de sus progresos al superintendente Hawkesworth, Rudge lo hizo con la agradable certidumbre de haber logrado algo y de haber hecho mucho. Pero Hawkesworth, con el criterio desalentadoramente estrecho que tan a menudo adopta la autoridad, no pareció muy impresionado.

—Hum... —dijo, cuando Rudge hubo concluido su exposición—. Todo esto me huele a un enredo familiar y nada más. Ese bendito párroco debe estar pensando en hacer las paces con su mujer o en divorciarse, o en cualquier otra cosa por el estilo. Pero esto no nos ayuda a descubrir quién mató al viejo Penistone. ¿Qué piensa usted hacer ahora?

—Pensaba acudir al vicario y exigirle una explicación, señor.

—¿Una explicación de qué? —preguntó Hawkesworth frunciendo el ceño.

—De los movimientos de mistress Mount aquella noche. El bote desapareció de la Vicaría y está relacionado con el crimen. ¿Quién se lo llevó..., mistress Mount? Creo, señor que, dadas las circunstancias, podemos insistir en ese punto.

El superintendente pareció reflexionar, y luego admitió secamente:

—Muy bien. Inténtelo. No veo por qué no habría de hacerlo, en vista de que ha llegado ya tan lejos.

Rudge era presa de una amarga indignación mientras conducía su coche hacia la Vicaría de Lingham. ¡Éste era siempre el resultado cuando uno se molestaba en hacer las cosas bien! ¿Qué clase de mentalidad era la de Hawkesworth? ¿Que el diablo se lo llevase si aquella información sobre mistress Mount no era de vital importancia! Su inesperada visita a la Vicaría en la noche del crimen, su inesperada desaparición después de llegar, la ignorancia de Mount, real o fingida, acerca del asunto... El bote, el sombrero, el repentino afán del vicario por encontrar a su esposa; sus subterfugios para impedir que se conociesen sus verdaderos propósitos («asuntos eclesiásticos», le había dicho a Rudge; «las desgracias conyugales de uno de sus feligreses», le había explicado al gerente del hotel de Drychester; «noticias de familia», había alegado ante la administradora de Judd Street...). Todo el caso, en suma, era infernalmente sospechoso, y casi no cabía dudar de que míster Mount podía suministrar alguna información valiosa.

Algo más animado, Rudge se dirigió hacia la Vicaría.



10

El lavabo del cuarto de baño

por Edgar Jepson

El agente de policía Richard Hempstead se había estado mostrando muy efusivo en los últimos tiempos con su tía, mistress Emery. En la época en que ella regresó a su terruño natal para instalarse en Rundel Croft, el joven le había demostrado al principio el afecto natural de un sobrino, aunque con moderación, e indudablemente sin efusiones. Y por cierto que las de ahora tampoco parecían responder del todo a un legítimo sentimiento familiar. En otro sentimiento se originaban, sin duda, o, para ser más exactos, en un doble sentimiento: por una parte tenía la corazonada de que la clave de la muerte del almirante debía buscarse en Rundel Croft; y por otra la impresión, apenas menos viva, de que la compañía de Jennie Merton le era altamente beneficiosa.

El hecho era que en la semana última había frecuentado mucho la casa. Mientras efectuaba su ronda, se le ocurrían toda clase de razones para ir a ver a su tía: que estando la casa poco menos que vacía, con Jennie, Emery y ella como únicos ocupantes, era muy fácil que hubiesen entrado ladrones, o que hubieran robado las gallinas; o que tenía alguna pregunta de poca importancia que hacer, relacionada con el misterio, o alguna información que dar sobre los progresos que estaba haciendo la policía en su solución. Estaba dotado de una discreta imaginación creadora que frecuentemente le había sido muy útil en el banquillo de los testigos. Cuando no estaba de servicio, iba a la casa en calidad de pariente, a la hora del té o de la comida.

No hay por qué creer que mistress Emery, cuya inteligencia era bastante superior al nivel medio de su sexo, atribuyese esta asiduidad a los más puros sentimientos familiares. No le había pasado inadvertido que Jennie, que desde las ventanas del piso alto de la casa, donde debía realizar la mayor parte de su trabajo, dominaba ampliamente la carretera, se hallaba siempre cerca para hacer pasar al agente cada vez que llamaba. Y hasta la había oído exclamar en cierta oportunidad, mientras lo introducía en la cocina por la puerta trasera: «¡Oh, vamos, señor Hempstead!»

Pero esto no la preocupaba. Tal como mistress Emery veía las cosas, Jennie era una buena muchacha, para lo que son las muchachas de hoy en día. Había demostrado una buena dosis de sensatez aprendiendo a cocinar, pues eso es lo que realmente necesita un hombre cuando se casa, y, de todos modos, Dick era uno de

esos jóvenes cabezas duras que quieren hacer su santa voluntad y podía haber elegido peor. Además, ¿quién era ella para meterse en los sueños de amor de la juventud?

Así fue como Hempstead llegó a tener plena libertad de acción en Rundel Croft, ya que ni Elma Holland ni su esposo se interponían en su camino. Si a veces no estaba solo, sino en compañía de Jennie mientras hacía su ronda por la casa, no hacía con ello mal a nadie. Por lo demás, resultaba provechoso tenerlo cerca, porque en una casa tan grande como Rundel Croft siempre se estaban descomponiendo cosas, y él era muy hábil con sus manos. Pronto se acostumbró mistress Emery a encomendarle los pequeños trabajos que en otro tiempo solía realizar el almirante: cambiar el resorte de una cerradura rota, restaurar la pintura descascarillada; en suma, mantenerlo todo tan intacto, flamante y perfecto como el amo lo había exigido en vida. Era un visitante muy útil.

Había contagiado a Jennie su firme convicción de que la clave del misterio debía hallarse dentro de la casa, y aunque ella lo habría ayudado de todos modos en sus investigaciones, o por lo menos las hubiera dirigido de tanto en tanto, esta coincidencia de opinión la hizo colaborar con más entusiasmo.

Juntos registraron el edificio con eficiencia poco común, rincón por rincón y rendija por rendija, especialmente el estudio y el dormitorio de Elma Holland, persiguiendo con particular empeño el vestido blanco desaparecido, con el que la joven había cenado en la Vicaría.

—Tenga en cuenta, Jennie —había declarado Hempstead—, que yo no digo que usted se haya equivocado al suponer que ella lo metió en su maleta aquella mañana, y se lo llevó consigo a Londres. Pero también existe la posibilidad de que lo envolviera en un paquete muy pequeño y lo metiera en algún rincón o escondrijo. Y si así ocurrió, y podemos encontrarlo, apostararía mi casco a que tiene alguna señal que, de un modo u otro, podría servirnos de pista... Acaso hasta manchas de sangre.

—Claro que es posible —admitió Jennie, cavilosa.

Encontraron varios rincones y agujeros donde el vestido hubiera podido estar, pero ni rastro del vestido en sí.

Luego, en la tarde del martes, y cuando estaban terminando su té (más o menos a la hora en que el inspector Rudge presentaba su informe en el destacamento policial de Whynmouth) mistress Emery dijo:

—Hay una cosa, Dick, a la que me gustaría que le echaras un vistazo antes de irte, y es el lavabo del cuarto de baño. Cuando volvió miss Elma, se quejó de que desaguaba muy despacio, pero ahora está completamente obturado y no sale de ningún modo. Sé que es tarea para un fontanero, pero tal vez puedas hacer algo...

—Es muy fácil, tía —contestó Hempstead con una petulancia típicamente masculina—. Basta con desatascar la cañería.

Concluyó su té (siempre tardaba más en ello que su tío y las dos mujeres) y después de sacar de la caja las herramientas necesarias, se encaminó con Jennie al cuarto de baño del primer piso, y puso manos a la obra. Fue trabajo fácil, en efecto,

porque después de retirar el linóleo encontró que la tapa estaba suelta para permitir que el fontanero llegase sin dificultad a la cañería. Aflojó, pues, los tornillos y la levantó. El depósito estaba lleno de pelos que empezó a extraer, pero como le impresionase su aspereza, se detuvo a examinarlos.

—¡Ésta sí que es buena! —comentó en seguida—. Si no hubiera visto con mis propios ojos la barba en el mentón del almirante, juraría que se la había afeitado aquí.

—Cierto, ese pelo parece igual que el de la barba del pobre señor —corroboró Jennie—. Aunque no es tan gris.

Con aire meditabundo y minuciosas precauciones, sacó Hempstead el resto de la barba, y lo puso en la palangana que había subido para recoger los desperdicios que pudieran obstruir la cañería.

—Mi tía nos dijo que mistress Holland se había quejado de la lentitud con que se vaciaba el agua del lavabo, cuando volvió de Londres después de casarse —dijo—. Por mi parte, no creo que nadie haya usado este lavabo entre este momento y la mañana siguiente a la muerte del almirante.

—Tampoco yo lo creo —intervino Jennie.

—De modo que si alguien se afeitó la barba... —prosiguió Hempstead pensativo, y se interrumpió.

Había hablado más de la cuenta, y no era bueno hablar demasiado. Además, quería reflexionar.

—Será conveniente no decir ni una palabra de esto a nadie —recomendó—. Ni siquiera a mi tío, o a mi tía. Puede ser importante.

—¡Claro que no! —convino Jennie—. Sobre todo a su tío. Todo el mundo estaría enterado antes de la noche.

—Mientras tanto, podría buscarme un pedazo de papel grueso. Si me pusiera a secar este pelo ante un fogón de la cocina, mi tía podría verlo y...

—No, no sería prudente —volvió a corroborar Jennie, y partió en busca del papel pedido.

Al poco rato volvió con él. Hempstead escurrió el agua de los pelos afeitados, los envolvió, y se echó el paquetito al bolsillo, tras lo cual ambos bajaron a la cocina.

—Supongo que nadie habrá usado ese lavabo desde que mistress Holland se marchó para casarse hasta su regreso, ¿no es verdad, tía?

—Que yo sepa, nadie —contestó mistress Emery.

—Bueno, ya he limpiado la cañería y el agua ha vuelto a correr libremente —dijo el mozo, y se despidió.

Se alejó de la casa caviloso, y reflexionando sobre el incidente se fue en busca del inspector Rudge.

Lo encontró frente al portón de la Vicaría, le mostró su hallazgo y le dijo cómo había dado con él.

—¿Así que había algo raro en la cañería del lavabo en Rundel Croft? —dijo el inspector—. ¡Caramba, caramba!... —y sus ojos se iluminaron cuando empezó a

vislumbrar las proyecciones del descubrimiento.

—Efectivamente, señor. Mistress Holland se había quejado de que se vaciaba muy lentamente cuando regresó después de casarse, y al parecer nadie había usado ese lavabo desde su partida. No es probable que hubiese ya pelos en la cañería cuando el almirante salió a comer afuera la noche del crimen, y por cierto que tampoco estuvo en la casa nadie con barba desde que mistress Holland se marchó a Londres.

—Lo que usted sugiere es que quienquiera que se afeitase esa barba, debió hacerlo en la misma noche del crimen, ¿no? —preguntó el inspector, con un pliegue de concentración en el entrecejo.

—Exactamente, señor.

—Míster Holland no llevaba barba, ¿no es cierto?

—No, señor. Lo vi dos o tres veces cuando le hacía la corte a miss Fitzgerald, y no ha cambiado nada desde entonces.

—¡Ah! —exclamó Rudge, todavía con el ceño fruncido. Y añadió—: Pero el hombre que fue aquella noche al Lord Marshall y preguntó por Holland *si* tenía barba, y a mi juicio está ya suficientemente comprobado que no era el almirante. Bien, pues ésta parece una prueba más. Quienquiera que fuese el de la barba, el hecho es que volvió a Rundel Croft y se la afeitó.

—Así es, señor —aprobó Hempstead.

—Pero es el caso —siguió argumentando Rudge— que no hubiera podido hacerlo a menos de tener mucha intimidad con alguien de la casa, que no pudo ser otro que el almirante o mistress Holland. Si el almirante vivía aún, acaso se tratara de él. Pero si estaba muerto, no pudo ser sino míster Holland.

—No es verosímil que fuese el almirante, señor, porque el hombre que se afeitó la barba debió afeitársela para que nadie supiera que había estado haciéndose pasar por el almirante.

—Exacto. Y tampoco parece probable que el almirante consintiera en que otra persona se hiciera pasar por él. Pero no cabe duda de que fue alguien que conocía a uno de los dos.

—Y sin embargo, el último lugar en que el culpable pudo desear que lo hallasen debió ser éste —objetó Hempstead.

—Hum... —rezongó el inspector—. Tendría usted que haber visto las tonterías que he visto yo, cometidas por criminales. Por lo demás, ciertos sujetos que se llaman a sí mismos criminólogos, afirman que el criminal vuelve siempre a la escena del crimen.

—¿Y es verdad?

—No, no siempre —admitió Rudge, y se quedó callado, considerando las posibilidades que sugería el descubrimiento de Hempstead. Luego, radiante de tranquila satisfacción, concluyó—: Bien, todo lo que necesitamos es un barbudo que se haya afeitado la barba. Pero ¿dónde he visto yo últimamente a un hombre en esas

condiciones? Tengo la impresión de haberlo visto...



11

En la Vicaría

por Clemence Dane

Rudge llamó a la puerta y, como no obtuviese respuesta, volvió a llamar. Pudo oír el repiqueteo de la campanilla en el interior del edificio, pero no alcanzó a percibir ruidos de pasos. La somnolencia estival que reinaba en el jardín parecía haberse contagiado a la casa misma. Estaban corridos todos los postigos, y el viejo reloj del vestíbulo desgranaba en el silencio su pesado tictac. Aplicando el ojo a la cerradura, el inspector observó dos cosas: a) que la llave no estaba puesta, y b) que el vestíbulo estaba desierto: ningún vicario con la conciencia culpable, de pie sobre el felpudo, temblaba ante las consecuencias de ignorar la llamada, sin atreverse no obstante a abrir. Aquella calma parecía la calma habitual de la hora del té, aunque no se percibía allí la grata vibración de la porcelana, ni el tintineo familiar de las cucharillas.

«Indudablemente —pensó el inspector Rudge—, las criadas deben de estar tomando el té afuera. Las muchachas suelen salir a los prados con sus costuras. Daré la vuelta a la casa.»

Y la dio. El patio posterior, limpio y embaldosado, estaba igualmente desierto. La puerta de la cocina estaba cerrada con llave, y tampoco había nadie en los cobertizos de los fondos. Pero sobre la puerta de la cocina habían fijado una de esas tarjetas en blanco que se usan en los funerales, con las palabras: «Volveré a las 7.30.»

No había, pues, nada que hacer. De mala gana, porque, a despecho de su celo profesional, al inspector le hubiera complacido beber una taza de té, abandonó a grandes trancos el pequeño patio.

El eco sonoro de sus pasos quebró la quietud del jardín. Debía haber salido directamente a la calle, y lo sabía. Fuera de sus deberes profesionales, no tenía allí derecho alguno, y su presencia constituía una vulgar violación de domicilio. Pero tenía por delante dos horas desocupadas antes de poder regresar. Virtuosamente se dispuso a vagabundear por la aldea, dejando caer aquí y allá alguna que otra pregunta ocasional, y quizá visitando de nuevo a aquella esfinge pueblerina que era el viejo Ware, con la esperanza de obtener alguna brizna de información.

Pero el calor era excesivo... ¿para qué apresurarse? Y, además, ¿no era un ciruelo verde aquel árbol atado al muro como un prisionero vapuleado?

Ahora bien, si alguna debilidad tenía el inspector Rudge en la vida era por esa

fruta engañosa que es la ciruela verde. El londinense sólo conoce las ciruelas envasadas o semipodridas sin madurar; sabe que es necesario ingerir al menos tres bolitas repugnantes, arrancadas prematuramente, antes de dar con la excepcional y azucarada perfección de una ciruela arrancada demasiado tarde. Pero treinta años atrás, un niño llamado Tommy Rudge había vivido con su abuela en algún lugar de Norfolk, y había comido ciruelas de Norfolk junto a un muro igual que aquél. La memoria, esa arpista insigne, pulsó las cuerdas de su corazón.

Ahí estaba el árbol, y ahí las ciruelas, en cada una de las cuales una grieta dorada anunciaba la perfección oculta bajo la mejilla de jade. El inspector saltó simultáneamente por encima de los años y del cantero de lechugas. Arrancó, comió, dejó que el jugo se le escurriera por el mentón y por los dedos y arrojó los huesos a sus pies.

Al hacerlo, un resplandor atrajo sus ojos y los obligó a mirar hacia abajo. El resplandor se explicó pronto pero no fue el fragmento de botella lo que retuvo su atención, tras aquella rápida mirada preliminar. Su atención quedó fija en un par de huesos de ciruela; no los que él había arrojado, sino otros, húmedos aún. Junto a ellos había un pañuelo manchado de zumo y enrollado como una pelota. Y en la tierra desnuda, debajo del árbol, huellas de pies, diminutas y nítidas. «Medida 34 —calculó Rudge automáticamente—. ¡Y tacones franceses, por añadidura!»

Agachándose sin moverse de su lugar, atrajo hacia sí el pañuelo y lo sacudió. No le costó desplegarlo, porque todavía no estaba seco. Era evidente que alguien se había secado con él las puntas de los dedos sucios de zumo. Luego, incorporándose con cierta dificultad y con las mismas precauciones, para no alterar las huellas vecinas, examinó su hallazgo. Estaba todo manchado y arrugado, pero la tela era fina y el bordado exquisito. «Dos libras quince chelines la docena», estimó el eficiente inspector Rudge, que estaba muy versado en los asuntos más heterogéneos, y cuya madre, en su juventud doncella de una dama distinguida, se había preocupado siempre de que una parte de esos conocimientos fueran exactos. «Dos quince, por lo menos, a no ser que haya sido adquirido en una liquidación», se repitió, pensativo, mientras tanteaba las esquinas de la tela y descubría en una, menuda y sin formar parte del dibujo, la inicial «C».

Con nuevas e infinitas precauciones, alisó y dobló el pañuelo; extrajo de su libreta un sobre en blanco; lo guardó allí, y devolvió el todo a uno de sus bolsillos interiores. Por último, y con más cuidado aún, miró a su alrededor, trastabilló sobre las piedras, meneó la cabeza, examinó los rastros, volvió a menear la cabeza, y con una cautela que contrastaba visiblemente con su impetuosa llegada, tendió la pierna por encima del cantero, salió al camino, y una vez más empezó a andar majestuosamente de un lado a otro.

El último sol de la tarde se derramó sobre sus hombros inclinados, hasta que su traje de sarga azul empezó a brillar con ese resplandor mortecino de los trajes de sarga azul en los días radiantes. Un inquisitivo petirrojo, confundiéndolo por su porte

con el jardinero, lo seguía acompasadamente entre las matas. Tan lento era su avance, que las Reinas Margarita asomadas al sendero que apartaba a su paso, tenían tiempo de golpear resentidas su ancha espalda. Y era que el inspector estaba profundamente hundido en sus pensamientos, y acaso en algo más hondo que sus pensamientos, porque, como ya le había ocurrido en una o dos oportunidades de su extraña existencia, fluctuaba ahora entre el terreno llano del sentido común y los abismos insondables del instinto. Un presentimiento lo dominaba. Esa parte de su conciencia, que, para decirlo en sus propios términos, «pensaba con la piel», había tomado el mando. Algo andaba mal. En alguna parte, y de algún modo, algo andaba mal, y el inspector Rudge lo sabía. Por lo que había podido comprobar, la casa estaba vacía. Había espiado el vestíbulo y no había visto a nadie. La tarjeta en la puerta trasera era una explicación suficiente. Claro que podía haber alguien escondido en el interior, pero ¿con qué objeto? La cosa no tenía sentido. Ni fundamento, pensó Rudge, porque la verdad era que no alcanzaba a figurárselo, ni con toda su penetrante aptitud lógica; ni siquiera con su habilidad para sumar dos y dos y hacer que dieran veintidós.

No, sólo contaba con el testimonio del pañuelo, con sus manchas delatoras de una presencia reciente en el jardín, y con aquella sensibilidad de su piel que le anunciaba que algo andaba mal.

Desde luego, en la medida en que había podido comprobarlo no había nadie en la casa, pero tenía la extravagante sensación de que había alguien en el jardín. Y esta sensación era tan poderosa, que por dos veces le obligó a detener la marcha y a volverse de pronto, para quedarse mirando de hito en hito la exuberante vegetación que crecía a uno y otro lado del sendero largo y recto. Nadie, naturalmente. Sólo un resplandor lo había saludado.

Ardientes manchas rojas, blancas, azules y amarillas resurgían en los canteros de piretro, de margaritas purpúreas y de flox. Los malvones guardianes se erguían inmóviles en el aire denso y saturado de lumbre solar.

¿Qué podía andar mal en el jardín de la Vicaría, poco después de la hora del té, en una tarde de agosto?

Se volvió, y reanudó su marcha a paso lento.

Sí..., algo andaba mal, a pesar de todo.

Si «C» era mistress Mount, mistress Mount había estado en algún momento del último cuarto de hora en el jardín de su ex esposo, comiendo las ciruelas de su ex esposo, y perfectamente a sus anchas. ¿Pero dónde estaría ahora mistress Mount? ¿En la casa? ¿Por qué habría de estarlo? ¿Y por qué no?

El inspector no conocía su letra, y era muy posible que ella misma hubiera escrito en la tarjeta de duelo: «Volveré a las 7.30.» Pero ¿dónde se habría procurado aquella tarjeta si no había entrado en la casa? Era una tarjeta de las que cabría encontrar en el estudio de un vicario, pero no en un bolso de moda.

¿Habría escrito ella el mensaje? ¿Para el incomprensible vicario? ¿Para el gallardo desconocido que iba a visitarla ocasionalmente en la pensión? Y además,

¿por qué, precisamente, «a las 7.30»?

¿Y si no era ella la autora de la nota, sino una de las criadas, por ejemplo, o el dueño de la casa?

El inspector sintió el impulso de correr hacia la puerta y arrancar la sugestiva tarjeta, pero se refrenó. Aquél era un mensaje para alguien. ¿Y su ese «alguien» no había llegado aún y no lo había leído...? Era mejor dejar las cosas como estaban.

Sin el menor sentimiento, Rudge renunció a la perspectiva de una abrumadora excursión por el pueblecito amodorrado para mantener infructuosas conversaciones con el calderero, el sastre y el fabricante de candelas, así como al proyecto de una nueva entrevista con el viejo Neddy Ware. Y, con un poco más de sentimiento, descartó igualmente el agradable final planeado para aquella excursión abrasadora. Ya no habría visita a la taberna local para el inspector Rudge, ni un sorbo profundo de la exquisita cerveza refrescada en el pozo. En lugar de ello, impulsado por su instinto profesional, abandonó el camino abierto por la pequeña franja de césped que remataba en un matorral, y penetró entre los laureles. Estos empezaban donde acaba el huerto, y serpenteaban en torno del jardín delantero, protegiendo, con tres metros de follaje, el parque y la casa de las miradas de los transeúntes que pasaban por la carretera.

El inspector conocía su deber. Miró el reloj: eran casi las seis. Si alguien llegaba a la Vicaría entre esta hora y la indicada en la tarjeta, se proponía enterarse de ello. Los laureles estaban tan sucios como suelen estarlo, aun en pleno campo, y debajo de ellos la tierra era seca y polvorienta. Su puesto de observación carecía de aire, y resultaba intolerablemente caluroso. Sin embargo, estaba decidido a permanecer allí hasta que regresara el autor de la tarjeta o se presentara su destinatario.

Se acomodó, pues, lo mejor posible y se armó de paciencia. No se atrevía a encender un cigarrillo, pero siempre llevaba consigo goma de mascar para emergencias semejantes, y se dispuso a jugar un solitario partido de ceros y cruces, echando mano a toda su abnegación, porque el terreno sobre el cual estaba tendido era tan seco y suelto como si fuera de arena.

Cuando se espesaron las sombras, el aire se aligeró y empezó a padecer menos por el calor, y más por los mosquitos. Pero sólo cuando la campana de la iglesia hubo dado las siete, vio recompensada su espera. Voces fuertes y animadas golpearon su oído. La puerta de acceso a la carretera, invisible a sus ojos, crujió y tableteó de nuevo. Sonaron pasos al otro lado del impenetrable cerco de laureles y acebo que separaba el parque de la entrada. Dos figuras lo contornearon, profundamente enfrascadas en una conversación; llegaron al porche, se hundieron en sus sombras, y la más alta se colgó de la campanilla.

El inspector Rudge se aferró, atónito, a las ásperas ramas de laurel. Las últimas personas del mundo que hubiera esperado encontrar en aquel sitio y a aquella hora, eran los Holland, marido y mujer.

¿Qué se decían? ¿Qué estaban haciendo allí?

Oyó el tintineo de la campanilla, pero no podía distinguir sus palabras. Y las sombras del porche eran tan densas que no alcanzaba a discernir sus rostros. ¿Saldría de su escondite para interrogarlos?

Vacilaba aún, cuando ellos se volvieron, y la voz de Holland le llegó con toda nitidez.

—Mejor será esperar.

Su mujer salió al sendero.

—¿Qué hora es?

Holland consultó su reloj:

—Algo más de las siete.

Elma vaciló.

—No he recorrido todo este trayecto para nada...

—¿Has pensado —preguntó el hombre, molesto— que podría tratarse de una trampa?

—¿Una trampa? ¿Y por qué?

—Pues... —Holland titubeó—. ¿Hasta qué punto sabe Célie la verdad?

—¡Oh, no te muevas de ese modo, Arthur! Hace calor y quiero estar tranquila. Siéntate un poco.

Atravesó el césped y se echó en la vieja hamaca que colgaba entre dos ramas de un cedro gigante, mientras su marido se tendía a su lado sobre la hierba.

Durante diez minutos permanecieron así, hablando apenas. El inspector Rudge maldijo su suerte. Nueve de cada diez mujeres hubieran charlado hasta quedarse roncas en diez minutos de tan forzosa inactividad. Tenía que tocarle a él sospechar de la única hija de Eva capaz de quedarse sentada inmóvil, sin decir una sola palabra. Incluso cuando se cansó de aquella inmovilidad, contuvo la lengua, y no dio indicio alguno al observador sobre el motivo de su repentino movimiento.

Pero cuando bajó los pies a tierra y echó a andar hacia la casa, su esposo se levantó instantáneamente y se le reunió. ¿Le habría hecho alguna seña? ¿Se sentiría vigilada?, se preguntó Rudge.

Por su parte, estaba seguro de no haberse movido, y se quedó absolutamente quieto. Elma Holland era muy capaz de tenderles una trampa a los mismos que se la habían tendido. Mientras tanto la pareja había llegado a la casa por segunda vez y la voz de Holland vibró por encima del césped.

—¡Hola! La puerta está abierta...

—Debe de haber entrado sin que la viéramos —contestó la voz femenina—. Apresúrate, entremos. Debe de estar en alguna parte.

Y desaparecieron.

El inspector Rudge lanzó un profundo suspiro de alivio. Por fin podía moverse, bostezar, desperezarse, aligerar del peso de su cuerpo al desgraciado pie que, doblado bajo él, se le había dormido. Sentía ya los molestos alfilerazos y estaba iniciando un suave masaje, cuando el eco débil pero inconfundible de un alarido lo dejó casi

paralizado de espanto. Se quedó rígido en su lugar. Después se puso en pie, y cuando se disponía a salir de su escondite, más próximo y más agudo, mucho más intenso, sonó un segundo grito, una serie completa de gritos, y la silueta de Elma Holland se precipitó al jardín desde la penumbra del porche.

Fuera ya de la casa, parecieron faltarle las fuerzas para caminar, aunque intentó uno o dos pasos cortos hacia adelante, como tratando de abrirse camino a través de un cerco invisible. Su rostro estaba tan blanco como las paredes encaladas de la casa, y cuando su marido salió corriendo detrás de ella y le dio alcance, se dejó caer en sus brazos como una bolsa repleta.

El inspector no fue menos rápido, pero al abalanzarse en medio de los matorrales, y mientras corría a través del jardín, su pensamiento corría aún más ligero. «¿Qué ha podido ver, para perder así su sangre fría?»

Después, ya junto a la trastornada pareja, y al advertir el estado de las manos de Holland, gritó:

—¡Salgan del paso! —Y añadió acto seguido—: ¡Y no se muevan de donde están!

Tras lo cual se les adelantó a toda carrera, subió los escalones, se abalanzó al vestíbulo, y abrió de un golpe la puerta del comedor. ¡Estaba vacío! Y también la sala. Pero la puerta del estudio estaba entornada. Rudge penetró por ella y arrojó al interior una rápida mirada.

El estudio estaba muy silencioso, cerrado a piedra y lodo, muy fresco, muy oscuro. Aquella frescura y aquella oscuridad resultaban gratas tras el reciente resplandor del parque. «Tranquilo como una tumba», pensó el inspector. ¿Por qué, pues, los gritos?

Pero al volverse hacia el escritorio situado en un rincón, junto a la ventana, vio detrás de él lo que había provocado el alarido de Elma Holland.

Caído en tierra, entre el escritorio y la pared, yacía el cuerpo de una mujer. Sus ojos estaban fijos y vidriosos como los de una muñeca de cera prolijamente maquillada. El colorete de sus mejillas formaba dos parches sobre la blancura de la piel. Tenía las dos manos cruzadas sobre el pecho, pero no en una actitud apacible, sino en la crispación de un esfuerzo postrero, aferrando el mango de un cuchillo cuya hoja se hundía entre los pliegues ensangrentados de su vaporoso vestido de seda floreada.



12

Aclarando el enredo

por Anthony Berkeley

I

Rudge cayó de rodillas junto a ella, sin preocuparse de la sangre derramada por doquier sobre la alfombra. La mujer estaba aún tibia, y la sangre apenas había dejado de manar de su pecho.

Pero indudablemente estaba muerta.

—Estábamos en el vestíbulo cuando ella hizo esto. La verdad es que la vimos caer... —Holland hablaba gravemente, aunque sin dar señales de pánico.

Rudge frunció el ceño:

—Creía haberles indicado que permanecieran ustedes afuera.

—¡Oh, al diablo con sus ridículas órdenes, hombre! Aquí hay una mujer que se ha clavado un puñal; no hay tiempo para perder en ceremonias. ¿Podemos hacer algo? ¿Está realmente muerta? ¿Está usted seguro?

Rudge se incorporó lentamente.

—Está muerta, sí. Debió morir más o menos en el momento en que estaban ustedes en la casa.

—Entonces murió en mis brazos —aseveró Holland, sombrío.

El inspector observó la sangre que manchaba las manos del otro, y Holland hizo un gesto de asentimiento.

—La sostuve un instante —explicó—. Pensé que estaba muerta, y por eso no toqué sus manos, ni traté de extraer el arma.

—Demostró usted mucha prudencia al obrar así.

—Sabe usted quién es, ¿no es cierto? La doncella francesa de mi esposa..., Célie.

—¡Ah! —exclamó Rudge—. Tendré que hacerles unas cuantas preguntas a usted y a mistress Holland.

—Más tarde —contestó Holland con su tono de imperio habitual—. Mi esposa está muy perturbada en estos momentos, como es lógico. No quiero que se la moleste hasta que tenga tiempo de recobrar.

Rudge alzó un poco las cejas, pero todo lo que dijo fue:

—Debo rogarles que ni uno ni otro salgan de aquí. ¿Dónde está ahora su esposa?

—La dejé en una hamaca del parque. Tengo que volver a su lado. Lo esperaremos allí, inspector, y, por supuesto, le daremos cuanta información podamos.

Afuera, sobre la grava del jardín, resonaron unos pasos que siguieron sin vacilaciones hasta el interior del vestíbulo.

—¿No hay nadie por aquí? —gritó una voz, y en el instante próximo, la figura del ubicuo periodista de la *Gazette* se recortó en el vano de la puerta.

Con un murmullo ininteligible, Holland pasó junto a él y salió de la casa.

Un rayo de sol que se filtraba por la ventana, fulguró alegremente en los anteojos con aro de carey del periodista.

—¡Hola, inspector! No esperaba encontrarlo. ¿Está el vicario en casa? —Y advirtiendo el cuerpo desplomado a los pies de Rudge, exclamó—: ¡Dios mío! ¿Qué significa esto?

—Tengo entendido que se trata de mademoiselle Célie —respondió Rudge severamente—. La ex doncella de mistress Holland. Y debo pedirle que me deje solo, si no tiene usted inconveniente. Más adelante me ocuparé de proporcionarle su historia. Hay cosas que...

Un nuevo rumor de pasos en el exterior lo hizo interrumpirse bruscamente. Ambos hombres tendieron el oído. También esta vez los pasos penetraron en el vestíbulo sin vacilaciones, y se dirigieron al estudio. El vicario entró en la habitación.

—¡Hola, inspector! —exclamó sorprendido—. No sabía que también estaría usted presente. ¿Acaso...? ¡Oh! —Por un instante pareció demasiado asustado para poder moverse. Después cayó de rodillas junto al cadáver, con un gemido ahogado—: ¡Célie!

—No la toque, por favor —y Rudge se inclinó como para proteger el cadáver.

El vicario volvió hacia él un rostro demudado.

—¿Está muerta?

—Temo que sí, señor.

—¿No se habrá... suicidado?

—Las apariencias parecen probarlo así con toda claridad.

Mount hundió la cabeza entre sus manos y permaneció inmóvil casi un minuto. Pero cuando volvió a hablar, lo hizo ya con más dominio de sus emociones.

—Inspector, ¿sabe usted quién es ésta pobre mujer?

—Ha sido ya identificada como la ex doncella francesa de mistress Holland.

—Sí. —El vicario calló un instante como para afirmarse en una resolución—. Hay muchas cosas vinculadas con esta tragedia, que yo no puedo revelar, inspector. El secreto de confesión sella mis labios. Pero si ha de servir a los intereses de la justicia, puedo decirle por lo menos que esta pobre mujer era mi esposa. Y, por desgracia, temo haber sido yo mismo quien la empujó a esta determinación terrible.

II

—¿Usted, señor? —exclamó Rudge vivamente—. ¿Cómo pudo ser eso? —Y como sus ojos tropezasen con el periodista, añadió—: ¡Caramba, le dije a usted que se marchase!

Estaba a punto de agarrar al sujeto por un hombro y sacarlo a empujones del estudio, a modo de válvula de escape para las diversas emociones que hervían en su interior, cuando advirtió en la palidez y en las manos trémulas del otro que no era sólo una empedernida curiosidad profesional lo que allí lo retenía. El hombre parecía incapaz de todo movimiento. Rudge posó sobre su brazo una mano benigna en lugar de una mano feroz, y lo condujo hacia la puerta.

—¿Es que no ha estado usted en la guerra?

El periodista consiguió exhibir una trémula sonrisa.

Sí. Pero nosotros no matábamos... mujeres. Creo que voy a... encontrarme mal.

El vicario se adelantó al inspector y se hizo cargo del periodista, conduciéndolo a un cuartito que daba al vestíbulo, exactamente detrás de la puerta de entrada.

—Quédese aquí hasta que se sienta mejor —le dijo con un movimiento de cabeza, y volvió con Rudge al estudio.

—Mucha gente se trastorna al ver sangre —comentó éste—. Y ahora, señor, ¿qué iba usted a decirme?

Estaban el uno junto al otro, contemplando a la muerta.

—¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! —murmuraba el vicario—. Es la madre de mis hijos, inspector. ¡Tal vez fui demasiado duro con ella! Demasiado rígido, quizá. Y sin embargo, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer? Mis creencias prohíben expresamente el divorcio. «Aquellos a quienes Dios ha unido, que ningún hombre se permita separarlos...» La norma es perfectamente explícita.

—¿Deseaba ella que usted le concediera el divorcio?

Rudge dejó caer la pregunta suavemente en medio de los murmullos del vicario, que más parecían destinados a su conciencia que al inspector.

—Sí. Nunca supe quién era el hombre que la incitó a fugarse con él. Se negó siempre a decírmelo, y acaso fuera mejor así. Pero, al parecer, se portó bien con ella, a su modo. —Era claro que el vicario estaba realizando un esfuerzo enorme por mostrarse ecuánime—. En todo caso le fue fiel, y ella hizo lo propio. Querían casarse. Pero yo no juzgaba conciliable el divorcio en mi conciencia. Luego, el martes pasado, la misma noche del crimen, para ser preciso...

—¿Sí?

Rudge contuvo el aliento. Por fin iban a salir a luz algunos de los acontecimientos ocultos de aquella noche.

—Ella vino a verme, muy tarde, y me instó una vez más a reconsiderar mi decisión. Estaba muy nerviosa..., agitada..., como aturdida...

—¡Ah! —musitó el inspector.

—Me costó muchísimo tranquilizarla. Sobre todo teniendo en cuenta lo que debía decirle.

—¿De modo que insistió usted en su negativa?

—¿Qué otra cosa podía hacer? —contestó el vicario con tono lastimero—. No creía tener alternativa. La ley es demasiado explícita. Me apenó mucho tener que hacerlo, pero la conciencia nos hace valerosos a pesar nuestro —añadió con una triste sonrisa.

—¿Y qué hora era cuando llegó la señora?

También al inspector le apenaba tener que proseguir con su interrogatorio en aquellas circunstancias, pero su deber no era menos claro.

—La vi poco después de medianoche.

—Sin embargo nos han informado de que estaba aquí a eso de las once... —objetó Rudge suavemente.

Un ligero rubor cubrió las mejillas del vicario.

—Repito que la vi poco después de la medianoche. Más o menos a las doce y cuarto, si no me equivoco. La hice pasar aquí, al estudio, y conversamos cerca de una hora.

—Pero ¿qué pudo hacer entre las once y las doce y cuarto?

Las facciones del vicario se endurecieron.

—No puedo decírselo, inspector.

—¿No quiere decírmelo, o no lo sabe?

—No tengo nada que agregar.

Ambos hombres se contemplaron en silencio. Rudge abandonó el tema.

—¿Y esta tarde? ¿Habían concertado ustedes una cita?

—Así es. Para las siete. Y también debían venir los Holland. Por desgracia, por una gran desgracia, llegué demasiado tarde. De lo contrario —añadió con voz menos firme—, quién sabe si no hubiera podido impedir... esto.

—¿Y dónde estaba usted?

—En la exposición de flores de Ferrers Abbas. Las criadas están allá todavía, así como los chicos. La casa quedó completamente sola.

—¿Qué motivo dio mistress Mount para la entrevista?

—No dio ningún motivo concreto.

—Pero usted habrá supuesto algo...

—Creo —contestó el vicario un poco molesto— que había llegado a una decisión sobre ciertas cosas que creía saber, relativas a la muerte del almirante Penistone.

—¿Usted sabe de qué se trataba?

Una mirada de obstinación que Rudge, exasperado, calificó como digna de una mula, apareció en el rostro del párroco.

Acabo de manifestarle, inspector, que sobre determinados puntos mis labios están sellados. Y éste es uno de ellos.

Ambos interlocutores volvieron a mirarse. Pero esta vez llegó una interrupción

del exterior. Resonó un nuevo ruido de pasos sobre el camino de grava, seguido en esta oportunidad por el tintineo de una anticuada campanilla en el fondo de la casa.

Mount se encaminó al vestíbulo y Rudge salió tras él.

De pie en el quicio de la puerta principal había un hombre viejo y menudo, cuyo traje, algo marchito, contrastaba con el elegante sombrero gris, garbosamente ladeado.

—¡Hola, Mount! —saludó—. Lamento llegar tan tarde. ¿Ha terminado ya la conferencia?

—¿La conferencia? —hizo eco el vicario con expresión atónita.

—Sí. Me indicaron que me encontrara aquí a las siete. Por teléfono no pude entender bien de qué se trataba, pero la... la señora me dio la impresión de que el asunto era urgente.

—¿Ella... lo citó?

—Sí —el recién llegado parecía muy confundido—. A mí me pareció una historia absurda, pero me dijo que era *su* esposa.

—Lo era —corroboró el vicario, sombríamente, y se volvió hacia Rudge—. Inspector, no creo que conozca usted a sir Wilfrid Denny...

—De vista, bastante, señor. Me alegro de que haya regresado, sir Wilfrid. Tenía la esperanza de conversar con usted.

—¿Sobre ese horrible asunto de Rundel Croft? Sí, sí, por supuesto. Regresé esta misma tarde. Nunca pensé que necesitaran hablar conmigo, pues de lo contrario hubiera vuelto antes. Tuve que ir a París.

—Denny...

Evidentemente, el vicario se disponía a darle la noticia de la última tragedia, y como no quería interferir en la escena el inspector se alejó.

Por pura curiosidad, abrió la puerta del cuartito donde había quedado, el periodista descompuesto y miró hacia adentro. Estaba vacío. Era evidente que el mozo se hallaba ya bien.

Antes de volver al estudio para montar guardia junto al cadáver y para telefonar al superintendente y al doctor Grice, Rudge dio un inevitable desahogo a su curiosidad. Arriesgó un par de pasos más allá de la puerta de entrada y miró hacia el jardín. El resultado lo complació. Los Holland estaban sentados en la hamaca, muy juntos. El brazo de Holland rodeaba el talle de su mujer, y Elma apoyaba la cabeza en el hombro de su marido. En un momento dado, hasta la levantó y lo besó espontáneamente.

«Así que, a pesar de todo, es humana —se dijo el inspector, mientras se marchaba apresuradamente—. Y ahora debe de haber descubierto que siempre lo ha querido. Bueno. Dicen que a veces es necesario un fuerte choque para que ciertas personas entren en razón...»

III

Rudge hizo entrega del mando al superintendente Hawkesworth, que, por fortuna, no había acompañado al jefe de policía, mayor Twyfitt, cuando éste abandonó el teatro de los acontecimientos para volver en su automóvil a la capital del condado.

Ambos hombres pudieron, pues, registrar la casa juntos, no bien llegó el doctor Grice, si bien no encontraron nada que arrojase la menor luz sobre la tragedia.

El superintendente estaba tomando ahora las medidas necesarias para el traslado de los restos, con lo que Rudge quedó en libertad para cruzar unas cuantas palabras con el matrimonio Holland.

La mujer no se había movido de la hamaca. Era evidente que había sufrido un severo golpe, pero mostraba ya tales signos de recuperación que Rudge, deseoso de plantear sus preguntas mientras las impresiones estaban frescas, se creyó autorizado para desechar las objeciones de Holland y se dispuso a iniciar un interrogatorio.

Con el aire menos oficial posible, se dejó caer sobre el césped, junto a la pareja.

—Convengo en que es lamentable, señor —empezó—, pero comprenderá que tengo que cumplir con mi deber. Y ahora, ¿querrán ustedes comunicarme cuanto sepan respecto a esta entrevista? ¿Cuándo la concertó mistress Mount, y qué razones adujo?

Rudge se había dirigido a Elma, pero fue Holland quien contestó.

—Nos llamó por teléfono al Lord Marshall hoy mismo, inmediatamente después de almorzar, y nos pidió que nos encontráramos aquí con ella. No dio razones.

—Pero ustedes habrán supuesto alguna...

—No.

—¿Fue usted quién habló con ella por teléfono?

—No —volvió a contestar Holland, un poco a regañadientes, según a Rudge le pareció—. Fue mi esposa.

—¡Ah! —El inspector se volvió vivamente hacia la dama—. ¿Qué motivo atribuyó usted entonces a su actitud, señora?

—Ninguno —el tono de Elma era tan seco como de costumbre.

—¿Y tampoco le preguntó?

—Tampoco.

—Pero debió parecerle extraño que su antigua doncella deseara encontrarse con usted en la Vicaría, ¿no es así?

—Me imaginé que estaba muy perturbada por algo, que necesitaba consejo, y que no quería ir al hotel por temor a ser reconocida.

—Pero ¿por qué no querría ser reconocida?

Elma se encogió de hombros.

—Eso no se lo puedo decir.

—¿Sabía usted que su doncella era mistress Mount?

—No, claro que no.

—¿La sorprende?

—Mucho.

—Acaso pueda usted sugerirnos —insinuó Rudge— alguna idea sobre la posible relación de este hecho con la muerte de su tío...

—Temo que no —replicó Elma—. Aunque, naturalmente, esto explica por qué dejó ella su... puesto en forma tan repentina.

Rudge asintió.

—Sí, es verdad. Y a propósito, usted nos ha dicho que la imaginó trastornada por algo. ¿Le dio esa impresión por teléfono?

—La de estar un poco agitada, tal vez —contestó Elma lentamente—. Sí. Lo parecía.

«Y sin embargo —pensó el inspector—, no tan agitada como para abstenerse de comer ciruelas minutos antes de la conferencia que había convocado.»

—¿En ningún momento se le ocurrió a usted —siguió diciendo— que ese consejo que ella necesitaba podía referirse a algún asunto vinculado con la muerte de su tío?

—¡Claro que no! —contestó la joven precipitadamente—. ¿Por qué se me había de ocurrir semejante cosa?

Rudge hubiera podido darle más de un motivo, pero en lugar de ello se limitó a interrogar lentamente y en voz muy baja:

—¿Hasta qué punto conoce Célie la verdad?

Su tiro dio en el blanco. Elma palideció primero, se ruborizó después, y lanzó a su esposo una mirada que era una clara petición de auxilio. Holland la entendió de inmediato y sus palabras tomaron a Rudge desprevenido. No eludió la pregunta, ni trató de poner fin a la entrevista, sino que observó con toda naturalidad:

—Es curioso que haya dicho usted eso, inspector. Precisamente esa misma pregunta le formulé a mi esposa hace menos de una hora. También yo había contemplado la posibilidad de que Célie estuviera a punto de darnos alguna información relativa a la muerte del almirante. Pero Elma estaba convencida de que no podía saber absolutamente nada.

—¿Y cómo suponer lo contrario? —preguntó mistress Holland con acento de alivio.

Rudge se les quedó mirando. Sabía muy bien que ella no había dicho nada semejante, por lo menos en aquella oportunidad.

¿Habría procedido acertadamente al advertirles, con el propósito de amedrentarlos y extraerles información, que había oído lo que hablaban antes de entrar en la casa?

Ahora la pareja lo sabía, y Holland, además, lo había visto salir de entre los matorrales. No podían estar seguros de que no hubiera oído también su conversación mientras Elma estuvo en la hamaca. Y sin embargo Holland no se había inmutado. Había escuchado con toda calma las palabras de Rudge, se había hecho cargo de la situación, y tranquilizando a su esposa, había encontrado una respuesta admirable por

su misma intrascendencia.

El inspector debió consolarse con la certidumbre de que por lo menos Elma había perdido su aplomo por un instante. Aquellos dos tenían que saber algo. Pero Rudge reconoció que no existía ni la más remota esperanza de enterarse de lo que fuera por medio de un interrogatorio directo.

Procurando no ponerlos demasiado en guardia, ensayó otra línea de ataque:

—Ahora, señor, ¿querría usted decirme exactamente lo que ocurrió cuando entraron en la casa? Según creo, usted advirtió que la puerta principal estaba abierta, y siguió a mistress Holland al interior, ¿no es así?

Holland sonrió débilmente:

—Así es, como pudo usted ver desde el macizo de laureles. Sí. Y a propósito —añadió con más seriedad—, ¿tenía usted alguna idea de lo que iba a ocurrir? Porque en tal caso...

—Ninguna idea, señor. No sabía más que usted mismo. Vamos, ¿tendrá la bondad de darme los datos que le he solicitado?

—Pues bien, seguí a mi esposa al vestíbulo. Pensamos que Célie (mistress Mount) debía haber entrado, ya que la puerta estaba abierta. Miramos primero en la sala y luego en el comedor. Creo que fue mientras estábamos en esta habitación, contigua al estudio, como usted sabe, cuando oímos un grito...

—Un grito espantoso —precisó mistress Holland con un estremecimiento.

—Sí. Fue terrible. Nunca he oído nada más espeluznante..., más aterrador. Parecía un alarido animal. Me precipité fuera del comedor y me dirigí corriendo al estudio, pero antes de llegar oí un estrépito que debió ser producido por su caída. Y allí estaba ella, sobre la alfombra, y la sangre corriendo a chorros. Como le dije, murió en mis brazos.

—¡Oh! Oh..., oh —tembló Elma.

—Entiendo. Gracias. Y usted, mistress Holland: ¿coincide esto con sus impresiones?

—Sí..., creo que sí. Quizá pudiera aventurar que la oí caer antes de que mi esposo se moviese, pero no puedo estar segura.

—¿Usted no lo cree así, señor?

Holland reflexionó.

—No podría decirlo. Tal vez. Supongo que nos quedamos paralizados por unos pocos segundos. Aterrados, ¿sabe? Sí. Quizá oyéramos el ruido antes de que yo me moviese. No estoy seguro de no haberlo oído, ahora que lo pienso. Pero en ningún caso pudo pasar más de un segundo y medio.

—¿Y en seguida siguió usted a su esposo al estudio, señora?

—Sí... —Elma vaciló—. Y vi... vi... —se cubrió el rostro con las manos, y su cuerpo se sacudió violentamente.

Holland se puso en pie de un salto.

—Inspector —dijo en voz baja—, ¡váyase!

Rudge se marchó.

De todos modos, no tenía esperanzas de averiguar nada más.

IV

—¡Claro que se trata de un suicidio! —gruñó el superintendente—. El doctor dice que debió aferrarse a la daga mientras estaba viva; el arma no tiene más impresiones digitales que las suyas; los Holland estaban a pocos metros de la habitación cuando ocurrió el hecho, y prácticamente la oyeron caer. Rudge dominaba la puerta principal, y la trasera tenía echado el pestillo por dentro, y sin embargo cuando registramos la casa no había nadie en ella. ¿Qué otra cosa podía ser sino un suicidio?

El superintendente había hablado con tono desdeñoso.

Rudge no dijo nada, pero sus mejillas rubicundas subieron de color un tono.

—¿No está de acuerdo, Rudge? —preguntó el jefe de policía.

—No, señor. Lamento decirlo. Tal como yo veo las cosas, no puede ser así. ¿Acaso una mujer decidida a suicidarse mataría el tiempo que le quedaba comiendo ciruelas? No es natural.

—¿Sugiere entonces que Holland la mató? —interrogó el superintendente con violencia—. Porque ninguna otra persona pudo hacerlo.

—No, señor. Tampoco digo eso.

La conferencia tenía lugar en el destacamento policial de Whynmouth a la mañana siguiente de la tragedia. Había ya bastante tensión en la atmósfera, y amenazaba con aumentar. Las posibilidades de que la muerte de mistress Mount se debiese a suicidio o asesinato habían sido ya discutidas por lo menos durante media hora, y no se había llegado a ningún acuerdo. El superintendente se pronunciaba por el suicidio, y el jefe de policía debía reconocer que la lógica estaba de su parte.

El inspector Rudge se aferraba obstinadamente al asesinato, y cuando se le desafiaba a que presentase sus pruebas, sólo lograba emitir banalidades referentes a «cosas naturales» o «antinaturales», así como a otras que «sentía con la piel». No era extraño que el superintendente resoplara. El mayor Twyfitt había perseverado noblemente en la obligación número uno de todo jefe de policía, que es la de mantener el equilibrio en una disputa entre dos subordinados, pero ignoraba por cuánto tiempo más podría seguir haciéndolo.

Por el momento decidió cambiar el tema de la conversación.

—Claro está, Rudge, que si piensa usted de ese modo tendrá que hacer cuanto esté en su mano para obtener pruebas que confirmen sus opiniones. De lo contrario creo que se impone dejar el caso en manos del *coroner*. Pasemos ahora al asesinato del almirante Penistone. Nos reveló usted anoche la identidad de la muerta como Célie Blanc, la doncella de la señora Holland, cosa que vincula concretamente a la Vicaría con la tragedia, como usted insistió siempre que debía ser —prosiguió Twyfitt

conciliadoramente—. Y nos refirió también el descubrimiento de Hempstead en el cuarto de baño de Rundel Croft. Ahora bien, ¿tiene alguna idea de adónde va a conducirnos todo esto?

—Así es, señor —contestó Rudge enfurruñado—. Y por cierto que me parece una idea excelente.

—¡Ah, muy bien! ¿Y cuál es?

—Si me lo permite, preferiría reservármela hasta reunir algunas pruebas más —contestó el inspector mirando de reojo al superintendente.

—Sí, sí..., por supuesto. Con tal de que esté trabajando en algo positivo. Bien. El superintendente ha obtenido ya los datos del Almirantazgo sobre aquel incidente en Hong Kong, y quizá le interese a usted conocerlos. Informe de los hechos a Rudge, superintendente.

Hawkesworth extrajo un papel doblado del bolsillo superior de su chaqueta, lo desplegó, y leyó con voz absolutamente inexpresiva:

«El capitán Penistone estuvo complicado en un desgraciado episodio ocurrido en Hong Kong en 1911. Según lo admitió él mismo, siguió a una joven que era maltratada por un chino, hasta un tugurio del hampa ya desfavorablemente conocido por las autoridades. Después, declaró no recordar nada más. Sin embargo, fue visto en estado de ebriedad manifiesta, bailando y cantando en compañía de marineros ingleses y de otras nacionalidades, así como de culíes chinos. A la mañana siguiente fue llevado a bordo de su barco, todavía bajo la influencia del alcohol y del opio, por un grupo de hombres de su misma tripulación que lo habían reconocido la noche antes. En mérito a su hoja de servicios, se le permitió presentar su dimisión en vez de someterlo a consejo de guerra. Al iniciarse las hostilidades con Alemania, el capitán Penistone ofreció sus servicios a la Armada en forma incondicional, y en atención a las circunstancias fue reincorporado temporariamente con su grado de capitán. Prestó servicios importantes durante la guerra, y el Almirantazgo borró de sus registros el lamentable incidente de Hong Kong. Pero Penistone no quedó satisfecho con esta solución. Varios oficiales superiores le oyeron declarar en diversas oportunidades su convencimiento de que en el fondo del asunto debía haber mucho más de lo que había trascendido, y el proyecto de consagrar su retiro a desvelar el misterio definitivamente. Se ignora aquí si tales opiniones tenían un fundamento sólido.»

—Conque siguió a una muchacha, ¿eh? —comentó Rudge—. Bueno. Pues esto aclara un punto, ¿no es cierto? ¡El legajo X!

—¿Sugiere usted que ese legajo debió contener las pruebas que había reunido en apoyo de su teoría, y que a la luz de ellas el incidente de Hong Kong no fue sino el mero producto de una intriga? Sí, es la conclusión a la que hemos llegado también nosotros —convino el jefe de policía.

—Y esto le proporciona algo más, Rudge —añadió Hawkesworth—. Le proporciona el motivo. Esos papeles desaparecieron de su carpeta, ¿no es así? Evidentemente, fueron sustraídos por el asesino después del crimen. O, para decirlo

en otras palabras, que el almirante tenía razón. Había conseguido sus pruebas, y esas pruebas incriminaban a alguien que no quería ser incriminado. De lo cual resulta que el almirante fue muerto para impedir que hiciera pública la intriga. Bien, pues aquí tenemos un indicio de capital importancia: el criminal es un hombre que estaba en Hong Kong en 1911. ¿Ve algún error en la argumentación?

—Ninguno —admitió Rudge—. Todo eso es exacto. Debe serlo. Pero hay una cosa que no alcanzo a comprender, y es la historia de míster Holland, que manifestó haber visto al almirante *en su estudio*, con un montón de papeles *sobre* su escritorio, *después* de la medianoche. Teniendo en cuenta la opinión del médico, aquél debió ser precisamente el momento en que el asesino tuvo que estar buscando el legajo X...

—Y tal vez lo estuviera —contestó el superintendente con acento lúgubre.

—Si se refiere usted a Holland, señor —replicó Rudge, volviendo a su viejo problema—, ¿por qué nos salió con esa historia cuando nada probaba que no hubiera estado en su cama del Lord Marshall, dormido y a buen recaudo?

—No me refiero a Holland —atajó el superintendente—. Me refiero al hombre a quien Holland vio, a quien confundió con el almirante, y que en esta oportunidad lo estaba personificando por tercera vez.

—¿Por tercera vez?

—Sí. Una en el estudio, una en el Lord Marshall, ¡y otra en Hong Kong!

—¡Oh!

La exclamación de Rudge acusó una admiración tan sincera que el superintendente le perdonó sus tonterías con respecto a mistress Mount.

—Magnífica deducción, señor, si me permite decirlo.

—Puede usted apostar doble contra sencillo a que él es el criminal —añadió Hawkesworth con indulgencia, y su tono dio a entender que no paraba allí su magnífico trabajo deductivo.

—¡Pero espere un poco! —gritó Rudge excitadísimo—. Eso significa que mistress Holland participa en la intriga. Holland manifestó que también ella se hallaba en el estudio.

—¿Y acaso no pensó usted siempre que mistress Holland sabía mucho más de lo que declaraba?

—Lo que no pensé nunca fue que estuviera realmente complicada en el crimen —confesó Rudge.

Con aire de triunfo, el superintendente se levantó y abrió la puerta de un armario cerrado con llave, extrajo de él un envoltorio, y de éste un vestido de gasa blanca. Sus gruesas manos parecían absurdamente incompatibles con aquella tela sutil mientras la extendía sobre el respaldo de una silla ante los ojos del inspector. No le faltaba motivo para hacerlo, pues de ese modo no necesitaba señalar la mancha herrumbrosa que cubría una de las caderas.

—El vestido blanco desaparecido. Me procuré una orden para registrar su habitación del Lord Marshall, y lo encontré en el fondo de un cajón —explicó

lacónicamente.

—¡Ya sabía yo que ella sabía algo! —exclamó Rudge.

—¿Por qué puede una persona ocultar pruebas? —preguntó el mayor Twyfitt.

—Para nosotros es una suerte que lo hagan —contestó Hawkesworth, y volviéndose a Rudge añadió—: Tenga usted presente, inspector, que yo no creo que ella interviniera en el asunto desde un principio. Pero no hay duda de que se convirtió ulteriormente en cómplice, y eso nos señala otra pista. ¿La advierte?

—¡Oh, sí! —afirmó Rudge—. El hermano, Walter. Lo he tenido en el pensamiento todo el tiempo.

—¿Y por qué no lo dijo nunca? —interrogó el superintendente un poco decepcionado.

—Por falta de pruebas —contestó el inspector intencionadamente.

—Como quiera que sea, la cosa parece ahora bastante clara —intervino el jefe de policía—. En mi opinión no sería muy aventurado conjeturar que si alguien se estuvo haciendo pasar por el almirante, tanto en Hong Kong como aquí, tuvo que haber sido ese Walter Fitzgerald. Debieron tener una gran semejanza física. También de eso tenemos pruebas. Rudge. El mismo día del crimen dos testigos vieron en Whyemouth a un hombre a quien tomaron a distancia por el almirante, y sólo cuando estuvieron muy cerca comprobaron que se trataba de una persona más joven.

—¿Sí? Eso me sugiere otra idea. ¿Puedo pedir una comunicación con Londres?

—Naturalmente.

Rudge consultó su libreta y luego pidió comunicación con el Hotel Friedlander's sin pérdida de tiempo. Así lo hicieron, en menos de dos minutos. Rudge explicó a la administradora quién era y le dijo:

—Usted me informó de que mistress Arkwriyth sólo tenía un visitante asiduo, un hombre alto, de tez bronceada, ¿se acuerda? ¿Llevaba barba este hombre? ¿Sí? Gracias. —Y colgó.

Los otros dos lo miraron inquisitivamente.

—Esto aclara algo más. —Rudge apenas podía disimular su satisfacción—. El galán que se fue con mistress Mount y cuyo nombre el vicario no conoció nunca... ¡Era también Walter Fitzgerald!

—¡Ah! —suspiraron simultáneamente dos voces.

—Empieza a vislumbrarse la solución.

El superintendente se aclaró la garganta.

—Ahora bien, mi teoría acerca de lo ocurrido aquella noche es la siguiente: ese hombre, ese tal Walter Fitzgerald se presentó... ¿Sí? ¿Qué pasa? ¡Oh, entre!

Un fuerte golpe en la puerta lo había interrumpido en mitad de su discurso.

El agente Hempstead entró en la habitación con aspecto de estar muy complacido consigo mismo. Llevaba en la mano un trozo corto de soga de cáñamo atado a otro, igualmente corto.

—Espero no ser importuno, señor —dijo al mayor Twyfitt—, pero me pareció

que a usted le gustaría enterarse inmediatamente. Esta mañana registré con cuidado ambos márgenes del río, desde Rundel Croft hasta el mar, y no encontré nada más que esto.

—¡El extremo perdido de la amarra! —estalló Rudge—. ¿Dónde estaba? Perdón, señor —se excusó ante el jefe de policía, que se limitó a hacer un ademán de condescendencia con la cabeza.

—Enredado en unos arbustos, más o menos a mitad del trayecto, del lado de la Vicaría.

—¡Buen trabajo! —aprobó el mayor Twyfitt, tomando la sogá, y hasta el mismo Hawkesworth se dignó emitir un gruñido de beneplácito.

—¿Efectuó algunas averiguaciones en las casas vecinas? —interrogó Rudge.

—En todas, señor. Nadie vio ni oyó nada. Pero he descubierto algo más.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—¿Se acuerda de la serie de fotografías que me entregó, de las impresiones digitales halladas en los remos del bote del almirante? Pues bien; creo haberlas identificado.

Y Hempstead extendió un trozo de papel que el superintendente le arrancó de las manos antes que ninguno de los otros dos tuviera tiempo de acercarse. Extrajo a su vez de su bolsillo una nueva serie de fotografías y las confrontó durante un minuto. Después alzó los ojos.

—Son las mismas. ¿Quién es el hombre, Hempstead?

El agente irradiaba importancia.

—Neddy Ware, señor.

V

Cuando Rudge salió del destacamento de policía para ingerir un tardío almuerzo, tenía cantidad de cosas en que pensar. El caso se estaba ampliando excesivamente para su gusto. La mitad de la población de Lingham parecía estar complicada en el crimen, o haber contribuido a ocultarlo: el vicario, Elma Holland, y ahora Neddy Ware. Y no era esto lo único que había contra Neddy Ware. Los moldes de yeso que se habían tomado de las huellas de la orilla, mostraban algunas que habían sido definitivamente identificadas como pertenecientes al almirante, varias de su sobrina, y unas pocas producidas por unas suelas anchas y toscas, ribeteadas de clavos, que no podían pertenecer a nadie en Rundel Croft, con excepción, acaso, de algún jardinero. Pero también podían pertenecer a Neddy Ware. Las impresiones eran nítidas y el superintendente se disponía a comprobar por sí mismo, después del almuerzo, si eran o no de Neddy Ware, aunque nadie abrigaba dudas sobre el particular.

¡Bastante ladino había sido el viejo! El inspector se veía obligado a reconocer, por mucho que le mortificase, que Neddy Ware lo había engatusado completamente. Le

había suministrado informaciones exactas sobre todos los pormenores relativos al río y a las mareas, que él hubiera podido comprobar por medio de cualquier otra persona familiarizada con aquellas cosas. Hasta en los puntos que podían perjudicarlo se había mostrado veraz. Pero ¿qué decir, en cambio, de sus conjeturas, a las que Rudge, inconscientemente, había prestado igual crédito que al resto de su declaración?

Resultaba ahora difícil, aun consultando su libreta, desentrañar las conjeturas de los hechos reales. Pero Rudge tenía la impresión de que eran fundamentalmente dos las ideas en que Ware había tratado de inducirlo a engaño. Aquellas dos ideas habían gravitado desde entonces en su pensamiento como la base misma en que necesariamente tendría que apoyarse cualquier teoría sobre el crimen. La primera, que si el almirante había salido en su bote aquella noche, tuvo que hacerlo río abajo y no en la dirección contraria; la segunda, que debió tardar una hora en llegar a Whynmouth. ¿En qué habían quedado ahora aquellas dos ideas?

La primera no tenía ningún asidero. ¿Qué razón existía para que el almirante hubiera remado en aquella dirección? Para que el bote, flotando a la deriva, llegase al lugar en que fue hallado, a la hora en que fue hallado. Pero ¿qué seguridad quedaba ya sobre tales circunstancias de tiempo y de lugar? Todo el primer relato de Ware debía contemplarse ahora con la mayor desconfianza.

¿Y qué pensar del segundo punto? Desde Rundel Croft hasta Whynmouth, por agua, el trayecto tenía alrededor de cuatro kilómetros y medio. El almirante debió ponerse en camino entre las 10.15 y las 10.30, hora en que la marea estaba en pleno reflujó, aun tomando como punto de referencia los datos de Ware. ¿No podía un hombre apurado, remando a favor de la marea, impulsar un bote a una velocidad mayor que la de una marcha lenta a pie? Esto era absurdo. Por supuesto que podía hacerlo: al doble de velocidad.

Había que inferir, por tanto, que Neddy Ware había tenido la intención de engañar a la policía respecto a la hora en que el almirante pudo llegar a Whynmouth aquella noche (suponiendo, por el momento, que fuese verídico en el otro punto, y que el almirante hubiese navegado río abajo). Pero ¿por qué diablos habría querido hacer eso?

A esta altura de sus reflexiones, el inspector empujó automáticamente su plato de pastel de grosellas, todavía lleno, y dejó que se enfriara uno de los mejores esfuerzos culinarios de su patrona.

No alcanzaba a discernir sino dos motivos posibles: uno, que alguien tuviera una coartada para las 11.30, pero no así para las 11.00; el otro, sugerir a la policía que el hombre que se había presentado en el Lord Marshall inmediatamente después de las 11.00, era un impostor..., lo cual era exactamente lo que la policía pensaba. Pero entonces el hombre debió ser en realidad el almirante...

El problema se estaba complicando en exceso. Rudge tomó nota de él para dedicarle una investigación ulterior, y pasó a un nuevo tema.

Ofrecía también otra ventaja desplazar media hora los acontecimientos.

Inmediatamente después de las 12.00, el hermano, Walter Fitzgerald, había estado en el estudio del almirante. Esta media hora suplementaria le proporcionaba el tiempo suficiente para llegar hasta allí, comunicar las noticias a su hermana, y comenzar el registro en busca del legajo X, hacia la medianoche. De lo contrario, la tabla del tiempo hubiera sido, en opinión de Rudge, demasiado ajustada.

Bien, había ya unas cuantas respuestas para sus treinta y nueve artículos de duda. Los buscó en su libreta y los repasó uno a uno, para averiguar si la intervención de Neddy Ware aclaraba algunos de los enigmas.

Así lo comprobó inmediatamente.

26. *¿Por qué el almirante llevaba puesto un abrigo?*

El inspector recordaba bien la dificultad. Si había sido el almirante mismo quien sacó su bote aquella noche —una noche bastante calurosa, dicho sea de paso—, ¿por qué llevar abrigo, teniendo ante sí la perspectiva de un ejercicio tan violento como el remo?

Pero si no se proponía remar... Si, por ejemplo, hubiera sido Neddy Ware, no sólo quien guardó el bote, sino también quien lo sacó del cobertizo para llevar como pasajero al almirante.

La hipótesis prometía.

Conque esto fuese verdad, Neddy Ware debía saber, no sólo adonde había ido Penistone aquella noche, sino también quién era su asesino. Pero ¿cómo comprobarlo?

Porque era seguro que el viejo no daría su brazo a torcer, ni rectificaría su declaración en este punto.

Quedaba una sola posibilidad. De acuerdo con su propio testimonio, el vicario estaba a esa hora en su glorieta. Tal vez hubiera visto algo.

Ya antes había sospechado Rudge que el vicario tenía que haber visto algo desde aquella glorieta.

Habría que hacerlo hablar. Eso era todo.

Atacando por fin su pastel de grosellas, Rudge dejó limpio el plato en media docena de bocados dignos de Gargantúa, y, después de completarlos con un par de mordiscos de pan con queso, se dirigió a la calle y a su automóvil.

Míster Mount estaba en casa, y justamente acababa de almorzar. Recibió al inspector en su estudio.

Rudge entró directamente en materia.

—Lamento tener que importunarlo de nuevo, señor, pero nos hemos enterado de que el almirante Penistone salió de Rundel Croft en su bote hacia las diez y cuarto. A esa hora, usted estaba sentado en la glorieta que mira al río. ¿No lo vio partir?

La respuesta del vicario no se hizo esperar:

—Puesto que me lo pregunta directamente, inspector, le diré que lo vi.

—Gracias. ¿Serviría de algo que le preguntara por qué no nos informó de ello antes? Aunque en realidad no se lo pregunté hasta ahora, usted no podía ignorar que

era un dato de suma importancia.

—Desde luego. Voy a explicárselo. Temí que mi declaración los indujese a sospechar de un inocente.

—Entiendo. ¿De modo que usted sabe quién asesinó al almirante Penistone?

—No, no lo sé. Pero estoy perfectamente seguro de quién *no* lo asesinó.

—Bueno. Dejaremos esto así. ¿Qué dirección tomó el almirante: corriente abajo o corriente arriba?

—Corriente abajo.

—¿Era Neddy Ware quien remaba?

El vicario pareció estupefacto en el primer momento y afligido en el inmediato:

—Inspector, si sospecha usted que Neddy Ware...

—¿... es el asesino? No. No lo sospecho.

—¿Me da su palabra?

—Le doy mi palabra, míster Mount.

—Perfectamente. En tal caso, admitiré que Ware llevaba al almirante aquella noche, y que me sorprendió no poco verlos juntos. No tenía la menor idea de que se conocieran. De cualquier modo, ésa fue la razón de que no dijese nada de lo que vi. Nosotros, los párrocos, estamos obligados a confiar en nuestro propio criterio para juzgar caracteres humanos, y yo apostaría a que el viejo Ware es absolutamente incapaz de una cosa semejante. Le conozco desde que me instalé en Lingham. Pero temí, como le digo, que esa información mía lo pusiera a usted sobre una pista falsa, y resolví callar y emplear cuanto ascendiente pudiera tener sobre Ware para inducirlo a presentarse por su cuenta a la policía, e informarlos de cuanto supiese sobre los acontecimientos de aquella noche. Lamento confesar que fracasé en mi tentativa.

—¿Se negó a acudir a nosotros?

—Más que eso. Niega haber estado en el bote. Dice que estoy equivocado.

—Tenemos pruebas absolutamente seguras de que estuvo, señor: sus impresiones digitales en los remos.

—Sí. Yo estaba convencido de no haberme equivocado.

—Bien. Tendremos que vérnoslas con Ware.

—Dudo de que puedan sacarle mucho.

—Lo veremos. Mientras tanto, ¿está usted seguro de que no puede decirnos nada más acerca de aquella noche, sin incriminar necesariamente a alguien?

—Nada —contestó el vicario con firmeza.

VI

Rudge abandonó la Vicaría bastante satisfecho, y por más de una razón. Quedaba confirmada su hipótesis de que había sido Ware quien remaba aquella noche en el bote del almirante, y por fin había pruebas concretas de que lo había hecho corriente

abajo. Era curioso que el viejo hubiera insinuado tanto sobre el particular. Salvo aquella única insinuación relativa al tiempo requerido para el viaje, parecía que no hubiera tenido ninguna intención de engañarlo, y que hasta hubiera tratado de ponerlo sobre la buena pista. ¿Era posible que el conocimiento culpable de Neddy Ware pesase en su conciencia hasta el punto de hacerlo desear que el asesino fuera descubierto, aunque al mismo tiempo, y por escrúpulos dignos de un colegial, no quisiera ser él quien lo delatara?

Bien pensado, ésta era la única explicación lógica de su conducta. Pero de ser así, había que lamentarlo en cierto modo, porque Rudge conocía a Neddy Ware lo bastante para estar convencido de que, si el viejo había tomado la resolución de no denunciar al criminal, no habría poder humano capaz de conseguir que lo denunciara.

Aunque, de todos modos, valía la pena intentarlo.

Rudge acudió, pues, a toda prisa al mayor Twyfitt y solicitó su autorización para la entrevista, y después de enterarse incidentalmente de que la teoría sobre las huellas había sido confirmada, se encaminó en su automóvil a la casita de Ware.

El viejo estaba tomando sol en el jardín y pareció muy complacido al ver a su visitante.

—¡Hola, míster Rudge! ¿Sigue usted intrigado con el problema de las mareas?

Rudge se sentó sobre el mismo banco.

—No, Ware. Esta vez no se trata de las mareas, sino de algo más serio. Quiero que usted me diga lo que estaba haciendo en compañía del almirante la noche del martes pasado... es decir, la noche del crimen.

El viejo parecía la imagen del más inocente asombro.

—¿Yo? Yo no estaba con el almirante, ¿quién le ha metido esa idea en la cabeza, míster Rudge? Ni siquiera lo vi jamás en esta comarca. ¿No le dije a la mañana siguiente que no lo había reconocido?

—Así es, y temo no poder creerle, sabiendo que estaba usted en Hong Kong cuando estalló aquel escándalo sobre Penistone, del que debió estar perfectamente enterado, aunque nunca dejó escapar una palabra sobre el asunto. Ahora escúcheme bien, Ware, y tenga en cuenta que no le estoy amenazando. No me gustaría hacerlo, pero al mismo tiempo estoy dispuesto a decirle que tenemos pruebas de que fue usted a ver al almirante Penistone en Rundel Croft, el martes pasado por la noche, y que lo llevó río abajo en su bote, a las diez y cuarto. Y, lo que es más, voy a decirle en qué consisten esas pruebas: los vieron partir, quedaron impresiones digitales suyas en los remos, y huellas de sus pies en la orilla. De modo que, como usted verá, de nada valdría negarlo. Ahora bien, no necesito decirle que esto lo pone en una posición bastante incómoda. Observe que yo no creo que tenga usted nada que ver con el crimen, pero otros podrían creerlo.

—Me alegro de que *usted* no crea que tengo algo que ver con el crimen, míster Rudge —dijo Ware secamente.

—Pero otros podrían creerlo —repitió Rudge—. Y lo creerán, a menos que nos

cuenta usted todo lo que sabe acerca de esa noche. Vamos, vamos, Ware...

Neddy Ware dio una o dos chupadas a su pipa antes de hablar.

—Usted está completamente seguro de que *fue* un asesinato, ¿no es así, míster Rudge?

—No supondrá que se trata de un suicidio, ¿no es cierto? Y no alcanzo a concebir cómo hubiera podido clavarse aquel puñal en el pecho del almirante por accidente. Accidente, suicidio o asesinato, una de estas fres cosas tiene que ser.

—¡Oh, no! No necesariamente... —replicó Ware—. De ninguna manera.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Afirma qué la muerte del almirante no se debió a suicidio, accidente ni asesinato?

—¿Yo? Yo no afirmo nada. Es cosa suya descubrir cómo murió. Lo único que digo es que no todas las muertes se deben a una de esas tres cosas. ¿Qué diría usted de los que mueren en la horca, por ejemplo? ¿Qué sería eso, míster Rudge: accidente, suicidio o asesinato?

—Bueno, dejemos eso —indicó Rudge impaciente—. Lo que quiero saber es lo que hizo usted el martes pasado por la noche, y adonde condujo al almirante. Y no necesito repetir que le conviene contármelo.

Ware hizo una nueva pausa antes de contestar, y esta vez tan larga que el inspector empezó a creer que no iba a contestarle nunca. Pero sabía por experiencia que en momentos tan críticos como éste, la paciencia silenciosa resulta la mejor táctica.

Al cabo, el viejo se sacó la pipa de la boca.

—Hablemos primero un poco de esa mujer. ¿Qué hay de verdad en lo que se cuenta? Por ahí andan diciendo que era la esposa de míster Mount, mientras otros aseguran que era la doncella franchute que tenía la sobrina del almirante.

—Las dos cosas —explicó el inspector lacónicamente, fastidiado por esta digresión pero creyendo preferible no contrariar al viejo.

Como se recordará, Rudge era también aficionado a la pesca.

—¿Ah, sí? ¡Qué curioso! ¿Y se mató, dicen?

Ware se volvió de pronto, y miró al inspector cara a cara:

—¿Es eso verdad, míster Rudge? ¿De qué se trata esta vez: accidente, suicidio o asesinato?

—El superintendente y el mayor Twyfitt están de acuerdo en que fue un suicidio —dijo Rudge, sin añadir que él no lo estaba.

—¡Ah! —exclamó Ware y volvió a su pipa.

Una vez más se recordó el inspector que la paciencia es una virtud.

Y en este punto, Neddy Ware hizo algo que lo sorprendió vivamente: volvió por propia voluntad al tema de sus evoluciones en la noche del crimen.

—¿De modo que desea usted saber lo que yo hice, míster Rudge? Bueno, puesto que sabe ya tanto, quizá sea mejor que se lo diga. Se lo hubiera dicho antes, pero me pareció preferible no hacerlo para que no se le metiesen en la cabeza ideas sobre mi

persona, y por la misma causa declaró la otra mañana no reconocer al almirante. Pero la verdad es que *fui* a su casa como usted ha dicho. Aquella tarde, al verme pescando cerca de sus tierras, me había ofrecido cinco chelines por conducirlo en bote hasta Whynmouth después de cenar; porque, como es lógico, no quería hacer muchos esfuerzos en seguida de comer copiosamente.

—¿Y adónde lo condujo? —inquirió Rudge anhelante.

—Pues adonde él quería ir... A Whynmouth. Lo dejé en la escalinata, y me preguntó el camino más corto para llegar al Lord Marshall. Ésa fue la última vez que lo vi.

—¿No lo esperó? —preguntó el inspector, decepcionado.

—No. Me dijo que tardaría, y que probablemente regresaría en coche.

—¿Y usted dejó allí el bote y regresó a pie?

—No. Volví a traerlo y lo dejé guardado en el cobertizo.

—¿Qué lado del bote entró primero?

—No sabría decirle. Probablemente la proa. Es más fácil. ¿Por qué, míster Rudge?

—¡Oh, por nada! ¿Hizo algo más?

—Le pasé un poco el estropajo antes de retirarme, eso fue todo.

—¿A qué hora llegaron a Whynmouth?

—No lo sé con exactitud. Supongo que alrededor de las once.

—¿Y cuánto tiempo tardó después, remando contra la corriente, en volver a recorrer ese trayecto de casi seis kilómetros?

—No mucho menos de dos horas. Llegué aproximadamente a la una, según el tiempo de ustedes.

—¿Y en seguida se marchó a su casa?

—Así es, míster Rudge. Y no sé más. De todos modos, me alegro de que usted no sospeche que yo asesinara al almirante, piensen lo que piensen los otros.

Rudge insistió todavía unos minutos, pero sin éxito. Ya de regreso en su automóvil, no se sentía demasiado satisfecho de sus resultados. ¿Hasta qué punto podía confiarse en Neddy Ware? Si se aceptaba su historia, parecía probado que el visitante del Lord Marshall había sido en realidad el almirante Penistone, cosa que no era imposible. Pero el resto del relato no sonaba tan verídico. ¿Podía aceptarse, por ejemplo, que el almirante hubiera cargado a Ware con aquel esfuerzo de remar durante dos horas contra la corriente, sólo para evitarse cuarenta minutos de marcha río abajo, y a favor de la marea? Era posible, por supuesto, pero el inspector tenía la extraña intuición de que era aquí donde el relato de Ware se apartaba de los carriles de la verdad. Estaba absolutamente convencido de que el viejo no había declarado todo lo que sabía. ¿Por qué, por ejemplo, después de acostarse tan tarde, estaba levantado y pescando a una hora tan temprana de la mañana siguiente? Parecía como si hubiera sabido lo que iba a descubrir.

Sin embargo, por lo menos por el momento, nada más podía hacerse, y Rudge

pensó que algo había adelantado, puesto que ahora sabía con certeza que el almirante había ido a Whynmouth aquella noche. Pero ¿a ver a quién?

¿A quién..., sino a su asesino?

Walter Fitzgerald había estado en Whynmouth. Si el inspector tenía un poco de suerte, se habría alojado allí, y por consiguiente podría rastrearse su pista.

Todos los signos parecían apuntar en esa dirección. Y fue por lo tanto hacia Whynmouth hacia donde enderezó el inspector su ajetreado cochecito de dos asientos.

VII

Sin embargo, mientras viajaba su pensamiento estaba ocupado con reflexiones totalmente ajenas a su objeto inmediato. Cuanto más pensaba en ello, menos dispuesto se sentía a admitir que la muerte de mistress Mount se debiera a un suicidio, según la cómoda opinión del superintendente y del mayor Twyfitt. Las ciruelas recién comidas no eran sino uno en una docena de indicios más, insignificantes en sí, pero formidables en su conjunto. Evidentemente, mistress Mount había estado complicada de algún modo en el asesinato del almirante, o en el peor de los casos debía conocer algo acerca de él... Quizá demasiado, fantaseaba Rudge, para la tranquilidad del criminal. Y aquel suicidio le convenía a éste demasiado para ser verdadero. Sobre todo en el momento en que se produjo: inmediatamente antes de la conferencia convocada por ella misma, y en la cual se proponía descargar de sus hombros una parte del conocimiento que la agobiaba.

¿Era verosímil que al citar a su esposo, a los Holland y a sir Wilfrid Denny, mistress Mount hubiera tenido la intención de confrontarlos con su propio cadáver? Hubiera sido una broma bastante siniestra, y mistress Mount no parecía haber sido una dama de humor macabro.

No. La verdad es que constituía una suerte excesiva para Walter Fitzgerald el que ella hubiese muerto en la oportunidad en que murió.

¿Pero cómo se las habría arreglado él para conseguirlo? En este punto, el inspector se veía forzado a admitir su absoluta ignorancia.

No bien efectuadas las llamadas telefónicas necesarias, Hawkesworth y él habían registrado la casa, del desván a la bodega, sin encontrar nada. Estaba, además, seguro de que nadie se había escapado mientras él montaba guardia en las proximidades del estudio. La puerta principal y la cocina habían estado constantemente bajo su vigilancia, sin hablar del sendero. Si Walter Fitzgerald era el autor del hecho, había procedido con una astucia consumada.

A lo largo de todo el camino hasta Whynmouth, el inspector se rompió los sesos contra este muro de piedra.

Y no tuvo mejor fortuna en su otra misión. Aunque perdió toda la tarde visitando

personalmente cada hotel, cada posada y cada casa de pensión del pueblo, no pudo hallar rastros de su barbudo. Al parecer, el hombre no se había alojado en Whynmouth.

¡Paciencia! No importaba mayormente. El almirante debió haber dispuesto encontrarse con él en Whynmouth, pero no era forzoso que el joven se hubiese alojado allí.

No costaba entender por qué no se había concertado la cita en Rundel Croft: sin duda el viejo no quería ver a su sobrino en su casa.

Rudge empezó a lamentar su falta de información sobre el tal Walter. El sujeto se le escabullía desde cualquier ángulo que lo atacase. De nada serviría dirigirse a la única persona que hubiera podido suministrar datos realmente importantes: mistress Holland. Por otra parte, en su papel actual de encubridora ella misma había vuelto a hacerse sospechosa. La última esperanza era sir Wilfrid Denny.

Rudge dejó estacionado su coche en Whynmouth y se hizo transportar en *ferry* hasta el West End, al otro lado del río.

Sir Wilfrid estaba en su jardín, regando sus rosales con jugo de tabaco para protegerlos contra la mosca verde. A Rudge, también amante de las rosas, le interesó observar que el rosal era la única parte de la finca que no ofrecía aspecto de abandono.

Sir Wilfrid lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenas tarde, inspector, casi lo estaba esperando. Mire, ¿ha visto usted nunca algo más exquisito?

Y con los dedos inclinó hacia el inspector un capullo entreabierto de la especialidad «Emma Wright».

—¡Preciosa, señor! —convino el aludido de buena gana.

—Pero pierde el color casi en seguida después de abrirse —se lamentó sir Wilfrid—. Es lo malo de estas rosas modernas (yo por lo menos la clasifico entre las modernas): no conservan el color. A mí que me den las antiguas. Ninguna variedad actual se aproxima a ésta, entre las rosadas.

—La «Madam Abel» ha sido siempre una de mis favoritas —admitió Rudge.

Sir Wilfrid le dedicó una sonrisa radiante.

—¿También usted es un devoto de las rosas, inspector? ¡Magnífico! Lo llevaré a dar una vuelta. Ésta es mi última adquisición: «Mrs. G. A. Van Rossem». ¿La conoce? No puedo decir que me satisfaga del todo. Es la mezcla habitual de matices que parece agrandar tanto hoy en día. Por mi parte, prefiero mis rosas de un solo tono. Ésta es una «Mabel Morse»... ¿Cómo, no está usted de acuerdo?

—Sí, señor. Enteramente. Creo que tiene usted muchísima razón. Pero, para hablarle con franqueza, vine a verlo por algo muy distinto...

—¡Ah, sí! —dijo sir Wilfrid descendiendo a la tierra—. ¡Pobre almirante Penistone! Ya recuerdo: dijo usted que tenía algo que preguntarme, ¿no?

—Se trata del sobrino, Walter Fitzgerald. ¿Podría usted darme alguna información

sobre él?

—¿Walter Fitzgerald? —Sir Wilfrid parecía perplejo—. No, en realidad no me parece que pueda. La verdad es, inspector, que nunca conocí íntimamente al almirante. Estábamos relacionados desde hace mucho tiempo, pero nunca llegamos a intimar. Me imagino —añadió una ligera sonrisa— que pocas personas hubieran podido hacerlo con el almirante Penistone.

—Vivía usted en Hong Kong cuando él estaba destacado allí, ¿no es cierto?

Sir Wilfrid asintió gravemente:

—Sí, así es. Y cuando se produjo cierto incidente... Pero ya estará usted enterado de eso.

—Sí. Algo hemos oído decir... ¿El mismo almirante le mencionó alguna vez ese episodio?

—Sí, muy a menudo —contestó Denny secamente.

—¡Claro!, tengo entendido que constituía una verdadera obsesión... ¿Cree usted, como él, que hubo en el asunto mucho más de lo que trascendió nunca?

—¡Ojalá pudiera! —contestó sir Wilfrid un poco apenado—. Pero los hechos eran demasiado evidentes, y me consta que las autoridades realizaron una concienzuda investigación. Siempre pensé que esa idea del almirante Penistone se debía a una especie de obstinado orgullo. Era el único desliz en una vida cabalmente honorable, y se negaba a afrontarlo.

—¿Entonces a su juicio no existe ni la menor posibilidad de que alguien se hiciera pasar por el almirante en aquella ocasión?

—Ninguna. Para cualquiera que conozca medianamente como yo las condiciones del servicio, esa hipótesis no pasa de ser un cuento de hadas. ¡Si hasta estaban presentes algunos hombres de su tripulación! ¿Cómo hubieran podido ellos equivocarse? No. Lamento decirlo, inspector, pero el capitán Penistone no pudo culpar de ello a nadie más que a sí mismo. Ésa fue por lo demás, la opinión general en el lugar del hecho. De todos modos, esto es historia antigua. No puede tener nada que ver con la muerte.

—No, claro que no —convino Rudge con discreción—. ¿Así que no puede usted proporcionarme ningún dato sobre el sobrino, que es en realidad el objeto de mi visita? ¿Sabía usted que él estaba también en Hong Kong más o menos por la misma época?

—¡Caramba!, ahora lo comprendo... Sí. Cenó con nosotros una vez. Era un mozo alto y bien parecido, de aspecto simpático. Oí decir que después se dio a la mala vida. Es lástima.

—¿Llevaba barba, señor?

—¿Barba? —coreó sir Wilfrid intrigado—. No lo creo, aunque la verdad es que no puedo acordarme. ¿Por qué?

—¡Oh, por nada importante! ¿Así que no volvió a verlo nunca?

—No. Si no me falla la memoria, sólo lo vi una vez. Pero no podría jurarlo.

¡Solíamos recibir a tanta gente en aquellos tiempos! —el tono de sir Wilfrid era casi irritado—. Acaso volviese, pero no lo recuerdo.

—Entiendo, señor. Gracias. Pasemos ahora a otro punto. ¿Por casualidad estaba usted aquí, en el jardín, el martes pasado por la noche?

—¿El día de la muerte del almirante? Sí, es casi seguro. Aunque tampoco podría jurar esto. Pero salvo que llueva, siempre doy un paseo en medio de mis rosas después de comer. Si no me equivoco, no llovía aquella noche, por lo que presumo que también en aquella oportunidad lo hice. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque tenemos noticias de que el almirante bajó de su bote en el desembarcadero de Whynmouth, hacia las once de aquella noche, y como quedaba casi enfrente de este jardín... me preguntaba si, por feliz casualidad, no lo habría usted visto y pudiera confirmarlo.

—No —contestó sir Wilfrid con decisión—. Temo no haber estado fuera hasta tan tarde. Y, según me parece, tenía un par de amigos en la casa. Es curioso lo difícil que resulta decir con seguridad lo que uno estaba haciendo a una hora determinada, tan sólo una semana antes. Pero ¿qué es eso de que el almirante fue visto en Whynmouth aquella noche? Yo me imaginaba que lo habían asesinado río arriba, en algún punto de la orilla.

Con leve aire de superioridad, el inspector le explicó entonces los caprichos del río Whyn, y reforzó sus asertos acompañando a sir Wilfrid por su descuidado parque hasta la orilla del agua, e ilustrando su lección sobre el terreno. Denny, que era un hombrecillo de natural dócil, parecía un escolar decidido a tener en cuenta la enseñanza para la próxima ocasión.

Luego de salir ostensiblemente por la puerta principal, bajo la mirada del dueño de la casa, el inspector Rudge dio media vuelta y se encaminó a la puerta trasera.

Allí, después de un hábil y discreto interrogatorio, se informó de que sir Wilfrid no había abandonado la casa en toda la noche del martes, pero que había recibido en cambio a dos amigos que fueron a visitarlo. Por lo menos el contenido del botellón había bajado de nivel, y a la mañana siguiente había tres vasos para lavar, amén de las colillas que llenaban los ceniceros, y que eran más de lo que hubiera podido fumar un hombre solo.

No cabía, pues, pensar otra cosa, ¿verdad?

Rudge convino en que así era.

Como ya se ha consignado, el inspector no dejaba nada al azar.

VIII

Antes de volver a su alojamiento, el inspector Rudge pasó por el destacamento policial de Whynmouth, donde lo enteraron de que el sargento Appleton había llamado desde Londres para dar su parte.

No había tenido ninguna dificultad en obtener datos sobre Holland. Al parecer, era hombre perfectamente conocido dentro de su ramo. Varios personajes importantes habían hablado a Appleton de él en los términos más elogiosos, por no decir en los más floridos. Por lo visto no sólo se le conocía en todo el Oriente, sino también en Londres, como el verdadero arquetipo de comerciante inglés: dinámico, honesto a carta cabal y digno de la mayor confianza. La clase de hombre, en suma, cuya palabra no era necesario procurarse por escrito, porque cumplía lo que prometía, y lo cumplía siempre mejor que cualquier otro. El sargento estaba impresionado y así lo había dicho.

Tampoco la boda ofrecía asidero para ninguna duda. Se había efectuado en una oficina del Registro Civil del West End, y Appleton había inspeccionado el libro de actas y conversado con el jefe, quien había descrito a la pareja con toda precisión. Se había fijado particularmente en ellos porque ambos eran muy distintos del tipo ordinario.

«Hum... —comentó Rudge para su colete—. Y sin embargo, el superintendente lo tiene por un encubridor. Por lo menos, eso es lo que piensa de su esposa, lo cual viene a significar casi lo mismo. Aquí hay un misterio.»

Y fue en busca de su cena.

Como de costumbre, se dedicó a rumiar sus pensamientos en el transcurso de su comida solitaria. En general, no estaba descontento con su día de trabajo. No era verdad que no hubiese conseguido nada de sir Wilfrid Denny. Repasando mentalmente la conversación, Rudge tuvo el presentimiento de haber dado con un hecho de vital importancia, que podía conducir a notables resultados... Tan notables por cierto, que cuando empezó a medir sus proyecciones temió que su imaginación, excitada por los acontecimientos de la semana anterior, se le estuviera desbocando irremisiblemente. Y sin embargo...

Pero era inútil hacer conjeturas. Debía reservar aquella línea de investigación hasta contar con pruebas en su apoyo. Mientras tanto, volvería sus pensamientos a la muerte de mistress Mount.

Existía un factor decididamente adverso a la idea de asesinato, y el superintendente Hawkesworth, como era lógico, le había sacado todo el partido posible. Según el médico, si la dama hubiera sido apuñalada por otra persona, su asesino no hubiera podido escapar sin salpicaduras de sangre, y bien abundantes, por cierto. La ropa que llevaba mistress Mount era muy liviana, y no había podido oponer sino una débil resistencia al torrente de sangre que debió manar de una herida en aquel lugar, como lo demostraba con toda claridad el estado de la alfombra. Pero no se había visto a nadie con manchas semejantes, por lo que Hawkesworth, con una lógica llena de soberbia, argumentaba que nadie debió haberlas recibido.

A pesar de todo, Rudge, firme en su tesis de que aquello había sido un asesinato, creía vislumbrar ahora un medio de refutar esta objeción, aclarando, incidentalmente, otras circunstancias misteriosas del drama. Mistress Mount debió haber sido

apuñalada desde atrás, y no de frente, lo que significaba que su asesino tuvo que ser un hombre, hecho del que Rudge estaba ya convencido.

Ahora bien, si su teoría era exacta y mistress Mount había sido en verdad asesinada, el culpable era también el asesino del almirante Penistone, y le había dado muerte para taponarle la boca, que ella se disponía a abrir en perjuicio suyo.

El arma en sí, por regla general fuente valiosa de investigaciones, no revelaba nada en este caso. Mount había identificado inmediatamente el cuchillo extraído del pecho de su esposa: un cortapapeles de acero, de punta aguda, que estaba habitualmente sobre el escritorio de su estudio. Lo único que de esto podía inferirse era que el crimen no había sido premeditado. Acaso en la entrevista que se iba a realizar hubieran tenido que trascender determinadas circunstancias que el asesino necesitaba mantener ocultas, y que le exigieron un nuevo crimen. Pero esta argumentación no era tan sólida como para confiar enteramente en ella.

En cuanto a la objeción principal opuesta por el superintendente a la teoría del asesinato, a saber, que era imposible, ya que ningún asesino pudo escaparse de la casa, y sin embargo no se había encontrado en la casa a ningún asesino, Rudge no le atribuía demasiada importancia. Tenía ya esbozado un razonamiento que daba cuenta de ella. Por su parte, no creía en absoluto que el asesino se hubiera escapado.

Terminada su comida se levantó de la mesa y se puso a caminar por la habitación de un lado a otro. Se sentía desasosegado. Urgía hacer algo, pero no sabía bien qué. Por último salió en busca de su automóvil y se dirigió a Rundel Croft. Quería fumar tranquilamente una pipa en el cobertizo de los botes, contemplando el río, para ver si se le aclaraban las ideas.

Así ocurrió, en efecto, aunque apenas necesitó la pipa.

Apenas llegado al cobertizo, arrojó una mirada automáticamente profesional sobre el bote del almirante, y algo atrajo de inmediato su atención. Apretada entre dos tablas de la proa, había una cosa de vivo color rojo. Se inclinó: era una cabeza de valeriana, ajada y mustia, pero no marchita.

—Hum... —murmuró Rudge.

Esto era en extremo interesante. Recordaba dónde había visto últimamente valeriana: había sido aquella misma tarde, en el jardín de sir Wilfrid Denny y, que el inspector supiese, no la había en ninguna otra parte de la ribera. Pero lo más significativo era que aquella florecilla no estaba allí cuando fue examinado el bote en la mañana siguiente al crimen, como su relativa frescura lo demostraba con toda claridad, sin contar con que el sargento Appleton no le hubiera pasado por alto. Cabían sólo dos inferencias: o que alguien hubiera salido en el bote ese mismo día y la flor se hubiera enredado accidentalmente entre las tablas, o que la hubieran puesto allí con alguna intención.

Rudge consideró un momento la alternativa, y luego levantó la flor. El tallo se desprendió en línea recta de la angosta grieta en que estaba aprisionado. No era posible que hubiese quedado de esa forma por pura casualidad, al rozar el bote la

mata de la orilla. La segunda deducción era la correcta: alguien estaba tratando de arrojar sospechas sobre sir Wilfrid Denny.

El inspector Rudge entró en acción. Sabía perfectamente quién había puesto aquella cabeza de valeriana en el bote.

Se encaminó a la casa. El agente Hempstead estaba allí, dedicado, como de costumbre, a sus efusiones familiares. Rudge hizo una pregunta general al auditorio congregado en la cocina, y fue el sargento quien estuvo en condiciones de contestarle.

—¿Ha estado hoy por aquí ese periodista de la *Evening Gazette*? —le preguntó al portero.

—Sí, señor. Lo vi desde el otro lado del río esta mañana. Andaba por el cobertizo de los botes.

Rudge subió a su coche, condujo a toda la velocidad a que se atrevió hasta el domicilio del magistrado más próximo, y obtuvo de él una orden de allanamiento. Luego se dirigió al Lord Marshall.

—¿Está el periodista de la *Evening Gazette*? —le preguntó al portero.

—¿Míster Graham? No, inspector. Salió después de cenar.

—¿Cuál es el número de su habitación?

—El diecisiete.

—Gracias. No. No suba conmigo. Y no diga nada de esto a nadie.

El portero asintió con aire de gran importancia.

Rudge estuvo muy ocupado por espacio de una media hora, sin que nadie lo molestase. Pero cuando salió, sólo llevaba en el bolsillo un pedazo de papel, en el que había escrito laboriosamente unas pocas frases, en una máquina portátil que halló sobre una mesa, junto a la ventana.

Después de deslizarse furtivamente a la calle, miró a su alrededor. Un hombre estaba de guardia al otro lado de la carretera. Rudge le hizo una seña con la cabeza y el otro lo siguió hasta una esquina.

—Los dos están dentro —informó en voz baja cuando llegó a su lado.

—Comieron aquí y después no han salido.

A partir del descubrimiento del vestido manchado de sangre, el superintendente Hawkesworth había sometido a los Holland a una rigurosa vigilancia.

—No se preocupe por ellos. Quiero que vigile a alguien más —ordenó Rudge—. Me refiero a ese periodista de la *Evening Gazette* ¿Lo conoce?

—¿El del pelo cortado a rape y los anteojos?

—El mismo. Se hace llamar Graham.

—¿No es ése, pues, su verdadero nombre, míster Rudge?

—No —contestó el inspector—. Su verdadero nombre es Walter Fitzgerald.

IX

—Debió usted telefonarme anoche mismo, Rudge —lo amonestó el mayor Twyfitt severamente—. O por lo menos debió ponerse en comunicación con Hawkesworth. El su jeto hubiera podido fugarse.

—Tenía apostado a un hombre en la parte posterior del Lord Marshall, así como otro al frente —se excusó Rudge.

El superintendente no decía nada, pero sus ojos vagaban inquietos de un lado a otro.

—¿Desde cuándo sabe usted que ese tal Graham es en realidad Fitzgerald?

—No lo supe concretamente hasta identificar la muestra de escritura que obtuve en su habitación como proveniente de la misma máquina en que fue escrito el consentimiento del almirante para la boda de su sobrina. Aunque claro está que ya lo sospechaba de antes —explicó Rudge con una mirada de reojo al superintendente—. Desde que supe que Hepstead había encontrado aquellos recortes de barba en la cañería de un lavabo de Rundel Croft. Inmediatamente recordé que la cara de ese periodista tenía un color mucho más claro alrededor de la barbilla que en la frente. Ese detalle me había llamado la atención desde el principio, tanto que se me ocurrió que se había aplicado un aceite bronceador.

—¿Y dice usted que telefoneó anoche a la *Gazette*?

—Sí, señor, y comprobé que el hombre está trabajando en realidad para ellos, y que usaba barba la última vez que lo vieron. El jefe de redacción me dijo que no es él quien se ocupa habitualmente de la sección policial, pero como el otro estaba enfermo, cuando Fitzgerald los llamó a la mañana siguiente del crimen para decirles que estaba en el lugar del hecho y preguntarles si podía encargarse del asunto, le contestaron afirmativamente. Con todo, sospecho que no debió ser uno de los redactores regulares del periódico, sino una especie de colaborador ocasional, con cuyo trabajo estaban satisfechos, y que firmaba con el nombre de Graham.

—Sí. Y eso le proporcionaba un pretexto para estar cerca y mantenerse al tanto de los acontecimientos. Desde su punto de vista, debió resultarle muy útil. ¿No sabe que sospecha usted de él? ¿Está seguro?

—No tengo ningún motivo para creer que lo sepa, señor.

—Bien, esperemos que así sea —terció el superintendente con mucho énfasis—. Porque si lo ha advertido y se nos escapa... la culpa será suya, Rudge.

—Yo no creí que existieran pruebas suficientes para un arresto, señor. Por lo menos entonces.

—¿Y ahora lo cree?

—Eso, a usted y al mayor les corresponde decidirlo —replicó Rudge intencionadamente—. Pero puedo asegurarles que no he perdido el tiempo.

Y era la pura verdad, el pobre inspector no se había acostado en toda la noche.

—¡En tal caso díganos lo que ha hecho, hombre! —ordenó el superintendente con impaciencia.

Rudge se aclaró la garganta.

—Quizá sea mejor que repase todo el asunto, y empiece por decirles cómo lo veía yo antes de la noche de ayer. No voy a referirme a los hechos, que todos conocemos, sino a las ideas que ellos me sugerían. —El silencio de los otros dos lo animó a proseguir—. En primer lugar estaba el problema de por qué el cadáver del almirante fue encontrado en un bote. Mucho más fácil, disponiendo del bote, hubiera sido llevarlo al mar y arrojarlo al agua, con algún peso suplementario. El único motivo que se me ocurrió fue que se hubiera querido crear una impresión falsa, sugiriendo que el cadáver había flotado corriente abajo, en vez de hacerlo en la dirección opuesta. O, para decirlo en otros términos, que el crimen había sido perpetrado un poco más arriba de Lingham. Esto me hizo suponer que en realidad debió cometerse en Whyemouth, o por lo menos entre este punto y Lingham, por lo que concentré mis investigaciones en esta zona.

—Aun así —observó el mayor Twyfitt—, parece muy pobre razón para no haber arrojado el cadáver al mar, ocultando completamente el cuerpo del delito.

—También a mí me lo pareció, señor —contestó Rudge con un ligero aire de condescendencia—. Estaba seguro de que debía haber existido alguna otra razón y ahora creo saber cuál es. El viejo Ware me puso sobre la pista. Tengo la plena convicción de que sabe más de lo que ha dejado traslucir, y la semiconvicción de que sabe quién mató al almirante. Pero lo cierto es que me hizo una insinuación: me preguntó cómo podía yo saber que se trataba de un asesinato.

—¿Qué? —gritó el superintendente.

—¡Que no ha habido tal asesinato! —exclamó el mayor.

—Yo no digo eso —protestó Rudge vivamente—. Lo que digo es que el viejo Ware no cree que lo hubiera... Que sea verdad o no, todavía no podemos saberlo. Pero juraría que eso es lo que piensa Ware.

—¿Cuáles son sus pruebas? —bramó Hawkesworth.

—No las tengo, señor. Es una impresión y nada más. Pero conozco bastante a Neddy Ware, y aunque tal vez no sea muy escrupuloso en lo de pescar en vedado y cosas por el estilo, apostaría todo lo que tengo a que no es hombre capaz de encubrir un asesinato. De lo cual deduzco que, fuese lo que fuese lo que los otros quisieran hacer, él no hubiera consentido que arrojasen el cadáver al agua, ni cualquier otra maniobra dudosa. Me imagino que lo del bote fue idea suya.

—Usted se imagina esto y aquello —rezongó el superintendente—, pero vamos un poco a las pruebas.

—No las hay —respondió Rudge sin dejarse apabullar—. Y por otra parte, lo único que estoy haciendo es aventurar una idea mía. Pero sugiero, señor, que acaso tenga algo de verdad. Y si lo tiene... el caso queda considerablemente modificado.

—Es una posibilidad —admitió el mayor Twyfitt.

El superintendente, viendo que su crimen se le escapaba de las manos, no dijo nada, pero su malhumor era visible.

—A pesar de todo, debemos proceder como si no pudiera tratarse más que de un

asesinato —comentó el jefe de policía.

—Sí, señor, naturalmente. Prosigo, pues, con mi reconstrucción de los hechos. Habíamos dejado al almirante camino de Whynmouth, en su bote impulsado por Neddy Ware; y a ese periodista, el sobrino, remando tras él, aproximadamente una hora más tarde, en el bote de la Vicaría, con mistress Mount de pasajera.

—¿Cómo? —exclamó estupefacto el jefe de policía, que no recordaba haber oído nada semejante—. ¿Qué está diciendo?

—Lo que me parece a todas luces evidente, señor. Quiero decir —explicó Rudge, con una mirada maligna al superintendente— que hay pruebas de ello. Sabemos que mistress Mount llegó a la Vicaría hacia las once; sabemos que el bote de la Vicaría fue sacado aquella noche; estamos casi seguros de que Fitzgerald tuvo algo que ver en el asunto, y nos consta, también, que era el amante de mistress Mount. ¿Cuál es la consecuencia? Pues que Walter, sabiendo que ella iba a ver esa noche al vicario para hablar del divorcio, le sale al encuentro en el jardín, la conduce a la glorieta para decirle dos palabras, resuelve que lo más conveniente será seguir al almirante hasta Whynmouth (es más que posible que ambos hombres hubieran concertado una cita previamente), se lleva consigo el sombrero del clérigo para encasquetárselo en caso de que alguien lo vea en el bote (nada mejor que un sombrero para establecer la identidad de una persona); se lleva también, para cortar la amarra, el cuchillo noruego que los muchachos han dejado olvidado por ahí... No —rectificó Rudge, pensativo—, fue ella quien debió correr a buscarlo, cuando ambos comprobaron que no podían desatar el nudo.

—¿Cómo diablos sabe usted todo eso?

—No es que lo sepa, señor. Pero si así hubiera ocurrido, se explicarían muchas cosas. Siempre me intrigó que el vicario regara con tanto afán su jardín, bajo un sol de fuego, al día siguiente del crimen. Después de todo, míster Mount no puede ser tan mal jardinero. Pero supongamos que su esposa hubiera dejado algunas huellas en los arriates al correr en busca del cuchillo. Un potente chorro de agua podría borrarlas mucho más discretamente que una pala o que un rastrillo, mientras el jardín permanecía bajo la observación de nuestros hombres, apostados en el cobertizo del almirante. Lo cierto es que hasta administró una pequeña ducha al interior de la glorieta. ¿No habrían quedado allí polvos, como suele haberlos en los lugares donde ha habido señoras?

—Es una posibilidad —convino, interesado el jefe de policía—. Más que una posibilidad.

El superintendente guardó silencio.

—Bueno, como iba diciendo, dejamos a Fitzgerald en pos del almirante. Supongo que debió tardar entre media hora y cuarenta minutos en llegar a Whynmouth. Aquí hay una laguna de otros quince o veinte, durante la cual es asesinado el almirante y se toman las medidas relativas a los dos botes. El cadáver es arrojado en el de la Vicaría, atan juntas las dos amarras, y alguien conduce los botes río arriba. ¿Quién? No

Fitzgerald, pues no hubiera tenido tiempo. Nos consta su presencia en Rundel Croft, poco después de las doce. No mistress Mount, que está en la Vicaría hacia la misma hora...

—Ware —admitió el mayor—. Sí. Eso parece claro.

El superintendente siguió sin decir nada.

—Sí, Neddy Ware, señor —aprobó Rudge, que ahora se estaba divirtiendo mucho—. Y vuelve a cortar las dos amarras, cuando llega a Rundel Croft un par de horas más tarde, con su propio cuchillo, que no es tan afilado como el noruego.

—No parece muy propio de un marino cortar una amarra en vez de desatarla.

—¿Y si suponemos que no fue un marino el que las ató por primera vez, señor? ¿Y si suponemos que lo hizo un hombre de tierra adentro, y con un nudo absurdo, que por haber estado sumergido en el agua se había apretado más? Por otra parte, mi opinión personal es que el viejo Ware se hallaba en esa disposición de ánimo en la que hasta un lobo de mar habría cortado un nudo, en vez de desatarlo.

—Perfectamente —dijo Twyfitt—. Prosiga.

El superintendente continuó mudo.

—Fitzgerald debió regresar en automóvil, por la orilla del río, del lado de Whynmouth, para dejar a mistress Mount en la Vicaría a fin de que celebrara su entrevista. Y allí debió quedar estacionado su coche, mientras él estaba en Rundel Croft. Confieso que en este punto me embrollé bastante. Supuse que el mozo debió disponer de un automóvil, pero, pensando en su visita a Rundel Croft, sólo hice averiguaciones sobre esa margen del río. Anoche, en cuanto regresó el sargento Appleton, lo mandé a investigar el otro lado, y encontró dos testigos que habían visto un automóvil, con las luces apagadas, estacionado junto a la cerca, en el interior de la Vicaría, detrás de los laureles y oculto desde la carretera. Uno de ellos declaró haberlo visto a las doce y veinte y el otro a las doce cuarenta.

—¿Cómo pudieron verlo si estaba oculto desde la carretera?

—¿Cómo puede ver tantas cosas la gente de pueblo, señor? Seguramente tendrán dispuesta alguna explicación plausible. Pero usted sabe tan bien como yo que, si hubiera estado estacionado en la bodega de la Vicaría, con una lona encima, alguien lo hubiera visto allí de todas maneras. ¡Y bien cómodo que es eso para nosotros!

El mayor Twyfitt se echó a reír.

—De acuerdo. Y después, ¿cómo atravesó Fitzgerald el río?

—Debió nadar. No le quedaba otro recurso. Sugiero que se desvistió rápidamente, lió el resto de sus ropas en su chaqueta, arrojó el fardo al otro lado del río (que no tiene en este punto más de doce metros de anchura) y nadó hasta Rundel Croft. Y allí debió estar, buscando el legajo X con la ayuda de su hermana, y tan a sus anchas como es posible estarlo, cuando llegó Holland y llamó a la puerta ventana del salón. Debió de ser para ambos una impresión terrible, pero Walter se sobrepuso. Recomendó a su hermana, en un susurro, que se desembarazara cuanto antes de Holland, y, manteniéndose en la penumbra, les extendió el consentimiento para la

boda escrito a máquina. Esto era suficiente para poner al otro casi fuera de sí de alegría, y demasiado para permitirle advertir qué aspecto tan juvenil tenía el almirante aquella noche. Poco después, Fitzgerald se apodera de los papeles, los destruye, sube al primer piso y se afeita la barba; vuelve a cruzar el río, recoge a mistress Mount y se aleja con ella en su automóvil. No me ha sido posible seguirles los pasos, pero supongo que se dirigieron a Londres, para poner distancia de por medio.

—¿De modo que, a su juicio, Holland fue sincero cuando declaró haber visto al almirante aquella noche?

—En efecto. Tengo la impresión de que ahora conoce la verdad. Pero en aquel momento la ignoraba.

—De todos modos esto lo convierte en un encubridor.

—Sí, aunque parece verosímil que le contaran la misma historia que a Neddy Ware, y lo convencieran de que no fue un asesinato, cosa que debieron hacerle creer también a mistress Holland. Ello explicaría por qué no pareció ésta sorprenderse la primera vez que la vi, al oír que su tío estaba muerto, y en cambio se sobresaltó visiblemente cuando le dije que había sido asesinado.

—Es una deducción perfectamente lógica, Rudge —corroboró el mayor Twyfitt.

El superintendente habló por fin:

—¿Ha encontrado usted el arma?

—No, señor.

—¡Ah!

—Pero he encontrado esto —y Rudge extrajo del bolsillo superior de su chaqueta un envoltorio de papel y de él sacó un cuchillo noruego largo y fino, bastante herrumbrado.

El superintendente se apresuró a tomarlo.

—Entonces ha encontrado el arma...

—No, señor.

—¿Dónde encontró esto, Rudge? —intervino el jefe de policía.

—En un macizo de antirrhinum, en el jardín del vicario, señor.

—¿Lo buscó usted allí?

—Sí, señor. La luna estaba muy clara anoche.

—¿Y cómo fue, Rudge —preguntó el mayor con paciencia—, que se le ocurrió buscar este cuchillo en un macizo de antirrhinums, anoche, en el jardín del vicario?

—Pues verá usted, señor, me hice el siguiente razonamiento. ¿Era el crimen premeditado, o no lo era? El caso es que, dadas las observaciones de Ware y todo lo demás, a mí no me parecía que lo fuese. De cualquier modo, no tardé en comprobarlo. Si Fitzgerald hubiera tenido aquella noche la intención de asesinar al almirante, se habría llevado el cuchillo, porque no bien le hubiera echado un vistazo habría comprendido que nada podía serle más útil. Pero se me ocurrió que, de no tener esa intención lo más probable era que lo hubiese vuelto a arrojar en el jardín, apenas cortada la amarra. Por eso fui anoche a inspeccionar las posesiones de míster

Mount hasta cierta distancia del poste de amarre.

A esta altura de su discurso, el inspector estaba tan complacido consigo mismo que no pudo resistir la tentación de dirigir a su superior jerárquico una sonrisa muy poco oficial.

El mayor Twyfitt devolvió la sonrisa.

—¡Magnífico trabajo, Rudge!

—Lo que yo necesito es el arma —observó el superintendente, sin dar su brazo a torcer.

—También encontré esto, señor.

Y Rudge extrajo de otro bolsillo un nuevo envoltorio de papel, y de él un nuevo cuchillo, éste común, de los que suelen usar los marineros.

—No tiene impresiones digitales —anunció depositándolo sobre la mesa.

—¿Dónde encontró eso?

—En una mata de valeriana, señor, en el fondo del jardín de sir Wilfrid Denny, junto al río.

—¡En el jardín de sir Wilfrid Denny!

—Sí, señor. Así es —y Rudge refirió su hallazgo de la ramita de valeriana enredada en el bote del almirante, explicando que no estaba allí cuando lo había examinado el sargento Appleton—. Me ocurrió lo que en esos juegos del tesoro escondido —añadió—, en los que una pista lleva a la otra. Esa valeriana significaba una pista, por eso la seguí y encontré el cuchillo. Claro está que se trata de una maniobra. Ni siquiera tiene sangre, sino tan sólo herrumbre. Indudablemente, el arma verdadera se encuentra a estas horas en el fondo del mar.

—¿Lo cree usted así?

—Los ríos —sentenció Rudge— pueden dragarse.

—¿Y usted cree que Fitzgerald falsificó ambas pistas?

—Estoy absolutamente convencido, señor.

—Va siendo hora —observó el superintendente— de que echemos el anzuelo a ese mocito Fitzgerald.

Rudge miró su reloj.

—Lo espero a las once y media. Faltan quince minutos. Le prometí que tendría una información exclusiva, si pasaba a buscarla.

—¿Y vendrá? —interrogó dudoso el jefe de policía—. ¿No le parece que se arriesga usted mucho?

—Como quiera que sea, el sargento Appleton lo está vigilando, señor.

—Si Fitzgerald se escapa, Rudge... —volvió a gruñir el superintendente Hawkesworth.

—No escaparé. ¿No hay alguna otra cosa que deseen ustedes preguntarme antes de que llegue?

—¿Ha fijado la procedencia del periódico de la tarde que se encontró en el bolsillo de la víctima?

—No, señor. Debió adquirirlo en Whynmouth, o acaso lo tomara en el Lord Marshall. No creo que deba atribuírsele mucha importancia.

—Así pues, ¿ha llegado usted a la conclusión de que fue el mismo almirante quien se presentó en el Lord Marshall? —inquirió el mayor Twyfitt.

—Sí, señor. Sé que el superintendente tenía otra opinión, pero hemos probado que estuvo en Whynmouth, y siendo así, ¿por qué no hubiera podido ser él? Tal vez receló algún peligro en la entrevista que tenía por delante, y se propuso llevar a Holland para que lo acompañara. Pero cuando el portero le informó de que ya se había acostado, no lo quiso molestar y se limitó a presentar la primera excusa que le cruzó por la cabeza. Claro está que nunca tuvo el propósito de tomar un tren, pero tenía que decir algo.

—Hum... —rezongó el superintendente no muy halagado al ver que un simple inspector desbarataba sus brillantes razonamientos.

—¿Y la llave de la puerta que se encontró en el bote del almirante? —preguntó Twyfitt.

—¿Por qué no hubiera podido dejarla caer allí el mismo almirante, señor? Es lamentable perder el tiempo buscando explicaciones complicadas, cuando hay una perfectamente simple al alcance de la mano. Ésa fue también mi impresión —añadió Rudge con una mirada de suprema inocencia— respecto a la visita de Penistone al Lord Marshall. Aunque me consta igualmente que míster Hawkesworth no está de acuerdo conmigo.

El ancho rostro de míster Hawkesworth expresó por un instante una compunción tan sincera, que el jefe de policía se apresuró a desviar la conversación hacia otro terreno.

—Y en lo que se refiere a la muerte de mistress Mount, Rudge, ¿ha adelantado usted algo en su teoría de asesinato?

—No mucho en lo relativo a las pruebas, señor —contestó Rudge lentamente—. Si le interesa a usted escucharla, podría desarrollarle mi argumentación a favor de esa teoría. Pero no ignoro que, en el actual estado de cosas, no podríamos sostenerla ante un jurado.

—Escuchémosla, pues.

—Si ha habido en realidad crimen, tuvo que cometerse en la siguiente forma. Mistress Mount dispone la entrevista. Ha perdido su sangre fría y va a revelar muchas cosas. Los Holland saben ya bastante; va a decirles todavía más. Ignoro cuánto sabe el reverendo, pero su conocimiento va a ser mucho mayor cuando ella haya terminado. Como es natural, esto no conviene a los intereses de una determinada persona. Descubre lo que ella se propone hacer y va en su busca para detenerla. Debió llegar a la casa muy poco antes que yo. La mujer lo hace entrar y empiezan a discutir. De pronto, me ven llegar por el camino. El criminal toma el cortapapeles de encima del escritorio, y la amenaza con él para que no emita el menor sonido. Ella guarda silencio. Me ven esconder entre los laureles. Más tarde, aproximadamente una

hora después, llegan los Holland, y el hecho se repite. Los recién llegados se sientan en el césped y queda salvada la situación por pocos minutos. Pero el hombre está ahora ofuscado, y ella, probablemente al borde de la histeria, ya no le inspira confianza. Todo el tiempo, mientras nosotros tres estamos allí afuera, se ve obligado a mantener el puñal contra el pecho de la señora para asegurarse su silencio. ¿Qué hace entonces? Hace que sea ella misma quien lo mantenga allí, con ambas manos sobre el mango, apuntando directamente al corazón. De este modo, con una sola de sus manos sobre ella, puede dominarla más fácilmente y emplear sus ojos en otras cosas. Mistress Mount está medio muerta de espanto; lo ve dispuesto al crimen y hace cuanto le ordena. Después vuelven los Holland a la casa. Por su conversación se entera el asesino de que la puerta principal, que acaso no haya dejado bien cerrada, se ha abierto. Ya entran. Los oye pasar al salón y luego al comedor. Sabe que entrarán en el estudio. Se trata ahora de su propia vida, o de la de ella, ¿y qué hacer? Está detrás de la mujer, con ambas manos sobre las de su víctima, en la empuñadura de la daga. Con un impulso convulsivo hunde la hoja en el corazón de mistress Mount, que lanza un grito. La deja caer, y se precipita detrás de la puerta, secándose las manos en su pañuelo. Entran los Holland. A la vista del espectáculo, ella echa a correr despavorida; el marido se queda unos instantes y después sale de la casa en su seguimiento. Yo estoy atravesando el parque. El asesino dispone así de un par de segundos para esconderse en el retrete situado junto a la puerta principal, y lo hace, pero no puede abandonar la casa por temor a ser visto. Y por lo tanto —concluyó Rudge casi sin aliento—, todo lo que puede hacer es aguardar a que no haya moros en la costa, salir cuando así lo crea, ocultarse detrás de una esquina del edificio, y en la primera oportunidad propicia caminar por la grava cuidadosamente y volver a entrar. Y esto, señor, es precisamente lo que sugiero que hizo.

Cuando Rudge hubo terminado su exposición, se produjo un silencio que rompió el superintendente Hawkesworth para observar con la mayor amabilidad:

—¿Puede usted probar que no llegara a la carretera? ¿Y esos dos que estaban en el césped?

—No podían verlo desde el lugar donde se hallaban. El ángulo del edificio lo impedía. Por lo demás, no lo hubieran declarado.

Se produjo un nuevo silencio.

—Míster Hawkesworth —preguntó el inspector con cierta desconfianza—, ¿quién hará el arresto, usted o yo?

—Será mejor que lo haga usted. Ha realizado un trabajo excelente —contestó Hawkesworth que, después de todo, era un hombre leal— y creo que le corresponden todos los laureles. El que hace el arresto se lleva siempre los laureles. Es decir —añadió como excusándose—, siempre que el mayor Twyfitt lo permita.

—Por cierto, por cierto —asintió este caballero—. Coincido en todo, Rudge ha actuado muy bien y nos ha ahorrado una cantidad de molestias, sin hablar de Scotland Yard.

—Gracias, señor —dijo Rudge con aire modesto, y consultó su reloj; marcaba casi las 11.30.

—Bien, supongo que lo único que podemos hacer es esperar —comentó el jefe de policía.

Los tres empezaron a sentirse incómodos.

Pero no tuvieron que esperar mucho. Antes de que las manecillas del reloj llegasen al punto señalado, un policía introdujo la cabeza por el hueco de la puerta para anunciar, en un cuchicheo, que míster Graham estaba allí para ver a míster Rudge, que lo había citado.

—Hágalo pasar —ordenó el mayor.

El periodista del pelo cortado al rape entró con su habitual aplomo, saludando a los tres hombres cordialmente y recibiendo en compensación tres breves inclinaciones de cabeza.

—¿Qué significa esto, inspector? —preguntó—. ¿Algo confidencial para mí? Es muy amable de su parte.

—Algo muy especial —respondió Rudge secamente—. Me dispongo a hacer un arresto.

—¡Un arresto! —Fitzgerald se lo quedó mirando de hito en hito—. ¡Oh! ¿Por la muerte del almirante Penistone?

—Por el asesinato del almirante Penistone —lo corrigió Rudge, sombrío—. Y por algo más.

—Ya veo. Ha sido usted muy bondadoso en hacérmelo saber...

El aplomo del periodista no era ya tan acentuado. Sin que lo invitaran, se sentó en una silla, como si sus piernas se negaran de pronto a sostenerlo. Los otros tres lo contemplaban en silencio.

El agente volvió a introducir su cabeza por la abertura de la puerta.

—Sir Wilfrid Denny, para ver a míster Rudge, que lo ha citado —volvió a anunciar.

—Hágalo pasar, Gravestock —ordenó el inspector. Y mientras se levantaba de su asiento, explicó lacónicamente a sus superiores—: He rogado a sir Wilfrid que tuviera la gentileza de venir, para que pudiéramos interrogarlo acerca de... ciertas cosas.

Los otros hicieron sendos ademanes de asentimiento.

Rudge se encaminó a la puerta para recibir a sir Wilfrid, pero éste se hallaba ya en el umbral cuando llegó. Rudge era un hombre voluminoso y sir Wilfrid menudo. Fue sir Wilfrid quien cayó al suelo. Con claras señales de confusión, y disculpándose amablemente, Rudge lo ayudó a incorporarse y a sacudirse el polvo.

—Lo lamento, señor. Lo lamento muchísimo. ¡Qué torpeza la mía! ¿Conoce usted al mayor Twyfitt? ¿Y al superintendente Hawkesworth? Siento haberlo hecho venir, pero necesitábamos formularle una o dos preguntas para aclarar un punto dudoso. Se trata de una ramita de valeriana que encontramos incrustada entre dos tablas del bote

del almirante. Ahora bien: he inspeccionado río abajo y río arriba, y la única mata de valeriana que crece junto al agua está en su jardín. Nos preguntábamos si usted podría explicarnos cómo fue a parar allí esa ramita.

Sir Wilfrid hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta y se quedó mirando al inspector con expresión de perplejidad.

—No. No puedo.

—¿Y tampoco sabe cómo fue a parar a la misma mata este cuchillo con huellas de sangre?

Denny miró al mayor Twyfitt, miró al superintendente Hawkesworth, miró a Walter Fitzgerald y tosió.

—Nunca lo he visto antes —dijo.

—Gracias, señor. Es todo lo que tenía que preguntarle. Debo ahora cumplir una obligación muy penosa.

Rudge hizo una pausa, y miró fijamente a sir Wilfrid, que volvió a toser, esta vez con más violencia.

—Sir Wilfrid Denny, lo arresto a usted por los asesinatos de Hugh Lawrence Penistone y de Célie Mount. Y le prevengo que cualquier cosa que diga puede ser utilizada como testimonio en contra de usted.

X

—Me parece difícil —replicó sir Wilfrid secamente—. Bien, sólo me resta felicitarlo, inspector Rudge. ¿Cómo lo descubrió? —y se sentó con forzada jovialidad al borde de la mesa.

—Escuche, Denny —intervino el mayor Twyfitt, turbado, cuando él y el superintendente Hawkesworth emergieron lentamente del estupor en que parecían haberse hundido—: Escuche. No sé si... Quiero decir que quizá sea mejor que no declare nada. Su abogado...

—Sé perfectamente bien lo que debo hacer —replicó sir Wilfrid—. Supongo que *él* me delató, ¿no es verdad? —y señaló a Fitzgerald, que no se había movido de su silla.

—¿Debo interpretar que usted hace una confesión, sir Wilfrid? —preguntó Rudge, aunque nada parecía autorizar una interpretación semejante.

—Sí, haré una declaración, desde luego. Yo los maté a los dos, lo confesaré de antemano. Ignoro si valdrá la pena añadir que no tuve la intención de matar al almirante. Por lo menos la verdad es que lo hice en defensa propia. Me atacó con un enorme atizador.

Frente a la mesa, el superintendente se había apoderado de un papel y estaba escribiendo con verdadero frenesí.

—En ese caso, ¿por que asesinó usted a mistress Mount cuando creyó que ella iba

a denunciarlo? —preguntó Rudge.

—Vamos, Rudge —le advirtió el jefe de policía, incómodo—. No creo que debamos preguntar... En realidad, sir Wilfrid tendría que llamar a su abogado.

—¡Oh, contestaré a cualquier pregunta! ¿Por qué la maté? Porque no quería que me arrestasen, naturalmente. ¿Cómo hubiera podido probar que había obrado en legítima defensa? Cuando salieron a relucir los hechos, se vería que tenía más de un motivo para asesinarlo.

—¿Quiere usted decir que intervino en aquel asunto de Hong Kong?

—Veo que lo sabe usted todo. Sí. Pero lo lamento por mistress Mount. Creo... que perdí la cabeza. Me enloqueció el pánico. Fue una cosa horrible. Supongo —añadió en voz baja, dirigiéndose a Walter Fitzgerald— que de nada valdrá decir que estoy dispuesto a pagar con mi propia vida.

Fitzgerald se levantó sin responder y, cruzando la habitación hasta la chimenea, se apoyó en ella con la cabeza hundida entre las manos.

—Convendría que tomara usted nota con la mayor rapidez —aconsejó sir Wilfrid al superintendente—. No disponemos de mucho tiempo. El almirante sospechaba mi participación en el incidente de Hong Kong. De un modo o de otro yo conseguía siempre despistarlo. Pero entonces Ware empezó a acosarme.

—¿Ware?

—Sí. El había conocido siempre la verdad, aunque todavía no comprendo cómo pudo descubrirla. Por eso se vino a vivir aquí cuando el almirante se acogió al retiro.

—¿Lo hizo a usted víctima de un chantaje?

—Supongo que así lo denominarían ustedes. Pero no se trataba más que de una o dos libras de regalo, en alguna que otra oportunidad, y nunca se valió de amenazas. *Sabía* tan sólo, y yo le daba ocasionalmente unas pocas libras para que se guardara lo que sabía. Eso era todo. Pero el almirante se apoderó de él. Si le pagó más, o si apeló al «sentido del deber», al «honor» y a todas esas cosas, no sabría decirlo, pero Ware debió ceder por fin. Entonces se me presentó el almirante echando chispas, como ustedes se imaginarán, y me acorraló hasta que ya no me fue posible persistir en mis negativas. En aquel momento debió verlo todo rojo, porque se me arrojó encima, ciego de furia, con el atizador en la mano. Tomé el primer objeto que encontré (y que fue un cuchillo de trincheras que uno de mis sobrinos me había regalado en cierta oportunidad, como recuerdo de la guerra) me agaché debajo del atizador y golpeé el primero. Después fui hasta donde había quedado Ware aguardando con el bote del almirante, y encontré a Fitzgerald y a mistress Mount, que habían llegado en otro bote.

—Un minuto, sir Wilfrid —lo interrumpió el superintendente—. ¿A qué hora fue eso?

—¡Oh! Me imagino que hacia las once. Les dije lo que había hecho y que debíamos desembarazarnos del cadáver. Temo que debí perder el juicio, porque no quise escuchar a Ware ni a Fitzgerald cuando ambos me instaron a que aclarase las

cosas llamando a la policía: se trataba de un homicidio justificable y nada podía ocurrirme. Pero yo sabía que, de hacerlo, todo el asunto de Hong Kong saldría a relucir, y que en el mejor de los casos perdería mi pensión y casi irremisiblemente tendría que afrontar el juicio por asesinato. Por fin Fitzgerald accedió a ayudarme, aunque nos costó mucho trabajo persuadir a Ware. Finalmente, convino en que, siempre que ello no le exigiese una mentira directa, y sin comprometerse más que a ocultar el hecho de haber salido con el almirante aquella noche, no me delataría. Se limitaría a ignorarlo todo. Yo estaba en exceso perturbado para tomar ninguna medida, y Fitzgerald se ocupó de los pormenores. Ware insistió en que no debíamos esconder el cadáver: todo tendría que ser tan simple y claro como fuese posible. Volvimos, pues, a la casa, tomamos un buen trago cada uno, y después colocamos el cadáver en el bote del vicario, cubierto con un trozo de lona embreada. Ware se encargó de transportarlo corriente arriba y de soltarlo luego a la deriva, antes de restituir a su cobertizo el bote del almirante. Por su parte, Fitzgerald prometió dirigirse inmediatamente a Rundel Croft, para buscar entre los papeles de Penistone y destruir cualquiera que pudiese haber escrito contra mí, cosa que a mi juicio debía haber hecho. Al otro día, incapaz de quedarme y de hacer frente a los acontecimientos, giré sobre mis talones y huí a París. Fitzgerald me escribió comunicándome que no parecían existir sospechas contra mí. Por eso regresé.

—¿Y mistress Mount?

En voz muy baja, sir Wilfrid suministró los pormenores, que resultaron ser exactamente los que Rudge había conjeturado, salvo su afirmación de que tampoco en esta oportunidad había tenido realmente la intención de matar. Mistress Mount, al oír a los Holland en la habitación contigua, había hecho un desesperado esfuerzo por escaparse y, en la lucha, sir Wilfrid, automáticamente, había crispado sus puños sobre los de ella, hundiéndole así el puñal. Sus movimientos siguientes no habían obedecido a ningún plan determinado. Simplemente había corrido, loco de pánico, de uno a otro escondrijo, según la oportunidad se presentaba.

No tenía nada más que decir.

El mayor Twyfitt meneó la cabeza.

—Yo no debí permitirle que dijera nada hasta consultar con su abogado.

—Mi querido amigo —respondió sir Wilfrid, casi con alegría—: No se preocupe. Jamás me enfrentaré con un tribunal. ¿No me oyó toser poco antes de que su subordinado me arrestara? En el segundo acceso me deslicé en la boca algo que había comprado en París para una emergencia semejante. Confío en que no me queden más de unos diez minutos de vida.

El mayor Twyfitt saltó de su asiento, consternado, y otro tanto hizo el superintendente.

Mala cosa es para la policía que un preso consiga suicidarse delante de sus mismísimas narices.

Pero Rudge se les adelantó.

—Pues bien —dijo—, de todos modos lo pondremos en lugar seguro por esos diez minutos. ¿Quiere acompañarme, por favor? —y tomando al viejo de un brazo, salió con él de la habitación.

Cuando regresó, el superintendente Hawkesworth estaba telefoneando frenéticamente a la casa de un médico que había salido.

—Lo he dejado en una celda —anunció el inspector brevemente—. No se aflija, señor, no necesitamos ningún médico. Yo sabía lo que guardaba en el bolsillo izquierdo de su chaqueta, y en previsión me confeccioné un paquetito similar, y los cambié en el encontronazo. El suyo está aquí —y extrajo de su bolsillo un sobre de pequeño tamaño de papel blanco.

—¿Pero cómo sabía usted cómo era el paquete? —preguntó el jefe de policía.

—Anoche me dediqué a espiar un poco a sir Wilfrid, entre los postigos de su salón. Lo vi hacerlo, y sospeché de lo que se trataba. Y me di cuenta de que lo había guardado en el bolsillo izquierdo, porque era allí donde tenía la mano cuando entró. Sir Wilfrid no ha ingerido sino tres tabletas de bicarbonato de sodio. Eso es todo.

XI

El mayor Twyfitt volvió a dejarse caer en su silla. Todos parecían haber olvidado a Walter Fitzgerald, que continuaba junto a la chimenea en actitud de profundo abatimiento.

—¿Sabía usted anoche que Denny era el culpable?

—No es que lo supiera exactamente, señor. Lo venía sospechando desde hacía un tiempo; desde que lo entrevisté en su rosaleda. Me pareció entonces demasiado ansioso por adelantar que apenas conocía al almirante; además, para un caballero que vive directamente sobre el río, parecía saber muy poco de mareas. No pude tragarme ese cuento del todo. Había que tener en cuenta también, aquellos rumores sobre cierta enemistad entre él y el almirante y, dada su presencia en Hong Kong en la época del escándalo, me pareció probable que hubiera intervenido en aquel asunto del lado del diablo. Por otra parte, insistió demasiado en su opinión de que el almirante no debía ser inocente, y aunque recordaba que míster Fitzgerald era bien parecido, no pudo precisar si llevaba barba o no...

—¿Así pues, se burlaba usted de nosotros cuando nos dijo esta mañana que sus sospechas se concentraban en... otra persona?

—En ningún momento dije eso, señor. No mencioné ningún nombre. Allá en mi conciencia, yo estaba seguro de que Denny era el culpable. Pero ¿de qué hubiera valido decirlo? No tenía una sola prueba. Al principio pensé en arrestar... a otra persona, en presencia de sir Wilfrid, con la esperanza de que si él era el culpable, lo declarase en tales circunstancias. Pero el ardid podía fracasar. Después, anoche, cuando lo vi preparando aquel paquetito, supe con certeza que era nuestro hombre, y

me decidí a correr el albur arrestándolo. Si resultaba, santo y bueno... De lo contrario...

—Hubiera sido su ruina —completó el superintendente, en tono severo.

—Pero resultó, señor, como yo esperaba que ocurriera, siempre que sir Wilfrid creyera tener a buen recaudo el contenido de su paquetito.

—Oficialmente, el procedimiento fue muy poco correcto, Rudge —dictaminó el jefe de policía—. Muy poco correcto... pero condenadamente eficaz.

—Gracias, señor.

—Y ahora, ¿por qué no nos ocupamos de míster Fitzgerald? Me parece que nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas. ¿Verdad, Rudge?

—Adelante —invitó Walter, volviéndose bruscamente—. Le diré lo que quieran saber. Gracias a Dios que todo ha terminado. Puedo asegurarles que ha sido una pesadilla. Yo no ignoraba que ustedes me seguían los pasos.

—Pues bien... —y el superintendente Hawkesworth dio comienzo a su interrogatorio.

El relato de Fitzgerald sobre los acontecimientos de la noche coincidió exactamente con la reconstrucción de Rudge, salvo el hecho de que él y mistress Mount no habían regresado en aquella oportunidad a Londres. Habían recorrido alrededor de setenta kilómetros y luego habían entrado con el coche en el bosquecillo, y habían dormido allí, en la medida en que ambos podían hacerlo. Al correr de los días, mistress Mount había insistido, cada vez con mayor vehemencia, en su opinión de que Denny debía entregarse a la policía, y hasta llegó a revelar algunos hechos a su esposo, bajo secreto de confesión. Este le había prometido ayudarla, apremiando tanto a sir Wilfrid como a Ware para que se presentaran a la policía y confesaran toda la verdad.

Holland había sido inocente en todo momento. Elma conocía la verdad, pero su esposo ni siquiera sabía quién había dado muerte al almirante. Se había limitado a aceptar la palabra de Fitzgerald sobre su propia inocencia. La cuestión del consentimiento para la boda escrito a máquina, se explicaba del siguiente modo: Holland había conocido a Fitzgerald en Oriente, había visto que se estaba hundiendo, y como le había cobrado bastante simpatía había intentado salvarlo. Walter, sin revelar el asunto de Hong Kong, le había confiado que existía una acusación pendiente contra él...

—¿Esa orden de arresto por falsificación? —lo interrumpió el superintendente.

—¿Le conocía usted? Pues, sí... —respondió Walter.

Aquello le impedía darse a conocer en Inglaterra y, por lo tanto, reclamar su legado. Holland prometió hacer algo en su favor, y con este propósito se puso en contacto con la firma de Hong Kong que, en vista del tiempo transcurrido, prometió retirar la acusación si Walter reponía el dinero. Esto no podía él hacerlo, a menos de recibir su herencia, y tampoco quería aceptar en préstamo de Holland una suma tan considerable. Holland se propuso, pues, ponerse en comunicación con el almirante en

Inglaterra, con el intento de concertar una reconciliación para que la familia adelantara el dinero, y al mismo tiempo había prometido ver a Elma y asegurarle que por fin iba a arreglarse todo de la forma más satisfactoria.

Durante su estada en el extranjero, Walter había mantenido siempre correspondencia con su hermana, y cuando el almirante trató de interrumpirla, llegó mistress Mount a la casa, donde quedó en calidad de doncella, para contar con un techo y actuar como intermediaria entre ambos jóvenes.

El almirante recibió a Holland con desconfianza en su carácter de representante de Walter, y al principio hasta se negó a tener ningún trato con él. Holland comprendió que tardaría mucho tiempo en hacerle deponer su actitud, y se propuso armarse de toda su paciencia.

Entretanto, y habiendo conocido a Elma, se enamoró de ella perdidamente.

Tocábale el turno a Walter de hacer algo por Holland. Había llegado a Inglaterra y se había instalado en Londres. Mistress Mount se había apresurado a reunírsele y él le había tomado habitaciones cerca de las suyas, bajo el nombre de Arkright. Walter se sintió encantado al conocer los sentimientos de Holland hacia Elma, porque siempre había tenido el temor de que también ella, si se le parecía, perdiese la brújula, a menos de apoyarse en alguien de voluntad más firme. Así pues, había instado a su hermana, que por su parte no estaba enamorada de Holland, para que lo aceptase y, viendo cuanto parecía esto importarle a Walter, Elma había acabado por acceder. Ahora bien, el almirante no aprobaba este proyecto, pues no quería consentir en la boda de su sobrina con un amigo de Walter.

Holland había ido ganando poco a poco su estima, pero el viejo no estaba del todo conquistado.

En el ínterin, también Elma había intentado hacer algo por Walter. Este y mistress Mount siempre habían querido casarse, pero el vicario se oponía a conceder el divorcio. Elma tenía la impresión de haber visto signos de interés en este caballero, y deliberadamente se había propuesto intensificar esta atracción para emplear la influencia que así obtuviese en convencerlo de que debía divorciarse. Esta era la causa de que siempre pusiera un cuidado especial en su atavío cuando se encontraba con él. Walter lo ignoraba todo, pero Holland observaba con pena esta inclinación que su prometida no se había molestado en explicarle. Por fin le declaró a Walter que había llegado al límite de su paciencia: estaba resuelto a dirigirse a Londres para solicitar un permiso especial, y desde luego pensaba usarlo, consintiese o no consintiese el almirante. Walter sabía que este paso no podía sino fortalecer la oposición del viejo, y que Elma perdería inevitablemente su herencia. Estaba enterado, por medio de su hermana, de la obsesión de su tío con respecto al incidente de Hong Kong, y se dispuso a valerse de él para obtener el consentimiento. Escribió, pues, a máquina una fórmula de autorización y, armándose de coraje, fue a ver a su tío poco después de la hora del té, en la tarde del día de su muerte, y lo aguardó escondido en el jardín para mantener secreta la entrevista.

Era la primera vez que veía al almirante después de largos años, y al principio su tío se negó a escucharlo, pero cuando le dijo que le podía revelar la verdad exacta sobre el episodio de Hong Kong, cambió de tono, y Walter pudo plantear su propuesta: la verdad, a cambio del consentimiento. El viejo no vaciló. Firmó inmediatamente y Fitzgerald lo enteró de todo. Para ello tuvo que sacrificar a Denny, pero en resumidas cuentas Denny era un criminal; había hecho a Walter víctima de un burdo engaño, y no era posible diferir por más tiempo el matrimonio de Elma, sin contar la felicidad de Holland, sólo para salvaguardar la integridad de sir Wilfrid.

El almirante estaba fuera de sí de rabia. Blasfemaba, pateaba, rugía, lanzaba espumarajos. Le costó al joven todo el trabajo del mundo tranquilizarlo y hacerle prometer que se conduciría, en casa de mister Mount, como si nada hubiera ocurrido. Por último había dado su palabra y se había ido a vestir, bramando espantosas amenazas para el día siguiente.

Walter proyectó cruzar hasta el West End en las primeras horas de la mañana para prevenir a Denny. Nunca se le ocurrió que el almirante hiciera algo aquella noche. Pero cuando, oculto en el jardín de la Vicaría donde se había dado cita con mistress Mount, vio a su tío en tratos con Ware, a quien indudablemente se proponía sonsacar en el camino, se sintió inquieto. Esperó, pues, la llegada de mistress Mount, después de conversar con ella sobre el asunto, ambos decidieron bajar por el río, aplazando hasta su regreso la entrevista con el vicario, que después de todo no era negocio urgente. Los pormenores de la partida habían sido exactamente los descritos por Rudge. El resto de la historia lo habían escuchado de labios del mismo Denny. Cuando Walter llegó a Rundel Croft aquella noche, comunicó las noticias a su hermana y le dijo que su tío había muerto accidentalmente. Ella se había sentido muy impresionada, pero no había tardado en recuperar su aplomo y lo había ayudado a buscar los papeles.

—Su vestido estaba manchado de sangre —dijo el superintendente.

—Así me lo dijo después. Debió provenir de mi mano. ¿Algo más?

—¿Y la valeriana? —interrogó rápidamente Rudge.

Walter sacudió afirmativamente la cabeza mientras pensaba:

—Fui yo quien la puso. Que la muerte de mi tío fuese o no un homicidio justificable (y yo creo que lo fue) cuando se trató de Célie... Pues bien, *quise* poner a la policía sobre la verdadera pista; *quise* que Denny fuese ahorcado —contestó sencillamente.

—En tal caso, ¿por qué no acudir a nosotros y revelarnos todo lo que sabía? —volvió a preguntar Rudge con bastante lógica.

—No podía denunciar a ese sujeto —respondió Walter.

—¡Oh! —exclamó el inspector, que no alcanzaba a explicarse la diferencia.

—Oiga —volvió a terciar el superintendente de pronto—: ¿Qué hubo detrás del incidente de Hong Kong? Supongo que usted personificó a su tío...

Walter enrojeció.

—Sí. Ésa es la verdad. Denny me invitó a comer una noche y me hizo beber en exceso. Sugirió entonces que sería divertidísimo que yo me pusiera un uniforme naval que tenía casualmente a mano, y saliera a cantar y a bailar un poco. Alguien podía confundirme con mi tío y sería una broma estupenda. Sabía que el viejo me detestaba y que yo retribuía sus sentimientos, o por lo menos que no nos profesábamos demasiado cariño. A mí la idea me pareció muy graciosa, como buen borrico que era, y consentí en seguida. Sir Wilfrid me prestó el uniforme y me condujo personalmente al tugurio. Allí no tuve mucho que representar, pues estaba borracho como una cuba. Al día siguiente debía emprender un viaje al interior, por cuenta de mi firma, a muchos kilómetros de todo periódico y de cualquier otro medio informativo. Denny lo sabía, y por eso había elegido aquella determinada noche. No regresé hasta pasados algunos meses, y por entonces todo era ya asunto concluido. Denny me enteró de los acontecimientos. Me dijo que había cometido una locura, que me había expuesto a un proceso criminal, y que él no pensaba respaldarme si la cosa se descubría. El daño estaba hecho; lo mejor sería que me quedara tranquilo y no dijera nada. Me pareció un proceder muy sucio, pero estaba asustado y convine en callar. No descubrí la verdad hasta muchos años después, y aun entonces por pura casualidad. He aquí lo que había detrás del incidente. En aquella época operaba en Hong Kong una importante banda de traficantes de opio. Denny estaba a cargo de la Aduana y en combinación con ellos, ignoro si comprado o extorsionado. Mi tío les seguía la pista, y tenían que sacárselo de en medio o abandonar la plaza, por lo que tramaron aquella maquinación. De un modo u otro, lo atrajeron hacia la calle. Con el cebo de una muchacha a quien un chino fingía maltratar, lo hicieron entrar en el tugurio. Allí lo aporrearón y lo narcotizaron, e impregnaron sus ropas con *whisky* y opio. Mientras tanto, yo había entrado también en el juego, como un crío de dos años. Usaba barba en aquel tiempo, y un poco de polvos en ella, más una o dos líneas pintadas en el rostro, habían acentuado tanto nuestra semejanza que nadie sospechó siquiera la sustitución, y hasta él mismo tenía sus dudas... En suma, que fue una bonita intriga. ¿Algo más? —preguntó, dirigiéndose a la puerta.

—No podemos dejarlo ir —cuchicheó el superintendente con ansiedad.

—Pero ¿de qué podríamos acusarlo? —cuchicheó a su vez el mayor Twyfitt.

—Por lo menos de encubrimiento.

—No de encubrimiento de un asesinato —sonrió Walter, cuyo oído parecía ser particularmente agudo—. No se puede ser encubridor de un homicidio en legítima defensa.

—¡Eso no está probado! —bramó el superintendente.

—¿No? Pues no pueden ustedes detenerme hasta no haber probado las cosas —y con un rápido movimiento traspuso la puerta y abandonó la estancia.

—¡Debemos retenerlo! —murmuró Hawkesworth levantándose de un salto—. No sé con qué pretexto, pero debemos hacerlo. ¡Alcáncelo, Rudge! De todos modos sigue en pie aquella orden de arresto por la falsificación.

Pero Walter había atravesado ya la sala de espera y había salido a la calle. Junto a la acera estaba estacionado un coche con el motor en marcha. Al ver al joven, el conductor atrajo hacia sí la palanca. El coche dio un empujón hacia adelante, y Walter saltó al asiento de atrás.

—¡Walter Fitzgerald! —gritó el superintendente desde el umbral—. Yo...

—«No quisiera perderte, pero creo que debes partir» —canturreó Fitzgerald burlonamente mientras el coche tomaba velocidad—. ¡Adiós, superintendente! Puede hacerme llegar cualquier mensaje por intermedio de mi hermana.

Elma, sentada junto a Holland en el asiento delantero, se volvió e hizo con la mano un entusiasta ademán de confirmación.

El superintendente se abalanzó al teléfono.

—Haré que detengan a ese automóvil antes de que se haya alejado cuatro kilómetros —amenazó sombríamente.

—¿Para qué molestarse? Bien sabe usted que en realidad no lo necesitamos, pues tenemos ya a nuestro hombre. No. Lo dejaremos partir. A mi juicio, está en manos mejores que las nuestras.

Con aire de disgusto, el superintendente abandonó el teléfono.

—Naturalmente se hará como usted disponga, señor. Pero hubiéramos debido retenerlo. ¿Sí, Gravestock?

El corpulento agente parecía aterrorizado.

—¿Podría usted venir hasta las celdas, señor? Me parece que algo malo le pasa al nuevo preso.

Los tres oficiales lo siguieron en silencio.

—Seguro que algo malo le pasa —anunció el superintendente un minuto después—. Está muerto; eso es lo que le pasa. ¡Rudge!

Consternado, el inspector extrajo de su bolsillo el paquetito blanco y lo abrió apresuradamente.

—No —dijo con un suspiro de alivio—. Éstos son los suyos. El ingirió mi bicarbonato, y nada más.

—Pero entonces, ¿de qué murió?

—Murió, simplemente —contestó el mayor Twyfitt mirando la figura inmóvil que yacía a sus pies—. Era viejo. Creía que iba a morir... Y por eso murió.

Hubo unos instantes de silencio casi reverente.

—Y ni siquiera dejó firmada su confesión —concluyó el superintendente Hawkesworth con aire de fastidio.



APÉNDICE PRIMERO

SOLUCIONES

1

por el canónigo Victor L. Whitechurch

Ninguna solución

2

por G. D. H. y M. Cole

Ninguna solución

3

por Henry Wade

En 1919, poco después de la guerra, el almirante Penistone (joven que ha llegado a esa situación mediante rápidas promociones, por sus brillantes hazañas en el servicio activo) se ve envuelto en un grave desorden ocurrido en una casa de mala reputación de Hong Kong. En mérito a sus servicios en la guerra, el Almirantazgo le permite presentar su dimisión, en lugar de someterlo a consejo de guerra. Otros tres ingleses estuvieron igualmente complicados en aquel alboroto: (1) Walter Fitzgerald, joven de carácter débil, en lucha con el alcohol y los estupefacientes; (2) su amigo y socio en una empresa comercial, Vanyke, hombre de más edad; (3) Holland, otro comerciante. En el tumulto, Fitzgerald es asesinado por unos chinos, pero esto lo ignoran las autoridades navales cuando se las entienden con Penistone.

Holland, enterado del testamento del viejo Fitzgerald, extorsiona a Penistone, poniendo como precio «la mano de su sobrina Elma». Esta, que es una mujer de naturaleza espasmódicamente apasionada, experimenta por un tiempo un frenético amor hacia Holland, pero se enfría, y en el momento en que se inicia la historia, se dispone a romper su compromiso.

Ésa es la verdadera causa del enojo del almirante contra su sobrina.

Elma está ahora tendiendo sus redes al vicario, hombre robusto y de buena planta, aunque frisa en la cincuentena. En la noche del crimen lo ha persuadido a realizar con ella una romántica excursión río arriba, cuando todos la supongan de regreso a su casa. Así lo hacen, y la impresión del vicario al enterarse de las noticias se debe en gran parte al temor de que trascienda demasiado su aventura.

Después de cerrar el cobertizo de los botes, y tras haber fumado su cigarro al aire libre, Penistone vuelve a su estudio, donde es asesinado por Emery, el mayordomo. Emery es en realidad Vanyke, quien cree a Penistone moral, si no materialmente, responsable de la muerte de su «pobre y joven amigo Walter». Emery viste el cadáver con el sobretodo de Penistone, para sugerir que el crimen se ha cometido afuera.

El periódico (que es el ejemplar entregado en la casa a las 9 p.m.) tiene manchas de sangre, y se lo mete en el bolsillo por la misma razón.

A las 2.30 de la madrugada transporta el cadáver al cobertizo, abre éste con las llaves del almirante, rema hasta el embarcadero de la Vicaría, arroja el cuerpo en el bote del vicario (donde éste dejó olvidado su sombrero en su viaje sentimental), y lo suelta para que flote a la deriva. (Esto lo hace para sugerir que el crimen ha sido perpetrado en la Vicaría o, por lo menos, para dejar una pista falsa.)

Como propone P. C. Hempstead, el bote fue soltado durante la estoa, y volvió con el reflujo de la marea.

Emery limpió el bote de Rundel Croft por temor de que hubiesen quedado manchas de sangre.

Elma se dirigió probablemente a Londres para entrevistarse con sus abogados. Los zapatos y el vestido pudieron haber sido escondidos por Emery con el principal objeto de complicar la solución.

Es probable que Neddy Ware supiera algo sobre el incidente de Hong Kong.

4

por Agatha Christie

La verdadera Elma Fitzgerald ha muerto, y su hermano Walter, que bajo su propio nombre no puede reclamar su herencia porque es buscado por la policía, se está haciendo pasar por ella.

Holland ha sido uno de sus amigos en remotas partes del mundo. Walter no logra arrancar a su tío declaraciones concretas acerca del dinero, y para forzarlo finge un compromiso matrimonial con Holland, creyendo así obligarle a que se lo entregue. Pero es el caso que, aunque Walter lo ignore, el almirante ha especulado con ese dinero y lo ha perdido.

El joven, que en otras épocas ha sido actor, no encuentra ninguna dificultad en engañar al almirante, que no ha visto a su sobrina desde que era niña. No se preocupa de Holland, y reserva sus mejores efectos de maquillaje para el vecindario, ante el cual representa el papel de una vampiresa, con verdadera delectación artística.

Entretanto el almirante ha recibido una carta anónima de Célie, con la revelación de que «Elma» es un hombre, y se la ha deslizado en el bolsillo, sin leerla, antes de salir para la Vicaría. Allí la abre después de la cena, mientras espera a su sobrina, que se está despidiendo del vicario.

Inmediatamente confronta a Walter con la verdad, cuando cruzan el río en bote, y lo amenaza con entregarlo a la justicia. Walter, que conoce el carácter intransigente de su tío, lo apuñala en cuanto el bote ha entrado en la casilla. Se dirige luego a la casa, y aguarda hasta que todo queda en silencio. En seguida se maquilla para personificar al almirante, se embute en un sobretodo, se mete el periódico en el bolsillo y se va a exhibir en el Lord Marshall, cuya iluminación es mediocre y su portero un palurdo casi imbécil. Allí pregunta por Holland para declarar acto seguido que le es imposible esperar.

Regresa. Algo más tarde se encamina al cobertizo, saca el bote y cruza con él el río, pone el cadáver en el otro bote, y corta la amarra. Piensa que saldrá directamente al mar, y que, como el bote de su tío ha quedado en la casilla, se supondrá que su tío ha partido a pie para tomar un tren con destino a Londres.

No es eso, sin embargo, lo que ocurre. El bote navega al principio río abajo, pero queda luego en un bajío, y el reflujo lo impulsa después corriente arriba.

Descubierto el crimen, «Elma» se apresura a huir, llevándose el vestido blanco, que tiene manchas de sangre, pero se propone volver con alguna buena excusa, seguro de la coartada que se ha preparado.

Es exacto que el vicario volvió a sacar su bote aquella noche, y lo hizo para encontrarse con su esposa en el puente de Fernton. Su ansiedad por no ser objeto de murmuraciones explica perfectamente su modo peculiar de proceder.

5

por John Rhode

El llamado almirante Penistone era un impostor que, a mi juicio, vivía del chantaje (de ahí las carpetas con recortes) y que había logrado tener bajo sus garras a varias personas, entre ellas a sir Wilfrid Denny, arruinado por sus constantes exigencias.

Denny se resuelve a matar. Se entera de que «Penistone» ha concertado encontrarse con Holland en la noche del 9, y lo acecha en el puente de Fernton. Cuando lo ve pasar, lo llama y le dice que tiene asuntos urgentes que discutir con él, acaso que ha conseguido el dinero que le exigía. Vuelven ambos hombres al bote, y Denny se sienta a popa, con Penistone enfrente. Llegados al puente del ferrocarril (ver mapa) se incorpora de pronto y hunde su daga en el pecho de Penistone, al tiempo que éste se inclinaba hacia adelante en un golpe de remo. Deja luego el bote al reparo del puente, y se dirige a un hotel de Whynmouth, para establecer su presencia allí a una hora determinada (las 11 de la noche) Va de ahí al Lord Marshall, donde se hace pasar por «Penistone», cosa que no le resulta muy difícil, dada la deficiente iluminación del vestíbulo, con el objeto de sugerir que el almirante estaba con vida en aquel momento.

En seguida regresa al primer hotel, y allí se queda hasta bien pasada la medianoche. Se ha fabricado la mejor coartada.

Al abrigo del puente, el cadáver permanece seco. En cuanto mengua la corriente, rema río arriba; traslada el cuerpo al bote del vicario, aproxima la popa a la ribera y salta a tierra. Ve entonces el sombrero del vicario, y lo pone también en el bote para confundir las pistas.

A continuación actúa de acuerdo con las conjeturas de Ware.

Devuelve el bote del almirante al cobertizo de Rundel Croft, cometiendo el error de hacerlo con la proa hacia adelante, y regresa al West End caminando.

Su repentina partida para Londres, tiene algo que ver con el testamento de John Martin Fitzgerald, punto por el momento algo oscuro.

6

por Milward Kennedy

1. Cuatro hombres están comprometidos en un suministro de armas a los ejércitos chinos. Son ellos: Míster X (principal elemento financiero), el almirante Penistone (experto artillero vinculado con China y retirado en forma no muy clara del servicio, que tiene intereses económicos menores en la empresa), sir Wilfrid Denny (en otro tiempo funcionario de aduanas en la China), y Holland (encargado de las «transacciones en el terreno» y, como fácilmente se comprende, sujeto poco amigo de discutir sus negocios con la policía).

2. El almirante desea aumentar su participación en la sociedad o, para decirlo en otros términos, desea desplazar a míster X, y está en tratos con sir Wilfrid y con Holland sobre el particular.

3. Sir Wilfrid se muestra evasivo. Se niega a proceder abiertamente, y previene en secreto a míster X.

4. Míster X, que ya desconfiaba del almirante y quería tenerlo vigilado, ha persuadido a su amante para que se introduzca en casa de Penistone, en calidad de doncella francesa de Elma Fitzgerald.

5. Cuando el almirante se traslada a Rundel Croft: a) sir Wilfrid teme que míster X pueda pensar que también él lo traiciona; b) la «doncella francesa» descubre que, río por medio, habita el esposo que abandonó hace diez años. Se marcha, pues, e informa del motivo a míster X.

6. Sir Wilfrid entera a míster X de que el almirante intenta concertar una entrevista de los tres socios. Holland, al parecer, está de acuerdo. Sir Wilfrid recibe la orden de fingir que también él lo está, y de procurar que el encuentro se realice en algún sitio «neutral», como por ejemplo cerca del puente de Fernton (no en él). Igualmente se le indica que mantenga reserva sobre sus tratos con Holland y con el almirante.

7. El almirante se niega a dar su consentimiento para la boda de Elma con Holland, a menos que éste acepte sus planes «comerciales» y se comprometa a invertir, en la nueva sociedad que espera formar, parte del capital que debe recibir la novia. Acaso pueda también ayudarla a «administrar» el dinero del hermano, que ha sido siempre una bala perdida, y ha desaparecido desde hace algún tiempo, pero sobre el cual se han recibido noticias recientes que permiten «presumir» su fallecimiento.

8. Míster X, enterado por sir Wilfrid del lugar y la hora convenidos para la «entrevista secreta», se dirige a ella en automóvil, disfrazado de chófer y con guantes. Ha insistido en que la «doncella francesa» vaya a la Vicaría y arregle en tal forma sus relaciones con su ex esposo que pueda, en caso necesario, volver a ocupar su puesto en Rundel Croft. Por su parte se propone, mientras ella esté con el vicario, introducirse en la casa de Penistone (que conoce perfectamente gracias a los informes

de su amante) y sustraer diversos documentos relativos a los «contratos chinos».

9. Mientras la «doncella francesa» está con el vicario, míster X atraviesa el jardín con el propósito de cruzar el río en el bote de aquél, y en el camino se encuentra con el almirante que acaba de regresar en su bote.

10. El almirante se había apresurado a marcharse después de cenar en la Vicaría, porque deseaba dejar a Elma en su casa, y asistir luego a su «entrevista secreta».

Después de limpiar su bote como de costumbre, comprueba que ha dejado olvidada su pipa, y que su cigarrera está vacía. Entra en la casa y toma un sobretodo con la intención de ir caminado hasta el puente, pero entonces se le ocurre que le llevará casi el mismo tiempo atravesar el río en bote hasta la Vicaría, recuperar su pipa y continuar a pie desde allí. (De acuerdo con el mapa, las distancias son prácticamente idénticas.)

11. Míster X y el almirante conversan. Míster X exhibe el periódico de la tarde con sus noticias de China. El almirante, que no puede olvidar la cita concertada, se siente algo incómodo. Se retiran a la glorieta. Allí ha quedado, no sólo el sombrero del vicario, sino también el cuchillo. La conversación termina en una disputa y míster X apuñala al almirante.

Hora aproximada del hecho: las 11 de la noche.

12. Míster X reflexiona, y llega a la conclusión de que sus disposiciones previas pueden encubrir perfectamente el crimen. Hasta ha aconsejado a sir Wilfrid que dé el nombre del almirante cuando pregunte por Holland en su hotel, lo cual puede sugerir que Penistone estaba con vida en Whynmouth a las 11.00.

13. Encuentra la llave de la puerta ventana. Cruza el río en el bote del almirante (dejando el cadáver en la glorieta), reúne los papeles del estudio, vuelve a cerrar con llave, y vuelve a cruzar hasta la Vicaría, dejando caer la llave inadvertidamente. Supone que se le ha caído en el agua, pero no se atreve a encender una luz para cerciorarse.

14. Espera en el automóvil. Cuando la «doncella francesa» reaparece (y, naturalmente, míster X está seguro de que ni ella ni su ex marido hablarán del encuentro) le indica que siga sola, conduciendo despacio el automóvil, hasta el puente de Fernton, y desde allí hasta Rundel Croft. Luego, cuando calcula que el vicario se ha ido a dormir, transporta el cadáver al bote del clérigo, deja el cuchillo junto al cuerpo (no hundido en él) y agrega a la carga el sombrero del vicario. Su intención original había sido soltar el bote a la deriva, pero no tarda en advertir que probablemente el río esté sujeto al influjo de las mareas, y que después de todo acaso el bote no salga al mar, por lo que resuelve dejar así las cosas. (El cadáver, por consiguiente, ha permanecido «bajo techo» hasta cerca de la una, y la sangre ha cesado de manar antes de que se deposite en el bote.)

Míster X vuelve a cruzar el río en el bote del almirante (que guarda en forma incorrecta en el cobertizo), se dirige por los terrenos de Rundel Croft al encuentro de su automóvil, y se aleja de allí con la «doncella francesa».

15. La ausencia del almirante preocupa tanto a Holland como a sir Wilfrid. Esperan durante un tiempo considerable y luego Denny se retira a su casa. (A la mañana siguiente, cuando míster X lo llama por teléfono para «averiguar» cómo ha transcurrido la entrevista, se apresura a partir para Londres). Holland por su parte, decide llegar a un acuerdo con el almirante de una vez por todas.

Echa a andar hacia Rundel Croft, advierte un coche estacionado cerca de la entrada, y resuelve hacer un rodeo hasta la Vicaría, porque todo el negocio es algo turbio y no desea ser visto. Su ansiedad por no atraer la atención retarda el avance. Con profundo horror, descubre el cadáver en el bote del vicario. Son ya aproximadamente las dos de la madrugada. Comprende el peligro en que se halla, pues carece de una coartada y el almirante pudo haber anunciado que iba a encontrarse con él cerca del puente, a lo que hay que añadir que el asunto del testamento y de la boda puede resultarle comprometedor. Hace, pues, un análisis minucioso de la situación.

La marea, según presume, cambiará de un momento a otro, y el agua empezará a correr río arriba. Debe esperar el cambio. Pero la espera se le hace penosa. Se siente cada vez más inquieto y más deseoso de alejarse. Hacia las tres, la corriente empieza a aflojar. Corta entonces la amarra: no porque no logre desatar el nudo, sino porque cortarlo se aviene mejor con su estado de ánimo y le parece un procedimiento más expeditivo. Después piensa en las impresiones digitales y arroja el cuchillo al río.

16. Ahora el plan de Holland consiste en hacer creer que ha pasado en su hotel toda la noche. Le urge ver a Elma, y se dispone a hacerlo en cuanto sea una hora razonable para presentarse en Rundel Croft, adonde llega, en efecto, antes que Rudge. Emery y Jennie Merton deben ser aleccionados un poco. Esto explica la demora en abrir la puerta cuando el inspector llama.

Elma y Holland convienen en que nadie, fuera de ellos dos, sabe que el almirante vacilaba en dar su consentimiento para la boda, pues el joven visitaba la casa como novio oficial.

El motivo suministrado por el testamento no será, pues, tan importante y, en cualquier caso siempre podrá argüirse que Elma está verosímilmente a punto de heredar la fortuna de su hermano. Por lo demás, si se casan no podrán obligarla a declarar en contra de su marido, y sólo ella sabe lo que se proponía hacer el almirante después de cenar en la Vicaría. Se han procurado ya una licencia, porque las circunstancias (el negocio de los armamentos, las proposiciones del almirante, etc.) aconsejan la conveniencia de estar dispuestos a contraer matrimonio a corto plazo.

Elma y Holland parten pues para Londres.

17. El «vestido famoso» no estuvo escondido nunca, pero, precisamente por ser el favorito, resultaba el más adecuado para llevarlo a Londres en aquella oportunidad. Por esa misma razón no permitió Elma que su nueva doncella, todavía poco práctica, lo empacara con sus otras cosas. Lo dobló, pues, personalmente y lo dejó sobre un estante mientras conversaba con el inspector, después de lo cual lo guardó ella misma

en su maleta, encima de todo lo demás.

En lo que al cuidado de su apariencia concernía, cabe decir que Elma, como muchas otras mujeres, se preocupaba más de su arreglo ante los extraños que ante los íntimos (aunque, por falta de tiempo, no lo hiciera aquella vez con el inspector).

En la entrevista disimuló como pudo; por momentos bien y por momentos mal.

18. La actitud del vicario se explica así: cuando la policía se presentó por primera vez en su casa, su preocupación principal fue que nada trascendiera de la entrevista con su ex esposa.

Debía pensar en sus hijos por encima de todo (éste fue casi su primer pensamiento).

El sombrero no tiene nada que ver con el caso; se aferrará pues a su historia. No sabe nada del crimen, y no lo puede relacionar con él, pero si la visita de la «doncella francesa» se descubre, no se habrá ganado sino una complicación innecesaria.

Entonces, cuando él ha dado ya su versión de: «Todo en calma después de las 10.15», sobreviene la pérdida del cuchillo noruego y su descubrimiento de manchas reveladoras en la glorieta.

Regará, pues, el jardín, y si maneja la manguera mal, o inoportunamente, ello sólo podrá achacarse a su incompetencia para las cosas de este mundo.

John Martin Fitzgerald, abogado de Drychester, contrajo matrimonio en 1888 con Mary Penistone, y tuvo de ella dos hijos: Walter, nacido en 1889, y Elma, nacida en 1898.

En 1909, Walter, por entonces de veinte años, tuvo algún conflicto con su padre, y abandonó el país. Llegó a China y obtuvo empleo en una compañía de tabacos de Hong Kong donde, holgazán y vicioso, aunque simpático y bien parecido, entró en un negocio de contrabando de opio.

El segundo jefe de la Aduana china era un hombre llamado Wilfrid Denny, quien había tenido ciertas dificultades por culpa de una esposa extravagante y derrochadora, y se hallaba gravemente endeudado con un gran prestamista chino. Denny no tardó en descubrir que la solución de su problema tenía un precio: hacer la vista gorda al paso del opio por la Aduana. Esto lo puso en contacto con Walter, que pronto estuvo en condiciones de extorsionar al débil y atolondrado Denny, que contaba entonces unos cuarenta años.

En 1911, el comandante del crucero *Huntingdonshire*, destacado en Hong Kong, era el capitán Penistone, tío del joven Fitzgerald, y para que el opio entrara al país había que hacerlo pasar por sus narices. El capitán anterior había sido fácil de manejar, pero Penistone estaba siempre alerta y era incorruptible. Tenía entonces cuarenta y tres años y era un hombre vigoroso y jovial, muy querido por su tripulación y un oficial de prestigio. Como resultaba imposible eludir su vigilancia, se había hecho necesario eliminarlo. Walter, en combinación con Denny, se valió de lo que sabía sobre el carácter de su tío para complicarlo en cierto asunto deshonesto (acaso de faldas, o vinculado con malos tratos a los nativos). Aunque en realidad inocente, Penistone aparece por lo menos como muy indiscreto, y se le conmina a presentar su dimisión.

(Penistone ignoró siempre quién era el responsable de su desgracia, y ni siquiera sabía que Walter estaba en Hong Kong, pero su carácter cambió, agriándose considerablemente.)

Durante la guerra se le permite reincorporarse, y por último se retira con el grado de almirante, concedido en reconocimiento a sus servicios. A pesar de todo, sigue atormentándose con el pensamiento de lo que hubiera podido hacer de no mediar aquel «desgraciado incidente», y cuando acaba la guerra determina investigar el asunto a fondo. Dinámicamente, reúne datos sobre todos los hechos y personas que pudieron estar vinculados con la intriga, tarea dificultada por la confusión de posguerra en China. La cosa se ha convertido ya para él en una obsesión.

Entretanto, Walter continúa con sus actividades ilícitas, y en 1914 se compromete en una falsificación. La guerra estalla exactamente a tiempo para salvarlo de la cárcel.

Consigue escapar y se alista en el ejército. Pero la orden de detención sigue en pie, y, en caso de sobrevivir, parece probable que será arrestado y condenado a largos años de prisión. Toma pues sus medidas para desaparecer. Envía a su casa una carta en el estilo siguiente: «Querido padre: Os he descuidado mucho pero espero que me hayáis perdonado; he vuelto una nueva página en mi vida y ahora estoy cumpliendo con mi deber...», etc., en la que incluye, para caso de accidente, un testamento extendido a favor de Elma.

Después del desastre de Loos, en septiembre de 1915, Walter deserta y desaparece. Es uno de los «desaparecidos con presunción de fallecimiento». El viejo Fitzgerald, que desde hace tiempo está arrepentido de su severidad con «ese pobre muchacho Walter», se está poniendo muy achacoso y enfermo. Ha ganado algún dinero y vuelve a redactar su testamento, pero mantiene las disposiciones tomadas algunos años antes a favor de Walter y Elma, porque Walter ha reaparecido ya una vez y puede volver a hacerlo (ver Cap. VII).

En el ínterin, Walter ha conseguido marcharse a otra parte con los papeles de alguna otra persona. Se mantiene secretamente en contacto con Elma, para quien sigue siendo el maravilloso y bienamado «hermano mayor», radiante recuerdo de su infancia. Si Walter anda en dificultades, la culpa debe ser de algún perverso que lo metió en ellas. El mozo convierte a su hermana en su confidente. El plan es probar su fallecimiento cuando Elma entre en posesión de la herencia, y ésta le entregue su parte bajo su nueva identidad.

El viejo Fitzgerald muere en 1916. No puede hacerse gran cosa hasta 1918-1919, cuando los prisioneros de guerra ingleses recuperan su libertad, y la «presunción de fallecimiento» de los combatientes desaparecidos es reconocida por las Cortes.

Todo está ya dispuesto para «presumir» la muerte de Walter, cuando se presenta un inoportuno que lo ha conocido en la época de su incorporación al ejército, y que declara positivamente haberlo visto con vida en Budapest, en 1918. Ignora el nombre que Walter ha adoptado por entonces, pero insiste en que no puede confundir al sujeto. En atención a las circunstancias, el Tribunal se niega a ratificar la presunción de fallecimiento.

Nota: Sólo ahora se hace necesario el casamiento de Elma para proporcionar a Walter su dinero (consultar Cap. VII sobre las oportunidades de hacerlo que tenía entonces), y en ese momento es cuando sale a relucir el asunto de la falsificación (ver Cap. VII).

El tiempo corre; Walter, conocido ahora como mister X, está viviendo intensa y lujosamente en el extranjero, explotando su ingenio y su simpatía.

En 1920 seduce a mistress Mount, que está pasando una temporada en Montecarlo con un grupo de amigos, y que posee algún dinero propio. Debía andar muy mal de finanzas en aquella época, para haberse fijado en la esposa del vicario. Después de exprimirla, la abandona a su suerte. Ella se coloca como doncella en París.

La vida se va haciendo para Walter cada vez más sórdida y difícil. Así las cosas, oye decir un día que Denny se ha retirado a Inglaterra con un título y una pensión. ¡Espléndida oportunidad! Extorsionará a Denny. Y así lo hace, sabiendo que sir Wilfrid no se atreverá a denunciarlo por temor a que salga a relucir el viejo asunto chino (y en este caso, ¡adiós a su pensión!).

La argumentación de Walter es la siguiente: «Me pagas y me callo. Suspendes los pagos y canto. Estoy tan hundido que poco me importa que me metan en la cárcel o no. ¡Pero tú también tendrás que rendir cuentas, camarada!»

El desgraciado Denny paga. Todos sus ahorros se van... Se van los frutos del contrabando de drogas. Y tiene que seguir pagando a Walter con su modesta pensión...

Mientras tanto, el almirante (que vive ahora en Cornwall), mediante activas negociaciones, ha dado por fin con la pista del incidente de Hong Kong. Un hombre llamado Arthur Holland que, bajo la capa de un vago negocio de exportación, se dedica a realizar ciertas averiguaciones secretas en China (probablemente vinculadas con la política de posguerra en aquel país), le suministra algunos datos valiosos. El almirante empieza a sospechar: 1.º) que Walter vive; 2.º) que estuvo complicado en su desgracia; 3.º) que también Denny tuvo algo que ver en ella.

Walter se muestra cada vez más atrevido. Se ha dejado crecer la barba, cambiando así su aspecto, y un día se presenta a la puerta de Denny. Este debe ahora respaldarlo y afianzarlo en su nueva personalidad de mister X. De lo contrario, ¡adiós tranquilidad!

Sir Wilfrid se encuentra entre la espada y la pared. Sabe no obstante (por lo que Walter le ha revelado en algún momento confidencial) que hay una persona en Inglaterra con quien mister X no desea encontrarse, y que esa persona es el reverendo Mount. El vicario sabe demasiado de mister X (en su carácter de mister X) para que el mozo no desee ponerle a tiro. Denny consulta una guía Crockford, descubre que Mount está radicado en Lingham y alquila una casa en su vecindad. Walter, de regreso de un viaje por el extranjero, descubre que su víctima ha volado a terreno prohibido y trata de hacerla salir de él, pero sir Wilfrid se mantiene firme.

Entonces surgen nuevas dificultades. Denny, perturbadísimo, escribe a Walter. Ha recibido noticias del almirante quien (¡después de todos aquellos años!) ha empezado a hacerle preguntas fastidiosas sobre aquel asunto de Hong Kong, muerto y enterrado. En realidad, da la impresión de que sabe algo. Denny hace todo lo posible por mostrarse cordial e intrascendente, pero le resulta difícilísimo.

Walter se propone hacer un poco de espionaje. Busca a su ex amante, mistress Mount, sobre la cual conserva una gran influencia, y la induce a colocarse como doncella francesa de su hermana, bajo el nombre de Célie Blanc. Deberá averiguar cuanto pueda sobre las personas que frecuentan la casa y sobre las actividades del almirante, y actuar como intermediaria entre Walter y Elma. Porque el viejo, sospechando que la muchacha conoce el paradero de su hermano, ha empezado a

someterla a una estricta vigilancia e intercepta su correspondencia.

Para Elma, naturalmente, Walter sigue siendo el pobre muchacho extraviado que jamás ha tenido una oportunidad de reivindicación. Anhela entregarle su dinero, abierta o clandestinamente, pero como el plan de probar su fallecimiento ha fracasado, quiere cederle ahora una parte de su propia fortuna. Felizmente, Holland se ha enamorado como un loco de su arisca belleza. Aunque por temperamento contraria al matrimonio, ella admite la posibilidad de casarse, para obtener el dinero. No se le oculta esto a la perspicacia del almirante, que por la misma razón se opone a la boda. Elma, como es lógico, no confía en Holland, a quien considera un instrumento de su tío. Todo el mundo se ha confabulado para privar al querido Walter de lo que legítimamente le pertenece. Convencida de ello, simula interrumpir su correspondencia con Walter y trata al almirante con todo el desprecio que le inspira. Penistone ha prevenido a Holland de que si la boda llega a consumarse, Elma probablemente entregará todo su dinero al pillo de su hermano, pero el joven enamorado contesta que quiere a Elma y no a su dinero. El almirante dice: «No les daré mi consentimiento.» Holland replica: «Eso no me importa un comino.» Pero a Elma sí le importa. Precisamente va a casarse con él para entrar en posesión de su herencia. La situación se prolonga. Elma alternativamente rechaza y alienta a su novio. Si se muestra demasiado afectuosa, él querrá apresurar la boda, pese a la oposición del almirante; si demasiado interesada puede echarse atrás, y como por aquella época es el único hombre a quien tiene oportunidad de tratar y no hay ningún otro candidato en el horizonte, debe intentar tenerlo sujeto.

Mistress Mount es una mujer de carácter débil y sigue enamorada de Walter. Creo que sabe ya que éste es Fitzgerald, pero supone, como Elma, que ha sido perversamente calumniado. Walter se jacta de tenerla en su poder y, como cebo, le promete casarse con ella si lo ayuda a obtener el dinero.

Así las cosas, Penistone ha llegado a la conclusión de que la única persona que puede servirle para dar con Walter y aclarar el incidente chino, es Denny, y en una de sus repentinas decisiones, adquiere Rundel Croft y traslada allí a toda la familia con armas y bagajes.

Esto deja a Walter terriblemente consternado, y por su parte mistress Mount se siente trastornada también al comprobar que está no ya en el mismo pueblo, sino, por así decirlo, puerta con puerta con su ex esposo (no creo que Walter mencionara ante ella el lugar de residencia de su ex marido. ¿Por qué había de hacerlo? Y, por lo demás, mistress Mount apenas tiene tiempo de informarlo del lugar adonde se dirigen, cuando ya ha tenido efecto la mudanza. Es igualmente posible que mistress Mount lo *supiera*, pero con toda intención no le dijera nada a Walter en un principio, conmovida ante la perspectiva de ver a sus dos hijos. Tal vez esta última hipótesis sea la más verosímil y en consonancia con su carácter débil y emotivo.)

El vicario, naturalmente, ve y reconoce a su esposa, y se siente profundamente conturbado. Tiene con ella una entrevista privada en la que recobra parte de su

antigua influencia, si no como hombre, por lo menos como sacerdote. La interroga bondadosamente acerca de Walter (a quien por supuesto, sólo conoce como X). ¿Viven todavía juntos? Ella nunca ha solicitado el divorcio, y el vicario no ha pensado jamás en proponérselo por su cuenta, ya que esto hubiera ido en contra de sus principios. Para él, sigue siendo su esposa, aunque si ella solicita el divorcio no permitirá que sus convicciones religiosas se interpongan en su camino.

La mujer se emociona ante esta prueba de sincera consideración, y admite que X se ha portado mal con ella, aunque ahora abriga esperanzas de que a pesar de todo se case, si puede arreglar sus «negocios».

Ella (presa siempre fácil de la última impresión) queda muy turbada después de la entrevista. Por otra parte, y a raíz de lo que ha oído en casa del almirante Penistone, empieza a temer que la hayan complicado en algo mucho más infame y peligroso que la reivindicación de sus «derechos» de un hombre injustamente perseguido. Después de todo, pocas ilusiones pueden caberle ya sobre el verdadero carácter de Walter. Se propone, en consecuencia, acudir de nuevo al vicario, y revelarle todo lo que sabe, bajo secreto de confesión. El vicario se muestra severo. Es absurdo suponer que pueda absolverla. Ella no está arrepentida, sino simplemente amedrentada. Ha engañado a su amo y está comprometida en una confabulación para torcer los designios de la justicia. Su deber es romper con Walter y abrir su pecho al almirante.

De acuerdo con su carácter, mistress Mount no hace ni una cosa ni otra. No quiere seguir adelante, pero tampoco se atreve a confesárselo todo a Penistone... Se limita, pues, a abandonar Rudel Croft, sin decir a Walter sino que su esposo la ha reconocido y que la situación es insostenible. Walter se incomoda y comprende que ya no puede tenerle confianza. Le dice que no sea tonta. ¿Por qué no podría Elma casarse con Holland?

Y no se habla más. Pero antes de dejarla, obtiene una descripción exacta de la casa del almirante, de la Vicaría, etc.

Dos semanas más tarde, Walter recibe noticias de Denny. El almirante se está acercando peligrosamente a la verdad. «Viejos amigos» lo han estado visitando y algo se ha descubierto.

Es necesario imponerle silencio.

Walter está de acuerdo. Su plan es: a) matar al almirante; b) fabricar pruebas de su propia muerte (la de Walter) en el período *siguiente* al fallecimiento del viejo Fitzgerald; c) hacer que Elma herede la parte de «Walter», en virtud de su testamento de 1915.

Denny y él estarán entonces a salvo, y todo el dinero para cualquier intento y propósito quedará en sus manos. Si Denny se porta bien, se le dará una parte.

Por intermedio de sir Wilfrid, Walter envía luego una carta a su hermana, donde le dice que se le ha ocurrido un procedimiento para someter al almirante y obligarlo a consentir en la boda. No deberá hablarle de esto a Holland (que acaso pudiera, por altivez, oponerse) pero sí comunicarle que está dispuesta a casarse con él, diga lo que

diga el almirante Penistone. Holland deberá procurarse una licencia especial y ella irá a Londres para casarse en la mañana del 10 de agosto.

Queda así dispuesto el plan para asesinar a Penistone, sustraer los papeles comprometedores, y asegurar la paz y el bienestar en todo el contorno.

El crimen

1. Holland llega inesperadamente en el tren de las 8.15 para entrevistarse con el almirante. Lo preocupa la idea de perjudicar los intereses de Elma con su casamiento, y quiere dar al almirante una oportunidad para que consienta antes de que sea demasiado tarde.

Llama desde el Lord Marshall, y le contesta mistress Emery, quien le informa que Elma y su tío han salido a comer afuera y probablemente no estarán de regreso hasta bastante tarde. Esto es fastidioso, pero debe hacer cuanto esté en su mano. Pasará allí la noche y hará una tentativa más por ver a Penistone; pero si no lo consigue, simplemente volverá a la ciudad a la mañana siguiente y llevará adelante su proyecto. Cena en el Lord Marshall y sale a dar un paseo, durante el cual es visto por Denny.

2. Denny ha comunicado al almirante que ha descubierto algo de interés para él acerca de Walter y del asunto chino. Ha dado con un hombre que sabe algo. Este sujeto anda en «ciertas dificultades» y eso le impide presentarse abiertamente, pero si Penistone accede a ir, después de comer, a un viejo cobertizo abandonado, en las inmediaciones del puente de Fernton, Denny y el otro se le reunirán allí. La cita queda fijada para las 11.15 en punto. El almirante se traga el anzuelo sin chistar.

Walter, por medio de Denny, ha enterado a Elma de todo esto, aunque para ella (como es lógico) «el hombre» es un personaje misterioso que ha adquirido cierta influencia sobre el almirante y que va a arrancarle el consentimiento para su boda.

Penistone, como también es lógico, cree que Elma está en ignorancia del asunto.

3. El esquema para el asesinato es el siguiente: Denny acudirá a pie al cobertizo abandonado para encontrarse con el almirante a las 11.15, y retenerlo con su conversación. Entretanto, Walter se presentará en el Lord Marshall a esa misma hora, y allí, gracias a su barba y a su parecido de familia, lo confundirán fácilmente con el almirante en la semioscuridad. Deberá dejar algún tipo de mensaje. (Cuando Walter sabe por Denny que Holland se halla en Whynmouth, aprovecha el dato y pregunta por él, para complicarlo en el crimen, por si algo marcha mal en sus proyectos.) Así establecerán el hecho de que el almirante se proponía viajar en el tren de las 11.25. Walter conducirá en seguida el coche de Denny hasta el puente de Fernton (que queda a unos tres minutos de marcha), y, mientras su cómplice entretiene a la víctima, golpeará brutalmente la cabeza de Penistone con un instrumento contundente. Acto seguido transportarán el cadáver hasta el paso a nivel, cuyas barreras son de las que se hacen funcionar desde la casilla de señales por medio de una palanca. En todo eso

no se deberán invertir más de unos siete minutos (por ejemplo, uno para los golpes, tres desde el cobertizo hasta el automóvil, y otros tres hasta el paso a nivel; este cálculo permitirá conducir a sesenta por hora, para cubrir una distancia de unos dos kilómetros aproximadamente, cuando la verdad es que se podría recorrer mucho más pronto una distancia tan corta). Hacia las 11.22 dejarán el cadáver en las vías, introduciéndolo por el portillo lateral, al amparo de las sombras.

A las 11.24 para habitualmente el expreso que no tiene parada en Whynmouth. Con un poco de suerte, arrollará al almirante y se deducirá que éste encontró la muerte al atravesar el paso a nivel como el camino más corto entre el Lord Marshall y la plataforma (ver mapa).

Walter se dirigirá entonces a Rundel Croft para ver a Elma que lo estará esperando. Le explicará que se ha realizado la entrevista y que, a raíz de lo tratado en ella, el almirante ha partido para Londres, después de extender su consentimiento para la boda. Le entregará luego la autorización escrita a máquina falsificada con ese fin, encargándole que se case con Holland cuanto antes, porque está desesperadamente necesitado de dinero y no hay tiempo que perder.

4. Este hermoso plan fracasa y ocurre en realidad lo siguiente:

Mistress Mount, a quien la influencia del vicario, sumada a sus propias aprensiones, le ha hecho sospechar en Walter intenciones siniestras, ha iniciado por cuenta propia una pequeña investigación policíaca. Se me ocurre que probablemente intercepta alguna comunicación de Denny sobre la fecha y la hora convenidas para el encuentro con el almirante. Ella vive por entonces en Londres, ya sea con Walter, o bien en algún sitio elegido por éste. Lo cierto es que descubre: a) que Walter no tiene ninguna intención de casarse con ella nunca, pues tiene tomadas otras disposiciones, y b) que existe algún plan para eliminar al almirante aquella misma noche. Resuelve, pues, poner a Penistone en guardia. No puede ya alcanzar ningún tren (el de las 8.50 ha salido, y el expreso no para en Whynmouth), por lo que alquila un automóvil y parte para Lingham.

No se dirige directamente a Rundel Croft, pues prefiere no encontrarse con Walter, que acaso se encuentre allí (ignora los detalles precisos de la confabulación). Tratará de dar con el vicario y prevenirlo primero *a él*. Ya en la Vicaría, indica al chófer que se detenga junto a la acera y espere. No tardará más de unos minutos.

Llega a la Vicaría a las 10.40.

Nota: Antes de lo declarado por el agente en el capítulo VI, pero éste sólo indicó *alrededor de las 10.45*.

No quiere tocar la campanilla (¡los chicos!, ¡los sirvientes!). Tal vez el vicario ande por el jardín fumando la última pipa del día (recuerda sus hábitos). Se desliza en la glorieta. No hay allí nadie. Solamente el sombrero del vicario y, sobre la mesa, el cuchillo de Peter. Se pregunta qué puede hacer. ¿Arrojará unos guijarros contra la ventana del dormitorio de su marido? (Pero ¿cuál será?) ¿O tomará el bote y se dirigirá intrépidamente a Rundel Croft? Mientras vacila, juega distraídamente con

el cuchillo y se le ocurre que, si ha de enfrentarse a solas con Walter, puede serle útil. De pronto oye el inconfundible chirrido de los remos en las horquetas. Corre al embarcadero, y en la penumbra de la noche estival distingue al almirante que parte río abajo. ¡Debe de estar camino de la cita fatal!

En la glorieta, la mujer ha tomado lo que cree su bolso de gamuza negra y que, en realidad es el sombrero del vicario. Atrae a la orilla el bote de éste por la soga de popa, pero, debido a la impetuosa corriente y a la rigidez de la amarra nueva, encuentra cierta dificultad para desatarla del poste. Corta, pues, el nudo con el cuchillo de Peter, que después, según creo, arroja al río, donde será ulteriormente encontrado. Encaja los remos y parte en persecución del almirante, que por entonces se ha alejado ya bastante río abajo. (Acaso intente llamarlo a gritos, pero es probable que Penistone no la oiga. O acaso tenga miedo de alborotar. ¡Los chicos! ¡Los sirvientes!)

5. *El sobretodo.* El almirante ha dispuesto acudir a su cita por vía fluvial. Sacar el automóvil significa hacer ruido, y no puede ir caminando porque tiene una pierna tullida como recuerdo de la guerra. (Esto hará que, afortunadamente, no se le suponga capaz de llegar a pie a Whynmouth en el tiempo de que dispone.)

Aguarda a que Elma se pierda de vista, y discurre que será conveniente llevar un sobretodo, pues puede acalorarse remando y la entrevista en el cobertizo acaso se prolongue mucho. Entra en la casa, toma el sobretodo y al salir cierra la puerta ventana. Sube al bote. Cuenta con llegar al puente de Fernton en una media hora, favorecido por la corriente y por su habitual destreza como remero.

6. Mistress Mount no puede avanzar con la misma velocidad. En otros tiempos solía pasear en bote con el vicario, pero en la actualidad le falta entrenamiento. El hecho es que el almirante llega al puente en veinticuatro minutos, a las 11.10, y se reúne con Denny, que lo está esperando. Mistress Mount llega cinco minutos más tarde. Ve el bote, pero no al almirante. Atraca en el viejo embarcadero, semipodrido y anegado, y, avanzando cautelosamente, descubre a Denny con el almirante detrás del cobertizo.

Ahora bien, sir Wilfrid alberga las más sombrías sospechas contra Walter. Teme que quiera desprenderse de él al mismo tiempo que de Penistone. Ha ido, pues, armado con una daga, recuerdo de sus días en China. Mistress Mount grita para prevenir a Penistone del peligro: «¡Cuidado, almirante! ¡Quieren asesinarlo!» El viejo, que a su vez alberga las más sombrías sospechas contra Denny, se vuelve hacia éste, con ademán amenazador. Denny pierde su poca sangre fría, esgrime el cuchillo y lo apuñala. Mistress Mount chilla y se desvanece.

7. En este angustioso momento llega Walter, que ya ha desempeñado su parte en el programa. Se horroriza al encontrar muerto al almirante a causa de una herida que ni la más loca imaginación puede atribuir a una locomotora. (¡Y a mistress Mount en segundo plano, presa de un ataque de histerismo!) Se enfurece contra uno y otra. Ambos hombres se trezan en un agrio cuchicheo. Denny dice que no pudo evitarlo.

Walter le responde que es un maldito imbécil. Denny pregunta si no se puede seguir adelante con el plan. Tal vez la herida de la daga pase inadvertida en el destrozo general del cuerpo. Mientras pierden el tiempo en recriminaciones y en dominar a mistress Mount, que parece más que inclinada a gritar y atraer gente a la carretera, se oyen un bramido y un estruendo lejanos, y el expreso de las 11.24 atraviesa el puente del ferrocarril. Es demasiado tarde. El otro único tren de aquella noche pasará un minuto después, y ya no se puede contar con él para nada.

8. ¿Qué partido tomar? Helos aquí con dos botes, un automóvil, una mujer y un cadáver. Lo más fácil sería dejar que el cuerpo del almirante flotara apaciblemente hasta el mar, pero la marea lo devolvería a la playa al cabo de media hora. Alguien podría encontrarlo; inmediatamente se realizarían averiguaciones en Rundel Croft, y Walter tiene imperiosa necesidad de llegar hasta allí para recoger los papeles. Por lo demás, la pesquisa se orientaría desde un principio río arriba, y se descubrirían rastros de pisadas y de sangre en el puente de Fernton. No. Mucho mejor será hacer creer que el crimen se ha cometido en otro lugar.

El bote del vicario... Su sombrero... ¿Por qué no llevarlo todo nuevamente a Rundel Croft y dejar que el vicario explique las cosas como Dios le dé a entender? Walter conducirá el coche hasta la casa, se procurará los papeles y dejará el consentimiento falsificado. Mistress Mount y el infeliz Denny tendrán que llevar los botes como puedan, pese a la corriente.

9. «Y dicho sea de paso —observa Walter—, ¿cómo llegó hasta aquí mistress Mount?» Y después de unos cuantos tartamudeos y engaños, le arranca la historia. ¡Condenación! ¡Habrà que deshacerse de ese chófer! En eso están, y son casi las 12, pues ha habido una prolongada discusión. No hay tiempo que perder. Walter vuelve al automóvil y conduce hasta la Vicaría. ¡El taxi ha desaparecido! Esto resulta desconcertante y molesto, pero el tiempo apremia. Regresa al puente de Fernton y por ahí a Rundel Croft, donde esconde el coche en algún lugar fuera del camino. Se introduce por la puerta ventana con una llave de Elma, entra en el estudio y emprende la búsqueda de los documentos.

10. *El automóvil.* Mientras tanto, el conductor del taxi se ha impacientado. Su pasajera le había prometido pasar allí sólo unos pocos minutos, y ha transcurrido casi una hora. Nadie parece haberle abierto la puerta. La casa está oscura como una tumba. Tiene la vehemente impresión de haber sido burlado. Grita violentamente, una y otra vez, y luego llama a la puerta lateral, que es la primera que encuentra a su paso. El vicario (que duerme de ese lado, mientras los chicos y los sirvientes lo hacen en el ala que da al río) se asoma por la ventana. ¿Qué sucede? ¿Hay algún feligrés moribundo? No entiende la respuesta del taxista, pero piensa que será mejor bajar y averiguar lo que ocurre. El hombre le pregunta si la señora tardará mucho, porque debe volver a su garaje para encargarse de otro trabajo. El vicario pregunta de qué señora le está hablando. «De la que entró aquí», y la describe. ¿Le pagarán su dinero? Porque de lo contrario... Y demuestra las más decididas intenciones de armar un

alboroto. El vicario, que con profunda inquietud ha reconocido a la mujer por la descripción que de ella le han hecho, reflexiona rápidamente. Debe, a toda costa, evitar un escándalo. Da una excusa cualquiera y paga, después de tomar el nombre del chófer y las señas de su garaje.

Recapacita. ¿Adónde habrá ido su esposa? ¿Cuál pudo ser el motivo de su visita? Tal vez ande por Rundel Croft. Baja al cobertizo: su bote no está allí. Debe de habérselo llevado para atravesar el río. Menea la cabeza ante este pensamiento. Es evidente que la pobre mujer sigue en manos de aquel canalla. ¿Qué hará cuando vuelva, al comprobar que el taxi se ha marchado? Se decide a esperarla para darle cuenta de lo ocurrido y llevarla en su propio coche, de ser ello necesario.

Entra en la casa y se viste. Después se sienta frente a la ventana de su dormitorio para vigilar la carretera. ¿Por qué no vigila el cobertizo? Porque si mistress Mount vuelve en compañía de Walter podrían surgir complicaciones, acaso ruidosas, y él no quiere provocarlas. (¡Los chicos! ¡Los sirvientes!) De todos modos, ella *debe* volver al sitio donde el automóvil quedó aguardándola. La esperará, pues, del lado de la casa que da a la carretera.

11. Denny y mistress Mount han quedado encargados de conducir los botes. Limpian lo mejor que pueden la sangre derramada detrás del cobertizo. Bajo la amenaza de Denny, a quien acaba de ver asesinar a un hombre, la mujer ayuda sin protestar. Sir Wilfrid pone el sobretodo al almirante (o quizás él mismo se lo pusiera a su llegada) y le introduce en el bolsillo el periódico de la tarde, que Denny o Walter llevaron a la cita (y que fue adquirido en Whynmouth aquella misma noche, o que acaso trajera Walter de la ciudad). Hacia la 1, cuando afloja la marea se ponen en marcha. Depositán el cadáver en el bote del vicario, del que previamente han quitado los toletes, y le echan encima la chaqueta de Denny para ocultar el rostro. Esto explica por qué el rocío no humedeció el cadáver. El bote del vicario, con su carga, es amarrado a la popa del otro bote para remolcarlo. El torpe Denny, como es lógico, lo hace con uno de esos nudos propios del hombre de tierra firme, casi imposible de desatar, particularmente cuando se moja la amarra y se hincha con el agua la soga nueva. Con un bote a remolque y dos remeros incompetentes, no se puede desarrollar mucha velocidad, y la siniestra aurora despunta sobre el río antes de que hayan llegado a Rundel Croft. Allí está Walter, furioso por la tardanza. Ha cerrado la puerta ventana y se ha llevado la llave, pero, cuando ayuda a saltar a tierra al idiotizado Denny, la deja caer, según cree en el fango, aunque en realidad dentro del bote del almirante, donde un tropezón de sir Wilfrid la empuja sobre las tablas. De todos modos, no es tiempo de ponerse a buscar. Está aclarando. ¡Maldito Denny con su nudo inextricable!

Cortan la soga con el cuchillo de Denny, y lanzan a la deriva el bote con el cadáver, que se balancea perezosamente sobre el agua y se detiene en la orilla opuesta. Los cómplices guardan al revés el otro bote en el cobertizo; cortan y arrojan al río los restos de la amarra que han quedado prendidos en él, y emprenden el

regreso en el automóvil de Denny, que deja por el camino a Walter y a mistress Mount. Walter recupera su propio coche donde lo había dejado al llegar de Londres, y se lleva con él a mistress Mount. (Si la pobre mujer sale con vida de este trance me asombrará mucho.)

Nota: Pueden emplear el coche de Walter o volver ambos a la ciudad en el tren lechero. En cualquier caso, siempre será fácil rastrear estas evoluciones de vehículos.

12. *Holland.* ¿Qué ha estado haciendo mientras tanto? Claro que puede haber estado inocentemente dormido en su cama, pero me parecería más divertido que no fuese así. Me imagino que, después de dejar sus zapatos en el pasillo para que los limpiaran, se le ocurre que todavía puede hacer otra intentona con el almirante esa misma noche. Sale del hotel sin ser visto por el portero, en algún momento entre las 10 y las 11 (no demasiado temprano, para dar tiempo a que los otros regresen de la Vicaría). Camina cuatro kilómetros con toda comodidad, gracias a sus zapatos de lona con suelas de goma. Supongamos que llega a Rundel Croft más o menos a las 11.15 (el almirante está en el cobertizo abandonado, cerca del puente, y Elma en el piso alto). La casa está oscura. «No han llegado aún», piensa. Se dirige al embarcadero y no ve ningún bote. Bueno, deben de estar todavía en casa de míster Mount. Sale a dar un paseo por la carretera sin perder de vista el edificio. Todavía no hay luces. (¡Cosa extraña!) Cavila sobre el amor y el matrimonio, y para matar el tiempo se recita la *Oda a un ruiseñor*. La casa sigue a oscuras. ¿No se habrá confundido en la cita? Vuelve al cobertizo. Sigue faltando el bote. No hay luces en ninguna parte. Son más de las 12. Paciencia. Ya no es posible llamar a estas horas de la noche. ¡Hola! Alguien ha entrado por la puerta ventana. Hay luz en el estudio. Distingue con toda precisión el perfil del almirante con su barba (se trata en realidad de Walter con su aire de familia). ¡Qué raro! ¿Dónde puede estar el bote? Se dirige a la casa. Ahora están corridas las cortinas del estudio pero hay luz en el salón. Llama. Elma abre la ventana. Parece muy sorprendida al verle. ¿Podría hablar con el almirante? No... ¡Oh, no! Pero tampoco es necesario: Penistone ha dado ya su consentimiento para la boda. Ahí está la autorización escrita. «En tal caso —comenta Holland—, no hay necesidad de viajar a Londres al día siguiente.» ¡Oh, sí! Deben hacerlo todo como lo tienen dispuesto. El hecho es que el almirante ha consentido sólo con la condición de no ver más en casa a su sobrina. ¿Es cierto eso, por Júpiter? ¡Ya le dirá él al viejo pelma la opinión que le merece! ¡No, por Dios! No conseguiría más que agravar las cosas. («Por favor, haz lo que te pido.» «Claro que sí, querida. Pero tú me amas, ¿no es cierto?» «Naturalmente. ¡Pero ahora vete, por favor!» «Muy bien... ¡aunque te encuentre tan hermosa esta noche...! Sea. Buenas noches, encanto.») Holland hace mutis para vagar en medio de un éxtasis hasta una hora en que le da vergüenza presentarse en su hotel. En lugar de ello, continúa paseándose por la playa (donde en caso necesario puede haber sido visto) hasta las 6, hora en que entra en el Lord Marshall sin que el portero, que está ocupado en el bar, lo advierta. (Obsérvese que Holland está ahora dispuesto a jurar que vio vivo al almirante

después de las 12.) Cuando llega al hotel la noticia de la muerte de Penistone, se siente apenado. Debe ver a Elma. Se encamina a Rundel Croft, pensando que, dadas las circunstancias, ella habrá abandonado su proyecto de casarse ese día. Es demorado por el inspector Rudge y, cuando queda en libertad, se entera de que Elma ha partido para Londres como lo habían dispuesto. Se apresura, pues, a seguirla, y como presume que el asunto le acarrearé un sinnúmero de dificultades, se casa con ella para protegerla en carácter de esposo. Comprende, como es natural, que no pueden permanecer en Londres como ella le propone (tendrán que volver para la audiencia y para el funeral), pero su mujer está nerviosa y por el momento no quiere contrariarla.

(Nota: No dice nada a Rudge sobre su excursión de medianoche por temor a ser detenido. Primero se pondrá en contacto con Elma. Por lo demás, no es inverosímil que, a esta altura de los acontecimientos, todavía sospeche de ella.)

13. *Elma.* A mi juicio se ha dado demasiada importancia al tiempo que tardó Elma en vestirse cuando le fue anunciada la visita del inspector. Al oír la noticia de la muerte se horroriza. Es imposible no sospechar en Walter un conocimiento culpable. Pero, como es natural, alienta la esperanza de que el crimen haya sido cometido por el desconocido, después que Walter los dejara. Siente que está a punto de desvanecerse, pero si Emery le lleva una taza de té, tratará de recobrase. Así lo hace el mayordomo y ella, casi repuesta, manda decir al inspector que bajará dentro de un cuarto de hora. Recapacita sobre lo que ha de declarar. Nadie sabe nada de Walter. Holland debe creer que fue el almirante el hombre a quien vio a medianoche. Será mejor callar. Y espera que su novio callará también, aunque no se hayan puesto de acuerdo. (Además es posible que esté ya en Londres.) Debe ordenar a Jennie que le prepare una maleta. El vestido blanco le servirá para la ceremonia. Lo mira. ¡Cielos! ¡Tiene en la falda una mancha de sangre! La mano o la chaqueta de Walter debieron dejar esas huellas cuando se saludaban. Pero entonces Walter... ¡Horror! Apresuradamente, esconde el vestido, se viste y baja.

Tiempo para transmitir las noticias...	5 minutos
Tiempo para preparar el té	5 minutos
Tiempo para beberlo	5 minutos
Tiempo para examinar el vestido y preparar su versión	5 minutos
Tiempo para vestirse	5 minutos
Total	25 minutos

Naturalmente, Elma dejará que Holland siga creyendo que vio al almirante en su estudio, porque de lo contrario se vería obligada a explicar la presencia de Walter. Pero no es tan fácil explicar por qué le permitió a Rudge suponer que ella había visto vivo por última vez a su tío a las diez de la noche.

14. *El vicario*. Sale por la mañana temprano. No se ha presentado nadie. ¿Qué pudo haber ocurrido? Encuentra el bolso de su esposa en la glorieta y huellas de tacones en el camino que conduce hasta allí desde la casa, así como en el cantero inmediato. (*Nota*: El camino que comunica la glorieta con el cobertizo de los botes es de ladrillo. Los otros caminos del jardín son de grava.) Deseando evitar el escándalo, toma un rastrillo y borra las huellas.

La temperatura ha sido últimamente seca y calurosa, pero una semana antes han caído lluvias intermitentes. (*Nota*: De haber sido continuas, Neddy Ware hubiera tenido algo que decir acerca de sus efectos sobre el nivel del río, que parece normal.) Por lo tanto, la tierra removida tiene un aspecto sospechosamente negro y húmedo. Al conocer la noticia del asesinato, el vicario no puede evitar la sospecha de que su mujer ha actuado como cómplice, o por lo menos de que tiene algún conocimiento culpable. Aprende entonces la diferencia que existe entre predicar y practicar los sagrados deberes de un hombre para con la sociedad. Oculta el bolso y riega los parches dejados por el rastrillo.

Debe ahora encontrar a su esposa. Debe saber si es o no culpable. (¡La madre de sus hijos ahorcada por asesinato!) Espera que no lo sea y que, demostrándole que conoce su presencia en la glorieta la noche anterior, logre inducirla a revelar lo que sabe sobre Walter. Él por su parte no puede hacerlo, porque le está vedado revelar lo que ha oído bajo secreto de confesión. Conoce las señas del garaje donde ella alquiló el automóvil. Le seguirá los pasos en cuanto su actitud no despierte las sospechas de la policía.

15. La pipa del almirante quedó olvidada sobre la mesa del vicario en el curso de la visita, y en realidad no tiene relación en el caso. Pero si se la vincula con la declaración de Holland de haber visto vivo al almirante pasada la medianoche, puede servir para arrojar nuevas sospechas sobre el vicario.

Capítulo 1. El rasgo saliente de la situación —del que ninguno de los últimos colaboradores se ha ocupado— me parece el hecho de que el cadáver fuese hallado en un bote. Un asesinato en un bote es cosa altamente inverosímil. Pero ¿por qué dejar un cadáver en un bote, cuando sería más fácil arrojarlo a la corriente? Claro está que podría tratarse de una complicada maquinación para incriminar a alguien, disponiendo de tal forma el bote en el río que las sospechas recayeran por fuerza sobre un inocente.

Si el canónigo Whitechurch tuvo en vista algún asesino, su hombre debió ser necesariamente Neddy Ware, pues hemos de suponerlo respetuoso respecto al honor de su investidura. *Ceteris paribus*, en una novela policial moderna es muy probable que el criminal sea la primera persona nombrada.

A favor de la culpabilidad de Ware hay que observar: que declara no reconocer el cadáver, aunque ha tratado a Penistone mucho tiempo antes, en el destacamento de China. Parece improbable, por lo demás, que no lo hubiera visto nunca en la región, después de un mes de residencia en pleno verano, si se tiene en cuenta que Ware estaba siempre pescando y que Penistone poseía un bote.

Contra la culpabilidad de Ware testimonia, en cambio, el hecho de que Penistone se instalara tan cerca, coincidencia improbable si suponemos que Ware tuviera una vieja enemistad contra él.

Dejé sentado en cierta ocasión el principio de que ningún chino debía figurar en una novela policial. Actualmente me siento inclinado a extender dicha exclusión a todos los residentes en China. Ahora bien, al parecer tanto el almirante Penistone como sir Wilfrid Denny, Walter Fitzgerald, Ware y Holland, están todos estrechamente vinculados con aquel país, lo que en realidad es un abuso.

Capítulo 2. Supongo que los Cole se propusieron incriminar a Elma, aunque acaso pudieron tener los ojos puestos en Denny.

Capítulo 3. Wade parece sospechar de Elma: el empaque de sus efectos o la ocultación de sus ropas de noche apuntan en esa dirección. (¿Por qué se acicaló tanto para encontrarse con el vicario? Este punto debe considerarse detenidamente.) Las palabras: «si es que lo fue», que pone en boca del inspector (o por lo menos en su pensamiento) en la conversación que éste sostiene con sus subordinados, parecen por el contrario destinadas a incriminar a Ware, y otro tanto ocurre con la teoría de Appleton de que el asesinato debió perpetrarse corriente arriba. ¿Puede formarse rocío sobre los botes que flotan en el agua? La Enciclopedia no me ofrece ninguna ayuda para la solución de este curioso problema.

Capítulo 4. Mistress Christie parece recelar de Denny. Sir Wilfrid está arruinado; la mudanza de Penistone se atribuye al deseo de estar cerca de él y, según mistress

Davis, aquella vecindad no complacía demasiado a Denny. De acuerdo con las normas establecidas para las novelas de misterio, esto debería significar que el almirante lo estaba extorsionando.

No alcanzo a discernir qué importancia puede tener —si tiene alguna— la fugitiva esposa del vicario. Abandonó a su marido en 1920, bastante después de la guerra, de modo que resulta difícil identificarla con Elma, que vivía con su tío en aquel tiempo.

¿A qué distancia queda Whynmouth de Londres?

Capítulo 5. Rhode, aparentemente, se decide por Holland. Penistone pudo haber ido a Whynmouth con el propósito de entrevistarse con él, y posiblemente Holland le dio muerte y lo transportó río arriba. Más tarde trasladó el cadáver al bote del vicario, y guardó el otro con la proa hacia adentro. Pero claro está que también Denny resulta sospechoso, dada la posición de su casa. Igualmente habrá que observar una vez más que la insistencia de Ware en que el asesinato debió cometerse río abajo, puede ser un intento por exculpar al verdadero criminal, o sea para exculparse.

¿Hasta qué altura de su curso estaba sujeto el río a la acción de las mareas?

Capítulo 6. Kennedy posiblemente orienta sus sospechas hacia el vicario. De no ser así, ¿por qué hubiera sido tomada el arma en la glorieta de la Vicaría? (A menos que lo fuese por pura casualidad.) ¿Y por qué riega el vicario su jardín tan cuidadosamente, si no para borrar rastros de pisadas? (A mi criterio no debemos abrumar a los muchachos con un crimen juvenil.)

No comprendo la presencia de la pasajera del automóvil. Si era Elma, no veo cómo pudo llegar hasta allí. Si era otra mujer, se trataría de un personaje nuevo, no mencionado en los cinco primeros capítulos y que, por consiguiente, no puede ser el criminal. Acaso sea la esposa desaparecida, pero me parece demasiada coincidencia que se le ocurra hacer una visita precisamente en esa noche, ya tan *accidentée*.

Capítulo 8. Supongo que miss Sayers opina que el vicario sabe algo sobre el asunto. La extensión de la sogá podría indicar que el bote de la Vicaría fue amarrado dos veces aquella noche, y que se le soltó cortando la amarra desde una posición desventajosa; de ahí los sesenta centímetros de sogá que faltan y que debieron quedar pendientes en algún poste, a menos que alguien, deliberadamente, los quitase de allí después del crimen. Esta doble maniobra con el bote sugiere o bien dos intrigas aisladas, o bien la existencia de una complicada maquinación para incriminar a alguien.

El regreso de los Holland y su nueva versión de haber visto a Penistone después de medianoche, parece dar al caso una estructura distinta; me gustaría saber cuál. Si el consentimiento para la boda es auténtico, el motivo que pudieron ellos tener para el crimen se invalida, y se hace difícil concebir otro que justifique su precipitación para casarse. Pero si a pesar de todo fueron ellos los culpables, ¿por qué arrojar sospechas sobre sí mismos con semejante prisa? Esto excede mi capacidad de comprensión y hubiera deseado que miss Sayers no dejara en mis manos la responsabilidad de dirigir

el interrogatorio.

Como quiera que sea, he aquí mi solución.

Walter sobrevivió a la guerra y se fugó con Célie Mount, la esposa del vicario, en 1920. Esta, para servir los intereses de su amante, se colocó como doncella (francesa) de miss Fitzgerald, hermana de Walter. Elma sabía que su hermano se proponía recuperar los documentos, pero ignoraba que abrigara la intención de asesinar al almirante para impedir que hablara. El almirante se había instalado en Lingham para vivir más cerca de sir Wilfrid, a quien estaba extorsionando. Cuando Célie descubrió que su esposo vivía en la vecindad, fue a verlo y lo instó a que le concediese el divorcio, pero el vicario se opuso a ello por razones de conciencia. La mujer se marchó entonces de Rundel Croft no sin sacar antes un molde en cera de la llave del escritorio de Penistone.

De un modo u otro, Holland se había convertido en enemigo de Walter en China, por lo que éste decidió endilgarle las sospechas del crimen. Elma no estaba enamorada de Holland, pero quería casarse para entrar en posesión de su herencia. Penistone se oponía a dar su consentimiento porque suponía que Holland, a quien había conocido en casa de Denny, estaba actuando en beneficio de éste.

La noche fatal, Walter y Célie llegaron en coche a Lingham. Estaban enterados por Elma de las condiciones en que lo encontrarían todo en Rundel Croft. Célie bajó del automóvil de la Vicaría, se encontró con el vicario en el jardín y lo persuadió para que la llevase en su bote hasta la otra orilla y distrajera al almirante con su conversación, mientras ella se deslizaba en el estudio y se apoderaba de los documentos «necesarios para salvar a un inocente». El reflujo de la marea había hecho descender tanto el nivel del río, que el vicario se vio obligado a cortar su amarra. Célie se apoderó de los papeles aproximadamente a las 10.30, y dando el nombre de Elma (que estaba en el piso alto, ignorante de todo) envió a Holland un mensaje telefónico citándolo para las 12. Entretanto, y mientras el vicario proseguía su plática con el almirante, Walter se había presentado en el hotel, haciéndose pasar por Penistone, para incriminar así a Holland. (Más tarde se descubriría que el almirante no había tomado el tren y que Holland había salido por la noche, por lo que se supondría que el crimen se había cometido en Whynmouth y que allí mismo, o en las inmediaciones, se había arrojado el cadáver a la corriente. Es probable que los cómplices no estuvieran muy enterados de la acción de las mareas.)

En seguida regresó Walter a Rundel Croft, donde o bien asesinó al almirante, o bien lo encontró ya muerto a manos de Célie (sorprendida en el acto de sustraer los documentos). El vicario, que, de acuerdo con las instrucciones recibidas, había entretenido al almirante hasta eso de las 11, se había quedado aguardando en el cobertizo. Allí fue a buscarlo la mujer, atravesó el río con él y le dijo que se fuera a acostar, pues ella se quedaría hasta que el chófer pasara a buscarla. No bien míster Mount se hubo marchado, Célie regresó al bote, corriendo y tropezando entre los canteros, cortó la amarra por segunda vez (era mucho más baja que su ex marido) y

se reunió con Walter en Rundel Croft. En el ínterin, éste había embutido el cadáver en un sobretodo grueso y puesto un periódico en el bolsillo, para sugerir que había estado realmente en Whynmouth.

Su intención era dejar el cadáver en el bote del almirante, pero como creyó que era el amarrado por la proa, lo puso en realidad en el del vicario (donde éste, por descuido, había dejado su sombrero), y, después de remolcarlo hasta la mitad del río, lo soltó a la deriva. Al desembarcar, Célie advirtió el error, pero demasiado tarde, pues los pasos de Holland resonaban ya sobre la grava.

Walter se precipitó al estudio, y haciéndose pasar una vez más por el almirante, mostró a Holland el documento falsificado, que después dejó en un sobre para Elma. (Ella sabía que se trataba de una falsificación.)

Holland regresó al hotel por la puerta, cuyo pestillo había dejado descorrido, y Walter se alejó con Célie en su coche.

Cuando fue descubierto el cadáver, Elma, convencida de la culpabilidad de su hermano, se apresuró a contraer matrimonio con Holland para no perder otra oportunidad de casarse. La precipitación de Holland fue simplemente un rasgo caballeresco, pues pensó que su prometida podía estar bajo sospecha.

Denny, al escuchar de labios de Emery que se habían sustraído algunos documentos del escritorio, corrió a Londres para saber qué destino iban a correr los que lo comprometían.

Mount encontró el trozo suplementario de la amarra colgado del poste y, sin explicarse bien su significado, lo destruyó para encubrir a su esposa, razón por la cual borró también los rastros de sus pasos en el cantero.

El vestido blanco, usado por Elma para atraer al vicario y persuadirlo a conceder el divorcio, fue llevado a Londres porque era lo más parecido a un vestido de novia que tenía en su guardarropa.

El momento exacto del crimen, y la distancia exacta hasta la que fue remolcado el cadáver, son puntos que deben ser fijados por los peritos en mareas. Walter quiso crear la impresión de que el bote había sido arrastrado por la corriente todo el trayecto desde Whynmouth, o gran parte de él. La llave fue dejada por Celia en el bote del almirante, para sugerir que Penistone había dejado cerradas todas las puertas al salir para Whynmouth, y sin duda lo hubiera conseguido de no haber mediado la confusión de Walter entre ambos botes. Célie tenía una llave falsa de la puerta ventana y otra del escritorio.

Los cómplices supusieron que no se prestaría fe a la historia de Holland, y que se sospecharía que había dado muerte a Penistone en Whynmouth o en sus inmediaciones, aproximadamente a las 11.

9

por Freeman Wills Crofts

En la tarde anterior al crimen, Walter visita a Célie en la pensión de Judd Street. Después de marcharse, ella tiene un presentimiento de lo que va a ocurrir aquella noche y, presa de terror, resuelve salvar a Penistone a cualquier precio. Para ello requerirá la ayuda de Mount, que por su confesión está enterado de los hechos. El tren de las 5.30 ha salido ya, y se ve obligada a viajar en el de las 7 hasta Drychester para seguir desde allí en coche hasta la Vicaría.

La casa parece cerrada, y antes de llamar averigua si Mount está en la glorieta. Mientras se decide a llamar, ve a Penistone que parte por el río. Toma el cuchillo y lo que cree que es su bolso, y corre hacia la orilla gritando a todo lo que le dan los pulmones.

Pero el almirante no la oye. La mujer comprende que no tiene ya tiempo de llamar a Mount y sigue a Penistone sola. (Si así se desea, puede haber visto o tanteado el cuchillo en la glorieta, y como no consigue desatar la amarra corre a buscarlo.)

Encuentra el bote del almirante a unos dos kilómetros río abajo (si hubiera estado en el puente, Walter no habría tenido tiempo de regresar después a Rundel Croft para personificar al almirante). Allí encuentra a Walter, a Denny y al almirante, ya muerto. Denny parece enloquecido de terror. Ella se asusta. Teme que Walter sea culpable, pero no lo *sabe*. Cobarde, no se atreve a aventurar ningún paso. Le dicen que Penistone se ha suicidado. No lo cree, pero sigue sin *saber*. Walter la manda a su automóvil, estacionado allí cerca, y con ayuda de Denny lleva nuevamente los botes al cobertizo de Rundel Croft. Sir Wilfrid se queda aguardándolo mientras sube a buscar los documentos, que, dicho sea de paso, aclaran la posición de Penistone, revelando la mala jugada de que sir Wilfrid y su sobrino le hicieron víctima en China. Walter comunica a Elma lo ocurrido. Ella se desespera, pero nada puede hacer sin destrozar a su hermano, a quien tanto quiere, y decide callar.

Walter ha preparado ya la autorización para la boda y se la entrega a Holland. Cuando éste se marcha, ambos cómplices depositan el cadáver en el bote del vicario, pues no se les ocurre mejor idea, y lo impulsan para que flote a la deriva. Al principio abrigaron la intención de arrojar el cuerpo al agua, pero el bote del vicario les sugirió un procedimiento más conveniente. Este hecho de haber guardado los botes en el cobertizo explica que no quedasen sometidos a la acción de las mareas, y que las ropas del cadáver no estuviesen húmedas.

Denny vuelve luego a su casa y entra sin ser visto.

Walter conduce a Célie a Londres, pero, como teme que lo delate, se la lleva después a visitar París hasta que pase la tormenta.

Debemos explicar que Célie se llevó por error el sombrero del vicario, dejando su

bolso en lugar de él, y que fue allí donde encontró míster Mount las señas de Drychester y de Londres.

Cronología

Las fechas parecen ser las siguientes:

Lunes, 8 de agosto... Luna nueva. Martes, 9 de agosto... Penistone cena en la Vicaría. El crimen se comete esta noche. Miércoles, 10 de agosto. Descubrimiento del cadáver. Rudge investiga desde el primero hasta el último de sus treinta y nueve artículos. Jueves, 11 de agosto... El inspector da cuenta de los acontecimientos a sus superiores e investiga la historia de todos los habitantes de Rundel Croft. Viernes, 12 de agosto... Audiencia. Rudge viaja a Drychester y a Londres. Sábado, 13 de agosto Rudge encuentra la pensión de Judd Street. Lunes, 15 de agosto... Rudge vuelve a Drychester. Entrevista con el Superintendente.

10

por Edgar Jepson

El asesino es Walter. Lleva barba y se parece mucho al almirante, por quien se hace pasar en el Lord Marshall. Después del crimen, regresa a Rundel Croft y ve a su hermana, cuya colaboración se asegura mediante alguna explicación falsa. Holland lo sorprende mientras busca el legajo X (que encierra la verdad sobre el incidente en Hong Kong y sobre su participación en él) y lo confunde con el almirante. Walter sube a afeitarse la barba (ahora peligrosa) en el cuarto de baño. Gracias a ello puede partir sin ser reconocido, y se mantiene en contacto con la situación haciéndose pasar por periodista de la *Evening Gazette*.

11

por *Clemence Dane*

He aquí, *grosso modo*, mis conclusiones sobre el caso:

Célie, la doncella francesa, y la esposa del vicario son una misma persona. Ha estado conviviendo con Walter, el asesino, o por lo menos mantiene relaciones con él, y sabe lo suficiente para ser peligrosa. Walter está enterado de que ella ha ido a ver a su ex esposo (para pedirle consejo o con otra finalidad cualquiera) y la sigue, dispuesto a un segundo crimen. (Acaso se propone, por medio de él, distraer las sospechas de su propia persona haciéndolas recaer sobre el reverendo Mount, o acaso no le lleve otro propósito que el de impedir que la mujer pueda delatarle.)

Célie llega a la Vicaría y comprueba que su esposo ha salido, así como las criadas. (Esto es una auténtica casualidad. El vicario les había dado un día de asueto, y todos estaban en una exposición de flores realizada a cierta distancia, o en alguna fiesta en las cercanías.) Ella ha escrito también a los Holland dándoles cita allí con fines de consulta.

Ella, que ignora si la ausencia del vicario se prolongará, da unas cuantas vueltas por el jardín, recoge las ciruelas, vuelve a la casa y se encuentra con Walter. Se produce una discusión; el hombre le da muerte, dispone las cosas para que parezca que se ha suicidado, y sale apenas unos minutos antes de que llegue el inspector. Cree que no lo ha visto nadie, pero ulteriormente trascenderá que un campesino se ha fijado en él. Tiene un pretexto magnífico: ha ido a ver al vicario en cumplimiento de sus deberes profesionales como periodista y, al igual que los otros, ha encontrado vacía la casa.

Pero el inspector sabe que Célie ha estado en el jardín no más de diez minutos antes de llegar él (los huesos de ciruela húmedos y el pañuelo así lo prueban), y que por lo tanto tiene que haberse encontrado con Walter, quien habría contado con el tiempo justo para asesinarla y huir, sin darse de manos a boca con Rudge.

(Si hiciera falta más tiempo, el pañuelo y los huesos de ciruela podrían encontrarse en la sombra, donde hubieran tardado más en secarse.)

La pista de las ciruelas verdes es importante, además, por otro motivo, ya que gracias a ellas deduce el inspector (antes que el campesino haya reconocido a Walter) que una mujer que se pasea animadamente por un jardín comiendo ciruelas, no es verosímil que se suicide tres minutos más tarde.

La tarjeta de duelo es una pista falsa. Su autor es en realidad una de las criadas o el mismo vicario, y representa un mensaje auténtico para cualquier visitante eventual. O puede ser también un mensaje falsificado por Walter, imitando la letra del vicario, para evitar que se descubra el asesinato hasta pasadas unas cuantas horas.

No sé cómo explicar la participación o la no participación de los Holland en el crimen que nos ocupa.

Para mí es completamente incomprensible y por eso he procedido como si fueran dos personas perfectamente inocentes, y las pruebas que los acusan puramente accidentales...

A decir verdad, no tengo la menor idea de lo que puede haber ocurrido, y he tratado de escribir un capítulo con el que cualquiera pueda probar lo que mejor le parezca.



APÉNDICE SEGUNDO

NOTAS SOBRE EL AMARRE DE UN BOTE



(Extracto de una carta de John Rhode)

También yo exigí que fuera necesario entrar en el bote para poder soltarlo o amarrarlo de nuevo. Ahora bien, en un río considerablemente sometido a la acción de las mareas (como debió haber sido éste, a juzgar por la velocidad de la corriente durante el flujo y reflujo) esto resulta casi siempre necesario, si se quiere que la embarcación se mantenga a flote en cualquier estado de la marea. Uno de los procedimientos para amarrar un bote en tales condiciones es el que yo concebí.

El poste de amarre es llevado al lecho del río, más allá del nivel de la marea baja, y en aguas lo suficientemente profundas para que el bote pueda flotar siempre. Se tiende una plataforma de piedra desde la costa hasta el nivel de la marea baja, para evitar las maniobras en el barro. En el extremo de dicha plataforma más próximo a tierra, se fija otro poste con una argolla.

Supongamos que, después de un paseo en bote, queremos regresar a tierra. Bien: atemos el cabo de proa al poste de amarre. Por medio de una pértiga, demos vuelta al bote hasta que la popa toque la plataforma. Saltemos a tierra, llevando en la mano el extremo de un cable fino, sujeto por el otro extremo a la argolla de la popa. Después volvamos a impulsar el bote, y aseguremos nuestro extremo del cable a la armella de tierra, graduando su longitud, de modo que el bote quede paralelo a la costa durante la bajamar.

Después de beber un trago, supongamos que queremos partir otra vez. Soltemos entonces el cable, y haremos la popa hasta hacerla tocar la plataforma. Saltemos al bote por este lado. Adelantémonos hacia la proa y, por medio de la amarra, acerquémonos al poste lo suficiente para poder desatarla.

Supongo que usted habrá pensado en que alguien entre en el bote para soltar la amarra, cosa que, como ya habrá advertido, es indispensable, a menos de llegar por agua hasta él.

Al descubrir la maniobra, recuerde el balanceo del bote. Durante la bajamar queda en la posición descrita, pero durante la pleamar, la popa, abandonada a la corriente, tiende a acercarse a tierra y queda en contacto con ella mientras dura la creciente. Esto, desde luego, no interesa, puesto que el agua está subiendo.

Recuerde, asimismo, que cualquier fenómeno particular en el curso de la marea se produce aproximadamente unos tres cuartos de hora más tarde en cada día sucesivo. No establezca la marea alta a las 10 de la mañana de un día, y la marea baja a las 11 del día siguiente. Además, en los ríos como éste la marea tarda más en bajar que en

subir.

Yo especificué algunas leyes particulares para este río, aunque ahora no las recuerdo con precisión, a fin de proporcionar una guía a los colaboradores subsiguientes.

Respecto a la distancia que debe mediar entre el poste y el nivel de la marea alta puede usted, dentro de ciertos límites, fijarla según le convenga. Si fija tres metros y medio o más (midiendo horizontalmente) entre el nivel habitual de la pleamar en primavera y el correspondiente nivel de la bajamar; y un metro ochenta o más entre este último y el poste, no podrá equivocarse demasiado. Estas distancias pueden aumentarse casi indefinidamente, pero yo no las reduciría mucho, pues de lo contrario la pendiente de la costa resultaría demasiado empinada.



Opinión del Asesor Jurídico sobre el testamento de Fitzgerald

He estudiado su problema en la biblioteca esta tarde, y el resultado de mis investigaciones es el siguiente:

Se ha sostenido en reiteradas oportunidades que cuando para un casamiento se requiere el consentimiento de una persona determinada, y dicha persona muere por causa fortuita, o por lo menos sin que el legatario tenga culpa en su muerte, la condición que exigía aquel consentimiento particular queda anulada.

En ninguno de los precedentes que he encontrado se hila tan fino como para que transcurran sólo veinticuatro horas entre la muerte de la persona cuyo consentimiento se requiere y la boda del legatario que reclama un derecho absoluto a la propiedad, y a mi juicio, si el fallecimiento se ha producido dentro de las veinticuatro horas anteriores a la ceremonia, será necesario, para que se le reconozca ese derecho absoluto en caso de que surgiera alguna oposición, que el legatario demuestre:

O bien:

- 1) Que se proponía solicitar el necesario consentimiento antes de la ceremonia.
- 2) Que la muerte se lo impidió, y, de no haber sido por la muerte, hubiera tenido tiempo de obtenerlo.
- 3) Si se insinuase que pudo tener, en alguna forma, cierta responsabilidad en la muerte, defenderse contra esta imputación.

O, de lo contrario:

Que la ceremonia no fue dispuesta hasta después que la muerte hubo hecho imposible la obtención del necesario consentimiento; y, dado que esto último fuese verdad, no importa cuánto tiempo después del óbito solicite el legatario que la condición sea declarada nula.

En cuanto a esta última eventualidad se refiere, no soy muy versado en materia de licencias para el matrimonio, pero, según los textos parecería que cuando uno de los contrayentes ha residido *quince días en la localidad en que ha de efectuarse la boda*, dicho contrayente puede dar aviso al Registro Civil y obtener una licencia matrimonial en el término de un día hábil completo, lo que equivale, en lenguaje jurídico, a un período de cuarenta y dos a cuarenta y ocho horas, siempre que no haya

un domingo de por medio.

Este procedimiento es igualmente aplicable a todo casamiento realizado en cualquier sitio distinto de la Iglesia oficial, por ejemplo oficinas del Registro Civil, o templos de cualquier culto no conformista, autorizados para celebrar casamientos.

Sin el requisito de los quince días de residencia, el trámite lleva más tiempo.

Una vez obtenida, la licencia es válida por mucho tiempo; creo que hasta tres meses, pero usted puede, en todo caso, verificarlo.

Es posible que uno de los contrayentes haya sacado la licencia y aguardado luego una ocasión favorable para que el legatario solicitase el consentimiento requerido. Esta clase de licencias sólo es válida para un determinado lugar. (v. Whitaker.)

En lo que respecta a las condiciones necesarias, si la condición se ha hecho imposible por razones de fuerza mayor, el legado subsiste, aunque el testamento hubiera podido prever la caducidad del derecho por incumplimiento de la condición. Por ejemplo, *si la persona cuyo consentimiento se requiere fallece antes del mencionado casamiento.*

Collett v. Collett. 35. B. 312.

En este caso se requería el consentimiento de la madre viuda. Esta murió en el año 1856.

En 1865, su hija Helena se casa.

El Master of the Rolls sostuvo que «la caducidad del derecho a favor de una tercera persona no podía tener efecto si el cumplimiento de la condición se había hecho imposible por fuerza mayor, y no por culpa de la persona que debía cumplirla.

»Hay un razonable margen de certeza para la presunción de que la madre, en caso de haber vivido, hubiera dado su consentimiento para la boda.

»El criterio adoptado es que el testador no puede haber exigido imposibles, y que se interpreta su voluntad aceptando que las condiciones se cumplan en lo posible.

»Cuando la condición se ha hecho imposible por razones de fuerza mayor, el derecho a la propiedad se hace absoluto». *Aislabie v. Rice.* Mad. 25 C.

Notas

[1] «Why was the body found in a boat? Why was the body found in a coat?» Ambas preguntas forman en inglés dos versos con rima consonante. <<

[2] *Sic* en el original. <<